



UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA (USC)

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA SOCIAL, BÁSICA Y METODOLOGÍA

“GRUPO DE AMIGOS, GÉNERO Y DELINCUENCIA JUVENIL”

AUTORA

Vanessa Moreira Trillo

DIRECTORA

Prof. Dra. Lourdes Mirón Redondo

Santiago de Compostela, Septiembre, 2011

LOURDES MIRÓN REDONDO, Profesora Titular del Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología de la Universidad de Santiago de Compostela, en calidad de DIRECTORA

INFORMA:

Que Doña Vanesa Moreira Trillo ha realizado, bajo su dirección, la Tesis Doctoral titulada *“Grupo de Amigos, Género y Delincuencia Juvenil”*, en el Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología de la Facultad de Psicología de la Universidad de Santiago de Compostela; y que el mencionado trabajo de investigación reúne todas las exigencias científicas y formales, requeridas por la normativa vigente para optar al grado de Doctor por la Universidad de Santiago de Compostela.

POR LO TANTO:

Emite la autorización pertinente, a efectos de su aceptación y posterior defensa pública.

En Santiago de Compostela, a 16 de septiembre de 2011

Fdo. Dra. Lourdes Mirón Redondo

Agradecimientos

Empecé esta Tesis Doctoral sabiendo que el camino no iba a ser sencillo y la finalizo con la seguridad de que no lo ha sido, pero de que, pese a todo, ha merecido la pena.

Estos años de mi vida han sido probablemente los más intensos e importantes de mi trayectoria académica, y he tenido la enorme suerte de compartirlos con personas excepcionales que, de una u otra manera, han contribuido en la consecución de este trabajo.

A todas ellas gracias. Gracias por haber tenido paciencia conmigo a lo largo de todo este tiempo, pero sobre todo, gracias por haber creído en mí de manera incondicional y por no permitirme abandonar. En especial, quiero agradecer a:

La profesora Dra. Lourdes Mirón Redondo, mi tutora de Tercer Ciclo y directora de esta Tesis Doctoral, el que haya querido compartir conmigo sus conocimientos y experiencia, y especialmente su enorme paciencia y dedicación incansable en esta investigación. Sin lugar a dudas, su confianza en mi trabajo, y su calidad personal y profesional son los que han hecho posibles la realización de esta Tesis Doctoral.

A los alumnos y al personal (Dirección, Jefatura de Estudios, Departamento de Orientación, etc.) de los Centros de Enseñanza Pública que formaron parte de este estudio, agradecerles su confianza, colaboración y todas las facilidades que me han brindado. Sin ellos, nada de esto tendría sentido.

A mis hermanos, Silvia y Rafa, y a mis padres, gracias por todo lo que me habéis dado: mis valores, mis principios, mi perseverancia, etc. Gracias por estar a mi lado siempre, en los buenos y malos momentos, y por hacerme entender que conseguir lo que uno quiere requiere esfuerzo y sacrificio.

A mis estupendos amigos. En especial, a Emma, Bea, Maica, Carlos, Víctor, Carmen, Marga, Amanda, Raquel y Lidia. Dicen que en esta vida nadie es imprescindible. Quien os conoce sabe que eso no es cierto. Gracias por entender mis agobios y ausencias, pero, sobre todo, gracias por las risas, los abrazos en grupo y muchos de los mejores momentos de mi vida.

¡Gracias!

“Él es mi amigo más querido y el más cruel de mis rivales, mi confidente y el que me traiciona, el que me apoya y el que de mí depende; y lo más espantoso de todo: es mi igual” (Gregg Levoy)

“Con frecuencia ocurre que los aspectos de nuestra vida que parecen más anodinos, aquellos en los que raramente pensamos, son realmente los más cruciales para nuestra existencia. Casi nunca somos conscientes del aire que respiramos, o del hecho mismo de respirar. Sin embargo, respirar es fundamental para continuar existiendo. Del mismo modo, el género es la urdimbre en la que se teje nuestra vida cotidiana. Da color a nuestra existencia, aún cuando, como el respirar, su familiaridad pueda hacerlo parecer invisible” (Vivien Burr)

GRUPO DE AMIGOS, GÉNERO Y DELINCUENCIA JUVENIL

Este trabajo analiza el efecto del grupo de amigos, la vinculación a contextos convencionales (familia y escuela), y la identidad de género, respecto a la probabilidad de que los adolescentes de ambos sexos se impliquen en conductas antisociales. El estudio se ha realizado con una muestra de 970 adolescentes, representativa de la población, de entre 12 y 18 años, escolarizada en Centros Públicos de Enseñanza Secundaria de las 7 principales ciudades de la Comunidad Autónoma de Galicia. Los resultados indican que la pertenencia a un grupo desviado, una débil vinculación con contextos convencionales y la asunción en la propia identidad de características que definen la masculinidad socialmente no valorada, incrementan la probabilidad de participar en conducta antisocial, tanto para hombres como para mujeres. Sin embargo, son los hombres los más expuestos a estos factores de riesgo. Se plantea la necesidad de considerar el género como una variable clave en la investigación y los modelos teóricos de la delincuencia.

Palabras clave: adolescentes, grupo de iguales, vínculos convencionales, género y conducta antisocial.

GRUPO DE AMIGOS, XÉNERO E DELINCUENCIA XUVENIL

Este traballo analiza o efecto do grupo de amigos, da vinculación a contextos convencionais (familia e escola), e da identidade de xénero, respecto a probabilidade de que os adolescentes de ambos sexos se impliquen en condutas antisociais. O estudo realizouse cunha mostra de 970 adolescentes, representativa da poboación, de entre 12 e 18 anos, escolarizada en Centros Públicos de Ensinanza Secundaria das 7 principais cidades da Comunidade Autónoma de Galicia. Os resultados indican que a pertenza a un grupo desviado, unha débil vinculación con contextos convencionais e a asunción na propia identidade de características que definen a masculinidade socialmente non valorada, incrementan a probabilidade de participar en conduta antisocial, tanto para homes como para mulleres. Sen embargo, son os homes os máis expostos a estes factores de risco. Plantéxase a necesidade de considerar o xénero como unha variable clave na investigación e nos modelos teóricos da delincuencia.

Palabras clave: adolescentes, grupo de iguais, vínculos convencionais, xénero e conduta antisocial.

GROUP OF FRIENDS, GENDER AND JUVENILE DELINQUENCY

This study analyzes the effect of peer group, attachment to conventional contexts (family and school), and gender identity, regarding the probability that adolescents of both sexes engage in antisocial behaviors. The study was conducted with a sample of 970 adolescents, representative of the population, aged 12 to 18 years, schooled in public secondary schools in the 7 major cities in the Autonomous Community of Galicia. The results indicate that belonging to a deviant group, a weak attachment to conventional contexts and the assumption on the own identity of characteristics that define the socially not valued masculinity, increases the probability of develop a deviant behavior, for both men and women. However, men are more exposed to these risk factors. This raises the need to consider the gender as a key variable in research and theoretical models of crime.

Key words: adolescents, peer group, conventional attachment, gender and antisocial behavior.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

21

CAPÍTULO 1. GRUPO DE AMIGOS Y DELINCUENCIA JUVENIL

25

1.1. Amigos delincuentes y delincuencia juvenil	25
1.2. Dirección de causalidad en la relación amigos desviados y delincuencia juvenil	32
1.2.1. Modelo de la Socialización Grupal	32
1.2.2. Modelo de la Selección	34
1.2.3. Modelo de la Intensificación Social	36
1.2.4. Modelo Mixto	38
1.3. El papel del grupo de amigos en las teorías psicosociales de la delincuencia juvenil	43
1.3.1. Teoría de la Asociación Diferencial	44
1.3.2. Teoría del Aprendizaje Social	48
1.3.3. Teorías de la Vinculación Social	53
1.3.4. Recapitulando: Principales aportaciones de las teorías psicosociales en el planteamiento de la relación entre el grupo de iguales y la delincuencia	61
1.4. Familia, grupo de amigos y delincuencia	65
1.4.1. Familia y delincuencia	65
1.4.2. Familia, grupo y delincuencia	69

CAPÍTULO 2. EL GRUPO DE AMIGOS: CARACTERÍSTICAS Y PROCESOS DE INFLUENCIA

73

2.1. Influencia del grupo de amigos desviado	73
2.2. Características de los grupos de amistad desviados	81
2.2.1. Composición grupal	82
2.2.1.1. El aspecto cuantitativo: Tamaño del grupo	82
2.2.1.2. El aspecto cualitativo: Similitud interpersonal	84
2.2.2. Estructura grupal	88
2.2.3. Patrones de afecto y conflicto	90
2.2.3.1. Los vínculos afectivos en los grupos de amistad desviados	91
2.2.3.2. El conflicto y la violencia en los grupos de amistad desviados	94
2.2.4. Actividades de ocio	95
2.3. Principales conclusiones sobre las características que definen los grupos de amigos	98

CAPÍTULO 3. GRUPO DE AMIGOS, SEXO/GÉNERO Y DELINCUENCIA JUVENIL

101

3.1. Diferencias en los índices delictivos de hombres y mujeres	102
3.1.1. Delincuencia oficial	102
3.1.2. Delincuencia autoinformada	105
3.2. La explicación de la delincuencia de hombres y mujeres	107
3.2.1. ¿Las mismas o distintas variables?	107
3.2.2. ¿Las mismas o diferentes teorías?	111
3.2.3. La Teoría de la relación Género-Delincuencia de Steffensmeier y Allan (1996)	113

3.3. Género y delincuencia_____	118
3.3.1. Identidad de género: Concepto y desarrollo_____	118
3.3.2. Socialización de la masculinidad y la feminidad_____	125
3.3.2.1. El papel de la familia_____	125
3.3.2.2. El papel de los amigos_____	126
3.3.3. Masculinidad, feminidad y desviación_____	129

CAPÍTULO 4. MARCO METODOLÓGICO DE LA INVESTIGACIÓN **137**

4.1. Planteamiento de la investigación_____	137
4.1.1. Objetivos de la investigación_____	138
4.1.2. Hipótesis de la investigación_____	140
4.1.2.1. Hipótesis referidas al grupo de amigos_____	140
4.1.2.2. Hipótesis referidas al entorno familiar/escolar_____	141
4.1.2.3. Hipótesis referidas al sexo/género_____	141
4.1.2.4. Hipótesis referidas a la identidad de género_____	141
4.1.3. Variables de la investigación_____	142
4.2. Instrumentos de recogida de datos_____	144
4.2.1. Justificación de la metodología de la investigación_____	144
4.2.2. Autoinformes utilizados en la presente investigación_____	146
4.2.2.1. Cuestionario de Conductas Antisociales (Mirón, 1990)_____	146
4.2.2.2. Abusive and Supportive Environments Parenting Inventory (Nicholas y Bieber, 1997)_____	150
4.2.2.3. The Conflicts Tactics Scales (Straus, 1979)_____	153
4.2.2.4. Index of Attachment to Parents, School and Peers (Wong, 2005)____	157
4.2.2.5. Index of Parental Monitoring and Peer Pressure (Esbensen y Weerman, 2005)_____	158
4.2.2.6. Extended Version of the Personal Attributes Questionnaire (Spence, Helmreich y Holahan, 1979)_____	160
4.2.2.7. Revised Unmitigated Communion Scale (Fritz y Helgeson, 1998)____	166
4.2.2.8. Ítems e indicadores de elaboración propia_____	168
4.3. Muestra y procedimiento de recogida de datos_____	171
4.3.1. Procedimiento de recogida de datos_____	171
4.3.2. Descripción de la muestra_____	172
4.3.2.1. Características generales de la muestra_____	172
4.3.2.2. Sexo_____	174
4.3.2.3. Edad_____	174
4.3.2.4. Nivel socioeconómico_____	175

CAPÍTULO 5. RESULTADOS **177**

5.1. Análisis Descriptivos_____	177
5.2. Comparación entre las Puntuaciones Medias de hombres y mujeres en las variables del estudio_____	182
5.3. Análisis de Correlación_____	187
5.3.1. Correlaciones entre las variables predictoras (grupales,familiares/escolares y de identidad de género), y las variables criterio (conducta antisocial)_____	187
5.3.3.1. Resultados para la muestra de hombres_____	187
5.3.3.2. Resultados para la muestra de mujeres_____	193

5.3.2. Correlaciones entre las variables familiares/escolares y las variables grupales_	199
5.3.2.1. Resultados para la muestra de hombres_____	199
5.3.2.2. Resultados para la muestra de mujeres_____	202
5.3.3. Correlaciones entre la identidad de género y las variables familiares/escolares y grupales_____	205
5.3.3.1. Resultados para la muestra de hombres_____	205
5.3.3.2. Resultados para la muestra de mujeres_____	208
5.3.4. Correlaciones entre las dimensiones de la identidad de género_____	211
5.4. Análisis de Regresión_____	213
5.4.1. Resultados para la muestra de hombres_____	214
5.4.2. Resultados para la muestra de mujeres_____	215
5.5. Análisis de Ecuaciones Estructurales (<i>Path</i> análisis)_____	216
5.5.1. Resultados del <i>Path</i> análisis para la muestra de hombres_____	221
5.5.2. Resultados del <i>Path</i> análisis para la muestra de mujeres_____	225

CAPÍTULO 6. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES **231**

6.1. Delincuencia de los amigos, ocio no convencional en grupo y conducta antisocial_____	232
6.2. Conflicto y afecto en el grupo y conducta antisocial_____	235
6.3. Composición, estructura y presión grupal, y conducta antisocial_____	239
6.4. Vinculación con contextos convencionales y conducta antisocial_____	242
6.4.1. Supervisión familiar y conducta antisocial_____	242
6.4.2. Vínculos afectivos con el entorno familiar y escolar y conducta antisocial_____	245
6.5. Sexo, género y conducta antisocial_____	247
6.5.1. Sexo y conducta antisocial_____	248
6.5.2. Identidad de género y conducta antisocial_____	250

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS **255**

ANEXO **283**

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Tipo de participación (en solitario o con otros) en diferentes tipos de delitos en una muestra de detenidos en Estocolmo entre 1991 y 1995_____	31
Cuadro 2. Modelos de la relación entre iguales desviados y desviación individual_____	33
Cuadro 3. Principales diferencias conceptuales entre las teorías psicosociales de la delincuencia_____	63
Cuadro 4. Trabajos que analizan la relación entre el vínculo afectivo, la supervisión familiar, y la conducta desviada en la adolescencia _____	67
Cuadro 5. Manifestaciones de los distintos tipos de poder propuestos por French y Raven (1959) en el contexto del grupo de iguales_____	77
Cuadro 6. Características de los estereotipos masculino y femenino_____	119
Cuadro 7. Modelos teóricos sobre la adquisición de la identidad de género_____	120
Cuadro 8. Diferencias entre los grupos de amigos de chicos y chicas_____	127
Cuadro 9. Estudios que encuentran relación entre desviación y masculinidad_____	131
Cuadro 10. Cuadro resumen de las variables analizadas en la investigación_____	143
Cuadro 11. Instrumentos de medida utilizados en este estudio_____	147
Cuadro 12. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para el Cuestionario de Conductas Antisociales (CCA)(Mirón, 1990)_____	150
Cuadro 13. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para la escala CTS (Straus, 1979)_____	154
Cuadro 14. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para las escalas de la M-CTS (Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O’Leary y González, 2007)_____	155
Cuadro 15. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para las escalas M+, y F+ del PAQ en distintos estudios_____	162
Cuadro 16. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para las escalas M+, M- y F+ del E-PAQ en distintos estudios_____	165
Cuadro 17. Coeficientes de fiabilidad (<i>alpha</i> de Cronbach) para la Escala de Feminidad no Mitigada en distintos estudios_____	168
Cuadro 18. Distribución de la muestra en función de la edad_____	174
Cuadro 19. Características socioeconómicas de la muestra: formación académica y profesión de los padres_____	175
Cuadro 20. Distribución de los estudios y la profesión del padre y de la madre en las muestras de hombres y mujeres_____	176

ÍNDICE DE TABLAS

Tabla 1. Rangos, Media y Desviación Típica en las variables del estudio para la muestra total_____	179
Tabla 2. Porcentaje de sujetos que informan de la presencia, al menos en alguna ocasión, de violencia y maltrato en sus grupos de iguales_____	180
Tabla 3. Porcentaje de sujetos que informan de la realización, al menos en alguna ocasión, de los distintos tipos de conducta antisocial_____	182
Tabla 4. Comparación entre las puntuaciones medias (Prueba t de Student) de hombres y mujeres en las variables del estudio_____	183
Tabla 5. Número y porcentaje de hombres y mujeres que obtienen altas puntuaciones en las dimensiones de la identidad de género_____	185
Tabla 6. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables grupales, familiares/escolares y de identidad de género, y la conducta antisocial en la muestra de hombres (n= 465)_____	189
Tabla 7. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables grupales, familiares/escolares y de identidad de género, y la conducta antisocial en la muestra de mujeres (n= 505)_____	194
Tabla 8. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables familiares/escolares y las variables grupales en la muestra de hombres (n=465)_____	200
Tabla 9. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables familiares/escolares y las variables grupales en la muestra de mujeres (n=505)_____	203
Tabla 10. Coeficientes de correlación de Pearson entre la identidad de género y las variables familiares/escolares, y grupales en la muestra de hombres (n= 465)_____	206
Tabla 11. Coeficientes de correlación de Pearson entre la identidad de género y las variables familiares/escolares, y grupales en la muestra de mujeres (n= 505)_____	209
Tabla 12. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de identidad de género en la muestra de hombres (n= 465)_____	212
Tabla 13. Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de identidad de género en la muestra de mujeres (n= 505)_____	212
Tabla 14. Resultados del análisis de Regresión para la muestra de hombres (n=465)_____	215
Tabla 15. Resultados del análisis de Regresión para la muestra de mujeres (n=505)_____	216
Tabla 16. Índices de bondad de ajuste del modelo inicial para las muestras de hombres y mujeres_____	220

ÍNDICE DE GRÁFICOS Y FIGURAS

Gráfico 1. Porcentaje total de detenidos por sexo en España (Anuarios del Ministerio del Interior, 2000-2007)	103
Gráfico 2. Índices delictivos de hombres y mujeres (Ministerio del Interior Británico, 1995)	104
Figura 1. Teoría de la relación Género-Delincuencia (Steffensmeier y Allan)	115
Figura 2. Evolución de las puntuaciones medias en Conducta Antisocial en función de la edad, en las muestras de hombres y mujeres	186
Figura 3. Modelo “causal” de partida	218
Figura 4. Modelo de relaciones entre las variables del estudio para la muestra de hombres	223
Figura 5. Modelo de relaciones entre las variables del estudio para la muestra de mujeres	227

INTRODUCCIÓN

El propósito que guía este trabajo tiene mucho que ver con las palabras recogidas en la introducción del libro *Bandas Juveniles* de González (1982):

“Los menores que no encuentran en la situación familiar, social y escolar el apoyo y la comprensión que necesitan, recurren a la banda de iguales. En la banda van a encontrar aquello de que han sido privados en otros ambientes. Van a conseguir que se les trate como hombres y actuar como tales (...)” (p. 19).

Aunque este trabajo no se ocupa de las bandas, ni analiza la delincuencia de los menores institucionalizados, ni utiliza un acercamiento cualitativo centrado en las historias vitales de los jóvenes, como la obra mencionada, comparte con ella, sin embargo, el interés por contribuir a esclarecer por qué los grupos de amigos tienen un efecto tan poderoso con respecto a la probabilidad de que los adolescentes se impliquen en conducta desviada. Pero además, este trabajo pretende analizar en qué medida esa implicación en desviación se relaciona con el género y, específicamente, con ese “actuar como un hombre” al que aluden, aunque probablemente no con la misma intención, las palabras de la cita.

Los grupos de amigos y el sexo/género son, pues, los dos elementos centrales del particular análisis de la conducta desviada juvenil que aborda esta tesis.

El análisis del impacto del grupo de iguales sobre la delincuencia es ya una temática clásica en Criminología. En este sentido, la tesis comienza donde acaban muchos de los trabajos previos en el área: el reconocimiento de que la relación con amigos desviados es un importante factor de riesgo para la propia implicación delictiva. Lo que se pretende, más allá de corroborar este hallazgo, es delimitar qué otros elementos del grupo de iguales pueden contribuir a convertir este contexto en un elemento tan decisivo con respecto al desarrollo de las actitudes y conductas de los individuos que los integran.

El análisis de la importancia del sexo/género con respecto a la delincuencia es un tema que, sin embargo, no ha preocupado excesivamente a los investigadores hasta hace relativamente poco tiempo. En este trabajo el interés se centra en evaluar, por una parte, si la inclusión en un grupo de iguales desviado (junto con la debilidad de los vínculos hacia los contextos convencionales que habitualmente la precede) predice la desviación de las mujeres con la

misma fuerza que la de los varones adolescentes; y, por otra, avanzar en la delimitación de la incidencia que la identidad de género, además del sexo, pueda tener sobre la implicación en desviación.

Es conveniente indicar también en estas palabras introductorias que éste es un trabajo anclado a nivel teórico en los planteamientos psicosociales de la delincuencia. Históricamente el fenómeno de la delincuencia juvenil se ha abordado o bien a partir del análisis de las características individuales presentes en los sujetos etiquetados como delincuentes, o bien a partir de la consideración de aquellos factores socioambientales que favorecen la aparición de tales comportamientos en sectores específicos de la población.

La aparición de las teorías psicosociales ha posibilitado la síntesis necesaria entre ambos enfoques, al promover la consideración conjunta de factores individuales y socioambientales, y su integración en modelos progresivamente más complejos, capaces de dar cuenta de la complejidad inherente a la conducta que se pretende explicar.

Además, una de las principales aportaciones de este acercamiento psicosocial a la explicación de la delincuencia es el énfasis que concede a los grupos primarios, y a los entornos de socialización más próximos al individuo, dado que se asume que son estos contextos de interacción directa aquellos que ejercen un mayor impacto sobre la conducta del individuo, a la vez que actúan como el vehículo a través del que se canaliza la influencia de los factores socioambientales generales.

Desde estas coordenadas, esta tesis presenta, y pone a prueba, un modelo explicativo de la desviación juvenil en el que se integran variables referidas a los principales contextos sociales de influencia en la adolescencia (grupo de iguales, familia y contexto escolar), y variables individuales referidas a la propia autodefinición (identidad de género).

Por último, la delincuencia que se analiza en este trabajo hace referencia a la *conducta* y no a la *etiqueta*, es decir, se trata de un acercamiento basado en el método del autoinforme, que persigue la identificación de los determinantes de la conducta desviada de los jóvenes de la población general.

Formalmente el trabajo se divide en dos partes claramente diferenciadas, una primera parte (Capítulos 1, 2 y 3) en la que se recogen los hallazgos de la literatura previa con respecto

a las variables que van a formar parte del modelo, y una segunda parte en la que se presenta el estudio realizado y sus resultados y conclusiones (Capítulos 4, 5 y 6).

Concretamente, el Capítulo 1 resume la investigación y los planteamientos teóricos acerca de la relación entre el grupo de iguales y la conducta antisocial de los adolescentes. Se recogen en él tanto los modelos acerca de la posible dirección de causalidad entre los iguales desviados y la propia desviación, como las aportaciones de las teorías psicosociales de la delincuencia juvenil con respecto al papel del grupo en la etiología de la delincuencia. Se revisan también los hallazgos de la investigación previa. Por último, el capítulo incluye una revisión de los planteamientos y hallazgos recientes que ponen de manifiesto que la influencia del grupo desviado no puede ser comprendida sin una referencia previa a la influencia de los contextos convencionales.

El Capítulo 2 pretende profundizar en el análisis de las características de los grupos de amigos, con el propósito de determinar cuáles son los factores que los convierten en contextos tan influyentes durante la etapa adolescente. En concreto, se examinan variables referidas a la estructura y composición de estos grupos y al tipo de interacciones (relaciones afectivas, conflicto/violencia grupal) y actividades de ocio que tienen lugar en estos contextos, con el objetivo de precisar si estas características juegan algún papel en la relación descrita en el capítulo anterior entre el grupo y la delincuencia juvenil.

El Capítulo 3 introduce la importancia del sexo/género con respecto a la explicación de la delincuencia. Comienza con la revisión de los datos acerca de la diferencia existente entre las tasas delictivas de hombres y mujeres, tanto cuando se analiza la delincuencia oficial como cuando se utiliza el autoinforme como método de recogida de datos. Revisa también el debate abierto acerca de si los modelos teóricos existentes pueden explicar la delincuencia de hombres y mujeres, o bien sería necesario plantear nuevos modelos en los que el género adquiriera mayor protagonismo.

En el Capítulo 4 se presenta el marco metodológico que ha guiado el estudio realizado para poner a prueba el modelo y comprobar su adecuación en la explicación de la delincuencia de hombres y mujeres. Incluye, por tanto, la descripción del planteamiento, objetivos, hipótesis, variables, instrumentos de medición, y características de la muestra. Además, presenta una justificación de la utilización del autoinforme, y de sus posibilidades frente a otras metodologías, en el análisis de la conducta desviada.

En el Capítulo 5 se presentan los procedimientos estadísticos utilizados (análisis descriptivos, análisis de varianza, análisis de correlación, análisis de regresión, y path análisis), y los resultados obtenidos.

Por último, el Capítulo 6 es el espacio destinado a las conclusiones, y, por tanto, a la reflexión sobre los resultados y sobre lo que éstos significan. Es también el espacio para plantear las sugerencias que estos datos proponen de cara a futuros trabajos.

Grupo de Amigos y Delincuencia Juvenil

Uno de los hallazgos más firmemente establecidos en la investigación sobre la conducta delictiva es que la asociación con iguales desviados es uno de los principales factores de riesgo de la delincuencia de los jóvenes.

1.1. AMIGOS DELINCUENTES Y DELINCUENCIA JUVENIL

Aunque la mayoría de los estudios actuales dirigidos a analizar el crimen y la delincuencia incluyen un conjunto de variables, además de la “asociación con iguales desviados” (ej.: variables familiares y variables individuales), con frecuencia el impacto de este factor en la desviación, y más concretamente, en la desviación adolescente, es mayor que el de cualquier otro (Akers, 1998).

Tal como plantea Agnew (1991):

“Quizás el hallazgo más consistente en la literatura sobre las causas de la delincuencia es que los adolescentes con iguales delincuentes tienen más probabilidades de convertirse en delincuentes. En la mayor parte de las investigaciones, la relación entre iguales delincuentes y delincuencia individual excede la de cualquier otra variable independiente. Y en algunos estudios longitudinales, los iguales delincuentes constituyen la única variable independiente, incluso teniendo en cuenta la delincuencia previa de los adolescentes, que no tiene efectos triviales en la futura delincuencia individual (...) Como consecuencia, ahora es habitual incluir en las investigaciones una medida de la delincuencia de los iguales. Y muchos de los trabajos destinados a prevenir y controlar la delincuencia se centran en esta variable” (p. 47).

Buena parte de los estudios criminológicos corroboran la influencia de la asociación con amigos o iguales desviados en la propia desviación, al mostrar, de forma reiterada, que la delincuencia del grupo de iguales predice consistentemente la delincuencia de los jóvenes.

Un primer ejemplo de estos estudios lo constituye el trabajo de Glueck y Glueck (1950). Esta investigación, llevada a cabo comparando 500 delincuentes institucionalizados y 500 no delincuentes, muestra que, de los 500 sujetos institucionalizados, más del 98% tienen amigos delincuentes, una cifra que se reduce considerablemente en el caso de los no delincuentes: sólo el 7.4% se relacionan con amigos desviados. Aunque este trabajo ha sido criticado por presentar algunos problemas conceptuales y metodológicos (ej.: el hecho de comparar una muestra de delincuentes institucionalizados con una muestra de la población general), es también ampliamente reconocido por constituir uno de los primeros pasos en el estudio sistemático de los factores predictores de la delincuencia juvenil. Asimismo, ha influido en muchas de las investigaciones posteriores sobre el tema.

Otro de los estudios clásicos sobre delincuencia juvenil es el que inician en Londres West y Farrington, en la década de los 60 (se inicia en 1961-1962 y finaliza en los años 80). Este trabajo longitudinal, en el que se sigue a una muestra de 411 chicos londinenses de clase baja, encuentra que los principales predictores de la delincuencia juvenil incluyen variables familiares (ej.: pobres prácticas parentales, criminalidad de los padres), variables personales (ej.: bajo promedio de inteligencia), y también “la delincuencia de los amigos”.

La idea de que la desviación grupal se relaciona con la desviación de los adolescentes se confirma de nuevo en los trabajos de Sarnecki (1986, 1990), realizados en Borlänge (Suecia). Éste es uno de los primeros proyectos criminológicos que utiliza el método de “análisis de redes” para examinar la codelincuencia. Esta investigación incluye a jóvenes sospechosos de haber cometido algún delito en el distrito policial de Borlänge desde 1975 hasta 1977 (en total 575 individuos). Posteriormente, se sigue la trayectoria de estos jóvenes desde 1978 hasta 1980 y, de nuevo, desde 1981 hasta 1984. Los resultados muestran que la mayor parte de los jóvenes delincuentes cometen sus delitos en compañía de sus mejores amigos y que la pertenencia a una red de iguales desviada tiene un papel significativo en la introducción de los jóvenes en la delincuencia, y es especialmente importante en que ésta se mantenga.

Una conclusión similar se extrae del *National Youth Survey (NYS)* (Elliot, Huizinga y Ageton, 1985), una de las pocas investigaciones longitudinales que utiliza una muestra representativa a nivel nacional (EEUU) para el estudio de la conducta delictiva juvenil. Esta investigación, iniciada en 1976, con una muestra total de 1.725 jóvenes de entre 11 y 17 años, encuentra que diferentes variables, analizadas en el primer año de estudio, y relacionadas con el ámbito familiar (ej.: pobre vinculación con los padres, exposición temprana a la violencia), actitudinal

(ej.: actitudes propias hacia la violencia), y grupal (ej.: exposición a iguales desviados), predicen significativamente el comportamiento delictivo de los jóvenes.

Concretamente, las variables actitudinales y grupales se muestran como los mejores predictores de la realización de delitos violentos en la adolescencia (Elliot, 1994). Un conjunto similar de variables (ej.: exposición a amigos consumidores de droga, implicación con tales amigos, aprobación del consumo de droga por parte de los iguales y de la familia) predicen la iniciación juvenil en el consumo de alcohol, marihuana, y otras drogas, por encima de la edad y de otros factores demográficos. Además, el NYS mostró que la asociación con iguales o amigos consumidores de droga es la única, de entre las variables analizadas, que predice tanto el comienzo como la continuación del consumo de drogas por parte de los jóvenes (Esbensen y Elliot, 1994).

Cinco años después de dar comienzo el NYS, Weis y Hawkins (1981) inician en Seattle un estudio longitudinal similar, destinado a explicar el comienzo, la escalada, el mantenimiento y el final de la delincuencia y el consumo de drogas, por parte de los jóvenes, y a diseñar programas de intervención que permitan prevenir su inicio, o faciliten su cese. Concretamente, este estudio analiza el papel del “vínculo familiar” y “escolar”, “las normas sobre el consumo de drogas”, “las habilidades prosociales”, “la asociación con iguales desviados” y “la asociación con adultos desviados” respecto a cinco categorías de delincuencia: delitos serios, conducta violenta, robo, consumo de drogas y comportamientos sexuales de riesgo. Los resultados obtenidos señalan que las “normas respecto al consumo de drogas”, la “asociación con adultos desviados” y la “asociación con iguales desviados” predicen cuatro de las categorías desviadas consideradas; mientras que el “vínculo escolar” y las “habilidades sociales” se relacionan con tres de ellas. En este estudio, el “vínculo familiar” no se relaciona con el inicio de ninguna de las actividades desviadas.

En 1987, White, Pandina y La Grange, utilizando una muestra de 882 adolescentes de entre 12 y 18 años de New Jersey, encuentran que las variables familiares (como el control parental) y escolares (como el compromiso con los estudios) sí predicen el consumo de drogas y la delincuencia juvenil en el primer año de seguimiento de la muestra. Sin embargo, el predictor más fuerte de la incursión de los adolescentes en este tipo de comportamientos es la “actitud de los amigos hacia la desviación” y “su implicación en comportamientos relacionados con la droga y la delincuencia”.

De manera similar, Burkett y Warren (1987), contando con una muestra de 264 adolescentes, encuentran que la “asociación con iguales desviados” es el mejor predictor del consumo de marihuana.

Ya en la década de los noventa, podemos destacar especialmente las aportaciones de otros dos estudios. Concretamente, dos investigaciones longitudinales diseñadas para analizar los correlatos y predictores de la desviación juvenil en áreas urbanas de alto riesgo: el estudio de Huizinga, Esbensen y Weither (1991), realizado en Denver; y el de Loeber, Stouthamer-Loeber, Van Kammen y Farrington (1991), llevado a cabo en Pittsburg.

El primero de estos estudios (Huizinga *et al.*, 1991) utiliza una muestra de 802 chicos y 728 chicas de entre 7 y 15 años. Sus resultados muestran que los niños y adolescentes que no son delincuentes en el primer año de estudio, pero que poseen amigos con actitudes delictivas, tienen más riesgo de convertirse en delincuentes en el segundo año de investigación (incluso cuando la situación en sus casas los conduce hacia la conformidad): el 40% de ellos muestran niveles moderados de delincuencia y el 23% niveles delictivos altos; es decir, el 63% de los que tienen amigos delincuentes se han implicado en alguna forma de desviación. Sin embargo, aquellos adolescentes que no tienen amigos delincuentes, y cuyos contextos familiares son “prosociales”, tienen menos probabilidades de desviarse: un 71% de ellos permanecen siendo no delincuentes en el segundo año de estudio.

En el caso de los jóvenes que ya se habían implicado en actos delictivos en el primer año de estudio, los resultados muestran una alta probabilidad de desviación también en el segundo año. Además, esta probabilidad se incrementa si poseen amigos delincuentes y actitudes favorables hacia la delincuencia.

Por su parte, en el *Pittsburgh Youth Study* (Loeber *et al.*, 1991), se siguió una muestra compuesta por 850 chicos de entre 8 y 14 años de distintas escuelas públicas de la ciudad. Los resultados evidencian, de nuevo, que algunas variables referidas al grupo de iguales (iguales delincuentes), a la familia (relaciones negativas, único progenitor o pobre supervisión) y a la escuela (baja ejecución educativa, baja motivación escolar) son buenos predictores del inicio y mantenimiento de la delincuencia juvenil; en detrimento de otras variables como las sociodemográficas.

McCarthy y Hagan (1995) analizan la relación entre desviación grupal y desviación individual utilizando una muestra de adolescentes “callejeros” de Toronto. Estos autores parten de la base de que la implicación en actos delictivos es un fenómeno social, y que las redes sociales a las que pertenecen los individuos proveen el contexto en el que el comportamiento delictivo puede ser facilitado o limitado. McCarthy y Hagan (1995) encuentran que, efectivamente, la probabilidad de que los jóvenes que viven o pasan la mayor parte de su tiempo en la calle se impliquen en actos criminales se incrementa en la medida en que se relacionen de forma habitual con iguales desviados. Este tipo de asociaciones favorecen el aprendizaje de habilidades delictivas.

Por su parte, Maxwell (2002) realiza una investigación longitudinal con el objetivo de analizar la influencia de los iguales sobre el desarrollo de diversas conductas problema, entre las que se incluyen el consumo de drogas legales e ilegales, y las conductas sexuales de riesgo. Utiliza los datos del *National Longitudinal Study of Adolescent Health (AddHealth)* respecto a una muestra de 1.969 adolescentes (48.9% hombres) de entre 12 y 18 años. Sus resultados muestran que los iguales predicen la iniciación de los adolescentes en comportamientos de riesgo, más concretamente, en el consumo de cigarrillos y marihuana. En este sentido, aquellos jóvenes cuyos “mejores amigos” participan inicialmente en este tipo de comportamientos tienen el doble de probabilidades de implicarse en ellos. Aunque Maxwell (2002) también encuentra que los iguales pueden contribuir a que los adolescentes abandonen el consumo de sustancias nocivas (ej.: tabaco, alcohol).

Este último resultado no coincide con los obtenidos por Ennett y Bauman (1994), quienes habían observado que el grupo de iguales influye en la iniciación de los jóvenes en el uso de cigarrillos, pero no en su abandono. En todo caso, los datos de Maxwell (2002) acerca de que los amigos pueden proteger a los jóvenes de actividades de riesgo, es una conclusión apoyada por otros trabajos recientes (ej.: Berndt, 1999; Mounts y Steinberg, 1995; Urberg, 1999; Wentzel, 1999).

Por último, Hussong (2002), con una muestra de 377 adolescentes (51% hombres) de entre 16 y 19 años, lleva a cabo uno de los escasos estudios que analizan el efecto predictivo de tres contextos de amistad diferentes, los mejores amigos, el pequeño grupo de amigos íntimos y las cuadrillas de iguales, en el consumo de drogas por parte de los adolescentes. Los resultados del trabajo apoyan la importancia de cada uno de los tres contextos de iguales en la predicción del consumo de drogas. Concretamente, señalan que los adolescentes asociados con iguales

consumidores muestran un mayor riesgo de incurrir también en consumo que los jóvenes cuyos mejores amigos, o amigos íntimos, no consumen, o están menos relacionados con este tipo de comportamientos. Estos datos son consistentes con los de otras investigaciones (ej.: Downs y Rose, 1991; Erikson, Crosnoe y Dornbush, 2000; Mounts y Steinberg, 1995).

Otro de los tópicos acerca de la relación entre los iguales y la delincuencia juvenil que la investigación se ha ocupado de analizar es la codelincuencia, es decir, la frecuencia con la que los jóvenes que llevan a cabo actos desviados los realizan, de hecho, en compañía de los iguales.

Sarnecki (2001) lleva a cabo una investigación en la que examina la criminalidad juvenil en un área metropolitana de Estocolmo partiendo, al igual que en el ya mencionado estudio de Borlänge, de una “perspectiva de redes”. Este trabajo, de naturaleza exploratoria, analiza diferentes aspectos de la codelincuencia y de las redes juveniles, bajo la hipótesis de que los jóvenes cometen los delitos fundamentalmente junto a sus amigos. La muestra utilizada estaba compuesta por adolescentes (chicos y chicas) menores de 20 años (en total 22.091 jóvenes), sospechosos de haber cometido uno o más delitos (registrados por la policía) en la ciudad de Estocolmo, desde 1991 hasta 1995.

Los resultados de este trabajo remarcan, de nuevo, que pertenecer, o mantener algún tipo de vínculo, con una red de individuos desviados es importante a la hora de desarrollar una larga carrera criminal, en la que se incluyen delitos graves. Asimismo, este trabajo pone de manifiesto otro de los hallazgos más consolidados en el campo: que la delincuencia efectuada en la juventud tiene como rasgo distintivo ser una actividad más grupal que individual, habiendo diferencias entre ambas modalidades (Cuadro 1): los delitos cometidos en compañía de amigos delincuentes suelen ser más serios (ej.: robo, asalto, asesinato) que los cometidos en solitario (ej.: raterías en tiendas, delitos leves contra la propiedad).

Más concretamente, los datos de Sarnecki (2001) indican que los jóvenes que delinquen solos cometen un promedio de 1.16 delitos, frente a los 2.15 de los que delinquen en grupo. Del mismo modo, sólo un 12% de los adolescentes que delinquen solos son reincidentes, mientras que lo son el 66% de los que delinquen en grupo. Así, Sarnecki (2001) concluye que los jóvenes que cometen delitos junto a sus amigos se implican en un mayor número de actos delictivos, por lo que reciben, además, sentencias más duras que aquellos que “debutan” en la delincuencia en solitario, o en compañía de un único coofensor.

Cuadro 1: Tipo de participación (en solitario o con otros) en diferentes tipos de delito en una muestra de detenidos en Estocolmo entre 1991 y 1995

CATEGORÍA DEL DELITO	SOLO	CON OTROS
Agresión, intento de asesinato, asesinato	11.8%	14.4 %
Delitos contra la libertad sexual	0.8 %	0.1 %
Atraco callejero	0.3 %	3.9 %
Otros delitos contra las personas	4.8 %	8.2 %
Hurto	38.7 %	17.5 %
Otros robos, incluido robo con escalo	5.1 %	23.2 %
Vandalismo	5.3 %	10.4 %
Otros delitos contra la propiedad	13.1%	6.5 %
Delitos contra la autoridad/funcionarios	4.2 %	8.1 %
Delitos relacionados con las drogas	1.3 %	4.2 %
Otros delitos	14.6 %	3.5 %
N	10.565	26.376

Fuente: Sarnecki (2001).

Resultados similares habían sido encontrados en un estudio realizado por Reiss y Farrington (1991) en Inglaterra, quienes habían señalado que la codelincuencia es más frecuente en la juventud que la delincuencia en solitario, y que, además, es *“especialmente importante para los delitos de robo y robo con intimidación”* (p. 394).

De hecho, éstos no son hallazgos nuevos. Desde los primeros trabajos en el área se ha observado, por un lado, que buena parte de los jóvenes que se implican en conductas desviadas tienen amigos desviados, y, por otro, que la amplia mayoría de los delincuentes realizan sus actividades en compañía de sus amigos.

Por ejemplo, Shaw y McKay (1931) ya habían encontrado que más de un 88% de los jóvenes delincuentes de Chicago se implicaban en actividades delictivas con sus iguales, un porcentaje que aumentaba hasta el 91% para el delito de robo.

Por su parte, Emler, Reicher y Ross (1987) también señalan que el porcentaje de jóvenes que informan haber cometido sus delitos en compañía de sus amigos es del 68% para conductas desviadas leves (que no constituyen propiamente delito), del 75% en el caso de los delitos de estatus, del 78% para el consumo de drogas, del 79% para delitos de vandalismo, del

81% para agresiones, y del 82.2% para delitos de robo. Es decir, en todos los casos, el porcentaje de sujetos que se implican en actividades delictivas en grupo es superior al 65%.

En resumen, desde los primeros trabajos en el área hasta la actualidad, se han ido acumulando evidencias acerca de la importancia de los iguales en la delincuencia de los adolescentes. Existe, pues, un acuerdo unánime entre los investigadores acerca de que tener amigos delincuentes aumenta de forma importante la probabilidad de que los jóvenes incurran en actividades desviadas o delictivas, habitualmente, junto a estos mismos amigos.

1.2. DIRECCIÓN DE CAUSALIDAD EN LA RELACIÓN AMIGOS DESVIADOS Y DELINCUENCIA JUVENIL

Pese a la unanimidad que existe entre los investigadores del área con respecto a la importancia de la asociación entre tener amigos “no convencionales” y realizar conducta desviada en la adolescencia, el consenso no se mantiene a la hora de explicar a qué es debida esta relación o cuál es la dirección de causalidad entre ambos factores. Prueba de ello es que se han propuesto diferentes modelos teóricos para explicarla: el Modelo de la Socialización, el Modelo de la Selección, el Modelo de la Intensificación y el Modelo Mixto o Integrador (Cuadro 2).

1.2.1. Modelo de la Socialización Grupal

El **Modelo de la Socialización Grupal** (*Socialization Model*), también llamado Modelo de la Influencia de los Iguales, de la Desviación Cultural, o de la Asociación Diferencial, dependiendo de si abordamos el tema desde una perspectiva psicológica, sociológica o criminológica respectivamente, atribuye al grupo de amigos desviado un rol importante y directo en el desarrollo de la delincuencia juvenil.

En concreto, este modelo señala que es en el grupo de iguales desviado donde los adolescentes aprenden las actitudes y conductas necesarias para ejecutar actividades antisociales, habitualmente junto con estos iguales.

Cuadro 2: Modelos de la relación entre iguales desviados y desviación individual

MODELO	SUPUESTOS FUNDAMENTALES	APOYO EMPÍRICO
Modelo de la Socialización	<ul style="list-style-type: none"> La conducta delictiva de los jóvenes es, en gran medida, el resultado de la vinculación con grupos de amistad desviados. El grupo de amigos desviado actúa como un contexto de socialización y aprendizaje que facilita y refuerza la conducta desviada. 	Elliot <i>et al.</i> , 1985; Keenan Loeber, Zhang, Stouthamer-Loeber y Van Kammen; 1995; Loeber <i>et al.</i> , 1991; Simons, Wu, Conger y Lorenz, 1994; Weis y Hawkins, 1981
Modelo de la Selección	<ul style="list-style-type: none"> La conducta desviada precede a la vinculación con el grupo de amigos desviado. Es decir, haber incurrido en actos delictivos eleva la probabilidad de seleccionar amigos igualmente delincuentes, a través de un proceso de atracción interpersonal basado en la semejanza. 	Cairns, Cairns, Neckerman, Gest y Gariépy, 1988; Cohen, 1977; Kaplan, Johnson y Bailey, 1987; Poulin y Boivin; 2000; Tremblay, Mâsse, Vitaro y Dobkin, 1995; Weerman, 2003
Modelo de la Intensificación Social	<ul style="list-style-type: none"> La conducta delictiva de los jóvenes es previa a la incorporación en un grupo desviado, pero su inclusión en este tipo de grupos conlleva un incremento en sus experiencias delictivas, a través de un proceso de influencia mutua entre sus miembros. 	Dishion, 1990b; Dishion, French y Patterson, 1995b; Elliot y Menard, 1996; Farver, 1996; Simons <i>et al.</i> , 1994; Vitaro, Brendgen y Tremblay, 2000; Vitaro, Tremblay y Bukowski, 2001
Modelo Mixto o Integrador	<ul style="list-style-type: none"> Para aquellos adolescentes que presentan conductas problema/ desviación de inicio temprano, antes de vincularse a un grupo desviado, operaría el Modelo de la Selección y/o Intensificación. Para aquellos que no presentan conductas desviadas o problemáticas antes de la adolescencia, y de la integración en grupos desviados, operaría el Modelo de la Socialización. Es decir, cada modelo explicaría la relación grupo-delincuencia para un conjunto específico de jóvenes. 	Moffit, 1993, 1997; Moffit y Caspi, 2001; Patterson y Yoerger, 1993; Pulkinnen, Lyyra y Kokko, 2009; Simons <i>et al.</i> , 1994; Stattin y Magnusson, 1995; Vitaro, Tremblay, Kerr, Pagani y Bukowski, 1997

Fuente: Elaboración propia, a partir de Vitaro *et al.* (2001, 2005).

Los resultados obtenidos por los trabajos de Weis y Hawkins (1981), Huizinga *et al.* (1991), Loeber *et al.* (1991), Maxwell (2002) y Mirón y Otero-López (2005); así como los de Elliot *et al.* (1985), o Simons, Wu, Conger y Lorenz (1994), parecen consistentes, al menos en parte, con los planteamientos de este modelo. Estos estudios encuentran que la asociación con iguales delinquentes es un antecedente de la propia delincuencia.

Por ejemplo, Elliot *et al.* (1985) encuentran, como ya hemos comentado, que la asociación con iguales desviados es uno de los mejores predictores de las actuaciones delictivas posteriores de los jóvenes. Estos hallazgos son similares para hombres y mujeres, así como para delitos leves y graves.

Similarmemente, Coie, Terry, Zabriski y Lochman (1995) muestran que el primer arresto de los jóvenes en la adolescencia temprana se produce después de que se asocien con iguales desviados. En esta misma dirección, Elliott (1994) señala que la iniciación en la delincuencia para muchos de los jóvenes de 11 y 12 años de su muestra se produce a través de la asociación con iguales delinquentes. Asimismo, Keenan, Loeber, Zhang, Stouthamer-Loeber y Van Kammen (1995) encuentran que la exposición a amigos desviados por parte de adolescentes sin previo historial delictivo se traduce en una posterior implicación de estos jóvenes en actuaciones desviadas.

Más recientemente, Lacourse, Nagin, Tremblay, Vitaro y Claes (2003), usando datos del *Montreal Longitudinal Experimental Study*, encuentran que implicarse en un grupo delincuente en la preadolescencia o en algún momento específico de la adolescencia- y no necesariamente en la adolescencia intermedia, tal y como sugieren autores como Elliot y Menard (1996) o Warr (1993)-, se asocia con niveles altos de comportamiento violento; mientras que abandonar tales grupos reduce estos comportamientos.

Estos resultados van en la línea de los obtenidos por Thornberry, Krohn, Lizotte y Chard-Wierschem (1993), que señalan que los miembros de distintas bandas informan de más comportamientos delictivos que los integrantes de otros grupos sólo durante el tiempo en que pertenecen a la banda, no antes ni después.

1.2.2. Modelo de la Selección

Contrariamente al Modelo de Socialización Grupal, el **Modelo de la Selección** (*Selection Model*) no atribuye a los amigos desviados un papel causal central en el desarrollo de la delincuencia juvenil. En su lugar, este modelo indica que el comportamiento antisocial y agresivo de los jóvenes (que puede derivar de unas prácticas familiares ineficaces o de factores personales) conduce, de forma independiente, tanto a la delincuencia como a la asociación con iguales desviados.

Desde esta perspectiva, la vinculación con iguales o amigos poco convencionales es el resultado de los propios problemas conductuales de los jóvenes, y no ayuda, o ayuda poco, a explicar la delincuencia de éstos. De hecho, diversos autores sugieren que el joven, que ya ha incurrido en actos desviados, busca, selecciona y mantiene amistades delincuentes, es decir, un grupo de amigos que presente actitudes comunes a las suyas (ej.: Cohen, 1977; Farrell 1994; Farrell y Danish, 1993; Gottfredson y Hirschi, 1990; Kaplan, Johnson y Bailey, 1987; Poulin y Boivin, 2000; Weerman, 2003).

En este sentido, la selección de amigos desviados sigue a la iniciación en comportamientos antisociales, a través de un proceso de mutua atracción entre los adolescentes que toleran, o valoran positivamente, los comportamientos y actitudes desviadas (Cairns, Cairns, Neckerman, Gest y Gariépy, 1988).

Al menos dos estudios parecen indicar que la vinculación con iguales desviados no es necesaria para explicar la delincuencia de los adolescentes. Por un lado, Coie *et al.* (1995) encuentran que, tanto en el caso de los chicos como en de las chicas, la agresividad y la delincuencia previa de los jóvenes durante la adolescencia temprana predicen la delincuencia posterior de éstos (arrestos policiales), pero no la asociación con amigos desviados, a diferencia de lo que ocurre en la infancia intermedia, donde la agresividad de los niños sí predice la vinculación con iguales desviados. Similarmente, Tremblay, Mâsse, Vitaro y Dobkin, (1995) encuentran que las características de los iguales no median la asociación entre comportamientos antisociales durante la infancia y el nivel de delincuencia durante la adolescencia intermedia. La relación entre la afiliación con iguales desviados y la delincuencia juvenil parece derivar únicamente de un vínculo común: el comportamiento antisocial temprano. Muestra de ello es que, en el momento en el que se controla el efecto del

comportamiento antisocial manifestado por los jóvenes a edades tempranas, la relación desaparece.

Pese a sus posiciones aparentemente opuestas, el Modelo de la Socialización y el Modelo de la Selección parecen hacerse concesiones mutuas, abriendo la puerta a otras perspectivas más integradoras. Por ejemplo, Gottfredson y Hirschi (1990) señalan que las asociaciones con iguales desviados pueden facilitar el desarrollo de la delincuencia en individuos que ya tienen previamente tendencias antisociales.

Por su parte, Elliot (1994) admite que la delincuencia puede preceder, en el caso de algunos jóvenes, la asociación con iguales desviados. De hecho, recientemente, Elliot y Menard (1996) identifican una “secuencia evolutiva” en la que se integran elementos del Modelo de Socialización y del Modelo de Selección. Según dicha secuencia: en primer lugar, los amigos delincuentes influyen en la incursión inicial de los jóvenes en delitos menores; en segundo lugar, la implicación de los adolescentes en actuaciones delictivas menores favorece su asociación con amigos más delincuentes; y finalmente, la asociación de los jóvenes con amigos severamente desviados deriva en la incursión de éstos en delitos más serios.

Sin embargo, y a pesar de la intención original de la propuesta, desde estos planteamientos se desprende, fundamentalmente, la relevancia de los amigos desviados durante la temprana adolescencia respecto a la implicación inicial de los adolescentes en delitos menores, y durante la adolescencia media respecto a la iniciación o escalada de los jóvenes hacia delitos más serios. Es decir, esta propuesta avalaría en mayor medida la Hipótesis de la Socialización que la Hipótesis de la Selección; y en todo caso, sería especialmente congruente con el Modelo de la Intensificación Social.

1.2.3. Modelo de la Intensificación Social

El **Modelo de la Intensificación Social** (*Social Enhancement Model*), también llamado Modelo Interaccional, concibe la afiliación con iguales desviados como una variable moderadora. Esto es, los jóvenes que se afilian con amigos delincuentes ya son desviados antes de su incorporación al grupo de iguales, y son éstos últimos quienes favorecen, o facilitan, la expresión de las actitudes poco convencionales previas de los individuos, incrementando las tendencias y conductas delictivas de los jóvenes.

Por tanto, la afiliación con iguales desviados, pese a no poseer un rol causal directo en la conducta delictiva de los jóvenes (los niños de alto riesgo pueden volverse delincuentes sin tales vinculaciones), amplifica el vínculo entre un comportamiento antisocial temprano (debido, por ejemplo, a prácticas familiares deficitarias o ineficaces, y exacerbado por un rechazo de los iguales convencionales, o el fracaso escolar) y la posterior delincuencia del adolescente (Dishion, 1990 a, b; Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989).

Dishion, French y Patterson (1995b) denominan al proceso mediante el cual los niños antisociales se asocian y socializan mutuamente, incrementando sus niveles de delincuencia, *“confluencia de caracteres”*.

Esta visión es, como comentábamos, similar a la expresada por Elliot y Menard (1996). Sin embargo, ambas perspectivas difieren en un aspecto: el punto de partida de los procesos de socialización recíproca y dinámica entre los individuos y sus amigos. Para Elliot y Menard (1996) el punto de partida es la influencia de los iguales. Por el contrario, para Dishion y sus colaboradores (1995b), lo son las disposiciones personales y familiares de los niños. Así, para estos autores, y de acuerdo con el Modelo de la Intensificación, el mejor y más temprano predictor de la delincuencia posterior de los adolescentes es la agresividad individual previa en la infancia.

De acuerdo con este planteamiento, Vitaro, Tremblay, Kerr, Pagani y Bukowski (1997) señalan que los chicos con una disposición personal antisocial se asocian y son influidos más probablemente por iguales o amigos agresivo-disruptivos, volviéndose delincuentes. De igual modo, Vitaro *et al.* (2000, 2001) encuentran que variables personales como la posesión de “un perfil disruptivo infantil” o de “actitudes favorables hacia la delincuencia” preceden a la asociación con amigos desviados, asociación que deriva en un agravamiento de la delincuencia de los jóvenes.

Similarmente, Simons *et al.* (1994) encuentran que un trastorno de personalidad desafiante, adquirido tempranamente, predice la implicación con amigos desviados, lo que, a su vez, pronostica la incursión de los adolescentes en el sistema de justicia criminal.

Por su parte, Farver (1996) muestra que los niños en edad preescolar (alrededor de los cuatro años) se asocian ya en grupos o pandillas partiendo de un criterio de similitud conductual con respecto a dimensiones como la agresividad o la competencia social. En este

sentido, observa que aquellos niños que establecen amistades con otros niños agresivos son los que manifiestan más comportamientos agresivos.

Desafortunadamente, este estudio, al ser transversal, no permite evaluar el impacto de la asociación con amigos agresivos en la subsecuente agresividad de los niños. Sin embargo, del estudio de Farver (1996) parece desprenderse una matización interesante: en la adolescencia ya puede ser difícil desenredar el efecto de los procesos de selección (preferencia por determinados iguales) y de socialización (influencia de los iguales) al intentar explicar las trayectorias desviadas, dado que, probablemente, estos procesos están ya interrelacionados a estas edades.

1.2.4. Modelo Mixto

Vitaro *et al.* (1997) han propuesto recientemente una interpretación alternativa y complementaria a los modelos anteriores. El **Modelo Mixto** (*Mixed Model*), también llamado Modelo Integrador, plantea que probablemente las distintas propuestas tengan validez para grupos e individuos específicos. Es decir, que el efecto del grupo desviado sobre la delincuencia individual puede diferir de unos individuos a otros, de manera que no todos los casos pueden ser explicados partiendo de un único modelo.

Así, Vitaro *et al.* (1997) establecen, por ejemplo, que los niños que son más agresivos en la infancia (como resultado de su exposición a padres o hermanos desviados, a una disciplina coercitiva paterna, o a algún otro factor familiar o temperamental) pueden implicarse en actuaciones delictivas precozmente sin necesidad de que intervenga el rol mediador de los iguales desviados. Aún cuando, también para estos niños, la relación con iguales desviados (que puede haber sido elegida, tal como plantea el Modelo de la Selección) puede actuar amplificando sus tendencias delictivas iniciales (Modelo de la Intensificación).

Sin embargo, habría otros niños que no muestran en la infancia patrones de agresividad continuada, para los que la exposición a iguales desviados es una condición necesaria para desarrollar delincuencia (planteamiento consistente con el Modelo de la Socialización). Dado que precisan del apoyo de sus amigos desviados, habría que inferir que sus disposiciones personales (y/o sus características familiares) no son suficientes para que se involucren en actuaciones desviadas. Estos sujetos para los que los iguales desviados juegan un rol importante con respecto al inicio y escalada de la delincuencia, durante la adolescencia, son,

probablemente, jóvenes cuya conducta desordenada está limitada únicamente a esta etapa evolutiva (que es, por otra parte, la circunstancia más habitual en la población general).

El planteamiento propuesto por Vitaro *et al.* (1997) parece consistente con la teoría desarrollada por Moffit (Moffit, 1993, 1997; Moffit y Caspi, 2001) sobre el curso evolutivo y la etiología de la delincuencia. Esta autora distingue dos grandes tipos de trayectorias delictivas: aquella que se inicia a muy temprana edad y que es estable y persistente a lo largo del curso vital (*Life Course-Persistent*) y aquella que se inicia en la adolescencia, y presenta un carácter temporal y situacional (*Adolescent-Limited*). En general, los niños que manifiestan una mayor agresividad en la infancia (Vitaro *et al.*, 1997), se corresponden con los delincuentes de inicio temprano/persistentes de Moffit. Por su parte, los niños con episodios esporádicos de agresividad parecen corresponderse con los delincuentes de inicio tardío o cuyo comportamiento antisocial se encuentra limitado únicamente al período de la adolescencia.

Los primeros comienzan a delinquir a edades tempranas (en la infancia), y su conducta delictiva es más estable, violenta y patológica. Además persiste en la adultez y se relaciona fundamentalmente con déficits cognitivos, lingüísticos, problemas atencionales, agresividad, un escaso autocontrol, hiperactividad, un ámbito familiar conflictivo y/o un bajo estatus socioeconómico.

Por su parte, los jóvenes que comienzan a delinquir en la adolescencia presentan un curso evolutivo diferente. No tienen una historia antisocial en la infancia y su conducta desviada es transitoria, menos severa y casi “normativa” en su naturaleza. Estos jóvenes a menudo se implican en actividades antisociales en la adolescencia buscando el reconocimiento social de los iguales o intentando asumir un comportamiento “adulto”, pero desisten del comportamiento antisocial alrededor de los 20 años, dado que la influencia de los amigos decrece, y se incorporan a contextos en los que el reconocimiento social se vincula con comportamientos más convencionales.

Investigaciones recientes tienden a mostrar que estos dos patrones de conducta delictiva existen, y se ajustan a las características descritas.

Pulkkinen, Lyyra y Kokko (2009), llevan a cabo un estudio con 196 hombres seguidos desde los 8 a los 42 años. Sus resultados muestran, de acuerdo con la teoría etiológica de Moffit, que los chicos con una trayectoria delictiva estable o persistente manifiestan más problemas

comportamentales en la infancia y en la adolescencia temprana que los no delincuentes, o los jóvenes cuyo comportamiento antisocial se circunscribe al período adolescente. Tales comportamientos reflejan una mayor emocionalidad negativa, esto es, una mayor agresividad, mayor labilidad emocional y un menor control de impulsos. Además, este colectivo presenta un estatus socioeconómico más bajo que los no delincuentes, un peor ajuste escolar, mayores tasas de desempleo, y un mayor consumo de alcohol que los no delincuentes y los delincuentes transitorios y, en comparación con estos últimos, una menor probabilidad de establecer relaciones de intimidad duraderas y satisfactorias.

En esta misma línea, Huesmann, Dubow y Boxer (2009), usando datos del *Columbia County Longitudinal Study* (una investigación iniciada en 1961 para analizar el desarrollo de la agresión, que incluye datos de 856 personas, seguidas desde los 8 hasta los 48 años), señalan que los jóvenes con una alta agresividad a lo largo del curso vital tienen menos éxito en la vida, un mayor comportamiento criminal y un peor funcionamiento psicosocial hasta los 48 años (ej.: un mayor número de arrestos, delitos de tráfico, depresión, conductas agresivas hacia sus parejas, etc.) que aquellos con una conducta antisocial limitada a la adolescencia o iniciada en la adultez.

Stattin y Magnusson (1995), en un estudio longitudinal con 686 adolescentes varones suecos, comparan a los chicos cuya actividad criminal comenzaba en la adolescencia temprana con los que se iniciaban en la delincuencia en la adolescencia intermedia. Observaron que los jóvenes del primer grupo eran los que mostraban altos índices delictivos, tenían un pobre ajuste escolar y manifestaban frecuentes problemas de conducta (ej.: agresividad) en el contexto escolar. Por su parte, el grupo de jóvenes cuya delincuencia se iniciaba en la adolescencia intermedia presentaba una frecuencia delictiva menor, y aunque también manifestaban poca o ninguna motivación para trabajar en la escuela y algún comportamiento inadecuado, estos problemas no parecían tan marcados y graves como en el caso de los delincuentes de inicio temprano. Sin embargo, lo que más parecía diferenciar a un grupo de otro era que, mientras los primeros no gozaban de gran popularidad entre sus compañeros, de hecho, tenían un grupo de amigos pequeño (grupo en el que había pocos compañeros de clase y de su misma edad), los segundos disponían de una mayor red de amigos, generalmente del mismo sexo y de la misma escuela, y eran más populares entre sus compañeros.

Es decir, este trabajo parece confirmar que el impacto de los iguales es mayor entre los adolescentes con conducta desviada limitada a la adolescencia. Incluso, Stattin y Magnusson

(1995) observan que estos jóvenes con delincuencia de inicio tardío son los que manifiestan en mayor medida que sus amigos tienen actitudes favorables a quebrantar las normas, y los que esperan una menor sanción por dichas violaciones.

Por su parte, los resultados del trabajo de Simons *et al.* (1994) indican también que la afiliación con iguales desviados es un factor que contribuye especialmente a explicar los actos delictivos de los jóvenes que se involucren tardíamente en tales conductas, mientras que estas vinculaciones poseen únicamente un rol moderador en el caso de aquellos que se inician temprano en la delincuencia. En este último caso, los problemas de comportamiento a temprana edad parecen ser los mejores predictores de la posterior incursión en actuaciones desviadas.

No obstante, aún cuando estos trabajos parecen confirmar la importancia de la asociación con iguales desviados para los adolescentes cuya desviación se circunscribe a la adolescencia, otros trabajos recientes también apuntan que esta interacción con iguales desviados no es la única variable relacionada con la delincuencia de estos adolescentes. En esta línea, Farrington, Ttofi y Coid (2009), o los propios Stattin y Magnusson (1995), observan que los jóvenes con una conducta antisocial limitada a la adolescencia también presentan algunos de los factores de riesgo que caracterizan a los delincuentes más persistentes: vivienda pobre, familias numerosas, padres separados, padre condenado, ausencia de padres biológicos, baja inteligencia verbal, hiperactividad en la infancia, etc. También, Patterson y Yoerger (1993) señalan que, aunque el factor que resulta crucial a la hora de pronosticar la delincuencia de los infractores de comienzo tardío es su asociación con iguales desviados, estos infractores, al igual que los de comienzo temprano, están también expuestos a una menor supervisión parental en los primeros momentos de la adolescencia y a un ambiente familiar conflictivo.

Es decir, tal y como sugieren Vitaro *et al.* (1997), los factores personales y/o familiares pueden ayudar a predecir la incursión de los jóvenes en actividades antisociales en la adolescencia, aunque no parecen suficientes a la hora de pronosticar un patrón delictivo transitorio. Precisan, tal y como también sugiere Moffit (1993), de la influencia de los iguales desviados.

En general, los resultados de estos trabajos apoyan la existencia de dos trayectorias de comportamiento antisocial: la de inicio temprano y la de inicio tardío. Una trayectoria desviada temprana se asocia con problemas neuropsicológicos y/o conductuales en la infancia (Loeber y

Stouthamer-Loeber, 1998; Tremblay *et al.*, 2004); y una trayectoria tardía con factores de carácter más social, entre los que destaca la relación con amigos desviados (Elliot *et al.*, 1985; Patterson, Dishion y Yoerger, 2000).

Una última cuestión con respecto al análisis de estas dos trayectorias de implicación delictiva, cuya existencia parece adecuadamente documentada, se refiere al porcentaje de sujetos con conducta delictiva que podrían encuadrarse en cada categoría.

Aunque no existen todavía muchos datos sobre este aspecto, las investigaciones recientes indican que los delincuentes de inicio temprano suponen un pequeño porcentaje del total de delincuentes juveniles. Así, aunque Pulkkinen *et al.* (2009) encuentran que el grupo de delincuentes persistentes de su estudio representa un 29% de los hombres de la muestra original; Moffit (1993), utilizando los datos del *Dunedin Study*, señala que no es un grupo tan numeroso: sólo el 5% de la muestra total de jóvenes agresivos y antisociales acaban presentando una trayectoria delictiva estable y persistente.

En esta misma dirección, el estudio longitudinal de van Lier, Wanner y Vitaro (2007), realizado con 316 jóvenes (165 chicos y 151 chicas) seguidos desde los 6 hasta los 15 años, encuentra que sólo un 9% de los chicos y un 3% de las chicas manifiestan comportamientos desviados tempranamente en la infancia. Por el contrario, los comportamientos desviados iniciados tardíamente (en la adolescencia) afectan a un 30% de los chicos y un 16% de las chicas.

En este sentido, cabría pensar que el Modelo de la Socialización proporciona una mejor explicación de lo que ocurre en los grupos de iguales para la mayor parte de los sujetos que se implican en delincuencia durante la adolescencia, mientras que el Modelo de la Selección y el de la Intensificación explicarían mejor lo que ocurre en el caso de aquellos, pocos, adolescentes que ya eran problemáticos antes de esta etapa y que tienen una alta probabilidad de continuar siéndolo posteriormente.

En resumen, los distintos planteamientos o modelos desde los que se intenta explicar la vinculación entre amigos desviados y delincuencia juvenil tienen, como vemos, una visión particular de la relación entre ambas variables. Así, desde el Modelo de la Socialización se asume que sin la presencia de los iguales desviados las conductas desviadas o antisociales de los jóvenes tienen pocas probabilidades de llegar a producirse. Por el contrario, el Modelo de

la Selección no atribuye a los iguales un papel causal directo en las trayectorias desviadas de los niños (trayectorias que progresan desde un comportamiento agresivo/disruptivo en la infancia a posteriores conductas desviadas). Por su parte, el Modelo de la Intensificación Social sugiere que los iguales poseen un rol amplificador del riesgo de conductas desviadas en los niños con problemas previos de comportamiento. Finalmente, el Modelo Integrador propone que los tres modelos pueden tener un papel importante dependiendo de las disposiciones personales o de las características familiares de los niños: los iguales desviados pueden ser un elemento necesario para explicar la delincuencia de algunos, apenas un factor incidental para explicar la de otros, y un elemento intensificador de la de algunos otros.

Además, es posible que la utilidad de cada uno de estos modelos teóricos se encuentre condicionada también por el tipo de conducta antisocial que se aborda, el momento y el tipo de afiliación con el grupo, el género, y otros factores de riesgo y protección que interactúan con el del grupo de iguales (Rodríguez, 2006).

Pese a su utilidad, los modelos de la relación grupo-delincuencia no establecen cuáles son exactamente los mecanismos o las variables específicas a través de las que se concreta la relación entre los amigos delincuentes y la delincuencia de los adolescentes. Éste es un aspecto del que se han ocupado los distintos acercamientos teóricos que intentan explicar la delincuencia juvenil.

1.3. EL PAPEL DEL GRUPO DE AMIGOS EN LAS TEORÍAS PSICOSOCIALES DE LA DELINCUENCIA JUVENIL

Aunque la importancia de los iguales desviados en la delincuencia juvenil ha sido planteada y analizada en primer lugar desde los modelos sociológicos tradicionales (Teorías Subculturales, Teoría de la Oportunidad Diferencial), en estos acercamientos pioneros el énfasis se situaba en un tipo especial de grupo: las bandas. Estas agrupaciones, vinculadas fundamentalmente a las zonas urbanas marginales (Thrasher, 1963), y compuestas mayoritariamente por jóvenes caracterizados por su desvinculación de otros contextos convencionales (Cohen, 1971; Shaw y McKay, 1942), no pueden asimilarse al concepto más general de grupo de iguales que resulta ser el contexto grupal más característico de los jóvenes en general.

De hecho, la constatación de que la delincuencia juvenil es un fenómeno que no afecta únicamente a los sectores más desfavorecidos de la sociedad, sino que es relativamente frecuente entre jóvenes de distintas clases sociales, así como la acumulación de evidencias en el sentido de que, independientemente del tipo de agrupación de que se trate, relacionarse con amigos delincuentes incrementa el riesgo de delincuencia (Morash, 1983), han propiciado el progresivo abandono del interés por las bandas a favor de la consideración del grupo de iguales, y de su influencia específica sobre el aprendizaje de normas y conductas.

Por ello, en este trabajo analizaremos específicamente las teorías psicosociales, al considerar que son estas aproximaciones las que abordan la génesis de la conducta delictiva basándose en las experiencias de socialización que se producen en los grupos primarios de pertenencia y referencia, y, por tanto, las que aluden al papel de los iguales, en sentido amplio, en la génesis y mantenimiento de la conducta desviada.

1.3.1. Teoría de la Asociación Diferencial

De las teorías criminológicas tradicionales, la **Teoría de la Asociación Diferencial de Sutherland (1947)** es, quizás, una de las más cercanas a los modernos análisis de redes sociales, uno de cuyos supuestos fundamentales es el de que la delincuencia juvenil puede ser explicada a través de las relaciones que un individuo establece con otras personas. En este sentido, la Teoría de Sutherland (1947) plantea que la delincuencia, como cualquier otra forma de comportamiento, se aprende durante la interacción con otros individuos a través de un proceso de comunicación (Sutherland y Cressey, 1978).

Este modelo remarca, especialmente, la importancia de los grupos primarios y, más concretamente, del grupo de amigos en el comportamiento adolescente. Este hecho no resulta sorprendente si tenemos en cuenta que, en la adolescencia, los jóvenes pasan la mayor parte del tiempo con sus amigos.

Sutherland (1947) señala que es precisamente en el marco de estas agrupaciones de amistad donde los jóvenes adquieren e interiorizan valores, creencias, normas, etc. Concretamente, este autor señala que, en la medida en que los jóvenes se integren en grupos de amigos convencionales aprenderán normas, actitudes y valores prosociales; sin embargo, los adolescentes que forman parte de grupos de amistad desviados aprenderán no sólo las

técnicas necesarias para la comisión de un delito, sino también aspectos relacionados con el mismo, como la adquisición de motivaciones, valores y definiciones favorables a la ruptura de la ley.

“...el desarrollo de la conducta criminal es el resultado del mismo proceso de aprendizaje que lleva al desarrollo de la conducta de un banquero, una camarera o un doctor. Es el contenido del aprendizaje y no el aprendizaje en sí mismo el elemento significativo que determina si uno se convierte en un delincuente o no” (Sutherland, 1955, p. 58).

La Teoría de Asociación Diferencial incide especialmente en la relevancia de la exposición de los jóvenes a definiciones o patrones favorables a la violación de las normas. Debido a que los individuos están típicamente expuestos tanto a “definiciones” favorables como desfavorables a la delincuencia, es el “ratio” o “balance” de definiciones lo que determinará la conducta de los adolescentes, y, concretamente, su implicación en actividades delictivas.

A este respecto, Sutherland señala que:

“...una persona se vuelve delincuente a causa de un exceso de definiciones favorables a la violación de la ley, con respecto a las definiciones desfavorables a tal violación de la ley” (Sutherland, Cressey y Luckenbill, 1992, p. 89).

Este autor mantiene que, en la sociedad occidental, cualquier persona tiene relación tanto con individuos que sienten que las normas convencionales deben ser acatadas, como con individuos que sienten poco respeto hacia tales normas. Esta variedad de “contenido” relacional es a lo que Sutherland (1947) denomina “asociación diferencial”. Estas “asociaciones diferenciales pueden variar en frecuencia, duración, prioridad e intensidad” (Sutherland et al., 1992, p. 89).

De este modo, la probabilidad de que los jóvenes se impliquen en actuaciones delictivas se incrementa en la medida en que:

- 1) estén más expuestos a patrones desviados que a patrones convencionales (*prioridad*),
- 2) esta exposición sea relativamente habitual (*frecuencia*),
- 3) se mantenga en el tiempo (*duración*), y
- 4) provenga de fuentes que se perciban como prestigiosas (*intensidad*).

Diferentes trabajos, usando datos del *Pittsburg Youth Survey* (Loeber *et al.*, 1991), han documentado la asociación entre el incremento de creencias favorables a la delincuencia por parte de los jóvenes y su conducta desviada. Así, por ejemplo, Zhang, Loeber y Stouthamer-Loeber (1997), encuentran que los adolescentes cuyos amigos se implican en actos delictivos tienden a internalizar creencias y valores más tolerantes hacia la delincuencia, creencias que pueden actuar como fundamento cognitivo de su motivación para cometer futuros delitos. Igualmente, Menard y Huizinga (1994) señalan que un incremento de las creencias favorables a la desviación por parte de los jóvenes predice, con frecuencia, su iniciación en actos delictivos.

En resumen, la Teoría de Asociación Diferencial, tal y como Sutherland la presenta en 1947, realiza un planteamiento congruente con el Modelo de la Socialización Grupal, al indicar que la asociación con grupos de iguales desviados provoca desviación. Concretamente, esta teoría plantea que los jóvenes (y los individuos en general) aprenden comportamientos en un proceso de interacción real o simbólica con otros, principalmente con grupos de iguales, que presentan a la persona patrones delictivos y no delictivos, y técnicas, motivaciones y definiciones a favor y en contra de la ley. Si el balance de las definiciones es favorable a acatar la ley, el resultado es la conformidad; si el balance de definiciones es contrario a respetar la ley, el resultado es un comportamiento desviado. Este balance, como hemos señalado, está basado en la frecuencia, duración, prioridad e intensidad con la que uno está expuesto a tales definiciones. Si uno está expuesto a definiciones favorables a violar la ley, y al mismo tiempo está relativamente aislado de definiciones favorables a acatarla, o si está expuesto a las primeras más frecuentemente, durante un largo tiempo, y con una mayor intensidad que a las segundas, aprenderá las técnicas y definiciones favorables al delito y es muy probable que lo realice.

A pesar de que prácticamente desde su formulación este modelo teórico ha gozado de considerable aceptación, y se ha visto refrendado por los resultados de un número importante de trabajos empíricos, no ha estado exento de críticas.

Cressey (1960) llevó a cabo una exhaustiva revisión de las críticas realizadas a la Teoría de la Asociación Diferencial y argumentó que algunas de ellas, no todas, eran errores o malas interpretaciones de la teoría. Así, por ejemplo, Cressey (1960) afirma que, en contra de lo que algunos interpretan, la Teoría de Sutherland (1947) no propone que cualquier contexto es enteramente desviado, o que cualquiera de los individuos residentes en una misma área

vecinal adquiere exactamente el mismo “ratio” de definiciones favorables y desfavorables a la desviación. El Modelo de la Asociación Diferencial asume que poseer algún tipo de contacto con definiciones desviadas, o estar expuesto a tales patrones en un determinado contexto, no necesariamente resulta en el aprendizaje de un comportamiento delictivo, dado que para la mayoría de los individuos los contactos antisociales son contrarrestados por contactos convencionales.

Asimismo, Cressey (1960) considera que interpretar que en el Modelo de la Asociación Diferencial el término *asociación* alude a la relación con una categoría de “personas” es un error. La teoría propone que el comportamiento de un individuo viene determinado por el contacto con patrones de definiciones, no de personas. Así, es posible que un individuo pueda estar expuesto a patrones favorables a la aceptación de la ley mientras se relaciona, por ejemplo, con ladrones, y a patrones favorables a la ruptura de la ley mientras interacciona con policías. Los términos de la teoría no requieren que la persona interactúe directamente con otros que están cometiendo un delito para que incurra en este tipo de actividades. Simplemente es necesario que uno esté expuesto, directa o indirectamente, a definiciones favorables a la violación de la ley y se encuentre en disposición de aprender las técnicas y el modo de ejecución del delito concreto.

Sin embargo, Cressey (1960) reconoce que la Teoría de la Asociación Diferencial tiene dos “debilidades”. La primera es la dificultad de este modelo para definir algunos términos de la teoría en un modo que permita su análisis operativo. Cressey (1960) se preocupa, especialmente, por el concepto de “definiciones”, que no está delimitado con precisión, y por el “ratio” de “exceso de definiciones”, que no es tampoco fácilmente operacionalizable. En segundo lugar, la teoría no describe los procesos básicos de aprendizaje que operan tanto en el comportamiento criminal como en el no criminal.

Por otra parte, algunos autores también han planteado que, en contra de lo que postula la teoría, la asociación diferencial no actúa principalmente a través de la transferencia de actitudes, sino a través del modelado o contagio comportamental. Los individuos parecen más influenciados por los comportamientos de sus amigos que por sus actitudes hacia el crimen (Jensen, 1972; Matsueda y Heimer, 1987; Warr y Stafford, 1991). En este sentido, el *National Youth Survey* (1985) indica que, aunque las actitudes de los iguales afectan a la delincuencia, sin embargo, su efecto es pequeño en comparación al del comportamiento de los amigos. Es más, este estudio muestra que, incluso cuando se controla el efecto de las actitudes de los

iguales, y de las propias actitudes hacia la desviación, el efecto del comportamiento de los iguales sigue siendo muy relevante.

Tal como plantea Agnew (1993), es a través de la enseñanza, el modelado y el refuerzo del comportamiento no convencional, cómo los iguales desviados motivan a los jóvenes a implicarse en actividades similares. Esta crítica, referida a la relativamente escasa importancia concedida por la Teoría de la Asociación Diferencial al papel del aprendizaje de conductas específicas en los contextos grupales, ha sido recogida por otros modelos teóricos, y en concreto, por los modelos basados en el Aprendizaje Social que describiremos a continuación. Desde las Teorías del Aprendizaje Social también se critica el hecho de que este modelo se centre fundamentalmente en explicar el impacto de los iguales en la desviación de los jóvenes, prestando menor atención a otros agentes socializadores, como la familia, la escuela, o los medios de comunicación, factores que han mostrado ser importantes con respecto a la probabilidad de aprender y manifestar conducta desviada.

A pesar de las críticas, la Teoría de la Asociación Diferencial, y especialmente su afirmación de que las interacciones con iguales desviados generan desviación, han recibido consistente apoyo empírico (ej.: Agnew, 1991; Alarid, Burton y Cullen, 2000; Elliott y Menard, 1996; Jarjoura y May, 2000; Jensen, 1972; Short, 1960). De hecho, tal y como hemos visto al inicio de este capítulo, es uno de los datos más contrastados en los trabajos que intentar clarificar las variables “causales” de la delincuencia juvenil.

1.3.2. La Teoría del Aprendizaje Social de Akers

El **Modelo de Aprendizaje Social** desarrollado por Akers y sus colaboradores (Burguess y Akers, 1966; Akers, Krohn, Lanza-Kaduce y Radosevich, 1979) propone un proceso que ordena y concreta las relaciones entre las variables derivadas de la Teoría de Bandura (1977) y las de otros modelos de la conducta desviada, entre ellos la Teoría de la Asociación Diferencial.

Su premisa básica es que, tanto el comportamiento desviado, como la conformidad, se adquieren a través del mismo proceso de aprendizaje. La diferencia estriba en la dirección en que operan una serie de mecanismos: asociación diferencial, refuerzo diferencial, imitación y definiciones evaluativas. En este sentido, el aprendizaje del comportamiento delictivo es más probable cuando, en el balance, los efectos combinados de estos cuatro mecanismos instigan,

o fortalecen, los actos desviados. Por su parte, la probabilidad de conformidad se incrementa cuando, en el balance, estas variables actúan en dirección opuesta.

“La probabilidad de que una persona se implique en comportamientos criminales y desviados se incrementa, y la probabilidad de su conformidad a la norma decrece, cuando diferencialmente se asocia con otros que cometen actos criminales, se expone a definiciones favorables a la desviación, está relativamente más expuesta a modelos personales o simbólicos desviados, cuyo comportamiento es definido como deseable o justificado, y cuando ha recibido en el pasado, y anticipa en el presente o futuro, más recompensas que sanciones por tal comportamiento” (Akers, 1998, p. 50).

Concretamente, cada uno de los cuatro elementos que integran este modelo puede ser presentado de forma independiente como una hipótesis analizable. En este sentido, el individuo realizará, con mayor probabilidad, actos delictivos o desviados, cuando:

- Se asocia diferencialmente con otros que cometen y apoyan las transgresiones de las normas y leyes sociales.
- Aprende más definiciones favorables a la comisión de actos desviados que definiciones desfavorables hacia tales conductas.
- Está expuesto y observa más modelos desviados que convencionales.
- Observa que el comportamiento desviado o delictivo es reforzado diferencialmente sobre el comportamiento de conformidad a la norma.

Aplicando estas directrices a un comportamiento desviado concreto, como, por ejemplo, el consumo de drogas, cabría decir que el inicio o mantenimiento del hábito de consumo depende de un proceso en el que el individuo está expuesto a más normas y modelos de consumo que de abstinencia, al refuerzo de este hábito, y a definiciones del consumo más positivas (definición de la conducta como buena), o neutralizadoras (definición de la conducta como aceptable), que negativas (definición de la conducta como indeseable).

Según el Modelo de Akers (1979), el comportamiento desviado es aprendido y modificado a través de los mismos mecanismos cognitivos y conductuales que la conformidad, lo que varía es la dirección, el contenido y el resultado de lo aprendido. Por tanto, y por ejemplo, la influencia del grupo de iguales (o de los restantes contextos de socialización) podría explicar

tanto el comportamiento desviado de los jóvenes como su conformidad. Es el contenido de los procesos de influencia lo que varía entre los grupos desviados y los grupos convencionales.

Este modelo considera, al igual que la Teoría de la Asociación Diferencial, que en la adolescencia el efecto y la influencia de los amigos sobre las creencias y actitudes de los jóvenes se convierte en muy importante, incluso más fuerte que la influencia de la familia, dado que durante este período evolutivo los jóvenes comienzan a pasar más tiempo con sus amigos y menos con sus padres. Como resultado, los iguales o amigos tienen más oportunidades que los padres para proporcionar mensajes sobre la aceptabilidad o el rechazo de la delincuencia.

Sin embargo, y en este caso a diferencia de lo que planteaba la Teoría de Sutherland, la asociación diferencial que plantea la Teoría de Aprendizaje de Akers (1979), referida a la interacción e identificación con determinados grupos, no alude especialmente a la asociación con iguales, sino también a las asociaciones que se producen en la familia, la escuela y otras instituciones sociales.

“...la Teoría sostiene que el principal efecto sobre la conducta viene de la influencia de esos grupos con los que uno se asocia diferencialmente, y que controlan fuentes y patrones de refuerzo, proporcionan definiciones normativas, y lo exponen a uno a modelos de comportamiento. Los grupos primarios más importantes son el grupo de iguales y de amistad, y la familia, pero también incluyen el trabajo, la escuela, la iglesia y otros grupos de pertenencia y referencia” (Akers, 1998, p. 63).

La Teoría del Aprendizaje Social señala que el significado de estos grupos viene no sólo de su rol, exponiendo al individuo a definiciones culturalmente transmitidas (normas, actitudes y orientaciones), sino también de la presencia en ellos de modelos de conducta a imitar, y de mecanismos de control sobre las recompensas y castigos vinculados a la conformidad o a la conducta desviada.

La diferencia, por ejemplo, entre la familia y los iguales reside en que, en el primer caso, el inicio de la delincuencia no precede a la interacción en una familia particular- excepto en circunstancias especiales como la adopción de un niño que ya es delincuente (Akers, 1998). Sin embargo, ésto no es necesariamente así en el caso de los iguales. Uno puede elegir asociarse con amigos basándose en un criterio de similitud respecto a un comportamiento desviado que ya existe; o bien asociarse con ellos a partir de otras circunstancias comunes, tales como la

proximidad, cercanía en edad o curso escolar, similitudes familiares, económicas, etc. En general, con respecto a la familia los adolescentes tienen pocos elementos para controlar su pertenencia a ella; mientras que con respecto a los iguales algunos de los factores que determinan la pertenencia grupal sí están bajo el control de los adolescentes, aunque otros simplemente suceden o le vienen dados.

En cualquier caso, la asociación de los adolescentes con iguales, y concretamente con iguales desviados, afecta a la naturaleza de los modelos, definiciones y recompensas/castigos a los que están expuestos. Después de que se ha establecido la asociación, sus consecuencias, ya sean en forma de refuerzo o castigo, afectan tanto a la continuación de las antiguas, como a la búsqueda de nuevas asociaciones (aquellas sobre las que uno tiene alguna elección). En la medida en que uno puede elegir interactuar con otros, y esos otros están también envueltos en comportamientos desviados, los resultados de dichas interacciones se presuponen más recompensantes que aversivas, y facilitan el mantenimiento de las amistades desviadas, sobre todo a medida que la adolescencia transcurre y los jóvenes van adquiriendo un mayor control sobre sus elecciones de amistad.

Asimismo, independientemente de la secuencia en la que ocurra el inicio del comportamiento desviado, y del nivel de implicación delictiva de los jóvenes, su frecuencia y seriedad se incrementa después de que las asociaciones desviadas se han producido y decrece si éstas desaparecen. Esto es, independientemente de su orden temporal, la asociación diferencial con amigos desviados tiene un efecto en el propio comportamiento delictivo.

Así, tanto la “selección” (tendencia de las personas a elegir interactuar con otros con similitudes conductuales) como la “socialización” (tendencia de las personas que interactúan a influirse mutuamente a nivel conductual), son parte del mismo proceso de aprendizaje social. La Teoría de Aprendizaje Social sostiene que ambos efectos no son mutuamente excluyentes, sino que operan en diferentes tiempos, tal y como señala el Modelo de la Intensificación Social.

En resumen, el Modelo de Akers (1979) señala la influencia de diferentes entornos, entre ellos, el de los iguales, en los procesos de socialización y aprendizaje de los jóvenes, e incorpora un mayor número de conceptos con el propósito de profundizar en los procesos y mecanismos de aprendizaje de la conducta social. Concretamente, sus presupuestos establecen que la conducta social se adquiere en interacción con grupos significativos del

entorno (ej.: familia y grupo de amigos), con los que el individuo se asocia diferencialmente. Estos grupos proporcionan el ambiente social en el que tiene lugar la exposición de los individuos a definiciones de las conductas como “buenas” (positivas), “aceptables” (neutras) o “indeseables” (negativas), la imitación de modelos, y el refuerzo diferencial de las conductas. Así, cuanto mayor sea la exposición del sujeto en estos grupos a definiciones positivas y neutralizadoras de la conducta delictiva, y mayor el refuerzo asociado a dicho comportamiento (respecto a otros más convencionales), más probable será que el individuo lo ejecute.

La Teoría de Akers (1979) es valorada como un planteamiento válido y útil a nivel práctico (Rutter y Giller, 1988). De hecho, son muchas las investigaciones que encuentran que las variables de aprendizaje social propuestas por este modelo se relacionan y predicen el comportamiento desviado de un modo más claro que las variables propuestas desde otras teorías (ej.: Benda, 1994; Conger, 1976, Jonhson, 1979; Kandel y Davies, 1991; Matsueda, 1982; Matsueda y Heimer, 1987; White, Johnson y Horwitz, 1986). Además, cuando se incluyen estas variables de aprendizaje social en modelos integrados que incorporan variables de diferentes teorías, las variables de aprendizaje resultan ser las que manifiestan un mayor efecto sobre la génesis de la delincuencia juvenil (Catalano, Kosterman, Hawkins, Newcomb y Abbott, 1996; Elliot *et al.*, 1985; Kaplan, 1996).

El *Boys Town Study*, conducido por Akers *et al.* (1979) fue el primer proyecto relevante destinado específicamente a examinar la validez del Modelo de Aprendizaje Social, en comparación con las teorías de la desviación como la Teoría del Control Social de Hirschi (1969) y las Teorías de la Tensión de Cohen (1955), y Cloward y Ohlin (1960). Los hallazgos del *Boys Town Study* muestran que las principales variables de la Teoría de Aprendizaje Social explicarían más del 68% de los comportamientos de consumo de drogas de los adolescentes; mientras que las variables de la Teoría del Control Social explican el 30%, y las de las Teorías de la Tensión únicamente darían cuenta del 3%. Estudios posteriores de estos autores (ej.: Lauer, Akers, Massey y Clarke, 1982) confirman estos resultados.

Asimismo, Hartjen y Priyadarsini (2003), al examinar qué variables de las Teorías del Control Social y de Aprendizaje/Asociación Diferencial pueden explicar mejor la delincuencia de una muestra de chicos y chicas franceses de entre 13 y 18 años, encuentran que las variables propuestas desde la Teoría del Control Social (implicación con la familia y la escuela) no se relacionan con la delincuencia; mientras que las variables propuestas desde las Teorías del Aprendizaje/Asociación Diferencial (actitudes hacia la desviación, implicación de los iguales en

actividades desviadas, exposición a iguales desviados y un índice de exposición a iguales delinquentes), se relacionan de manera significativa con la delincuencia autoinformada tanto de los chicos como de las chicas.

Pese a su relevancia y utilidad empírica, la Teoría de Akers (1979) ha recibido también algunas críticas. Básicamente tales críticas no cuestionan los postulados de la teoría, sino que señalan algunas de sus carencias. Así, por ejemplo, Cairos (1979) alude al hecho de que del modelo de Akers no se deriva una explicación clara acerca de por qué existen diferencias individuales tan pronunciadas en el aprendizaje y mantenimiento de la conducta social. Asimismo, Rutter y Giller (1988) señalan que la Teoría de Aprendizaje Social obvia algunas cuestiones de importancia en la explicación de la conducta desviada de los jóvenes, tal es el caso de las diferencias por sexo, o de los cambios debidos a la edad.

A pesar de estos comentarios, prácticamente no existen posicionamientos que cuestionen la relevancia de los mecanismos de aprendizaje que postula la Teoría para dar cuenta de la delincuencia juvenil.

1.3.3. Teorías de la Vinculación Social

Una revisión de las teorías psicosociales que explican la delincuencia basándose en las relaciones que se producen en los contextos de socialización, estaría incompleta si no nos refiriésemos a la **Teoría del Control de Hirschi (1969)**, también llamada Teoría del Vínculo Social, y a la reciente reformulación de la misma, propuesta por Hirschi y Gottfredson (1990): la **Teoría General del Delito**.

La idea central de la teoría original del Control o Vínculo Social, planteada en la obra *“Causes of Delinquency”* (Hirschi, 1969), es que la propensión o motivación natural de los individuos a desviarse de las normas está limitada por los vínculos que establecen con la sociedad convencional. Hirschi (1969) define cuatro elementos constitutivos de tales vínculos:

- El Apego (*attachment*): alude a los vínculos afectivos establecidos entre el joven y lo que Hirschi (1969) denomina “otros” significativos de su entorno: padres, amigos y escuela. En especial, los padres serían la principal fuente de apego, dado que éstos enseñan a los

hijos las conductas socialmente aceptables (y sancionan las que no lo son) y actúan como modelos convencionales.

- El Compromiso (*commitment*): se refiere a las aspiraciones y las metas socialmente deseables, fundamentalmente relacionadas con la escuela y el logro escolar. El ámbito escolar resulta un excelente definidor de metas convencionales; y, además, proporciona los mecanismos legítimos para lograrlas.
- La Participación (*involvement*): se trata de un concepto muy ligado al anterior y alude a la implicación del adolescente en actividades convencionales (escuela, religión, comunidad, trabajo), con frecuencia, realizadas en compañía de los iguales, y destinadas al logro de prestigio y estatus.
- Las Creencias (*belief*): hacen referencia al grado en el cual el individuo asume y sigue los valores sociales. Si un individuo tiene consideraciones, opiniones y definiciones apegadas a las normas de convivencia convencionales, estas convicciones disminuirán la probabilidad de que se implique en conducta antisocial.

De todos ellos, el apego, es decir, el vínculo afectivo que se establece entre un individuo y “otros” significativos del entorno es, quizás, el elemento central.

De acuerdo con Hirschi (1969), los vínculos sociales que existen entre un individuo y su medio tienen, por definición, un efecto que promueve la conformidad. La fuerza de los vínculos sociales hace a los individuos menos “libres” para cometer delitos. Sin embargo, cuando estos vínculos son débiles se produce la desviación. En palabras del propio Hirschi: “*los actos delictivos se producen cuando el vínculo de un individuo con la sociedad es débil o se rompe*” (Hirschi, 1969, p. 16).

Concretamente, Hirschi (1969) señala que los individuos se convierten en delincuentes cuando no desarrollan apego a otros convencionales, cuando no desarrollan un nivel de compromiso con proyectos y objetivos legítimos, y cuando no alcanzan el éxito social y, por tanto, fracasan en la adopción de las creencias socialmente aceptadas.

Para Hirschi (1969), esta relación se aplica incluso a los vínculos que el individuo mantiene con su grupo de amigos. A través de su relación con el grupo, el adolescente debe comprometerse con las expectativas y actividades convencionales, adquiriendo las actitudes y creencias que faciliten, no sólo su completa identificación e integración en el grupo, sino también en la sociedad convencional. Los amigos, a través del establecimiento de relaciones de amistad cohesionadas, recíprocas y cálidas, actúan, en este sentido, como modelos de rol, reforzando las conductas aceptables y sancionando las no deseables.

Sin embargo, si los vínculos que el adolescente establece con sus iguales convencionales son débiles o inexistentes, el proceso socializador puede fracasar y, por tanto, la probabilidad de que el joven incurra en actuaciones delictivas se incrementa.

Hirschi (1969) también plantea la posible existencia de relaciones entre la delincuencia juvenil y la asociación con iguales delincuentes. Sin embargo, ante la incapacidad de integrar adecuadamente tal observación en el marco general de su teoría, señala que estas relaciones son espúreas, *“dado que ambos fenómenos son el resultado de la misma causa -la falta de conformidad”* (Hirschi, 1969, p. 138).

Así, la Teoría del Vínculo, o del Control Social, en cierto modo coincide con el Modelo de la Selección, al sostener que el comportamiento delictivo previo del individuo, resultado de un pobre proceso socializador, genera, de forma independiente, la asociación con iguales desviados y la delincuencia del individuo. La Teoría de Hirschi (1969) no asume la existencia de efectos causales en la relación desviación grupal-delincuencia juvenil. El modelo predice que la “asociación con iguales desviados” y la “delincuencia del individuo” correlacionan, pero no mantienen una relación causal.

De esta forma, el autor asume que la incidencia de los grupos de iguales delincuentes en la desviación de los jóvenes es escasa, dada la incapacidad de estos grupos para actuar como modelos de rol, ya que sus integrantes no son capaces de establecer vínculos cercanos y cálidos entre ellos, al poseer escasas habilidades sociales, resultado de una pobre socialización. Concretamente, este autor señala que las relaciones entre jóvenes con comportamiento antisocial son “frías y frágiles”, porque carecen de las competencias sociales necesarias para mantener relaciones de calidad.

Esta afirmación ha recibido algunas críticas. Así, por ejemplo, Sarnecki (2001) señala que, incluso cuando las relaciones entre individuos antisociales fuesen más débiles que las que existen entre individuos convencionales, los iguales antisociales pueden tener un importante impacto en el comportamiento de los jóvenes. Es más, estudios como el de Aloise-Young, Graham y Hansen (1994) o el de Kiesner, Cadinu, Poulin y Bucci (2002), apoyan la idea de que los iguales pueden influir en el individuo incluso si la relación no es reconocida como importante o íntima por ambas partes. El mecanismo de influencia puede ser diferente dependiendo de la realidad de la relación, pero existir en cualquier caso.

Además de la crítica referida a la poca consideración del papel de los contextos desviados sobre la desviación individual, la Teoría del Control Social ha recibido otras críticas. Siguiendo a Akers (1991), Linden y Fillmore, (1981), Vold, Bernard y Snipes (2002) y Wiatrowski, Griswold y Roberts (1981), cabría mencionar las siguientes:

- La dificultad de comprobar la asunción de partida del modelo acerca de que existe una motivación natural hacia la desviación.
- La ausencia de especificación acerca de cuáles son los mecanismos a través de los que se produce el aprendizaje de la conducta en los grupos primarios.
- La ausencia de una razón clara para asegurar que existen, específicamente, cuatro elementos de vinculación social; de hecho es posible que haya más y que cuantos más se planteen mayor sea el poder predictivo de la Teoría.
- La falta de una explicación clara acerca de cómo cada uno de los elementos de vinculación social que se proponen (como, por ejemplo, “la participación en actividades comunitarias”) afecta, por sí mismo, a la probabilidad de delincuencia del individuo.

En este sentido, Wong (2005) lleva a cabo un estudio con 578 estudiantes canadienses en el que analiza el efecto del elemento “*implicación*” sobre la delincuencia juvenil. Sus resultados revelan que las actividades relacionadas con la escuela y la familia (ej.: estudiar, hacer cosas con la familia) fortalecen el vínculo social, y reducen la asociación delictiva y la delincuencia. Sin embargo, otras actividades convencionales, tales como pasar el tiempo con los amigos, tienen efectos opuestos. Compartir el tiempo con los iguales puede fortalecer el vínculo de los

adolescentes con los amigos pero también debilitar su vínculo a la familia y la escuela y, por tanto, el compromiso con creencias morales convencionales. Es decir, estos resultados parecen sugerir que el efecto del elemento implicación sobre la delincuencia depende del tipo de actividades en que uno se implica y del tipo de personas con las que uno se asocia (en otras palabras, el tipo de actividad determina el resultado positivo o negativo de la implicación). Por ello, Wong (2005) reformula la hipótesis de Hirschi, entendiendo la participación o implicación como un escenario social variable y un factor que puede actuar de modo diferencial: ciertas actividades proporcionan un escenario social favorable para el desarrollo del vínculo social y la reducción en la asociación delictiva, mientras que otras actividades, aún siendo convencionales, no generan estos resultados.

Pese a las críticas recibidas, el Modelo de Hirschi (1969), y, concretamente, la propuesta de que existe una fuerte relación entre delincuencia y ausencia de apego a la familia y/o a la escuela, recibe considerable apoyo empírico (ej.: Agnew, 1985; Gold, 1963; Jensen, 1972; Kempf, 1993; Krohn, Massey, Skinner y Lauer, 1983; Nye, 1958) y supone una importante aportación a la explicación de la conducta delictiva de los jóvenes.

Es muy posible que gran parte de las diferencias entre este modelo teórico y los dos anteriormente mencionados se derive del implícito subyacente a cada uno de ellos. Mientras la Teoría de la Asociación Diferencial trata de explicar la conducta desviada, y las Teorías del Aprendizaje Social cualquier tipo de conducta, sea desviada o convencional, la Teoría del Control Social es una teoría que trata de explicar la conformidad. Evidentemente, para explicar desviación es más necesaria la referencia, e incluso la insistencia, en el papel de los amigos y otros significativos desviados, que para explicar conformidad. Realmente la gran aportación de la Teoría del Control es su punto de vista novedoso con respecto al hecho de que el fenómeno que debería ser objeto de interés de los investigadores es antes la conformidad a unas normas que el individuo no conoce cuando se incorpora al grupo, que la desviación de las mismas. Esta aportación se ha convertido, a su vez, en la gran desventaja del modelo cuando se lo compara con teorías formuladas explícitamente para explicar la delincuencia, especialmente los actos delictivos concretos que los individuos realizan, y que deben haber sido aprendidos en algún contexto relacional.

Probablemente las críticas planteadas a este modelo han tenido que ver con el hecho de que en años recientes Hirschi replantee su propuesta original, formulando, junto a

Gottfredson, la *Teoría General del Delito* (Gottfredson y Hirschi, 1990). En esta nueva teoría la pretensión es ya, como su propio nombre indica, explicar la desviación.

En concreto, esta teoría señala que tanto la conformidad como la desviación se explican, en último término, a partir de una variable individual, el autocontrol. Esta variable fue incorporada al modelo con el objeto de solventar algunos de los déficits explicativos del modelo anterior, entre ellos, la no inclusión de variables de orden individual (más allá del elemento *creencias convencionales*, que se propone como resultado de las vinculaciones convencionales, pero que juega un papel menos relevante en la explicación de la desviación).

Gottfredson (2006) se refiere al autocontrol como:

“...la tendencia a retrasar los beneficios personales a corto plazo en aras de intereses personales y colectivos a largo plazo. El delito y la delincuencia pueden proporcionar la satisfacción de deseos humanos universales, aunque únicamente arriesgando objetivos a largo plazo (el hecho de evitar el castigo, la capacidad de obtener logros convencionales como una educación y un empleo, las relaciones interpersonales). Así, quienes tienen unos mayores niveles de autocontrol, en igualdad de circunstancias, tienen menos probabilidades de comportarse violentamente, cometer delitos o participar en actos delictivos que las personas con menores niveles de autocontrol. Y tienden a tener unos índices relativamente elevados de éxito escolar y en el empleo, así como relaciones interpersonales duraderas” (p. 338).

La Teoría General del Delito plantea que en la naturaleza de las personas existe una predisposición para satisfacer sus necesidades y deseos. Si no se regula esta propensión, los individuos se inclinan por realizar conductas, aún siendo desviadas, que, de forma inmediata, les proporcionan la oportunidad de satisfacer tales deseos. El elemento encargado de encauzar o canalizar esos deseos, y por ende la desviación, es el autocontrol. El papel del autocontrol es dominar la impulsividad y las ambiciones inmediatas, en virtud de metas y propósitos a largo plazo (Gottfredson y Hirschi, 1990).

Gottfredson y Hirschi (1990) indican que el nivel de “autocontrol” de un individuo es el resultado del proceso de socialización. Más concretamente, Gottfredson (2006) señala que cuando en el proceso de socialización se enfatiza la preocupación por las demás personas, y el interés por las consecuencias a largo plazo de los comportamientos, se está promoviendo el desarrollo del autocontrol; y, por el contrario, cuando la crianza no es efectiva en estos aspectos se puede promover el bajo autocontrol.

Las personas con bajo autocontrol tienden a ser egocéntricas, se centran en satisfacer sus propios deseos, y rechazan la disciplina, la supervisión, y todos aquellos elementos que supongan una limitación de su comportamiento; tal planteamiento sugiere el desapego del individuo hacia escenarios como el familiar y el escolar, y su predisposición, especialmente en la adolescencia, a compartir la mayor parte del tiempo con los amigos, con frecuencia del mismo sexo y similares actitudes, con quienes incurre en actividades desviadas.

Los planteamientos de la Teoría avanzados hasta aquí, son compatibles con la idea de que algunas conductas desviadas pueden ser facilitadas por la pertenencia a un contexto grupal. Los adolescentes pueden utilizar sus grupos de amigos para realizar actividades desviadas cuya ejecución en solitario conlleva una mayor dificultad y riesgo (ej.: robo). Sin embargo, ésto no significa que los jóvenes desarrollen o mantengan un bajo autocontrol como consecuencia de su pertenencia a tales grupos. Al contrario, la participación en tales grupos es indicativa del bajo autocontrol de los adolescentes, de su despreocupación por objetivos o beneficios a largo plazo. Después de todo, los grupos delincuentes, según Gottfredson y Hirschi (1990), se caracterizan por débiles, en lugar de fuertes, vínculos de amistad, y habitualmente no disponen de una organización clara, ni se plantean la consecución de un objetivo a largo plazo (tal como, por ejemplo, lo haría un equipo de atletismo). Al contrario, estos grupos tienen una vida corta, son inestables, y podrían ser definidos como colectividades desorganizadas cuyos miembros tienen poca consideración los unos por los otros.

Por ello, y en contra de los modelos que sostienen que la asociación con iguales delincuentes es un antecedente de la delincuencia de los adolescentes, Gottfredson y Hirschi (1990) mantienen que tales asociaciones son típicamente (aunque no siempre) una consecuencia, en lugar de una causa, del propio comportamiento desviado. La principal relación entre el comportamiento de los iguales y las propias acciones de los jóvenes provienen de los efectos de selección de los iguales, en lugar de la influencia de los amigos en las propias acciones. Los jóvenes se implican en actividades delictivas primero, y luego buscan a otros adolescentes delincuentes para relacionarse; posteriormente continúan o rompen con esas relaciones dependiendo de si siguen, o no, implicándose en actos criminales, independientemente del comportamiento de los iguales. No es que las asociaciones delincuentes causen la delincuencia de los jóvenes sino que la delincuencia juvenil causa la asociación con delincuentes. La principal función del grupo de amigos es *“facilitar los actos desviados cuya ejecución en solitario es difícil y peligrosa”* (Gottfredson y Hirschi, 1990, p. 159).

Si no es necesaria esta función facilitadora, los actos desviados pueden ser cometidos en solitario, o sin referencia al comportamiento de los amigos.

Sin embargo, y como hemos señalado, la investigación no sólo no respalda estos supuestos, sino que los hallazgos de varios estudios (ej.: Agnew, 1991; Empey y Stafford, 1991; Kandel, 1978; Menard y Elliot, 1994; Warr, 1993) apoyan la propuesta de que los adolescentes que se asocian con iguales que cometen o toleran actos desviados aprenden nuevas definiciones favorables al comportamiento delincuente, o fortalecen las que ya poseen, lo que les lleva a iniciar o incrementar su implicación en conductas delictivas, que, a su vez, van a influir en sus asociaciones y definiciones posteriores.

A este respecto, Thornberry, Lizotte, Krohn y Joon-Jang (1994) señalan que:

“...asociarse con iguales delincuentes tiende a incrementar la delincuencia y, al menos en parte, este efecto está mediado por las percepciones de refuerzo positivo asociadas a la delincuencia. A su vez, la implicación en actos delictivos ejerce un efecto positivo en la asociación con iguales desviados (...); tanto los procesos de socialización como de selección contribuyen al desarrollo de la delincuencia a lo largo del tiempo” (p. 70).

Cabría decir que la Teoría General del Delito (Gottfredson y Hirschi, 1990) se diferencia del Modelo inicial de Hirschi (1969), al enfatizar que la propensión de los individuos a implicarse, o no, en conductas criminales es principalmente una función de su nivel de autocontrol, y no, directamente, de la ausencia de vinculación a la sociedad convencional, como planteaba la Teoría del Control. Aunque ambos presupuestos son fácilmente asimilables, dado que en el modelo original, el resultado de la vinculación a la sociedad convencional se manifestaba, igualmente, en el elemento *creencias*, esto es, en la asunción personal de los valores convencionales.

Tal vez la diferencia fundamental radica en el hecho, ya comentado, de que la Teoría General del Delito es un modelo planteado para explicar la desviación, lo que permite obviar la crítica acerca de la dificultad de comprobar el presupuesto de la Teoría del Control Social acerca de que existe una disposición natural hacia la desviación. Sin embargo, ambos modelos continúan siendo criticados por la poca relevancia atribuida a la asociación con personas desviadas como fuente directa de desviación.

El propio Hirschi (1969) reconocía que la Teoría del Control Social tal vez había subestimado excesivamente la influencia de los iguales desviados. Del mismo modo, la Teoría General del Delito sostiene que el bajo autocontrol no es la única condición suficiente y necesaria para la desviación. Por ello, introduce en sus presupuestos un elemento, “*la oportunidad para materializar el delito*”, que si bien no es central en el modelo, permite tener en cuenta los contextos desviados como factores que contribuyen al desarrollo o agravamiento de la delincuencia.

1.3.4. Recapitulando: Principales aportaciones de las teorías psicosociales en el planteamiento de la relación entre el grupo de iguales y la delincuencia

Los modelos teóricos analizados han realizado importantes aportaciones en la explicación de la conducta desviada de los jóvenes.

Tal y como señalan Mirón y Otero-López (2005), estos modelos, en primer lugar, han establecido la importancia, de cara a la génesis y mantenimiento de la conducta delictiva, del proceso interactivo entre el individuo y su entorno social durante el proceso de socialización; un proceso cuyo éxito depende, fundamentalmente, del establecimiento de un vínculo entre el individuo y sus grupos primarios (en especial, la familia y el grupo de iguales).

En segundo lugar, estas teorías han abierto líneas de investigación útiles de cara a la búsqueda y establecimiento de mecanismos subyacentes a la implicación desviada. Es el caso de los estudios basados en la Teoría del Control Social, acerca de la relación entre vinculación afectiva a la familia y delincuencia, o el de aquellos, derivados del Modelo de Asociación Diferencial y de las nuevas Teorías de Aprendizaje Social, que analizan la importancia de la vinculación con iguales desviados en la propia conducta delictiva del adolescente.

Sin embargo, entre estos planteamientos teóricos existen algunas divergencias. Concretamente, Matsueda y Heimer (1987) aluden a la discrepancia que existe entre ellos en relación al concepto de *motivación para delinquir*, y Mirón y Otero-López (2005) señalan las referidas a los conceptos de: *vinculación*, *interacción* y *socialización*. Por último, también cabría mencionar la referida a la *dirección de causalidad* que cada uno de ellos propone entre la afiliación con amigos desviados y el desarrollo de la propia delincuencia (Cuadro 3).

En cuanto al concepto de *motivación para delinquir*, la Teoría del Control Social asume que la motivación para la desviación es constante en los individuos (es intrínseca a la naturaleza humana); y también en la Teoría General del Delito, a pesar de obviar la referencia a esta tendencia “natural” a la desviación, se alude a una motivación básica del ser humano que le impulsa a realizar aquellas conductas que le reportan beneficios personales, aún cuando puedan perjudicar a otros. La Teoría de la Asociación Diferencial, y las Teorías del Aprendizaje Social, asumen, por el contrario, que la motivación para el delito no está presente en el individuo de manera permanente, sino que es una consecuencia de las condiciones sociales.

Respecto al concepto de *vínculo social*, y a su rol en la desviación, la Teoría del Control Social, sólo plantea la incidencia de las vinculaciones convencionales, y asume, por tanto, que cualquier vinculación tiende a reducir la tendencia individual a la desviación; por ello, el papel que se asigna a los iguales desviados en la delincuencia es escaso, dado que las vinculaciones con personas delincuentes carecen de los elementos que definen una verdadera vinculación social (afecto, respeto mutuo, etc.). Similarmente, la Teoría General del Delito, enfatiza el impacto, aunque indirecto, de los vínculos sociales convencionales en la delincuencia juvenil, atribuyendo un escaso papel a los amigos delincuentes en la desviación de los adolescentes, al carecer éstos de las cualidades precisas para establecer vínculos afectivos fuertes. Sin embargo, tanto la Teoría de la Asociación Diferencial como la Teoría del Aprendizaje Social consideran todas las vinculaciones sociales como relevantes en el aprendizaje de conductas, y, por lo tanto, atribuyen un papel crucial a los iguales desviados en la génesis y mantenimiento de la conducta desviada.

La investigación parece apoyar en mayor medida los postulados de las Teorías del Aprendizaje Social y de la Asociación Diferencial (Aseltine, 1995), señalando que los vínculos a otros desviados pueden ser tan intensos como los vínculos a la sociedad convencional, y que las vinculaciones a grupos desviados resultan cruciales para entender la conducta delictiva de los jóvenes.

En cuanto al concepto de *proceso de socialización*, la Teoría del Control Social afirma que la conducta desviada no necesita ser aprendida, dado que es intrínseca a la naturaleza humana. Por ello, cuando se refiere al proceso de socialización alude únicamente al proceso de adquisición de la conducta convencional.

Cuadro 3: Principales diferencias conceptuales entre las teorías psicosociales de la delincuencia

CONCEPTOS DIFERENCIALES	TEORÍA DE LA ASOCIACIÓN DIFERENCIAL Y TEORÍA DEL APRENDIZAJE SOCIAL	TEORÍA DEL CONTROL SOCIAL Y TEORÍA GENERAL DEL DELITO
Motivación para el delito	<ul style="list-style-type: none"> En gran parte condicionada externamente 	<ul style="list-style-type: none"> Básicamente interna
Concepto de vinculación	<ul style="list-style-type: none"> Los vínculos convencionales inhiben la propia desviación Las vinculaciones no convencionales promueven la conducta desviada 	<ul style="list-style-type: none"> Toda vinculación (sólo tienen en cuenta las vinculaciones convencionales) inhibe la tendencia individual a la desviación
Concepto de socialización	<ul style="list-style-type: none"> El proceso de socialización conlleva el aprendizaje de normas y conductas tanto convencionales como desviadas 	<ul style="list-style-type: none"> El concepto de socialización alude únicamente al proceso de aprendizaje de normas y conductas convencionales
Tipo de interacción en los grupos de iguales	<ul style="list-style-type: none"> Las características de las interacciones en los grupos de amistad convencionales y desviados son similares. En ambos tipos de grupos, la existencia de afectividad parece necesaria para que se produzca influencia 	<ul style="list-style-type: none"> Las interacciones en los grupos convencionales son cálidas, duraderas y estables En los grupos desviados las interacciones son frías, poco cohesivas y de escasa duración
Dirección de causalidad en la relación entre tener amigos desviados y la propia conducta desviada	<ul style="list-style-type: none"> Teoría de la Asociación Diferencial Vinculación a amigos desviados → Definiciones favorables a la desviación → Delincuencia Teoría del Aprendizaje Social Vinculación a amigos desviados → Definiciones favorables a la desviación, imitación de modelos desviados y refuerzo de la conducta desviada → Delincuencia 	<ul style="list-style-type: none"> Teoría del Control Social 1. Ausencia de vinculación a la sociedad convencional → Delincuencia 2. Ausencia de vinculación a la sociedad convencional → Vinculación a iguales desviados Teoría General del Delito Ausencia de vínculos/fracaso en contextos convencionales → Bajo autocontrol → Delincuencia → Asociación con iguales desviados

Fuente: Elaboración propia, a partir de: Matsueda y Heimer (1987) y Mirón y Otero-López (2005).

En la Teoría General del Delito también se asume que la delincuencia es el resultado de un proceso de socialización defectuoso, por tanto, se mantiene la concepción de la socialización como aprendizaje de normas y conductas convencionales. Es decir, la Teoría del Control Social y la Teoría General del Delito asumen que el objetivo del proceso de socialización es la conducta convencional, aprendida en interacción con personas e instituciones convencionales. Este proceso de socialización se alcanza cuando el individuo interioriza y se identifica con las normas y las leyes sociales, y desarrolla un adecuado nivel de autocontrol. Cuando esta interiorización fracasa, como consecuencia de la debilidad o la ausencia de vínculos entre el individuo y la sociedad convencional, surge la conducta desviada.

Para la Teoría de la Asociación Diferencial, por el contrario, el objetivo del proceso de socialización es conseguir una adaptación adecuada entre el individuo y su entorno, de forma que el comportamiento de los individuos, adaptado o desviado, vendrá determinado por el tipo y los modelos de aprendizaje a los que el sujeto esté expuesto, como consecuencia de su pertenencia y de su interacción con grupos convencionales y no convencionales. La conducta desviada es, aquí, el resultado de un predominio de las influencias desviadas sobre las convencionales (Mirón y Otero-López, 2005).

Por su parte, las Teorías del Aprendizaje Social, centradas en plantear los mecanismos de aprendizaje de todo tipo de conducta social (en términos de refuerzos y castigos, modelado y definiciones evaluativas), poseen una perspectiva sobre el proceso de socialización muy similar al de la Teoría de Asociación Diferencial. De hecho, la Teoría del Aprendizaje Social de Akers (1979), un modelo específico de aprendizaje social aplicado a la conducta desviada, se plantea como un intento de integrar los principios de la Asociación Diferencial con el Conductismo moderno.

Finalmente, respecto a la *dirección de causalidad* en la relación “amigos desviados-conducta desviada”, la Teoría del Control Social señala que no existe una conexión causal entre la asociación desviada y la conducta delictiva. En concreto, asume que es la ausencia y/o ruptura de vinculaciones convencionales lo que causa tanto la conducta delictiva, como la asociación con iguales desviados. Similarmente, la Teoría General del Delito, aunque señala que lo que determina en último término la conducta delictiva es el bajo autocontrol, mantiene que la delincuencia se deriva de la ausencia de vinculaciones convencionales antes que de la presencia de amistades desviadas. Es más, Gottfredson y Hirschi (1990) entienden la

asociación delictiva, no como la causa del comportamiento delictivo, sino como su consecuencia.

Tanto las Teorías del Aprendizaje Social como la Teoría de Asociación Diferencial formulan una predicción opuesta: la desviación es una consecuencia directa de la adquisición e interiorización de creencias y patrones conductuales desviados, aprendidos, en gran medida, a través de asociaciones con iguales que tienen actitudes y conductas desviadas (Cullen y Agnew, 1998; Matsueda y Heimer, 1987).

A pesar de estas diferencias conceptuales, los planteamientos operativos propuestos por cada una de estas perspectivas teóricas no parecen incompatibles, tal y como sugiere la evidencia empírica. De hecho, gran parte de la literatura reciente integra las variables propuestas en estos modelos teóricos, más concretamente, considera conjuntamente la influencia de la interacción en entornos convencionales (en especial, en el entorno familiar) y en entornos no convencionales (en especial en grupos de iguales desviados), para explicar la desviación adolescente.

1.4. FAMILIA, GRUPO DE AMIGOS Y DELINCUENCIA

De acuerdo con los resultados reseñados hasta aquí, el “grupo de amigos desviado” es un factor causal clave en la génesis y/o mantenimiento de la delincuencia juvenil; pero este factor no puede dar cuenta, por sí mismo, de toda la conducta delictiva de los adolescentes. Cada vez resulta más evidente que es, probablemente, el efecto conjunto de la interacción con iguales desviados y la ausencia de vinculación con los contextos convencionales (especialmente con la familia), la combinación que actúa generando y/o potenciando la conducta desviada en los jóvenes.

1.4.1. Familia y delincuencia

El contexto familiar, se asume, actuaría directamente sobre la delincuencia juvenil, disminuyendo su probabilidad. En este sentido, los dos factores familiares que han mostrado una mayor relación con la delincuencia juvenil serían: la vinculación afectiva con los padres, y la supervisión de los padres sobre la conducta de los hijos.

Con respecto a la vinculación afectiva, numerosos trabajos (Cuadro 4) han confirmado que una relación cálida entre padres e hijos, caracterizada por la cooperación recíproca y el afecto, puede actuar como factor de protección de la desviación juvenil, y de otros comportamientos inadecuados; mientras que el conflicto familiar se asocia con una mayor probabilidad de desviación.

Resumiendo las aportaciones de algunos de los trabajos más destacados sobre este tópico cabría decir que la ausencia de afecto y/o la presencia de conflicto en el contexto familiar:

- a) Incrementa la tolerancia de los adolescentes hacia la conducta desviada (Pardini, Loeber y Stouthamer-Loeber, 2005).
- b) Incrementa la probabilidad de consumo de drogas legales e ilegales (Ackard, Neumark-Sztainer, Story y Perry, 2006; Pires y Jenkins, 2007; Pons-Diez, 1998).
- c) Incrementa la probabilidad de delincuencia y agresión (Asher, Parkhurst, Hymel y Williams, 1990; Barnow, Lucht y Freyberger, 2005; Forgatch y Degarmo, 1999; McCord, McCord y Howard, 1963).

El segundo gran elemento en el que se asienta la relación entre el contexto familiar y la delincuencia juvenil es la supervisión paterna, es decir, el grado de vigilancia de los padres sobre la conducta y las actividades de sus hijos, especialmente cuando están fuera del hogar.

Aunque existen algunos estudios que señalan que una supervisión excesivamente rígida, durante la adolescencia, puede incrementar el conflicto padres-hijo, y, por tanto, la probabilidad de delincuencia (ej.: Glueck y Glueck, 1968; Kogan, 1980; Wright, 1982), el hallazgo más frecuente de la literatura en el área es que una supervisión escasa por parte de los padres puede promover y/o facilitar la incursión de los jóvenes en actividades y contextos delictivos.

Trabajos clásicos como el de Wilson (1980) o Patterson y Stouthamer-Loeber (1984), o estudios más recientes como el de Li, Feigelman y Stanton (2000) o DiClemente *et al.* (2001), todos confirman, sistemáticamente, que la ausencia de supervisión es un factor presente en las familias de los adolescentes que desarrollan conducta desviada.

Cuadro 4: Trabajos que analizan la relación entre el vínculo afectivo, la supervisión familiar, y la conducta desviada en la adolescencia

ESTUDIO	RESULTADOS
McCord <i>et al.</i> (1963) n= 232 hombres Edad: entre 10 y 15 años Procedencia: EE.UU	Estudio longitudinal que sigue la conducta en el hogar de padres e hijos durante cinco años. Encuentra que de los chicos que desarrollan comportamientos agresivos antisociales, el 57% han sido criados en hogares en los que existía conflicto entre el padre y la madre y el 87% en hogares en los que se produce rechazo parental hacia el hijo.
Pons-Diez (1998) n=1.100 Sexo: 516 hombres y 584 mujeres Edad: 15 a 19 años Procedencia: España	Analiza la relación entre el consumo de alcohol de los adolescentes, el consumo de otros miembros de la familia y las prácticas de socialización familiar. Sus resultados indican que el consumo de alcohol de los jóvenes está significativamente vinculado con el consumo de otros miembros de la familia y con una socialización basada principalmente en la reprobación y en la ausencia de comprensión y afecto paterno.
Barnow <i>et al.</i> (2005) n=168 Sexo: 86 hombres y 82 mujeres Edad: entre 12 y 18 años Procedencia: Alemania	Analiza la influencia de una serie de variables individuales, familiares y grupales sobre la conducta agresiva y delictiva en la adolescencia. Sus resultados señalan que la conducta agresiva y delictiva se asocia significativamente con el rechazo y el bajo apoyo de los padres.
Pardini <i>et al.</i> (2005) n= 481 hombres Edad: entre 10 y 17 años Procedencia: EE.UU	Trabajo longitudinal que examina la influencia de los amigos y los padres en las creencias sobre la delincuencia en la adolescencia. Sus resultados señalan que los jóvenes con una relación conflictiva con sus padres, baja en apoyo y comunicación, desarrollan creencias más tolerantes hacia la desviación, al menos en la adolescencia temprana.
Wilson (1980) n= 120 hombres Edad: entre 10 y 17 años Procedencia: Inglaterra	Estudio longitudinal que evalúa la relación entre la supervisión y la delincuencia juvenil. Encuentra que los adolescentes detenidos, y reincidentes, son, fundamentalmente, aquellos que han estado sometidos a una escasa supervisión.
Patterson y Stouthamer-Loeber (1984) n=300 hombres Edad: entre 10 y 17 años Procedencia: EE.UU	Analiza la relación entre la gestión familiar (supervisión, disciplina, resolución de problemas, y refuerzo) y la delincuencia. Los resultados muestran que la baja supervisión paterna es la variable que mejor predice tanto la delincuencia inicial como la reincidencia.
Li <i>et al.</i> (2000) n= 1.159 Sexo: 598 hombres y 561 mujeres Edad: entre 9 y 17 años Procedencia: EE.UU	Examina la relación entre la supervisión familiar y diferentes conductas de riesgo. Sus resultados indican que un bajo control paterno se asocia con comportamientos de riesgo como el consumo/tráfico de drogas, robos en la escuela o conductas violentas.
DiClemente <i>et al.</i> (2001) n=522 mujeres Edad: entre 14 y 18 años Procedencia: EE.UU	Analiza la influencia de la supervisión familiar en la probabilidad de implicarse en conductas de riesgo, y encuentra que las adolescentes expuestas a baja supervisión manifiestan más comportamientos sexuales de riesgo, tienen una mayor probabilidad de haber sido detenidas, de haber consumido marihuana y alcohol en los últimos 30 días, y de haberse implicado en peleas en los últimos 6 meses.

Cuadro 4: (Continuación)

ESTUDIO	RESULTADOS
Claes y Lacourse (2001) n= 303 Sexo: 133 chicos y 170 chicas Edad: 17 años Procedencia: Francia	Analiza la relación entre las interacciones afectivas y normativas en la familia y la desviación de los adolescentes. Sus resultados muestran que: a) la ausencia de apego entre padres e hijos incrementa el nivel de conflictividad familiar; b) el conflicto con la madre incrementa el comportamiento desviado de los adolescentes; c) la supervisión paterna inhibe la implicación delictiva de estos jóvenes; y, d) la capacidad explicativa de las variables familiares es mayor para la desviación de las chicas que para los chicos.
Dekovic, Janssens y Van As (2003) N= 508 Sexo: 254 hombres y 254 mujeres Edad: entre 12 y 18 años Procedencia: Holanda	Examina la capacidad de diferentes factores del funcionamiento familiar para predecir la conducta delictiva de los adolescentes. Los resultados muestran que los factores proximales (bajo apoyo, alto conflicto padres-hijo, excesivo control) predicen mejor la conducta antisocial de los jóvenes que los factores distales (nivel de depresión, competencia paterna) y contextuales (satisfacción marital, cohesión familiar).
Martínez, Fuertes, Ramos y Hernández (2003) N=1.347 Sexo: 607 hombres y 740 mujeres Edad: entre 16 y 19 años Procedencia: España	Analiza la asociación entre el afecto/apoyo y la supervisión/control familiar, y la implicación de los adolescentes en el consumo de drogas. Los resultados indican que cuanto menor es el afecto y el control mayor es la probabilidad de los jóvenes de implicarse en este tipo de conductas.
Idsoe, Solli y Cosmovici, (2008) N=2.083 Sexo: 1.010 hombres y 1.073 mujeres Edad: 14 años Procedencia: Noruega	Analiza la percepción que los adolescentes tienen de la relación afectiva con sus padres y profesores (<i>"connection"</i>), de su nivel de supervisión/control (<i>"regulation"</i>), y del grado en que estas figuras contribuyen al desarrollo de su identidad (<i>"autonomy"</i>); y examina la relación entre estos tres procesos y la conducta de <i>bullying</i> . Los resultados indican que la ausencia de supervisión/control de padres y profesores incrementa la probabilidad de <i>bullying</i> , al igual que lo hace la ausencia de un vínculo emocional positivo con estas figuras, aunque en este caso, el efecto de esta variable es indirecto, mediado por el nivel de supervisión/control y por el grado en que padres y profesores contribuyen a desarrollar la identidad de los adolescentes.
Hoeve et al. (2009) Meta-análisis de 161 estudios Intervalo de revisión: 1950-2007	Meta-análisis que intenta determinar la veracidad y la magnitud de la relación entre 432 variables familiares y la delincuencia. Concluye que esta relación existe y que los efectos más fuertes se observan para las variables de negligencia, rechazo, hostilidad y baja supervisión paterna. La relación entre estas variables y la delincuencia se produce sobre todo en la adolescencia temprana. Además de por la edad de los jóvenes, el efecto de estas variables está moderado por las fuentes de información, el género de padres e hijos, y el tipo de delincuencia, indicando que algunas dimensiones parentales son más importantes en contextos o submuestras específicas.

Por último, las investigaciones que analizan conjuntamente la supervisión paterna y los vínculos afectivos con los padres en relación con la desviación juvenil, confirman los resultados anteriores: la combinación de poco afecto/apoyo y baja supervisión se relaciona significativamente con el consumo de drogas (Martínez, Fuertes, Ramos y Hernández, 2003), la conducta agresiva (Isdoe, Solli y Cosmovici, 2008) y/o la delincuencia (Claes y Lacourse, 2001; Dekovic, Janssens y Van As, 2003; Hoeve *et al.*, 2009).

A este respecto, cabe destacar el reciente meta-análisis realizado por Hoeve *et al.* (2009). Estos autores llevan a cabo una exhaustiva revisión de los trabajos, publicados entre 1950 y 2007, que han evaluado el impacto de un amplio número de variables familiares en el comportamiento desviado de los jóvenes. Concluyen que existe evidencia consistente del importante papel que juega la familia en la desviación juvenil, especialmente, confirman que la ausencia de afecto en las relaciones padres-hijo, y un escaso nivel de supervisión, son dos factores claves en la predicción de la delincuencia de los adolescentes.

1.4.2. Familia, grupo y delincuencia

La familia incide directamente sobre la delincuencia juvenil pero su efecto sobre la conducta desviada es también indirecto, aumentando o disminuyendo la posibilidad de que los adolescentes se impliquen en grupos desviados.

En este sentido, la literatura señala que un contexto familiar caracterizado por el afecto en las relaciones padres-hijo, y un adecuado nivel de supervisión, reduce la probabilidad de delincuencia juvenil, al disminuir la posibilidad de que los adolescentes se asocien con iguales desviados. Sin embargo, problemas en la familia, como la ausencia de afecto y/o la presencia de conflicto, y una escasa supervisión paterna preceden a la asociación con iguales desviados, y, por tanto, incrementan la probabilidad de delincuencia.

Así, por ejemplo, el estudio longitudinal de Erikson *et al.* (2000), intenta integrar la Teoría del Control Social y la Teoría de la Asociación Diferencial para explicar el consumo de drogas y la delincuencia juvenil, utilizando datos procedentes de una muestra de adolescentes de noveno y décimo curso de 6 escuelas de California y 3 de Wisconsin. El modelo que ponen a prueba especifica que disponer de vínculos fuertes con contextos convencionales disminuye de forma indirecta la desviación, reduciendo las asociaciones con iguales desviados y la susceptibilidad a las influencias negativas de éstos.

Los resultados obtenidos muestran que, efectivamente, los adolescentes que mantienen fuertes vínculos convencionales corren menos riesgo de asociarse con iguales desviados, y, por tanto, de implicarse en comportamientos problemáticos. Con respecto a la afirmación de que los vínculos convencionales reducen la susceptibilidad a la influencia negativa de los iguales desviados, los datos también confirman que, efectivamente, estos vínculos reducen la vulnerabilidad de los adolescentes a presiones sociales negativas. Los adolescentes que tienen vínculos con instituciones como la familia, la escuela o la comunidad, tienden a internalizar en mayor medida los valores culturales y los códigos de conducta convencionales. A través de estas vinculaciones, desarrollan una mayor capacidad para resistir influencias negativas de los amigos, de lo que se deriva, finalmente, una menor probabilidad de incurrir en comportamientos desviados.

Por su parte, Dishion, Patterson, Stoolmiller y Skinner (1991), y Patterson, Reid y Dishion (1992), encuentran que los jóvenes que viven en ambientes familiares caracterizados por el conflicto y los desacuerdos tienen una mayor probabilidad de asociarse con amigos antisociales, y en consecuencia, de realizar actividades desviadas.

Laird y sus colaboradores (2003, 2007), en dos estudios longitudinales en los que siguen a dos muestras de adolescentes, corroboran la importancia de la supervisión familiar en la relación “vinculación con amigos desviados-delincuencia individual”: los adolescentes cuyos padres desconocen dónde están y qué actividades realizan sus hijos tienen más probabilidades de asociarse con amigos antisociales y de ser influidos por la conducta desviada de éstos.

En la línea de las investigaciones anteriores, el estudio longitudinal de Dishion, Nelson y Bullock (2004), llevado a cabo con 206 hombres de entre 9 y 18 años, en el que analizan el efecto de las prácticas de “gestión” parental (supervisión, calidad de la relación y crianza parental positiva) y la influencia de los iguales desviados sobre la conducta desviada de los adolescentes, concluye que: a) una pobre “gestión” familiar incrementa la probabilidad de influencia de los amigos desviados; b) los padres de los chicos antisociales reducen sus conductas de control en la pubertad, por lo que sus hijos desarrollan antes y mantienen durante más tiempo que los jóvenes convencionales sus conductas problemáticas; y, c) el deterioro de las prácticas de crianza, sobre todo al inicio de la adolescencia, y la implicación de los adolescentes en grupos antisociales, hacen más probable el consumo de marihuana y las conductas antisociales juveniles al final de la adolescencia (sobre los 18 años).

Claes *et al.* (2005), con una muestra de 908 adolescentes pertenecientes a tres países (Canadá, Francia e Italia), encuentran que una elevada supervisión paterna, junto con unos bajos niveles de conflicto familiar, reducen la vinculación de los adolescentes con grupos de amigos desviados, y, por tanto, la probabilidad de desviación de estos adolescentes.

En resumen, los trabajos presentados hasta aquí confirman que la ausencia de supervisión, el conflicto y el escaso afecto familiar, actúan directamente sobre la probabilidad de que los adolescentes se impliquen en conductas desviadas, y también sobre la posibilidad de relacionarse con amigos desviados, lo cual, a su vez, incrementa la probabilidad de delincuencia.

Así, aunque en la mayor parte de los trabajos se confirma que el impacto de las variables grupales tiende a ser cuantitativamente más relevante que el de las variables familiares, el efecto de los iguales desviados tiende a estar precedido por una gestión familiar ineficaz. En esta dirección, Mirón y Otero-López (2005) llevan a cabo una investigación con una muestra de 711 jóvenes gallegos de entre 12 y 18 años, pertenecientes a diferentes Centros públicos de Bachillerato y Formación Profesional de Santiago de Compostela, con la que pretenden poner a prueba un modelo explicativo sobre la delincuencia juvenil, en el que se integran variables familiares, grupales, y personales (empatía).

Este trabajo muestra que son las variables grupales y, en concreto, la variable “delincuencia de los iguales” la que mejor predice la desviación de los adolescentes. Concretamente, estos autores afirman que *“la delincuencia de los iguales es el más fuerte correlato de la delincuencia individual para todos los tipos de actividad desviada de los adolescentes”*; y que tanto para chicos como para chicas, *“las variables del grupo de iguales resultan, en todos los casos, instigadoras de conducta delictiva”* (Mirón y Otero-López, 2005, p. 262). Sin embargo, los resultados que obtienen también indican que la asociación de los adolescentes con grupos de iguales desviados se encuentra precedida por una inadecuada actuación de los padres (escaso afecto, uso del castigo, escasa supervisión, etc.).

Los resultados encontrados en el trabajo de Mirón y Otero López (2005) coinciden con los obtenidos en otros estudios, entre ellos, los de Oxford, Harachi, Catalano y Abbott (2000), Bahr, Hoffmann y Yang (2005) o Rodríguez (2009). Estos autores analizan el papel de la familia y los iguales desviados en el consumo de drogas y/o la conducta delictiva de los adolescentes. Los resultados que obtienen muestran, de nuevo, que la “asociación con iguales antisociales”

es la variable que muestra un efecto cuantitativamente más importante en el inicio de estas conductas pero a esta asociación con amigos consumidores le antecede la falta de apego y supervisión familiar.

En vista de estos resultados, es lógico que un número creciente de autores (ej.: Box, 1983; Garnier y Stein, 2000; Krohn y Massey, 1980; Le Blanc y Caplan, 1993) propongan, entonces, que un buen modelo explicativo de la delincuencia juvenil debería incluir tanto las vinculaciones afectivas convencionales, y la supervisión familiar, como las vinculaciones a iguales desviados.

Aún cuando parece claro que el mecanismo más inmediato para explicar este comportamiento desviado adolescente es la relación con otros adolescentes desviados, también se deriva de la literatura la conclusión de que para entender por qué algunos jóvenes se implican en tales grupos, es probablemente necesario analizar sus interacciones en entornos convencionales, y muy especialmente, en la familia.

Además, la relevancia que el afecto y el conflicto en las interacciones convencionales parecen tener sobre la probabilidad de que los jóvenes desarrollen conducta desviada sugiere, que al analizar el efecto de las interacciones en los grupos de iguales sería interesante prestar atención al posible efecto de estas mismas variables, y a su contribución sobre el aprendizaje de la conducta desviada.

El Grupo de Amigos: Características y Procesos de Influencia

De acuerdo con la revisión de la literatura reflejada en el capítulo anterior, parece claro que pertenecer o formar parte de un grupo de amigos que acepta, refuerza y/o manifiesta comportamientos y actitudes delictivas, influye de manera importante en la posibilidad de que los adolescentes se impliquen en conducta desviada. Por ello, el siguiente paso en el análisis de esta relación debe ser plantearse cuáles son los procesos y características, presentes en los grupos de amistad desviados, que posibilitan este fenómeno de influencia grupal.

Tal como señalan Pérez y Mugny (1988):

“Los fenómenos de influencia se refieren a los procesos a través de los cuales, durante las interacciones sociales directas o simbólicas, los individuos y los grupos forman, mantienen, difunden y modifican sus modos de pensamiento y acción” (p.1).

2.1. INFLUENCIA DEL GRUPO DE AMIGOS DESVIADO

La Teoría del Aprendizaje Social (Burgess y Akers, 1966) propone que los dos mecanismos más relevantes del proceso de aprendizaje de la conducta desviada en los grupos de amistad serían la imitación y el refuerzo diferencial. Los adolescentes adquieren la conducta delictiva observando y reproduciendo la conducta desviada que realizan sus amigos, y, además, estos amigos funcionan como fuente de gratificaciones y de sanciones que animan o limitan su comportamiento desviado.

Rebllon (2006), utilizando como marco teórico esta Teoría del Aprendizaje, parte del principio de que los jóvenes que se integran en grupos desviados delinquen, básicamente, buscando el reconocimiento y la atención del grupo, y que tal atención constituirá un refuerzo importante para el adolescente. En su trabajo, intenta comprobar si el refuerzo de los amigos es fundamentalmente directo, o vicario. Es decir, si el hecho de recibir elogios y admiración

personalmente es el mecanismo más importante de la relación delincuencia grupal-delincuencia individual; o bien si observar a los amigos que realizan actividades desviadas, y las consecuencias que obtienen de ello, sería el elemento más importante en esta relación.

Los resultados de Rebellon (2006) respaldan la idea de que el grupo de iguales es un entorno favorable para el reforzamiento vicario: el tiempo pasado con los amigos aumenta la exposición a las oportunidades delictivas y con ello la exposición a modelos conductuales desviados. Sin embargo, en este trabajo no se observa un efecto importante del refuerzo directo.

Por su parte, Dishion, Spracklen, Andrews y Patterson (1996), señalan la importancia del reforzamiento diferencial como mecanismo para explicar la influencia de los iguales desviados. Estos autores grabaron las conversaciones que 168 chicos de entre 13 y 14 años mantenían con sus amigos en un contexto de laboratorio. Los jóvenes participaban en el *Oregon Youth Study*, una investigación longitudinal sobre el desarrollo de la conducta delictiva. Lo que se les pedía era que conversasen con sus amistades sobre una serie de temas como, por ejemplo, planear una actividad de ocio.

Este trabajo mostró diferencias en el tipo de discurso y en el uso que las díadas delincuentes y no delincuentes hacían del reforzamiento. Las díadas no delincuentes reaccionaban positivamente a una conversación “normativa” y no bromeaban ante una conversación sobre ruptura de normas. Sin embargo, las díadas delincuentes manifestaban el patrón opuesto: reaccionaban negativamente a una conversación sobre temas “corrientes” o “normativos” pero, en cambio, se reían en reacción a una conversación sobre actividades antisociales (Dishion, Capaldi, Spracklen y Li, 1995a; Dishion, Patterson y Griesler, 1994b). En otras palabras, las díadas delincuentes, a través de la risa, tendían a reforzar los valores y los comportamientos que suponían un quebrantamiento de las normas.

Tras identificar estos patrones diferenciados en el discurso y en el uso del reforzamiento social en grupos desviados y no desviados, Dishion y sus colegas examinaron la relación entre estos elementos y la delincuencia posterior de los adolescentes. Los resultados obtenidos indicaron que la conducta de reírse aprobando las temáticas desviadas, tan característica de los iguales delincuentes, predecía un incremento en el nivel de desviación de los jóvenes dos años después de las interacciones grabadas con sus amigos. Este incremento era significativo, incluso después de controlar sus niveles previos de delincuencia.

Estudios posteriores de estos mismos autores confirman que el refuerzo de las actitudes y comportamientos antisociales, proceso al que denominan “*deviance training*”, es un mecanismo poderoso para explicar la influencia de los iguales delincuentes tanto sobre la conducta de consumo de tabaco, marihuana, y alcohol (Dishion *et al.*, 1995a), como sobre la conducta violenta (Dishion, Eddy, Haas y Spracklen, 1997), y también sobre la agresión contra la pareja (Capaldi, Dishion, Stoolmiller y Yoerger, 2001).

En resumen, existe evidencia específica de que tanto los procesos de imitación como los de refuerzo diferencial están presentes en los grupos de amistad desviados en la adolescencia, y de que contribuyen a fomentar y mantener las conductas antisociales de sus integrantes.

Sin embargo, estos mecanismos generales de imitación y reforzamiento, no son los únicos elementos de influencia en los contextos grupales, capaces de contribuir a explicar la etiología de la conducta delictiva.

La “presión grupal” es otro de los mecanismos centrales que se han propuesto para dar cuenta de la fuerte asociación observada entre la pertenencia a un grupo desviado y la realización de conductas socialmente inadecuadas (Allen, Porter y McFarland, 2006; Sullivan, 2006).

La literatura tiende a indicar que la presión de los amigos es, en general, “ligera y sutil”; de hecho, menos extrema que la que los padres ejercen sobre sus hijos adolescentes (Coleman y Hendry, 2003). Pero, lo cierto es que esta forma de influencia social es capaz de modificar la conducta del adolescente al señalar la idea de que las normas grupales deben cumplirse. A través de ella, los iguales “incitan” a los jóvenes a conformarse con los intereses y deseos del grupo y a estar en sintonía con él, aunque eso suponga actuar en ocasiones de manera diferente a como lo harían si no formasen parte del grupo. No hacerlo implica enfrentarse a la resistencia grupal, e incluso al rechazo y a la exclusión (Gil y Alcover, 2008).

En el caso de los grupos desviados, una de sus actividades centrales es la conducta transgresora, por lo que el grupo presionará a sus miembros en esta dirección (Emler y Reicher, 1995). La conformidad de los adolescentes ante la presión grupal representará el esfuerzo de los jóvenes por demostrar compromiso y lealtad al grupo y desembocará finalmente en comportamientos arriesgados y prohibidos. La investigación ha vinculado la presión y la conformidad grupal a una amplia gama de comportamientos desviados,

incluyendo el consumo de drogas y la delincuencia (Bauman y Ennett, 1996; Flannery, Vazsonyi, Torquati y Fridrich, 1994; Hawkins, 1982; Keenan *et al.*, 1995; Robin y Johnson, 1996; Santor, Messervey y Kusumakar, 2000).

Así, por ejemplo, Santor *et al.* (2000), con una muestra de 148 adolescentes de entre 16 y 18 años, analizan la presión de los amigos y la conformidad con el objetivo de estimar la influencia que tienen las amistades sobre el rendimiento escolar, las actitudes sexuales y la conducta delictiva y de consumo de drogas de los jóvenes. Sus resultados indican que la presión del grupo de iguales, y la conformidad del adolescente ante esta presión grupal, correlacionan positiva y significativamente con conductas como el consumo frecuente de alcohol, tabaco y otras drogas, y el comportamiento delictivo.

Por su parte, Flannery *et al.* (1994), con una muestra de 1.170 adolescentes de entre 12 y 13 años, analizan el papel de una serie de factores inter e intrapersonales en el consumo de drogas. Los resultados de este estudio subrayan la capacidad predictiva de las variables interpersonales. En concreto, indican que la susceptibilidad a la presión de los amigos, y el tener amigos que consumen alcohol, son dos de los factores interpersonales, que, de ir juntos, mejor predicen el consumo y el abuso de drogas por parte de los jóvenes.

Es decir, en los grupos de iguales se observa la existencia de presión hacia la conformidad con las normas grupales, y si estas normas son favorables hacia la desviación, la presión es un elemento más que conduce a sus integrantes hacia la desviación.

Continuando con el análisis de los fenómenos de influencia presentes en los grupos de amistad, puede ser interesante mencionar la clasificación de los tipos de poder propuestos por French y Raven (French y Raven, 1959; Raven, 1992). Estos autores identificaron inicialmente cinco tipos de poder¹ (Cuadro 5): de coerción, de recompensa, de conocimiento, legítimo y de atracción.

Esta tipología alude, básicamente, a las distintas razones por las que nos dejamos influenciar por “otros”, y en este sentido, es perfectamente aplicable al análisis del grupo de amistad en cuanto que contexto de influencia.

¹ Aunque posteriormente Raven (1992) diferencia 6 tipos, como resultado de desdoblar el poder de conocimiento en poder de experto y poder de información.

Cuadro 5: Manifestaciones de los distintos tipos de poder propuestos por French y Raven (1959) en el contexto del grupo de iguales

TIPOS DE PODER	CARACTERÍSTICAS DEFINITORIAS	MANIFESTACIONES EN EL GRUPO
Poder de Coerción	Influencia basada en la capacidad de proporcionar resultados negativos, o consecuencias desagradables, a las personas cuya conducta no se ajusta a las demandas del grupo	Conformidad debida al posible rechazo, aislamiento, o expulsión del grupo, ante conductas no acordes con las normas grupales
Poder de Recompensa	Influencia basada en la capacidad de proporcionar consecuencias positivas, recompensas, a las personas cuya conducta se ajusta a las demandas grupales	Conformidad debida al apoyo, aprobación, o incremento del estatus por manifestar conductas acordes con las normas grupales
Poder de Conocimiento	Influencia basada en la posesión de conocimientos/habilidades sobre un tema relevante	Conformidad con las opiniones sobre apariencia, música, etc., de los miembros del grupo considerados “expertos” en estos temas
Poder Legítimo	Influencia basada en la creencia de que la persona tiene “derecho” a controlar el comportamiento de los otros	Conformidad con las opiniones y conductas de los líderes grupales
Poder de Atracción	Influencia basada en la admiración y el agrado personal	Conformidad con las opiniones y demandas de aquellos miembros por los que se siente admiración, agrado y/o afecto, buscando reciprocidad

Fuente: Elaboración propia, a partir de French y Raven (1959) y Raven (1992).

Los dos primeros tipos de poder considerados serían el “*el poder de recompensa*” y el “*poder de coerción*”, es decir, la capacidad para proporcionar consecuencias positivas o consecuencias negativas (refuerzo diferencial) ante un determinado comportamiento.

Cabría decir que los amigos tienen *poder de coerción* cuando poseen la capacidad de castigar la no conformidad a las normas. Sin embargo, la coerción abierta, como técnica para cambiar el comportamiento del otro, es usada en raras ocasiones en los grupos de amistad, incluyendo los desviados.

Sherif y Sherif (1964), en sus observaciones de grupos adolescentes, perciben que la coerción es más habitual en situaciones inusuales como, por ejemplo, cuando todos los miembros del grupo necesitan permanecer juntos en una lucha común (ante un conflicto con grupos rivales, por ejemplo), o cuando los adolescentes más “dominantes” ejercen *bullying* sobre otros iguales. Sólo en estos casos, cuando la seguridad y reputación del grupo parece estar en peligro, sus integrantes aplican el poder de coerción, intentando, así, preservar la conformidad grupal.

Sin embargo, la amenaza de exclusión grupal, o el rechazo y pérdida de estatus ante la ausencia de conformidad pueden actuar como sanciones en los grupos de amistad, y condicionar el comportamiento de sus miembros. En todo caso, probablemente el *poder de recompensa* podría explicar más situaciones de influencia de los amigos en los contextos grupales. Los amigos tienen poder de recompensa cuando controlan los recursos que otros valoran y desean. En los grupos de amistad algunas de las recompensas más importantes son la compañía, el apoyo y la aprobación. Aunque, el formar parte de un grupo valorado socialmente es en sí mismo una recompensa, y en ocasiones la conducta de conformidad al grupo es el resultado del interés en seguir formando parte del mismo.

En este sentido, el poder de recompensa estará, en los grupos de amistad, muy probablemente relacionado con el “*poder de atracción o de referencia*”. Tal como señala la investigación en el área, los jóvenes, con frecuencia, intentan ser amigos de adolescentes percibidos como populares, o que sobresalen de algún modo, y que les merecen admiración o agrado (Epstein, 1983, Sherif y Sherif, 1964). El *poder de referencia* contrasta con la noción de presión de los iguales: los amigos pueden actuar como referencia de los jóvenes incluso cuando no ejercen presión.

Recientes investigaciones destacan el papel de la identificación grupal como variable moderadora de la influencia del grupo de iguales desviado en el comportamiento delictivo de los jóvenes. Concretamente, señalan que cuando los individuos se identifican con un grupo de referencia antisocial, tienden a internalizar² las normas de ese grupo y, como consecuencia, asimilan las actitudes de tales grupos como propias.

Por ejemplo, Kiesner *et al.* (2002), utilizando una muestra de 190 jóvenes, encuentran que la identificación grupal modera la relación entre los problemas conductuales del grupo de iguales en el primer año de estudio y la delincuencia del individuo en el segundo año, incluso después de controlar la propia desviación de los jóvenes. Específicamente, Kiesner y otros (2002) descubren que, cuando el nivel de identificación con el grupo desviado es bajo, éste tiene un efecto débil en el individuo, y, por lo tanto, las probabilidades de que los jóvenes incurran en actividades desviadas disminuyen, en contra de lo que sucede si su nivel de identificación grupal es medio o alto.

En este sentido, es pensable que el *feedback* positivo de un amigo desviado al que se admira o de un miembro del grupo antisocial, ejemplificando el ya comentado “*poder de recompensa*”, pueda tener una mayor influencia en el comportamiento de los adolescentes que el de un desconocido, o el de un miembro ajeno al propio grupo. Asimismo, es más probable que los individuos imiten el comportamiento de amigos o iguales desviados con los que se identifican que el de iguales con los que no se sienten identificados.

Estas interpretaciones son consistentes con hallazgos previos que muestran que la efectividad del refuerzo (Prince, 1962), y la elicitación del comportamiento de imitación (Asch, 1948; Lefkowitz, Blake y Mouton, 1955), dependen del prestigio de la persona que provee el refuerzo o que actúa como modelo. Dado que los grupos con los que los individuos se identifican constituyen una importante fuente de autodefinición (Cohen y García, 2005; Tajfel y Turner, 1985), y el deseo de pertenecer a un grupo valorado es especialmente importante entre los jóvenes (Brown, 1990), los adolescentes aprenden de sus amigos aquellos comportamientos y creencias (sean socialmente positivos o negativos) que ejemplifican la identidad que ellos quieren lograr.

² Tal internalización puede ocurrir automáticamente e incluso sin conciencia real del individuo de que se están conformando (Cohen, 2003; Chartrand y Bargh, 1999; Griffin y Buehler, 1993).

Con respecto al *poder de legitimidad*, aunque es un tipo de influencia más común en contextos estructurados y formales, también podría aplicarse al contexto de los iguales; probablemente, además, actuando en relación con el mencionado poder de referencia, dado que los adolescentes aceptan como líderes, y se dejan influenciar en mayor medida, por las personas del grupo que poseen características que admiran. En los grupos desviados, las características asociadas a un mayor prestigio entre iguales, y a la concesión de un alto estatus grupal, incluyen la posesión de habilidades físicas (la fuerza), cierta actitud de indiferencia hacia los demás (lo que confiere a sus miembros una imagen de “duros”), la capacidad de manipular y controlar a otros (Rubin, 1985) y cierta actitud hostil, desafiante, e incluso agresiva hacia la autoridad y las normas (Olweus, 1998).

Cohen y Prinstein (2006) confirman una mayor influencia de los iguales con un estatus alto (populares) sobre las actitudes y comportamientos de los jóvenes. En su estudio utilizan una muestra de 43 adolescentes de entre 16 y 17 años, a los que se les hace creer que están interactuando con individuos agresivos/con comportamientos de riesgo para la salud, cuyo estatus grupal ha sido modificado. Los resultados muestran una mayor conformidad pública por parte de los adolescentes, y una mayor internalización de comportamientos y actitudes agresivas/de riesgo para la salud, cuando las normas agresivas/de riesgo a las que son expuestos son comunicadas por iguales de alto estatus. Sin embargo, los jóvenes se distancian de las creencias y comportamientos de los iguales de estatus bajo.

Por último, con respecto al *poder de experto*, sería razonable afirmar que los adolescentes serán persuadidos, en temas específicos, por los amigos a los que consideran especialmente informados o habilidosos. El tema de la moda, el deporte, o la música podrían ser buenos ejemplos. Entendiéndolo de este modo, el poder de experto se convierte en una fuente de influencia informativa (Cox y Cox, 1998).

Evidentemente, aunque esta tipología de los tipos de poder de French y Raven (1959) es muy sugerente, y probablemente muy útil, para explicar la influencia de los amigos desviados, se necesita investigación adicional para clarificar sus aplicaciones y sus límites.

En todo caso, parecen existir pocas dudas acerca de que en los grupos de iguales desviados están presentes los mismos procesos de influencia que en cualquier otro grupo, de manera que los amigos actúan como contexto de aprendizaje, en el que se va configurando la similitud de creencias y conductas que los caracterizan.

2.2. CARACTERÍSTICAS DE LOS GRUPOS DE AMISTAD DESVIADOS

El interés por el análisis de las características de las agrupaciones juveniles no es nuevo, se remonta ya a las primeras décadas del siglo XX, donde se sitúan algunas de las primeras aproximaciones teórico-empíricas sobre las bandas. En concreto, los estudios de Thrasher (1927) sobre las agrupaciones juveniles en el Chicago de los años 20 marcan el comienzo del interés sociológico por el estudio de las bandas.

Este autor, utilizando el término “banda” en un sentido general (abarca tanto a grupos que realizan actividades convencionales como a los que realizan actividades desviadas), establece que estos grupos nacen con el objeto de apoyar las actividades de tiempo libre de los adolescentes de barrios suburbanos en decadencia, donde, habitualmente, el grado de supervisión que los padres ejercen sobre los hijos es bajo (Thrasher, 1927).

Sin plantear una relación directa y causal entre la pertenencia a una banda y la delincuencia juvenil, Thrasher (1927) mantiene que este tipo de agrupaciones ofrecen a sus miembros *“prestigio, seguridad y oportunidades para realizar actividades 'excitantes' que los jóvenes no pueden llevar a cabo dentro de las instituciones convencionales dirigidas por los adultos”* (p. 133).

Concretamente, las actividades antisociales llevadas a cabo por los jóvenes en las 1.313 bandas estudiadas (compuestas casi exclusivamente por varones) no alcanzan un nivel de seriedad y gravedad importante; son, fundamentalmente, delitos de estatus y conductas vandálicas contra la propiedad pública.

Estudios posteriores (ej.: Erikson, 1971; Erikson y Jensen, 1977; Emler *et al.*, 1987), avanzarán la idea de que los jóvenes realizan muchas de sus actividades delictivas en compañía de sus grupos de iguales. Grupos que no necesariamente presentan características tan definidas ni se organizan como bandas, pero que tienen un fuerte impacto en la desviación de los adolescentes. De esta manera, el estudio de las bandas en relación con la delincuencia juvenil dará paso a un análisis más centrado en el grupo de pares desviado como posible predictor del comportamiento antisocial de los jóvenes.

Como resultado de los trabajos realizados en torno a este tipo de agrupaciones, hoy sabemos, por ejemplo, que los grupos de amigos desviados constituyen un fenómeno

especialmente frecuente en la adolescencia y al comienzo de la vida adulta. Se trata de agrupaciones compuestas generalmente por adolescentes de entre 13 y 21 años (Kipke, Unger, Connor, Palmer y La France, 1997) que mantienen un contacto frecuente, y que transgreden las normas en grupo, sobre todo al inicio de la adolescencia, dado que, a partir de los 16-17 años, la prevalencia de la transgresión tiende a declinar gradualmente (Emler y Reicher, 1995; Ferdinando y Palmonari, 2006).

Entre las transgresiones típicas llevadas a cabo por estos grupos encontramos las relacionadas con el contexto escolar, los delitos de estatus, conductas vandálicas, agresiones a personas, y peleas con otros grupos (Llinares y Benedito, 2007). Sin embargo, estos grupos de adolescentes pasan sólo una pequeña parte de su tiempo juntos desarrollando actividades inadaptadas o desviadas (Llinares y Benedito, 2007). Se puede decir entonces que la finalidad que los mantiene unidos es la realización de actividades que sólo pueden llevarse a cabo colectivamente, pero estas abarcan desde comportamientos delictivos a otros que no lo son.

A continuación, analizaremos más específicamente algunas de las características de estos grupos con el propósito de ver cómo inciden en el comportamiento desviado de los jóvenes.

2.2.1. Composición grupal

2.2.1.1. El aspecto cuantitativo: Tamaño del grupo

Algunas de las investigaciones que han analizado el tamaño de las agrupaciones desviadas muestran que el número de amigos en tales grupos es similar al de los grupos convencionales. Así, por ejemplo, Claes y Simard (1992) encuentran que no existen diferencias en el número de compañeros y amigos que señalan tener los adolescentes de grupos delincuentes y los del grupo control (no delincuentes).

Sin embargo, no es tanto “el número de amigos”, en general, como el “*número de amigos desviados*” en particular lo que atrae la atención de los investigadores al estudiar la delincuencia juvenil.

Haynie (2002), usando datos del *National Longitudinal Study of Adolescent Health* (1995-1996), encuentra que un 56% de los adolescentes analizados interactúan simultáneamente tanto con amigos delincuentes como prosociales; sin embargo, los adolescentes que indican

que todos sus iguales son delincuentes se implican ellos mismos significativamente más en actividades desviadas que los adolescentes que pertenecen a grupos de amigos mixtos (delincuentes y no delincuentes), o a grupos de amigos no problemáticos.

Prinstein, Boergers y Spirito (2006) señalan que los adolescentes que se implican en conducta antisocial tienen una alta proporción de amigos delincuentes. En concreto, en torno al 80%, tienen, al menos, un amigo “íntimo” involucrado en comportamientos desviados.

Sarnecki (2001) realiza un estudio en Estocolmo con 19.617 adolescentes menores de 20 años, detenidos por la policía entre 1991 y 1995, y señala que el promedio de personas o codelincuentes con los que los adolescentes se implican en actuaciones desviadas es de 2.3, abarcando, habitualmente, a individuos del círculo de amistades de los propios jóvenes.

Los resultados de Sarnecki (2001) van en la línea de los obtenidos en otras muchas investigaciones (ej.: Gold, 1970; Hood y Sparks, 1970; Reiss, 1986; Shaw y McKay, 1931; Warr, 1996), en las que se observa que, por lo general, el número de amigos desviados con los que los adolescentes delinquen, o usando la terminología utilizada por algunos de los autores en el área (ej.: Klein y Crawford, 1967; Sarnecki, 1986; Short y Shodtbeck, 1965), el *“tamaño modal de los grupos delincuentes”*, oscila entre 2 y 4 miembros (con frecuencia, combinaciones o subsecciones de una pandilla o grupo mayor); reduciéndose a entre 2 y 3 personas en la adolescencia intermedia y tardía. Asimismo, resultan consistentes con los datos que indican que mientras sólo un 22.3% de los delitos de los adultos son cometidos en grupo, la tendencia observada en infractores adolescentes evidencia que entre el 40 y 80% de los hechos en los que participan son cometidos en grupo, concretamente en compañía de dos o más iguales (Carnevali y Källman, 2007).

Estos trabajos parecen sugerir que la proporción de amigos delincuentes en el contexto grupal adquiere un significado central con respecto a la probabilidad de desarrollar delincuencia, lo cual resulta consistente con los postulados de la Teoría de Asociación Diferencial y de la Teoría del Aprendizaje Social.

Por ejemplo, Sutherland (1947) planteaba que el “ratio” de definiciones favorables y desfavorables a la violación de la ley es crucial para entender porqué los adolescentes se implican en la delincuencia. En este sentido, los jóvenes incurrirán en comportamientos delictivos en la medida en que estén expuestos a un mayor número de amigos desviados que

convencionales, o siguiendo la terminología de Sutherland, a un mayor número de definiciones favorables que desfavorables a la violación de la ley.

A este respecto, también es necesario señalar que la presencia de iguales delincuentes es, de acuerdo con la investigación en el área (Rodríguez, 2009; Storvoll y Wichstrom, 2000; Svensson, 2003), una realidad mucho más frecuente en los grupos de adolescentes varones que en los de mujeres.

2.2.1.2. El aspecto cualitativo: Similitud interpersonal

Una cuestión fundamental al analizar el fenómeno de la delincuencia juvenil tiene que ver, tal como planteábamos en el capítulo anterior, con la dirección de causalidad entre la delincuencia de los iguales y la propia conducta delictiva de los adolescentes. Es decir, hasta qué punto las semejanzas en los patrones delictivos de quienes forman grupos desviados son una consecuencia directa de los procesos de interacción y aprendizaje que tienen lugar en estos grupos o simplemente son el reflejo de una predisposición previa a la criminalidad compartida por los miembros de estas agrupaciones.

Como hemos visto, ésta no es una cuestión cerrada todavía, sin embargo, parece claro que los adolescentes integrados en agrupaciones antisociales comparten ciertas características, ya sea de forma previa o como consecuencia de la interacción en grupo, y esta semejanza mutua puede actuar incentivando y/o fortaleciendo su motivación para desviarse, a través de un proceso de identificación grupal.

En concreto, la literatura señala que los jóvenes delincuentes se asemejan en cuestiones sociodemográficas como, por ejemplo, la raza, la edad o el lugar de residencia (Conway y McCord, 2002; Kupersmidt, Burchinal y Patterson, 1995; Sarnecki, 2001).

Conway y McCord (2002), en un trabajo longitudinal realizado con 235 delincuentes juveniles detenidos en Philadelphia entre 1976 y 1994, confirmaron que los jóvenes infractores y sus cómplices eran especialmente similares en términos de etnia/raza y edad.

Respecto a la etnia/raza, Conway y McCord (2002) encontraron que un 96.1% de los delincuentes negros de su estudio tenían cómplices negros, mientras que un 1.6% eran blancos, y un 2.4% hispanos o de “otra categoría”. Asimismo, un 83.3% de los coautores con

los que delinquían los jóvenes blancos eran también de raza blanca, en contrapartida al 15.3%, que eran negros, o al 1.4%, que eran hispanos o pertenecían a “otra categoría”. Y, entre los delincuentes identificados como hispanos o de otra etnia, un 83.4% de sus cómplices eran hispanos o de otra raza, frente al 16.7% que eran negros (ninguno era blanco).

Con respecto a la edad, estos investigadores observaron que, aunque el 62.6% de los infractores delinquían en compañía de coautores más jóvenes, en general, las diferencias entre los delincuentes y los coinfractores no solía sobrepasar los 4 años. En concreto, la distancia entre los delincuentes y sus cómplices era menor de un año para el 11.1% de los casos, entre uno y dos años para el 47.2%, tres o cuatro años para el 25.1%, y al menos cinco años para el 16,6%.

Esos resultados son, en general, similares a los obtenidos por Sarnecki (2001). Este autor encuentra que, con respecto a la edad, en un 76% de los casos la diferencia de edad entre los jóvenes delincuentes y sus “cómplices” no supera los dos años. Es más, incluso en aquellos casos en los que los jóvenes incurren en actividades delictivas con codelincuentes adultos, los coofensores de mayor edad del grupo son, con frecuencia, relativamente jóvenes (hallazgo que concuerda con los obtenidos previamente por Reiss y Farrington, en 1991, o Warr, en 1996).

Adicionalmente, Sarnecki (2001) también observa que los jóvenes desviados son similares respecto a su lugar de residencia. En concreto, indica que lo habitual es que los jóvenes seleccionen como codelincuentes a iguales que viven cerca de ellos. Este resultado es consistente con los de Dishion *et al.* (1995b), quienes encuentran que los adolescentes desviados tienen como amigos a otros adolescentes de su mismo barrio.

Sin embargo, una de las características sociodemográficas en la que es más llamativa la similitud entre los miembros que integran agrupaciones desviadas es en el sexo. Casi la totalidad (95.5%) de los delincuentes varones cometen sus delitos con otros hombres y el 80.6% de los cómplices de las delincuentes mujeres son chicas (Conway y McCord, 2002).

Aunque es importante señalar que en los grupos antisociales es menos habitual la presencia de mujeres. Kipke *et al.* (1997) encuentran que el 75% de los miembros de grupos desviados son hombres, frente al 25% de mujeres; Snyder y Sickmund (1995) informan de un

porcentaje considerablemente menor: sólo un 6% de los miembros de bandas son chicas, lo que deja claro que la pertenencia a grupos antisociales es mayoritariamente masculina.

Resultados como éstos refuerzan la idea de similitud en las características sociodemográficas de los integrantes de grupos desviados, aún cuando existen algunas evidencias que indican que existe variabilidad en ellos, vinculada con variables como la edad, la experiencia delictiva o el propio sexo.

Por ejemplo, en cuanto a la edad, Sarnecki (2001) señala que a medida que los adolescentes se van haciendo mayores, la proporción de coofensores de la misma edad descende, pasando del 35% para los adolescentes de entre 11 y 14 años, al 22% para los jóvenes de entre 18 y 20 años. Al mismo tiempo, las cifras de coofensores más jóvenes aumentan: mientras el número de coinfractores más jóvenes se sitúa en el 14.7%, en el caso de los adolescentes de entre 11 y los 14 años, cuando la edad de éstos oscila entre los 18 y los 20 años, la cifra asciende a un 38%.

Asimismo, el estudio de Sarnecki (2001) muestra que la elección de los coofensores varía en función del tipo de delito, y del nivel de experiencia que los jóvenes posean en el mismo. En concreto, la mayor parte de los delitos llevados a cabo por jóvenes menores de 20 años son cometidos por varones en compañía de codelincuentes varones (ej.: vandalismo, delitos de drogas, etc.), a excepción de los pequeños hurtos, cometidos en un 52% por chicas que delinquen con otras mujeres. Asimismo, los individuos, a la hora de cometer delitos menos serios (ej.: raterías en tiendas) eligen como codelincuentes a personas con las que habitualmente comparten su tiempo (individuos de la misma edad, sexo y área); sin embargo, en el caso de delitos más graves, los jóvenes suelen estar acompañados por personas que tienen experiencia en la comisión de ese delito concreto, aunque no sean tan similares con respecto al área de residencia, o la edad.

En cuanto al sexo, en algunos estudios previos realizados por nuestro equipo (ej.: Moreira, 2007; Rodríguez, 2006), encontramos igualmente que la similitud en los grupos desviados presenta algunas excepciones relacionadas con esta variable. Por ejemplo, en el caso de las mujeres, uno de los factores que mejor parecen predecir su incursión en actividades delictivas es la presencia de varones, no de mujeres, en sus grupos de amistad, y más concretamente de hombres desviados de mayor edad que ellas. Estos resultados van en la línea de los encontrados por Arndorfer y Stormshak (2008), o Caspi, Lynam, Moffit y Silva (1993), quienes

observaron que la desviación de las chicas era más probable cuando se relacionaban con chicos que participaban en actividades delictivas.

El otro gran criterio, relacionado con la similitud, que los investigadores han analizado a la hora de establecer las características de los grupos delincuentes, es el de la posible concordancia entre sus integrantes a nivel conductual.

Fararo y Sunshine (1964) encuentran, a este respecto, que los estudiantes afroamericanos de su muestra tienden a vincularse con amigos que son iguales a ellos en cuanto a su implicación delictiva. Sin embargo, si ésto no es posible, es más probable que los jóvenes no delincuentes elijan a delincuentes como amigos a que los adolescentes delincuentes elijan como amigos a no delincuentes. En este sentido, la delincuencia, más que la no delincuencia, es, al menos en esta muestra, una característica deseable en el proceso de selección grupal.

Por su parte, Reiss y Rhodes (1964), en un estudio con 378 adolescentes varones, encuentran que de los 52 jóvenes de su muestra que habían reconocido haber cometido un asalto, el 65% de ellos tenían amigos que también habían asaltado a alguien; y de los 247 que negaron haber asaltado a alguna persona, sólo el 19% de ellos tenían amigos que habían realizado esta conducta.

Similarmente, Conger (1976), analizando los datos obtenidos con 374 chicos estadounidenses, observa que los adolescentes que admitían haber asaltado a alguien tenían más amigos que también habían asaltado, que amigos que no habían participado en este u otro tipo de delitos (ej.: vandalismo, robo, extorsión).

Otros trabajos, como los de Dishion, Andrews y Crosby (1994a), Cairns *et al.* (1988), o Farver (1996) encuentran que la similitud en conducta agresiva es una característica de afiliación grupal entre los jóvenes desviados.

Sin embargo, este hallazgo no es refrendado unánimemente: algunos estudios encuentran que los coeficientes de correlación entre el comportamiento agresivo-disruptivo de los jóvenes y los de sus amigos son sólo moderados (ej.: Dishion, Duncan, Eddy, Fagot y Fetrow, 1994c), e incluso otros directamente muestran que los jóvenes agresivos tienen amigos en sus grupos con diferentes niveles de agresividad (ej.: Bagwell, Coie, Terry, y Lochman, 2000; Estell, Cairns, Farmer y Cairns, 2002; Estell, Farmer, Pearl, Van Acker, y Rodkin, 2003).

En resumen, en cuanto a la composición de los grupos de amigos desviados, aunque la similitud no es completa, los datos acumulados apuntan a que, por lo general, éstos se componen de un número de miembros reducido, habitualmente varones, que se asemejan, tanto a nivel sociodemográfico, como actitudinal y/o conductual.

2.2.2. Estructura grupal

El análisis de la relación entre la estructura grupal y la delincuencia juvenil parte de la base de que, probablemente, cuanto mayor sea el grado de estructura formal de un grupo, mayor será su influencia sobre los miembros que lo componen. Se asume que la estructura grupal posibilita la presión del grupo sobre sus integrantes y, por tanto, la conformidad. Si en el grupo existe un líder con actitudes desviadas y unas normas, valores o conductas delictivas, la probabilidad de que las personas que se integren en el grupo asuman dichas actitudes, normas y conductas como propias se incrementará (Petersen, 2000; Thornberry y Krohn, 1997).

Los datos de estudios recientes proporcionan respaldo a esta idea. Así, por ejemplo, Thornberry *et al.* (1993), en un estudio longitudinal, vinculan el incremento de la actividad delictiva durante la adolescencia con la integración en grupos estructurados (bandas). Concretamente, estos autores encuentran que los niveles de delincuencia y consumo de drogas de los adolescentes se incrementan cuando pasan a formar parte de grupos organizados y declina con el abandono de tales agrupaciones.

De forma similar, Gatti, Tremblay, Vitaro y McDuff (2005) confirman la importancia de la estructura grupal con respecto a la probabilidad de delincuencia juvenil e indican que su efecto en la conducta antisocial de los adolescentes es específico, y diferenciado con respecto al efecto de la variable tener amigos desviados. En concreto, señalan que los jóvenes integrados en grupos estructurados como las bandas manifiestan más comportamientos delictivos que los adolescentes que no forman parte de este tipo de grupos o cuya pertenencia a ellos es transitoria.

Esbensen y Weerman (2005) encuentran, además, que en los grupos estructurados existe un mayor grado de presión de los iguales, lo que podría suponer una mayor implicación en desviación, especialmente si en el grupo se integran adolescentes con conducta desviada que ocupan posiciones de liderazgo.

Sin embargo, aunque los datos de estos estudios coinciden al sostener que la existencia de una elevada estructura grupal incrementa la delincuencia juvenil, no todas las investigaciones del área llegan a esta misma conclusión.

Nesdale, Milliner, Duffy y Griffiths (2009), con una muestra de 161 preadolescentes, observaron que las intenciones de agredir de estos jóvenes no se veían incrementadas por la existencia en el grupo de una norma explícita de agresión. Es decir, parece que hay límites en el grado en que los jóvenes se conforman a las presiones de sus grupos. La importancia que éstos pueden conceder a pertenecer y mantenerse en su grupo de iguales, y a mantener o incluso incrementar su estatus grupal, no siempre deriva en un incremento de intenciones o comportamientos desviados (en este caso agresivos) hacia otros (fundamentalmente miembros de otros grupos) sino que pueden ir seguidas de un descenso de los mismos. Es más, parece que, en algunos casos, aquellos grupos que presentan la conducta agresiva como norma acaban gustando menos a sus integrantes.

En un trabajo previo (Moreira, 2007), nosotros observamos que, pese a las asociaciones encontradas entre algunas variables estructurales y la conducta desviada de los adolescentes, en general, las variables referidas a una estructura grupal formal (ej.: la existencia de un líder explícito o de mecanismos de control con respecto a la conformidad con el líder) no mostraban una relación significativa con el comportamiento desviado de los adolescentes, ni en el caso de los chicos ni en el de las chicas.

A este respecto, diferentes trabajos han mostrado que, aunque los grupos desviados contribuyen a aumentar el riesgo de desviación juvenil, no es precisa la estructuración y organización de estos grupos como bandas para que incidan en el comportamiento delictivo de sus integrantes. Así, por ejemplo, Morash (1983), analizando jóvenes de dos contextos distintos: una comunidad de clase baja con población blanca y con un nivel adecuado de organización; y otra comunidad mixta, étnica y socioeconómicamente, y escasamente organizada, encuentra que, en ambos contextos, efectivamente, la delincuencia de los amigos correlaciona significativamente con la delincuencia juvenil. Sin embargo, la relación entre estructura-organización en bandas y desviación individual, aunque también se observa, es cuantitativamente mucho menos relevante que la asociación entre la delincuencia de los iguales y la propia delincuencia.

Así, en la actualidad, existe considerable consenso con respecto a que aunque la mayor parte de los adolescentes delincuentes se asocian con amigos desviados, estos grupos, en general, no poseen todos los elementos que caracterizan a las bandas subculturales (propuestas desde la Sociología tradicional), y en especial, no presentan una organización tan formal, jerárquica, rígida y estable.

Otro aspecto a destacar con respecto a la estructura grupal es el hecho de que, en el caso de las mujeres, el nivel de estructura de sus agrupaciones es bajo, si lo comparamos con el de los grupos de los hombres, quizás porque los grupos de los chicos están más orientados a la planificación y realización de actividades, mientras que los grupos de las chicas se constituyen fundamentalmente como contextos de apoyo afectivo (Maccoby, 1998; Rodríguez, 2006; Rutter, Giller y Hagell, 2000; Shaffer, 2002).

En resumen, los datos acerca de la estructura grupal parecen indicar que los grupos de amistad desviados tienen una estructura menos formal que las bandas. Sin embargo, los resultados referidos al impacto del nivel de estructuración sobre la probabilidad de delincuencia no son todavía concluyentes. Aunque hay estudios que señalan que un alto nivel de estructuración grupal se vincula con un incremento de la actividad delictiva durante la adolescencia, no todas las investigaciones confirman estos resultados.

Probablemente, la ausencia de un consenso en torno al efecto de la estructura grupal en la conducta delictiva tenga que ver con el hecho de que todavía no se han establecido claramente cuáles son los elementos que mejor definen la estructura de los grupos de amistad desviados, o no se han evaluado exhaustivamente hasta qué punto los índices que se utilizan para evaluar la estructura de las agrupaciones definidas como bandas (ej.: liderazgo, normas desviadas, territorialidad, presión grupal) son aplicables también a los grupos de amistad.

2.2.3. Patrones de afecto y conflicto

Probablemente, las características de composición y la estructura grupal, aún siendo relevantes para entender la influencia que los iguales desviados tienen en la conducta delictiva de los jóvenes, no tengan un impacto tan claro sobre la conducta de los adolescentes como el derivado del tipo de interacción que se produce entre ellos.

Deptula y Cohen (2004), en este sentido, señalan que dos de los elementos cruciales para entender la influencia de los amigos serían: la calidad de las relaciones de amistad de los adolescentes, y las actividades que realizan juntos.

Respecto a la calidad de las relaciones de amistad, Berndt (1996) afirma que en toda relación es posible observar tanto aspectos positivos como negativos. Entre los positivos se incluyen: la intimidad, la compañía, el apoyo, la ayuda y, en general, el afecto; y entre las negativas: el conflicto y sus consecuencias. A continuación, analizaremos la relación entre cada uno de estos aspectos de la amistad y la conducta desviada de los adolescentes.

2.2.3.1. Los vínculos afectivos en los grupos de amistad desviados

El abordaje de la relación entre la calidad de la interacción en los grupos de amistad desviados y la implicación de estos grupos en actividades desviadas se ha llevado a cabo desde diferentes perspectivas teóricas. Dos de ellas, la Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland, 1947) y la Teoría del Control Social (Hirschi, 1969), se muestran especialmente polarizadas en cuanto al papel que juega la afectividad y las relaciones emocionales con respecto a la génesis de la conducta antisocial.

Desde la Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland, 1947) se asume que la pertenencia a un grupo de iguales desviado es uno de los principales factores de riesgo de la desviación juvenil, y se afirma, además, que para que el grupo de amigos actúe, efectivamente, como un contexto de aprendizaje de conductas, es necesario que exista afecto en las interacciones grupales.

Por el contrario, desde la Teoría del Control Social de Hirschi (1969), se considera que el grupo desviado no tiene un impacto demasiado importante en la explicación de la desviación juvenil, debido a que los grupos de adolescentes que se implican en conductas desviadas se caracterizan por la inexistencia de relaciones afectivas cálidas y por la presencia de conflictos. Por ello, en este modelo teórico se postula que los grupos que inciden en la desviación, disminuyendo su probabilidad, son los grupos convencionales.

“...parece razonable concluir que las personas cuyas relaciones sociales son frías e irritantes, aquellas cuyas habilidades sociales son limitadas, son incapaces de influirse mutuamente en el modo sugerido por los que ven al grupo de iguales como un factor decisivo en la delincuencia” (Hirschi, 1969, p.141).

Es decir, en ambos modelos subyace la idea de que los contextos influyentes con respecto a la probabilidad de que se produzca o no desviación serán aquellos caracterizados por la existencia de afecto y apoyo; sin embargo, se diferencian en el hecho de que los grupos desviados son definidos como carentes de vinculaciones afectivas por la Teoría de Hirschi (1969), y como entornos en los que necesariamente debe existir afecto para que se produzca influencia en las teorías de la Asociación Diferencial y el Aprendizaje Social.

Las investigaciones previas que han evaluado el papel del afecto en la desviación juvenil, aunque proporcionan mayor apoyo a la idea de que puede existir afecto en los grupos de amistad adolescente, se impliquen o no en actividades desviadas (Baerveldt, Van Rossem, Vermande y Weerman, 2004; Claes y Simard, 1992; Giordano, Cernkovich y Pugh, 1986; Gillmore, Hawkins, Day y Catalano, 1992; Houtzager y Baerveldt, 1999), no han sido del todo concluyentes con respecto a si este afecto juega o no un papel relevante en la génesis de la desviación. Prueba de ello es que existen estudios en los que observa que son necesarios los vínculos afectivos positivos en el grupo de iguales para que las interacciones grupales incidan en la conducta desviada de los adolescentes, y otros que, por el contrario, encuentran que en los grupos desviados las relaciones afectivas positivas son escasas.

Entre el primer grupo de estudios se encuentran un nutrido número de investigaciones que vinculan el afecto a los iguales (desviados) con la delincuencia.

Por ejemplo, Agnew (1985), en un estudio con 2.213 chicos de 16 años, indica que las vinculaciones afectivas positivas dentro del grupo de iguales incrementan la desviación de los adolescentes.

Parker y Asher (1987) concuerdan con estos resultados al señalar que el que los jóvenes presenten un comportamiento desviado no depende únicamente de su participación y de su exposición a patrones conductuales que quebrantan la norma, sino que, además, requiere de unos lazos emocionales fuertes con sus iguales. También, Wong (2005) señala que el apego a los amigos se asocia positiva y significativamente con la delincuencia juvenil.

Por su parte, Laird, Pettit, Dodge y Bates (1999) indican que los adolescentes de 12 y 13 años que mantienen relaciones de calidad con amigos antisociales manifiestan más comportamientos antisociales que los que poseen pobres relaciones con estos amigos. También Poulin y Boivin (1999), en un estudio llevado a cabo con delincuentes de 13 y 14 años,

observan que los chicos con relaciones de escasa calidad con sus amistades, manifiestan más tardíamente un incremento en sus comportamientos desviados.

Más recientemente, Engels y Bogt (2001), utilizando una muestra de 508 adolescentes de ambos sexos, establece dos observaciones importantes. La primera es que el tamaño del grupo de amigos y las actividades realizadas con éstos correlaciona significativa y positivamente con las transgresiones y el consumo de drogas. La segunda, que el apego y el apoyo dentro del grupo de amigos se vinculan positiva y significativamente con la conducta transgresora y el consumo de drogas de los jóvenes.

Por último, Luijpers (2000), tras una revisión de los estudios sobre vínculo social y delincuencia juvenil, concluye también que cuanto mayor sean los vínculos (apego y compromiso) con iguales desviados mayor será la implicación delictiva de los adolescentes.

Los resultados de este grupo de trabajos se contraponen a los de los estudios en los que se señala que los grupos de iguales que se implican en desviación se caracterizan por la ausencia de interacciones afectivas cálidas y gratificantes.

Así, por ejemplo, Dishion *et al.* (1995a), utilizando una muestra del *Oregon Youth Study* (OYS) (Patterson, 1986; Patterson y Bank, 1985; Patterson *et al.*, 1992), observan que las relaciones de amistad antisociales son bajas en calidad, poco duraderas (a menudo con un final brusco), y percibidas por los chicos como escasamente satisfactorias.

Similarmente, Capaldi *et al.* (2001) indican que los chicos con altas tendencias antisociales tienen relaciones con sus iguales caracterizadas fundamentalmente por el conflicto y la baja satisfacción. En esta línea, Empey (1978), después de revisar un buen número de estudios sobre el tema, también concluía que el hallazgo más frecuente es el de que los grupos de delinquentes se caracterizan por un bajo nivel de cohesión.

En resumen, el tema de la calidad de los vínculos afectivos en los grupos de iguales desviados, a pesar de su innegable interés, no ha sido suficientemente analizado como para poder establecer una conclusión firme. Por ello, continúa todavía en debate cuál es su papel con respecto a la génesis de la desviación.

2.2.3.2. El conflicto y la violencia en los grupos de amistad desviados

A pesar de la polémica sobre la calidad de los vínculos afectivos entre los iguales desviados, existen menos controversias con respecto a la existencia de violencia y conflicto en ellos.

Giordano *et al.* (1986) en un estudio con 942 adolescentes de entre 12 y 19 años, analizan las diferencias en los patrones de amistad de delincuentes con diferentes niveles de implicación delictiva. Sus resultados señalan que los jóvenes delincuentes, al igual que los no delincuentes, creen que sus amistades son verdaderas y de confianza. En contra de quienes los consideran fríos e irritantes, afirman que: *“sus amigos se preocupan por ellos y los hacen felices”* (p 1.191). Sin embargo, Giordano *et al.* (1986), también señalan que los adolescentes delincuentes reconocen tener mayores desacuerdos y conflictos con sus amigos que los jóvenes menos delincuentes.

Claes y Simard (1992) también reconocen la existencia de conflictos en las agrupaciones desviadas. En concreto, señalan que en estas agrupaciones los conflictos tienden a alcanzar cuotas de intensidad altas, dando lugar a sentimientos de malestar entre sus miembros. Similarmente, Dishion *et al.* (1995a) caracterizan los grupos que conducen a la delincuencia como contextos en los que es frecuente la conducta coercitiva e incluso tiránica.

Esta realidad se observa también en los grupos de adolescentes agresivos. En estos grupos, sus miembros experimentan un alto nivel de conflicto en sus grupos de amistad, conflictos a los que responden con violencia, intensificando y manteniendo las situaciones de tensión grupal. De hecho, Dodge, Price, Coie y Christopoulos (1990) describen las relaciones de estos jóvenes como “altamente conflictivas” y señalan que éstos utilizan tanto la agresión proactiva (empleo de la agresión con el fin de lograr un propósito concreto y ante ausencia de provocación) como la agresión reactiva (empleo de la agresión en reacción a una provocación).

Resultados como éstos sugieren una relación entre el conflicto grupal y la conducta delictiva de los adolescentes, más concretamente, una relación entre la presencia de violencia en los grupos desviados (ya sea como forma de interacción y/o como mecanismo de resolución de conflictos) y la delincuencia juvenil.

Los trabajos previos de nuestro propio equipo de investigación (Soares, 2005; Moreira, Sánchez y Mirón, 2010; Rodríguez, 2009) coinciden en señalar que la conducta desviada de los

adolescentes se asocia positiva y significativamente con la presencia de conflicto y de violencia en sus grupos.

Así, en el reciente trabajo de Rodríguez (2009), se han analizado dos tipos de violencia grupal en relación con la delincuencia juvenil: el uso de estrategias violentas (frente a estrategias no violentas) como método habitual para resolver conflictos en el grupo, y la presencia de maltrato físico y emocional en las interacciones grupales no vinculadas a disputas.

Los resultados obtenidos por Rodríguez (2009) muestran que todos los tipos de violencia y maltrato se relacionan positiva y significativamente tanto con la conducta antisocial total como, específicamente, con la delincuencia realizada en grupo. Además, este resultado se observa tanto en la muestra de hombres como en la de mujeres, y en los dos grupos de edad considerados (11-15, y 16-18 años). En este trabajo, el conflicto y la violencia grupal han resultado ser las variables que, junto a la presencia de amigos desviados en el grupo, mejor explican la delincuencia juvenil de todos los grupos muestrales.

Aunque conviene llamar la atención sobre el hecho de que en este trabajo, coincidiendo con la mayor parte de la literatura (ej.: Maccoby, 2002, Martin y Fabes, 2001; Miller, Danaher y Forbes, 1986; Toldos, 2005), se observa que la presencia de conflicto y violencia es más habitual en los grupos desviados de los chicos que en los de las chicas. En el caso de las mujeres, el grupo se concibe más como un contexto en el que predomina la confianza, la ayuda mutua y, en general, el afecto (Bank y Hansford, 2000; Buhrmester y Prager, 1995; Chu, 2005; Leaper, 1991; Maccoby, 1990; Santrock, 2004; Shulman, Levy-Shiff, Kedem y Alon, 1997).

En resumen, los datos presentados muestran la existencia de una relación consistente entre la violencia intragrupal y la desviación (proporcionando cierto apoyo a los planteamientos de la Teoría del Control Social de Hirschi) e indican que el maltrato en el grupo de iguales es un aspecto, relativamente olvidado, que debería ser tenido en cuenta en las explicaciones sobre la delincuencia juvenil.

2.2.4. Actividades de ocio

Uno de los elementos que, sin duda, posibilita y manifiesta la influencia de los amigos en la adolescencia es la cantidad de tiempo que los jóvenes comparten con ellos. En la adolescencia,

este tiempo se incrementa notablemente, en detrimento del que pasan con la familia (Palmqvist y Santavirta, 2006; Rutter *et al.*, 2000) y se destina, fundamentalmente, a realizar actividades de ocio.

Cuando se les pide a los jóvenes que especifiquen las actividades de ocio que realizan con sus amigos, señalan una amplia gama de actividades, con distintos grados de formalidad: desde relajarse, a ver la televisión o participar en actividades deportivas (Savin-Williams y Berndt, 1990). Una de las actividades más mencionadas es la de hablar con ellos (en persona, por teléfono, etc.), acerca de multitud de temas: las actividades y experiencias de otros miembros del grupo, modas, discos, películas, etc.; y una de las que mayor satisfacción les produce es “perder el tiempo en tonterías” y reírse (Csikszentmihalyi, Larson y Prescott, 1977).

Todas estas actividades brindan a los adolescentes oportunidades únicas para divertirse y explorar “sus intereses, talentos y potencialidades” (Maslow, 1970), al tiempo que desarrollan su motivación, su autonomía o sus habilidades (Silbereisen y Eyferth, 1986; Silbereisen y Todt, 1994).

Muchos de los jóvenes integrados en agrupaciones desviadas realizan estas actividades con sus amigos. Sin embargo, los jóvenes delincuentes participan menos en actividades estructuradas que sus compañeros no delincuentes.

Trabajos clásicos como el de Glueck y Glueck (1950) ya presentaban resultados en esta línea. En este estudio se observaba que los chicos desviados acudían menos a actividades convencionales formales (como asistir a la iglesia) y que pasaban la mayor parte de su tiempo fuera de casa, en solares vacíos, estaciones de ferrocarril o salas de billar.

Trabajos recientes, como el realizado por Mahoney y Stattin (2000), utilizando una muestra de 703 jóvenes suecos de 14 años, también encuentran que la participación en actividades de ocio altamente estructuradas³ (ej.: clases de música) se vincula con menores niveles de comportamiento antisocial, pero que la realización de actividades poco o nada estructuradas (ej.: ir de compras a un centro comercial), tiende a asociarse con mayores niveles de desviación. Mahoney y Stattin (2000), señalan, además, que los jóvenes que participan en

³ Mahoney y Stattin (2000) señalan que algunas de las características de las actividades de ocio altamente estructuradas incluyen: participación regular en la actividad, participación guiada por unas normas y supervisada por uno o más adultos y atención activa y sostenida por parte de los que llevan a cabo la actividad.

actividades poco estructuradas poseen más amigos desviados que los que se implican en actividades supervisadas.

Los resultados de Riley (1987), Vazsonyi, Pickering, Belliston, Hessing y Junger (2002) o Haynie y Osgood (2005) van también en esta dirección.

Riley (1987), en un estudio con 751 adolescentes ingleses de 14 y 15 años, encuentra que los jóvenes que pasan más tiempo con sus amigos, especialmente en actividades no estructuradas o no supervisadas por los padres, son los que informan de un mayor número de comportamientos desviados. Por su parte, Vazsonyi *et al.* (2002), con una muestra de 8.417 adolescentes húngaros, suizos, holandeses y estadounidenses de entre 15 y 19 años, observan que el tiempo pasado con los amigos en actividades poco estructuradas y supervisadas, tras la escuela y en los fines de semana, predice distintos tipos de conducta delictiva de los jóvenes (desde conductas de vandalismo hasta asaltos).

Finalmente, Osgood, Wilson, O'Malley, Bachman y Johnston (1996) y Haynie y Osgood (2005), utilizando datos del *Nacional Longitudinal Study of Adolescent Health*, también observan que los adolescentes ejecutan conductas delictivas en la medida en que comparten el tiempo con sus amigos realizando actividades de ocio no estructuradas. Estos autores señalan que las oportunidades de los adolescentes para implicarse en comportamientos desviados son mayores en el transcurso de actividades de ocio poco estructuradas, en particular si el contexto social de la actividad se caracteriza por la presencia de una gran proporción de iguales problemáticos.

En resumen, los trabajos presentados parecen establecer una relación entre el ocio no estructurado y la delincuencia juvenil.

Esta relación es especialmente significativa en el caso de los adolescentes varones, dado que éstos realizan actividades de ocio poco estructuradas con sus amigos con mayor frecuencia que las mujeres (Mahoney y Stattin, 2000; Rodríguez y Mirón, 2008).

Aunque de esta conclusión pudiese derivarse la creencia de que la participación en actividades estructuradas no se vincula, o incluso puede prevenir, la implicación en desviación, tal y como sostienen algunas investigaciones (ej.: McCord, 1978, 1992; Dishion, McCord y Poulin, 1999), ésto no es necesariamente cierto.

De hecho, algunos autores indican que la participación en algunas actividades de ocio supervisadas puede incrementar el comportamiento antisocial. Por ejemplo, Bergmark y Andersson (1999), en un estudio longitudinal con una muestra de 603 chicos y 590 chicas, encuentran que la frecuencia de asistencia de los adolescentes a centros de ocio juveniles, responsabilidad del gobierno, correlaciona con el consumo de alcohol, y un mal ajuste social desde la adolescencia a la edad adulta.

Probablemente este tipo de resultados, inicialmente contrarios a lo esperado, estén indicando que, aunque las actividades supervisadas por adultos y valoradas socialmente sean contextos que proporcionan menos oportunidades para la delincuencia que la participación en otros tipos de actividades, puede que lo esencial no sea tanto el *qué se hace o dónde se hace* como el *con quién* se realizan tales actividades. En este sentido, Wong (2005), señala que las actividades relacionadas con la escuela y la familia (ej.: estudiar, hacer cosas con la familia) fortalecen los vínculos sociales y reducen la asociación delictiva y la delincuencia. Sin embargo, otras actividades convencionales tales como pasar el tiempo con los amigos incrementan, indirectamente, la desviación. Compartir el tiempo con las amistades puede debilitar el vínculo con la escuela y la familia (reduciendo, por tanto, el compromiso con creencias y valores convencionales, o el interés por esforzarse para conseguir objetivos a largo plazo), incrementándose así las probabilidades de desviación.

En definitiva, tras analizar algunas de las características de interacción en los grupos de amistad desviados de los adolescentes, se observa que, cuanto mayor es el tiempo que los adolescentes pasan desarrollando actividades poco estructuradas, mayores parecen ser las probabilidades de que se involucren en actividades y/o comportamiento delictivos, especialmente si dichas actividades se realizan en contextos en los que están presentes iguales desviados.

2.3. PRINCIPALES CONCLUSIONES SOBRE LAS CARACTERÍSTICAS QUE DEFINEN LOS GRUPOS DE AMIGOS

A lo largo de este capítulo se ha hecho un repaso por algunos de los aspectos o de las variables (estructura grupal, afecto/conflicto en el grupo, actividades de ocio en grupo, etc.) que más han llamado la atención de los investigadores respecto de los grupos de amistad desviados y su vinculación con la delincuencia juvenil.

Como resultado de esta revisión cabría decir que, en general, los jóvenes integrados en agrupaciones desviadas suelen cometer infracciones juntos. Sin embargo, su asociación no podría asimilarse, a nivel organizativo/estructural, con la definición tradicional de banda delictiva. Se trataría, más bien, de grupos de amigos que se reúnen habitual, ocasional o transitoriamente, y cometen grupalmente algunas actividades desviadas. En este sentido, parece que la realización de actividades antinormativas surge en el contexto grupal sin planificación expresa del hecho o sin aclaración previa de distribución de funciones, en contra de lo que es habitual en grupos más jerárquicos y estructurados como las bandas.

Asimismo, la literatura indica que los adolescentes integrados en este tipo de grupos son relativamente similares entre ellos (en edad, sexo, actitudes desviadas, etc.), comparten su tiempo de ocio realizando tanto actividades “normativas” como desviadas, y utilizan, en mayor medida que los jóvenes convencionales, la violencia emocional y física como forma de resolver sus conflictos intra e intergrupales.

Estas características son, en su conjunto, aplicables a los grupos antisociales tanto de hombres como de mujeres adolescentes. No obstante, y aún cuando la información a este respecto es todavía escasa, los hallazgos acumulados hasta el momento indican que la pertenencia a grupos de amistad desviados es más frecuente en el caso de los chicos. Asimismo, los grupos de los hombres poseen una estructura grupal más elevada, pasan más tiempo realizando actividades de ocio no convencional, y mantienen interacciones más conflictivas. Por el contrario, las chicas manifiestan una mayor vinculación afectiva con sus iguales, utilizan en mayor medida el diálogo como estrategia de resolución de conflictos grupales, y realizan menos actividades de ocio no convencional.

Estas diferencias no afectan únicamente a los grupos desviados; varios autores señalan que, en general, los grupos de amistad de hombres y mujeres difieren en organización y funcionamiento (ej.: Crick y Grotpeter, 1995; Coleman, 1985; Dunphy, 1963; Maccoby, 1990; 2002; Santrock, 2004).

La existencia de tales diferencias en estos grupos plantea entonces la cuestión de si los amigos antisociales tienen la misma repercusión o influencia en el comportamiento desviado de chicos y chicas, o si, por el contrario, pueden estar jugando un papel diferente en la delincuencia de ambos sexos.

Un análisis bajo la perspectiva de género parece clave para aclarar esta cuestión dado que, probablemente, las diferencias observadas entre los grupos de amistad de chicos y chicas, y el papel de las variables relacionadas con la delincuencia, entre ellas las referidas al grupo, en la conducta desviada de hombres y mujeres, estén determinadas por el modo que los individuos de cada sexo son socializados. En el próximo capítulo, analizaremos en detalle esta idea.

Grupo de Amigos, Sexo/Género y Delincuencia Juvenil

Dado que la delincuencia parece ser un fenómeno mucho más frecuente entre los hombres gran parte de las investigaciones en el área, y como consecuencia, también las propuestas teóricas, sobre todo las más tradicionales, se han centrado en el análisis de la delincuencia de los varones.

La delincuencia de las mujeres ha sido un tema olvidado, o trivializado, en las propuestas explicativas de la delincuencia en general, y de la delincuencia juvenil en particular (Chesney-Lind y Okamoto, 2001). Las escasas teorizaciones existentes sobre la etiología de la delincuencia de las mujeres han sido, básicamente, meras extrapolaciones realizadas a partir de los modelos teóricos validados con muestras de varones (Chesney-Lind y Shelden, 1998; Lanctôt y Le Blanc, 2002).

Sin embargo, la aparición del movimiento feminista en Criminología, alrededor de la década de los 70 del pasado siglo, propició la inclusión de la mujer delincuente como aspecto crucial en el análisis de la delincuencia, y abrió un interesante debate, que sigue vigente en la actualidad, acerca de si los mismos factores que se proponen como causa de la delincuencia de los varones explicarían adecuadamente la delincuencia de las mujeres (Campbell, 1984; Cernkovich y Giordano, 1979; Norland, Wessel y Shover, 1981).

Analizar esta cuestión es fundamental si se tiene en cuenta que los datos sobre la conducta delictiva de hombres y mujeres ponen de manifiesto, sistemáticamente, la existencia de diferencias importantes en los índices delictivos de chicos y chicas; diferencias que, todavía en la actualidad, no han sido explicadas de manera satisfactoria.

3.1. DIFERENCIAS EN LOS ÍNDICES DELICTIVOS DE HOMBRES Y MUJERES

3.1.1. Delincuencia oficial

Las estadísticas oficiales de todos los países del mundo muestran que el porcentaje de mujeres que delinquen es muy inferior al de los hombres (Almeda, 2003; Estadísticas del Consejo de Menores Mejicano, 2001; Heidensohn, 1997; Kangaspunta, 1995; Loeber y Hay, 1994; Rutter *et al.*, 2000; Wikström, 1991; Wilson y Herrnstein, 1985).

Así, por ejemplo, Almeda (2003), señala que, aunque el porcentaje de mujeres adultas encarceladas en España ha ascendido en las últimas décadas, comparativamente, los índices de encarcelamiento femenino continúan siendo muy inferiores a los de los hombres.

De hecho, en el año 2002, la población penitenciaria del Estado español ascendía a un total de 51.882 personas, de las cuales “únicamente” 4.132 eran mujeres. Y esta cifra, que supone un 8.7% del total de las personas encarceladas, es una de las más altas de Europa. Por ejemplo, en el año 2000, el porcentaje de mujeres encarceladas era del 9.5% en Portugal; y se situaba por debajo del 6% en muchos otros países europeos (Suecia, 5.7%; Inglaterra, 4.1%; Italia, 4.1%; Francia, 4%; Alemania, 4.3%; Bélgica, 4.3%; Grecia, 3.7%; e Irlanda, 2.3%).

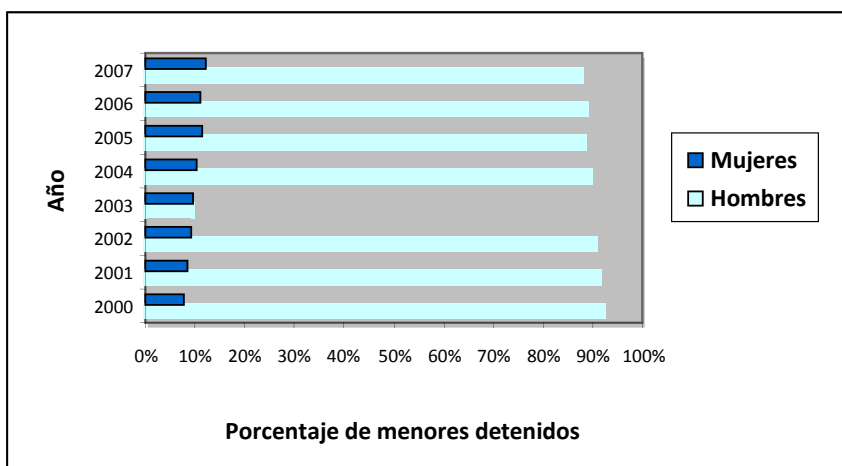
Almeda indica, además, que la mayoría de las mujeres encarceladas en España (53%), han realizado delitos contra la salud pública (delitos relacionados con el consumo y tráfico de drogas) y el 39% delitos contra la propiedad. El 8% restante han sido encarceladas por delitos relacionados con la seguridad del tráfico, el orden público, la libertad sexual, y el homicidio.

La tipología delictiva de los hombres es diferente a la de las mujeres. La mayoría de la población reclusa masculina (53%) ha sido encarcelada por delitos contra la propiedad, y un 29% por delitos contra la salud pública. Además, el porcentaje de delitos contra las personas es significativamente más elevado entre los hombres, destacando un 5% de condenados por homicidio y otro 5% por delitos contra la libertad sexual. Ambos delitos son prácticamente inexistentes entre la población reclusa de mujeres.

Los datos sobre delincuencia aportados por Almeda (2003) con población adulta se reproducen al hablar de delincuencia juvenil. Así, por ejemplo, en España, Serrano-Tárraga

(2009) indica que, incluso si atendemos a las cifras de la última década (en la que se ha incrementado el porcentaje de mujeres detenidas y encarceladas) el número de adolescentes varones detenidos continúa siendo muy superior al de las mujeres (Gráfico 1).

Gráfico 1: Porcentaje total de detenidos por sexo en España (Anuarios del Ministerio del Interior, 2000-2007)



Fuente: Elaboración propia, a partir de Serrano-Tárraga (2009).

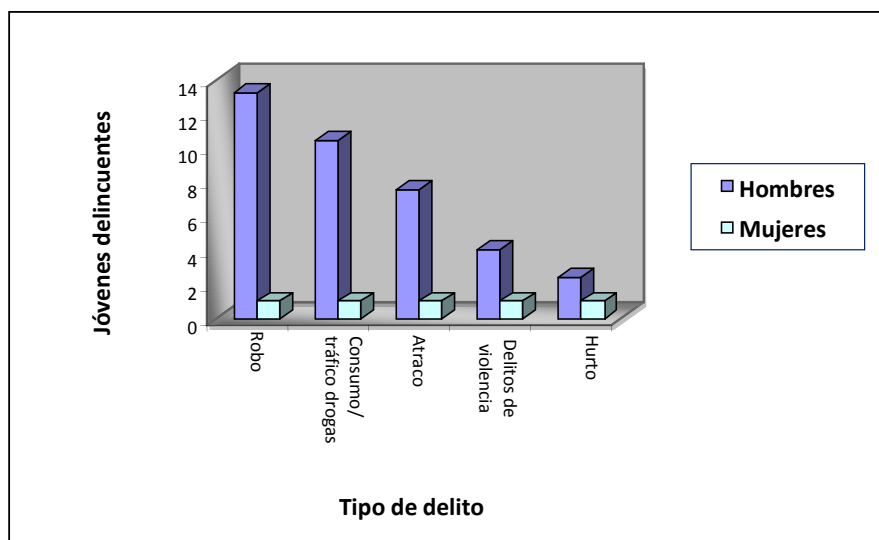
Serrano-Tárraga (2009) señala que los delitos cometidos por chicos y chicas difieren no sólo en cuanto a número sino también en cuanto a tipología. La mitad de las detenciones de los chicos se producen por delitos contra el patrimonio y por delitos contra las personas (lesiones, homicidio y asesinato). Además, se constata, para ellos, un descenso en el número de delitos contra la propiedad y un incremento de los delitos contra las personas. En el caso de las chicas, se aprecia un incremento en ambos tipos delictivos, pero los delitos contra las personas, especialmente los más graves, continúan siendo los que establecen las principales diferencias cuantitativas entre ambos sexos.

Estas diferencias se observan también en los datos referidos al resto de países europeos, y de otras zonas del mundo.

Por ejemplo, el Ministerio del Interior Británico (Rutter *et al.*, 2000) informa de que el 80% de los infractores de entre 10 y 19 años de Inglaterra y Gales son varones. Las proporciones hombre-mujer por tipo delictivo serían de 13.2:1 para robo; de 10.4:1 para delitos

relacionados con el consumo y tráfico de drogas; de 7.5:1 para atraco; de 4:1 para delitos de violencia; y de 2.4: 1 para hurto (vGráfico 2).

Gráfico 2: Índices delictivos de hombres y mujeres (Ministerio del Interior Británico, 1995)



Fuente: Elaboración propia, a partir de Rutter *et al.* (2000).

Por su parte, Stattin, Magnusson y Reichel (1989), analizando los datos de delincuencia juvenil en Suecia, encuentran que el índice de delincuencia global de los hombres duplica al de las mujeres (6.9 frente a 3). Además, también la reincidencia de los varones es muy superior a la de las mujeres (11.6% frente al 4.9%).

Kangaspunta (1995), analiza las estadísticas oficiales europeas y norteamericanas de finales de los años ochenta, y señala que, en todos los países analizados, la proporción de mujeres jóvenes detenidas es, en general, muy inferior a la de los hombres. Por ejemplo, en Alemania la proporción sería de 1 mujer por cada 3 hombres, en Letonia de 1 mujer por cada 17 hombres, en Italia 1 mujer por cada 6 hombres, y en Escocia 1 por cada 23 hombres.

Las estadísticas del Consejo de Menores Mejicano (2001), también señalan que de la población total interna de menores infractores en el país, el 93.74% eran varones y el restante 6.26%, mujeres. Aunque ambos eran detenidos fundamentalmente por la comisión de delitos leves, los chicos se implicaban en mayor medida que las chicas en delitos graves.

En resumen, las cifras oficiales, con independencia del país del que provengan, indican que los hombres delinquen más que las mujeres en todo tipo de delitos, y, muy especialmente en el caso de delitos graves.

3.1.2. Delincuencia autoinformada

Al igual que en el caso de las estadísticas oficiales, en los trabajos basados en autoinformes, el hallazgo unánime es que los hombres realizan más conductas delictivas que las mujeres (Bennett, Farrington y Huesmann, 2005; Byrnes, Miller y Schafer, 1999; Fagan, Van Horn, Hawkins y Arthur, 2007; Hartless, Ditton, Nair y Phillips, 1995; Herrington y Nee, 2005, Lanctôt y Le Blanc, 2002; Pedersen y Wichstrom, 1995; Rechea, 2008; Rechea, Barberet, Montañés y Arroyo, 1995; Rodham, Hawton, Evans y Weatherall, 2005; Steffensmeier y Allan, 2000; Tittle y Paternoster, 2000).

En España, Rechea *et al.* (1995), analizaron la comisión de actos delictivos y predelictivos en 2.100 adolescentes de entre 14 y 21 años. Los resultados de su estudio muestran que la mayoría de los adolescentes, tanto hombres como mujeres, realizan conductas que podrían definirse como transgresoras de las normas, antes que como delitos (consumir alcohol antes de los 18, faltar a clase, etc.). En todo caso, estas autoras encuentran que, en general, la prevalencia o tasa de participación de las mujeres en actividades delictivas es significativamente más baja que la de los hombres, especialmente en el caso de los delitos serios como las conductas violentas o las infracciones contra la propiedad.

El meta-análisis realizado por Byrnes *et al.* (1999), a partir de los datos proporcionados por 150 estudios, confirma que, entre los 10 y los 21 años, los hombres se implican en más conductas de riesgo que las mujeres, incluyendo consumo de alcohol y drogas ilegales.

Por su parte, Pedersen y Wichstrom (1995), analizaron los patrones delictivos de 10.000 adolescentes noruegos de entre 12 y 16 años. Sus resultados también señalan una mayor participación en delincuencia de los hombres: el 26% de los hombres frente al 6% de las mujeres se implicaban en conductas de vandalismo, robo y agresión.

Hartless *et al.* (1995) preguntaron a 208 adolescentes ingleses (118 hombres y 87 mujeres) de entre 11 y 15 años, acerca de la realización de 14 tipos de delitos. Los resultados obtenidos

señalaban una mayor participación delictiva de los varones. En concreto, un 63% de los chicos se implicaban en peleas en la calle (frente al 54% de las mujeres), un 49% infringían daño a otros (frente al 28% de las mujeres) y un 44% robaba (frente al 31% de las mujeres). Sólo observaron una categoría delictiva, los delitos relacionados con el consumo de drogas, en la que las diferencias entre hombres y mujeres se reducían, hasta el punto de invertirse el patrón delictivo habitual: el 26% de las mujeres, frente al 21% de los hombres, informaban de la realización de este tipo de conductas.

Graham y Bowling (1995), utilizando una muestra mucho más amplia de 1.721 jóvenes británicos (con edades comprendidas entre los 14 y los 25 años), también encuentran que el nivel de delincuencia autoinformada de las mujeres es claramente inferior al de los varones. Las proporciones de participación en delitos eran de 3.5:1 para los delitos de violencia y de 2.5:1 para los delitos contra la propiedad.

En resumen, los resultados expuestos sobre los índices delictivos de hombres y mujeres reflejan un notable consenso en cuanto a la menor implicación de la mujer en delincuencia. Tanto las estadísticas oficiales como los estudios basados en autoinformes permiten afirmar que:

- Los delincuentes son mayoritariamente hombres.
- Tanto hombres como mujeres cometen más infracciones leves (ej.: consumo de alcohol, tabaco, vandalismo) que delitos graves (ej.: homicidio, robo con intimidación).
- Las diferencias entre los índices delictivos de hombres y mujeres son mayores para los delitos graves que para los delitos leves.

A esta diferencia en los índices delictivos en función del sexo es a lo que se denomina *gap de género* de la delincuencia, y su explicación constituye, tal como hemos señalado, uno de los retos principales que tiene planteado la Criminología actual.

Sin embargo, conviene aclarar aquí a que nos referimos cuando utilizamos los conceptos de sexo y género. En los primeros acercamientos al tema, el término sexo era habitualmente utilizado para aludir a las diferencias hombre/mujer. Sin embargo, a partir de los años 60

comienza a considerarse que la expresión “diferencias de sexo” puede llevar a creer que estas diferencias se vinculan con factores biológicos, por lo que comienza a emplearse el término género, con el propósito de diferenciar lo biológico de lo social. Así, la expresión “diferencias de género” se utiliza para aludir a características, vinculadas al sexo, pero que se asume están relacionadas con el modo en el que los individuos de cada sexo son socializados. Desde entonces, existe cierto acuerdo entre los investigadores acerca de la utilidad de esta distinción conceptual. Sin embargo, numerosos autores continúan utilizando en la actualidad ambos términos, sexo y género, como intercambiables, evidentemente sin asumir que ambos conceptos sean equivalentes o que el sexo englobe el género, sino como consecuencia de una tradición que refleja la utilización cotidiana de tales conceptos (Maccoby, 1988). La expresión “*gender gap*”, a la que se ha hecho referencia, podría constituir un buen ejemplo de este planteamiento.

3.2. LA EXPLICACIÓN DE LA DELINCUENCIA DE HOMBRES Y MUJERES

3.2.1. ¿Las mismas o distintas variables?

En los últimos años han surgido una importante cantidad de trabajos interesados en analizar las diferencias y similitudes en los factores que subyacen a la delincuencia tanto de hombres como de mujeres (ej.: Belknap y Holsinger, 2006; Elliot *et al.*, 1985; Erikson *et al.*, 2000; Hartjen y Priyadarsini, 2003; Hussong, 2002; Loeber *et al.*, 1991; Maxwell, 2002; Moffit, Caspi, Rutter y Silva, 2001; Piquero, Gover, MacDonald y Piquero, 2005; Rodríguez y Mirón, 2008).

Algunos de estos estudios indican que los factores de riesgo/protección asociados a la delincuencia de los hombres pueden predecir también la delincuencia de las mujeres. Entre estos trabajos se incluyen, por ejemplo, los de Elliot *et al.* (1985), Ring (1995) o Hartjen y Priyadarsini (2003).

Elliot *et al.* (1985) observan que una escasa vinculación con entornos convencionales favorece la asociación de los adolescentes con iguales desviados, y que las relaciones con amigos desviados tienen un impacto importante en el consumo de drogas tanto de hombres como de mujeres.

Por su parte, Ring (1995), al examinar la influencia de los amigos desviados en el comportamiento delictivo de ambos sexos, encuentran una relación directa entre tener

amistades delincuentes y la delincuencia individual. Este autor deja claro que sus hallazgos se aplican tanto a los chicos como a las chicas.

En esta misma línea, Hartjen y Priyadarsini (2003) encuentran una asociación entre la desviación y diferentes variables derivadas de las Teorías del Aprendizaje Social/Asociación Diferencial (actitudes hacia la desviación, implicación de los iguales en actividades desviadas, exposición a iguales desviados y un índice de exposición a iguales delincuentes) tanto en la muestra de varones como en la de mujeres.

A pesar de estas similitudes, distintas investigaciones encuentran que existen diferencias en la manera en que los factores de riesgo/protección de la delincuencia se relacionan con la conducta antisocial de hombres y mujeres. Es posible que los factores asociados al *gap de género* de la delincuencia no se refieran tanto a cuestiones de cualidad, sino de cantidad (Rodríguez, 2009). Las variables vinculadas con la delincuencia pueden ser similares en el caso de hombres y mujeres, pero no los niveles de exposición a estas variables. Por lo tanto, el que los chicos realicen más conductas delictivas que las chicas puede tener que ver con que ellos están más expuestos a los factores de riesgo de la delincuencia.

En esta dirección, van Lier, Vitaro, Wanner, Vuijk y Crijnem (2005), en un estudio con 734 jóvenes daneses y franco-canadienses de entre 9 y 12 años, tratan de analizar las trayectorias de la conducta antisocial de chicos y chicas y la relación entre dichas trayectorias y dos variables relacionadas con el grupo de iguales: vincularse con amigos antisociales y ser rechazado por amigos convencionales. Los resultados de este estudio indican que los chicos y las chicas que delinquen son rechazados por iguales convencionales y se relacionan con amigos antisociales. Sin embargo, son los hombres los que informan de un mayor número de amigos desviados, y los que desarrollan en mayor medida trayectorias moderadas y largas de delincuencia.

Por lo tanto, van Lier *et al.* (2005) concluyen que la influencia de los amigos desviados y la ausencia de vínculos con amigos convencionales son dos aspectos cruciales a la hora de explicar la conducta antisocial de hombres y mujeres. Sin embargo, el impacto de estas variables en el comportamiento desviado es superior en el caso de los varones.

En esta línea, Rodríguez y Mirón (2008) llevan a cabo un trabajo con 283 adolescentes venezolanos de entre 11 y 18 años en el que analizan el efecto que puede tener el grupo de

amigos desviados en la delincuencia de chicos y chicas. Sus resultados muestran que vincularse con amigos desviados aumenta significativamente la probabilidad de cometer conductas delictivas, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres. Sin embargo, los chicos están más expuestos al impacto de los amigos desviados, lo que podría estar explicando su mayor incursión en la delincuencia. Asimismo, este trabajo muestra que los grupos de los chicos presentan pautas de interacción más desviadas, caracterizadas por el uso de la violencia, física y emocional.

Por el contrario, las chicas están menos expuestas a los efectos de los amigos desviados y su grupo de iguales es más convencional. En concreto, las relaciones que mantienen con sus iguales son de mayor calidad que las de los chicos y se caracterizan por un mayor apoyo y el empleo de estrategias no violentas (ej.: razonamiento) como forma de resolver los conflictos grupales.

Estudios como éstos muestran que, aunque relacionarse con amigos delincuentes favorece la delincuencia de ambos sexos, el impacto de estos amigos es más relevante en el caso de los varones, dado que éstos tienen, generalmente, más amigos desviados que las mujeres. Estos hallazgos, por sí mismos, ya indican que los grupos de iguales de los hombres facilitan la delincuencia en mayor medida que los de las mujeres.

En un estudio posterior, Rodríguez (2009), con una muestra de 666 adolescentes (325 chicos y 341 chicas), pone a prueba un modelo teórico sobre la delincuencia juvenil en el que se integran variables de la Teoría del Control Social, la Teoría del Aprendizaje Social/Asociación Diferencial y la Teoría General del Delito. Concretamente, variables grupales (ej.: amigos delincuentes), familiares (apego y supervisión familiar), escolares (apego hacia la escuela) e individuales (bajo autocontrol).

Los resultados muestran que, en general, la conducta delictiva de hombres y mujeres, viene explicada por la existencia de: a) vinculación con amigos antisociales, b) escasa vinculación con contextos convencionales (familiar y escolar), c) escasa supervisión familiar, y d) bajo autocontrol. No obstante, estas variables explican mucho mejor la delincuencia grupal de los hombres que la de las mujeres (las variables predictoras explican un 65% de la delincuencia de los chicos y un 33% de la de las chicas).

Storvoll y Wichstrom (2002) también analizan el papel de diferentes factores de riesgo (bajo apego y supervisión familiar, tener iguales desviados, implicación en actividades de ocio no estructurado, etc.) en la conducta desviada de hombres y mujeres (hurto, vandalismo, peleas con los profesores, expulsión del aula, pasar la noche fuera de casa sin autorización, etc.), utilizando una muestra de 9.432 adolescentes de ambos sexos.

Los resultados que obtienen indican que los factores de riesgo de la delincuencia de ambos sexos son similares, e incluyen: a) tener amigos desviados, b) realizar actividades de ocio estructurado y no estructurado en grupo, c) tener padres consumidores de droga, d) estar sujetos a una menor supervisión por parte de los padres, e) realizar menos actividades de ocio en familia, y, f) tener un pobre rendimiento escolar.

De nuevo, este trabajo concluye que estos factores explican mejor la desviación de los varones que la de las mujeres. En concreto, explican un 19% de las conductas de vandalismo y robo, y un 22% de las conductas antinormativas de los hombres; mientras que en el caso de las mujeres, estos porcentajes descienden al 13% y al 20%, respectivamente.

En esta línea de resultados, Fagan *et al.* (2007), con una muestra de 7.829 adolescentes de 15 años, evalúan las posibles diferencias entre chicos y chicas en 22 factores de riesgo y protección (individuales, familiares, escolares y grupales) relacionados con la delincuencia. Aunque encuentran que todos los factores de riesgo y protección analizados contribuyen a explicar tanto la delincuencia de los chicos como la de las chicas, 12 de ellos presentan índices de asociación más elevados con la delincuencia de los hombres. Entre estos factores más relacionados con la delincuencia de los hombres destaca la importancia de “tener amigos delinquentes y consumidores de droga”. Esta variable, por sí misma, explicaría un 70% de la delincuencia de los hombres y un 55% de la de las mujeres.

En términos generales, la conclusión que se extrae de estos estudios es que, aún cuando los factores de riesgo/protección de la delincuencia puedan ser similares para hombres y mujeres, la exposición a estos factores y la fuerza con la que se relacionan con el comportamiento delictivo no es la misma para ambos sexos. Los hombres están más expuestos a los factores de riesgo de la delincuencia y para ellos se observa una asociación más importante entre estas variables y su comportamiento delictivo. De ahí, probablemente, que su nivel de desviación sea mayor que el de las mujeres.

Sin embargo, quedarían por aclarar cuáles son los factores que podrían dar cuenta de la varianza “no explicada” de la conducta antisocial de las mujeres.

El hecho de que los trabajos en el área encuentren sistemáticamente que las variables que analizan explican mejor la delincuencia de los varones que la de las mujeres, es la consecuencia lógica de que estas variables se derivan de la puesta a prueba de modelos formulados para explicar, fundamentalmente, la delincuencia de los varones, dado que, como hemos señalado, son los hombres los que constituyen el grueso de la población de delincuentes.

El interés (reciente y creciente) por explicar también la delincuencia de las mujeres, ha suscitado entonces un debate acerca de si los modelos teóricos disponibles son adecuados, o bien si sería necesario formular nuevos modelos que tengan en cuenta, desde el inicio, un hecho tan llamativo como las diferencias de género en delincuencia.

3.2.2. ¿Las mismas o diferentes Teorías?

En la actualidad, y desde la aparición de la preocupación por el género en Criminología, este área de conocimiento está dividida entre los que afirman que los modelos existentes de la delincuencia juvenil pueden dar cuenta de las diferencias entre hombres y mujeres, y aquellos que consideran que, dado que estos modelos se derivan de los datos acumulados durante décadas utilizando muestras de varones, difícilmente proporcionarán una explicación suficiente de la delincuencia de las mujeres.

Los autores que defienden que los modelos existentes pueden ser perfectamente válidos para explicar las diferencias en delincuencia entre ambos géneros, consideran que en estos modelos ya se propone, explícita o implícitamente, una explicación del menor índice delictivo de las mujeres.

Por ejemplo, Giordano y Rockwell (2000) o de Heimer y De Costner (1999), consideran que las variables propuestas por la Teoría del Aprendizaje Social de Akers y por la Teoría de la Asociación Diferencial de Sutherland, son perfectamente adecuadas para explicar las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres. La delincuencia de las chicas, al igual que la de los chicos, se derivará de los procesos de aprendizaje en los contextos de socialización

(familia, amigos, escuela), a través de los mecanismos de modelado y refuerzo diferencial. Lo que sucede es que, probablemente, los varones tengan más oportunidades para aprender y ejecutar la conducta agresiva/antisocial en estos contextos, de ahí, su mayor implicación en delincuencia.

También desde la Teoría del Control Social de Hirschi (1969) se asume que la tradicional mayor vinculación de las mujeres con los entornos convencionales, y especialmente con la familia, será un factor determinante para explicar su menor índice delictivo.

De hecho, la reciente propuesta teórica de Gottfredson y Hirschi (1990), la Teoría General del Delito, ya incorpora explícitamente una explicación de las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres. Como hemos señalado, la variable clave del modelo sería el autocontrol, y se asume que las mujeres desarrollan niveles de autocontrol más elevados que los hombres, lo que las protege contra la delincuencia. A este respecto, es interesante destacar que, a pesar de estas declaraciones, cuando definen la importancia del autocontrol con respecto a la delincuencia, los autores del modelo se decantan por describir en detalle las características de los sujetos con un bajo autocontrol. El bajo autocontrol integra características como la impulsividad, la tendencia al riesgo, la preferencia por actividades físicas, etc., que tradicionalmente se han vinculado a la delincuencia juvenil de los varones. Por ello, no es extraño que los estudios que ponen a prueba el modelo acaben por encontrar que esta variable se relaciona en mayor medida con la delincuencia de los hombres que con la de las mujeres (Burton, Cullen, Evans, Alarid y Dunaway, 1998; Pratt y Cullen, 2000).

Por lo tanto, y a pesar de estas declaraciones acerca de la idoneidad de los modelos existentes, lo cierto es que diversos autores (ej.: Heimer y De Costner, 1999; Steffensmeier y Allan, 1996) consideran que si pretendemos explicar tanto las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres, como las razones por las que las mujeres delinquen, es preciso incorporar a los modelos elementos nuevos, en los que las variables que protegen de la delincuencia tomen protagonismo, o bien, formular directamente nuevos modelos en los que el género reciba la atención debida.

Este esfuerzo por introducir variables que expliquen la realidad delictiva no sólo de los hombres sino también la de las mujeres se ve justificado, además, por el hecho de que, aunque las diferencias en desviación entre ambos sexos estén vinculadas, tal y como indican los estudios anteriormente mencionados, a una mayor exposición de los varones a los factores

de riesgo de la delincuencia (amigos desviados, baja supervisión familiar, bajo autocontrol, etc.), faltaría por explicar o por plantearse, desde la Criminología, cuál es la razón por la que hombres y mujeres están diferencialmente expuestos a estas variables, y cuáles son, en detalle, las consecuencias que se derivan de estas diferencias, no sólo en cuanto al ambiente externo, sino también a la construcción de la propia identidad.

En todo caso, entender la delincuencia de hombres y mujeres requiere pasar de la simple inclusión de muestras de mujeres en los estudios sobre delincuencia, y de la mera comparación por sexos en comportamiento delictivo, a incorporar el género como un elemento fundamental en los modelos teóricos sobre desviación, planteándose las circunstancias de socialización diferenciales como factores clave en la explicación tanto del *gap de género* como de la delincuencia de las mujeres.

En palabras de Garrido, Stangeland y Redondo (2006):

“...en Criminología el género no puede seguir siendo considerado una variable más (del mismo nivel que la educación, la familia, la inteligencia, etc.) a la hora de estudiar la delincuencia (...) el género constituye un factor estructural, que divide la vida social en dos maneras distintas de afrontarla e interpretarla: la de las mujeres y la de los hombres” (p. 419).

3.2.3. La Teoría de la relación Género-Delincuencia de Steffensmeier y Allan (1996)

Steffensmeier y Allan (1996) han desarrollado un modelo teórico que intenta explicar la delincuencia de hombres y mujeres considerando sus respectivas trayectorias de socialización (Figura 1). Aunque su planteamiento ha sido formulado para explicar la delincuencia adulta, sus postulados también son perfectamente aplicables a la explicación de la delincuencia juvenil.

En concreto, Steffensmeier y Allan (1996) parten de que las diferencias en la conducta delictiva de hombres y mujeres se deben a la existencia de diferencias entre ellos, no sólo a nivel físico, sino, especialmente, a nivel social. Hombres y mujeres responden con sus conductas, incluidas sus conductas desviadas, a hechos diferenciales que están determinados por características biológicas y por la existencia de estructuras sociales que los categorizan y definen de maneras específicas.

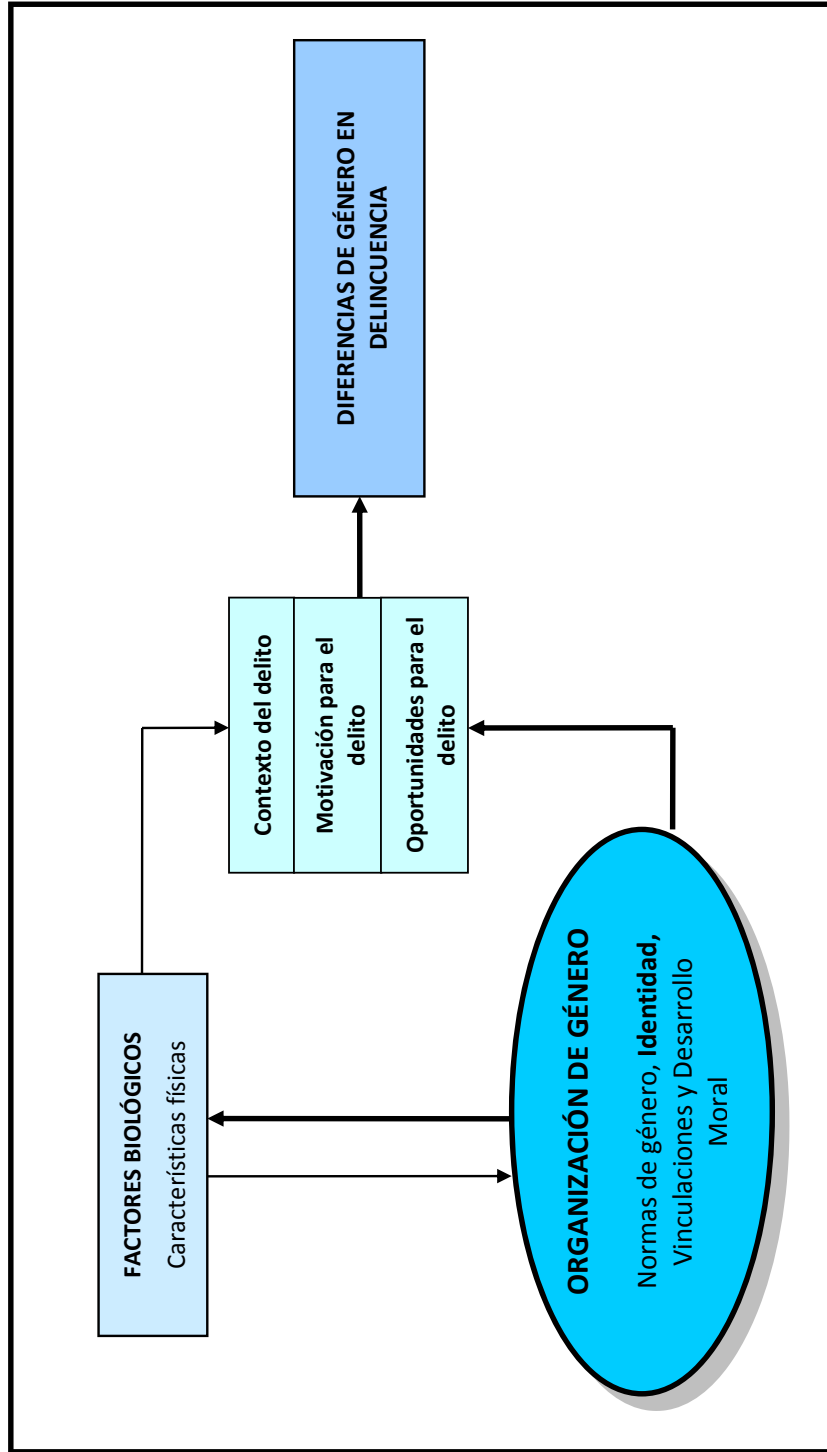
El elemento esencial de este planteamiento teórico sería lo que Steffensmeier y Allan (1996) etiquetan como “*organización de género*”. En este concepto se engloban un conjunto de elementos que contribuyen a estructurar de manera diferente la vida social de hombres y mujeres: normas de género, identidad, vinculaciones y desarrollo moral.

- Las *normas de género* enfatizan conductas y actitudes diferentes en la socialización de hombres y mujeres. Para las mujeres, dos aspectos se destacan como esenciales: las conductas de “cuidado de otros” y la apariencia y la “virtud sexual”.
- Como consecuencia de los patrones actitudinales y conductuales que han sido fomentados en uno y otro género, *la identidad* que hombres y mujeres desarrollan está vinculada a aspectos diferentes. La identidad de las mujeres se relaciona con la capacidad de iniciar y mantener vinculaciones exitosas basadas en el cuidado de otros, en mucha mayor medida que la identidad de los varones.
- El concepto de *vinculación*, que hace referencia a la importancia de las relaciones afectivas como motivador y como meta, será, como consecuencia, un elemento mucho más determinante en los planteamientos vitales de las mujeres que de los hombres.
- Hasta el punto de que, incluso, los conceptos ligados a la *moralidad* y la justicia mostrarán patrones diferentes entre sexos, estando la *moralidad* de la mujer muy vinculada a la “ética del cuidado”.

Así, Steffensmeier y Allan (1996) señalan que las mujeres cometen menos delitos que los hombres porque la definición de género femenino implica un mayor control sobre su conducta y fomenta en mayor medida el aprendizaje de valores vinculados al cuidado de otros y al mantenimiento de relaciones interpersonales basadas en el afecto, aspectos en cierto modo incompatibles con la conducta antisocial.

Por el contrario, la organización de género masculino estimula la competitividad y el logro de estatus social, características que implican valorar el propio interés por encima de los intereses de otros, y que, por tanto, los hacen más proclives a implicarse en comportamientos antinormativos.

Figura 1: Teoría de la relación Género - Delincuencia (Steffensmeier y Allan)



Fuente: Adaptado de Steffensmeier y Allan (1996).

Estos autores plantean que esta organización de género está, en parte, determinada por características biológicas diferentes. El papel de las mujeres en los aspectos relacionados con la reproducción condiciona, por ejemplo, el énfasis en las conductas de cuidado de otros. Sin embargo, también consideran que *la organización de género* actúa sobre estas condiciones físicas y biológicas, al limitar o encauzar las conductas fomentadas en cada género: los aspectos reproductivos no justifican la ausencia de aprendizaje de los hombres de conductas de cuidado de los hijos, del mismo modo que la menor fuerza física de las mujeres no implica que no deban desarrollar habilidades físicas. Es decir, las diferencias biológicas iniciales no son la causa única de las diferencias posteriores en habilidades y destrezas, dado que, precisamente basándose en las diferencias iniciales, la estructura social es la que acaba por cristalizar la diferencia.

En todo caso, esta conjunción de factores biológicos y de prescripciones sociales vinculadas al género, actúa sobre tres elementos vinculados con la probabilidad de desarrollar actividades desviadas: *la motivación para el delito, el contexto del delito y las oportunidades para el delito* de hombres y mujeres.

La “*motivación para el delito*” será diferente en hombres y mujeres. Por una parte, las mujeres están menos predispuestas que los hombres a correr riesgos por la realización de actos antisociales, puesto que la conducta delictiva tendrá, para ellas, más costes sociales y morales, dado que es especialmente incompatible con las definiciones de conducta social adecuada para su sexo. Además, el propósito de la ruptura de normas es también diferente; mientras los varones con frecuencia delinquen buscando prestigio, o estatus, entre las chicas es más común la conducta desviada ligada a la protección de sus relaciones personales o de las personas a su cuidado.

Hombres y mujeres se diferencian, además, en el tipo de delitos que realizan y en el modo en el que los ejecutan. Estas diferencias en cuanto al *contexto del delito*, incluyen, por ejemplo, el hecho de que las mujeres utilicen en menor medida que los hombres la violencia física directa, dada su menor fuerza y su menor entrenamiento, y que utilicen otros métodos más indirectos. También se incluye aquí la menor probabilidad de que las mujeres realicen ataques agresivos personales, dado que son educadas para cuidar sus relaciones interpersonales, no para dañarlas.

En cuanto a las *“oportunidades para el delito”*, éstas son más limitadas en el caso de las mujeres, dado que los factores biológicos y la organización de género restringen su actuación en el mundo social. Es decir, las chicas tienen un menor acceso a experiencias y contextos delictivos que los hombres, y por tanto, disponen de escasas oportunidades para aprender y ejecutar conductas antisociales.

En resumen, Steffensmeier y Allan (1996) presentan un modelo teórico sobre la desviación que explica la delincuencia de hombres y mujeres enfatizando la importancia de la socialización de género como favorecedora de la conducta prosocial de las mujeres y la conducta antisocial de los varones.

La socialización de las mujeres enaltece valores vinculados al cuidado y la preocupación por los demás, promueve un mayor control sobre ellas por parte de los agentes sociales; y, sanciona o castiga más severamente su comportamiento antinormativo.

Sin embargo, los hombres están más expuestos a una socialización que estimula la competitividad, la aceptación de riesgos y la búsqueda de reconocimiento social, favorece un menor control externo sobre su conducta; y, tolera, o sanciona en menor medida, su desviación.

Esta socialización, distinta en ambos sexos, contribuye, además, a que unos y otros adquieran un concepto de sí mismos diferente.

Asumir características propias de una identidad masculina o femenina conduce a hombres y a mujeres a establecer relaciones diferentes con sus contextos de interacción (amigos, familia, etc.), por lo que, probablemente, la identidad adquirida sea lo que motiva que ambos sexos estén diferencialmente expuestos a los factores de riesgo/protección de la delincuencia.

El análisis de la relación entre la identidad de género y la delincuencia se perfila, entonces, como un campo prometedor, de cara a explicar tanto por qué las mujeres delinquen menos que los hombres, cómo por qué algunas mujeres delinquen.

3.3. GÉNERO Y DELINCUENCIA

3.3.1. Identidad de género: Concepto y desarrollo

Berger (2004) define la identidad de género como la *“identificación de uno mismo como hombre o mujer, con la aceptación de todos los roles y las conductas que la sociedad asigna a cada sexo”* (p. 501).

De esta definición se desprende que la identidad de género se entiende, en un sentido amplio, como el proceso por el que cada individuo se sabe perteneciente a un grupo de asignación sexual, y excluido del otro. En este sentido, su desarrollo se construye, salvo contadas excepciones, en estrecha sintonía con el sexo biológico, de manera que normalmente un hombre construye su identidad identificándose con el grupo de varones, y una mujer con el de mujeres (Barberá, 1998).

Y en cuanto proceso psicológico, la identidad de género conlleva la aceptación e identificación de los individuos con los sistemas de creencias y las conductas que una sociedad determinada juzga propicios para las mujeres y los varones en los ámbitos que van más allá de lo biológico.

En este sentido, la identidad de género supone la asimilación de estereotipos, es decir, de un conjunto de pensamientos comúnmente aceptados acerca de lo que caracteriza y distingue a uno y otro sexo (Cuadro 6).

El estereotipo para cada uno de los géneros se asocia con rasgos, roles, habilidades y destrezas diferentes. El estereotipo masculino se vincula con rasgos como la competición o la autonomía; con roles como el de líder o jefe de familia; con características físicas como la fuerza o la complexión atlética; y con destrezas como la capacidad de análisis o de razonamiento matemático.

Sin embargo el estereotipo femenino se relaciona con atributos como la dulzura y la comprensión, con roles vinculados a los procesos de reproducción y a las tareas domésticas, con rasgos físicos de fragilidad y belleza, y con destrezas cognitivas de tipo verbal, expresivo o artístico.

Cuadro 6: Características de los estereotipos masculino y femenino

	ESTEREOTIPO MASCULINO	ESTEREOTIPO FEMENINO
RASGOS	Actividad Decisión Competitividad Superioridad Independencia Persistencia Seguridad en uno mismo Fortaleza psíquica	Dedicación a otros Emotividad Amabilidad Preocupación por los sentimientos de los otros Comprensión Calidez
ROLES	Control económico Cabeza de familia Proveedor financiero Líder Experto en bricolaje Iniciativa sexual Gusto por el deporte	Tareas domésticas (cocina, compra, limpieza) Interés por la moda Fuente de soporte emocional Encargada de los niños
CARACTERES FÍSICOS	Atlético Corpulento Fuerza y vigor físicos Alto	Belleza/atractivo Fragilidad Elegancia Voz suave Pequeña
DESTREZAS COGNITIVAS	Análítico Pensamiento abstracto Destrezas numéricas Capacidad para resolver problemas Razonamiento matemático Destrezas cuantitativas	Artístico Creativo Expresivo Imaginativo Intuitivo Perceptivo Tacto Destrezas verbales

Fuente: Adaptado de Kite, 2001 (en Barberá, 2004).

Diferentes modelos teóricos intentan explicar cómo se adquiere la identidad de género. Barberá (1998) señala la utilidad de los modelos cognitivos y los modelos sociales para explicar el proceso de adquisición del género (Cuadro 7).

Entre los modelos cognitivos se sitúan La Teoría Cognitivo- Evolutiva de Kohlberg (1966) y la Teoría de los Esquemas de Género de Bem (1981).

La Teoría Cognitivo-Evolutiva de Kohlberg (1966) postula que la adquisición de una identidad de género (*gender constancy*) requiere de la habilidad de los niños para categorizarse a sí mismos, y a los demás, como hombres y mujeres (*gender identity*) y

entender que dicha categorización se mantiene invariante a lo largo del tiempo (*gender stability*) y de las situaciones (*gender consistency*). Una vez adquirida la noción de que el sexo es fijo e irreversible, el niño desarrolla los conceptos de género (estereotipos) vinculados a su condición sexual, y busca comportarse de modo congruente a su concepto de género, dado que dicha consistencia es gratificada por el propio contexto social.

Kohlberg plantea los procesos cognitivos que crean y mantienen tal consistencia en los siguientes términos: “yo soy un chico, entonces, quiero hacer cosas de chicos, por lo tanto, el hacer cosas de chicos...será recompensado” (Kohlberg, 1966, p. 89).

Cuadro 7: Modelos teóricos sobre la adquisición de la identidad de género

PERSPECTIVA TEÓRICA	TEORÍA	CONCEPTOS BÁSICOS
Modelos Cognitivo/Evolutivos	<i>Teoría Cognitivo-Evolutiva</i> (Kohlberg, 1966)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Etiquetado de género ▪ Estabilidad de género ▪ Constancia de género
	<i>Teoría del Esquema de Género</i> (Bem, 1981)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Esquema de género
Modelos Cognitivo/Sociales	<i>Teoría Cognitivo-Social</i> (Bandura, 1986)	Aprendizaje basado en : <ul style="list-style-type: none"> ▪ Modelado ▪ Refuerzo: <ul style="list-style-type: none"> - directo (recompensas materiales, sociales) - vicario (recompensas y castigos observados) - autorefuero (autorecompensas, autocastigos, difusión de la responsabilidad, etc.)

Fuente: Elaboración propia, a partir de Barberá (1998) y Bussey y Bandura (1999).

Aunque la teoría de Kohlberg (1966) ha recibido una gran atención durante años, sus principales postulados no han sido comprobados empíricamente. En concreto, no se ha podido comprobar que la adquisición de una identidad de género, o en los términos de este modelo, la constancia de género, sea un prerrequisito para que los individuos se comporten acorde a su género. De hecho, algunas investigaciones indican que antes de que se complete el proceso de

identidad, e incluso antes de que se adquiriera la noción de estabilidad, los niños ya juegan con juguetes tradicionalmente vinculados a su género (Carter y Levy, 1988; Lobel y Menashri, 1993; Martin y Little, 1990), imitan el comportamiento de modelos del mismo sexo (Bussey y Bandura, 1984) y recompensan a los iguales por mantener un comportamiento coherente con su género (Bussey y Bandura, 1992; Lamb y Roopnarine, 1979).

Parece que sólo es necesario haber adquirido la habilidad para clasificar el propio sexo y el de los demás, y poseer algún conocimiento sobre los estereotipos de género, para que los individuos se comporten de forma congruente con su género.

En una dirección similar, se sitúan los planteamientos de la Teoría del Esquema de Género de Bem (1981, 1983).

Desde este modelo teórico, la adquisición de la identidad de género requiere del desarrollo de unos “esquemas de género”. Los esquemas de género son estructuras o marcos que incluyen una serie de conocimientos sobre las actividades, intereses, características de personalidad y atributos relacionados con el propio género (Martin, 1995; Martin y Halverson, 1981). Para que éstos se formen sólo es preciso que los niños adquieran la habilidad para etiquetarse a sí mismos y a otros como hombres y mujeres.

Según Bem, los procesos cognitivos implícitos en el desarrollo de los esquemas de género tendrían lugar en los siguientes términos: *“las muñecas son ‘para las chicas’, y ‘yo soy una chica’, lo que significa que ‘las muñecas son para mí’”* (Martin y Halverson, 1981, p.1120).

Tras la formación de tales esquemas, se espera que los niños se comporten de acuerdo con sus roles de género. Cuanto más elaborados sean estos esquemas o este conocimiento sobre el género, más fuertes serán las preferencias de los individuos por conductas y actividades acordes al propio género.

Tampoco los presupuestos principales de los que parte la Teoría del Esquema de Género han podido ser comprobados empíricamente. En concreto, no se ha podido verificar que los esquemas de género se vinculen con un comportamiento típico de género.

Algunos autores señalan que los esquemas de género no son una entidad monolítica. Los niños no se categorizan como chicos y chicas y actúan de acuerdo con este esquema

independientemente de las situaciones y las actividades. Su conducta de género varía en función de las circunstancias (Bussey y Bandura, 1999).

Asimismo, la Teoría del Esquema de Género no ha podido explicar las diferencias entre niños y niñas en cuanto a sus preferencias por actividades acordes al género, o por emular a modelos o jugar con iguales del mismo género (Reis y Wright, 1982; Serbin, Powlishta y Gulko, 1993).

Finalmente, ni la Teoría del Esquema de Género ni la Teoría Cognitivo-Evolutiva han prestado atención a los mecanismos a través de los que se adquiere la identidad de género y ésta se traslada a una conducta típica de género. Y es que, aunque poseer una serie de conocimientos sobre el género es fundamental para adquirir una identidad estable, esto no quiere decir que los individuos se comporten de acuerdo a tales conocimientos.

En el marco de los modelos de índole más social o sociopsicológica, la Teoría Cognitivo-Social de Bandura (1986, 1999), si explica los determinantes y mecanismos a través de los que se adquiere la identidad de género y ésta se traduce en conductas acordes al género.

Esta teoría plantea que la adquisición de la identidad de género se produce fundamentalmente por medio del aprendizaje, a través de los mecanismos de modelado (aprendizaje por observación de modelos reales o simbólicos) y refuerzo diferencial (aprendizaje por experiencia directa o vicaria de las recompensas y castigos asociados a la conducta).

Los agentes primarios de socialización actúan como modelos de un amplio repertorio de conductas sexualmente tipificadas. Asimismo refuerzan positivamente las conductas que se ajustan al rol de género, y sancionan el comportamiento que no se considera apropiado (*refuerzo directo externo*). Por su parte, los niños observan los refuerzos (recompensas o castigos) que obtienen las personas que los rodean por manifestar una conducta de género determinada (*refuerzo vicario*).

A través del modelado y el refuerzo, tanto directo como vicario, los niños aprenden a categorizarse a sí mismos como hombres y mujeres, adquieren conocimientos acerca de los atributos y roles de género, y extraen las reglas sobre qué tipo de comportamientos se consideran apropiados para su género y cuáles no.

Otro de los conceptos introducidos por Bandura para explicar la adquisición de la identidad de género, y que de hecho, constituye una de las aportaciones más interesantes de la Teoría Cognitivo-Social, es el *autorefuerto*.

Los individuos no sólo reaccionan a influencias o refuerzos externos sino que desarrollan sus propios mecanismos de control del comportamiento. En concreto, la regulación del comportamiento de los individuos cambia en el transcurso de su desarrollo. Pasa de ser predominantemente externa, condicionada por un sistema de recompensas y castigos impuestas por los diferentes agentes sociales (familia, amigos, etc.), a ser interna. Los individuos autoregulan su comportamiento a través de un sistema de refuerzos positivos o negativos que ellos mismos se aplican. Realizan actividades y conductas que les proporcionan satisfacción y aumentan su sentido de valía, y limitan los comportamientos que violan sus “estándares” morales con el objeto de evitar la autocensura (Bussey y Bandura, 1992).

Estos mecanismos de modelado y refuerzo, ya sea en forma de refuerzo directo, vicario, o autorefuerto, favorecen la adquisición de conocimientos sobre lo apropiado a cada sexo, y contribuyen finalmente a la manifestación de una conducta de género apropiada.

Antes comentábamos que, de acuerdo con la Teoría Cognitivo-Evolutiva de Kohlberg (1966), los individuos emulan los modelos de su mismo sexo después de haber logrado una identidad de género. En este sentido, la identidad de género se entiende como un antecedente del modelado. Sin embargo, la Teoría Cognitivo-Social plantea y, diferentes estudios así lo avalan (ej.: Bussey y Bandura, 1984), que el modelado y el refuerzo de los comportamientos típicos de género en el contexto social (en la familia, la escuela, en el grupo de amigos, en los medios de comunicación, etc.) actúan como conductores del procesamiento de la información de género. A través de estos mecanismos, los individuos aprenden los comportamientos prototípicos asociados a cada sexo. Desde esta perspectiva, por lo tanto, la identidad de género es un producto, no un antecedente de la imitación de los modelos del mismo sexo.

Asimismo, desde esta teoría también se señala que el adquirir ciertos conocimientos sobre el género no implica realizar una valoración positiva de ellos o comportarse acorde a ellos. Este planteamiento viene apoyado por estudios como el de Signorella, Biglen y Liben (1993). Estos autores, en el meta-análisis que realizan, encuentran que los niños, cuando conocen los estereotipos sobre los roles género creen que éstos no debieran existir. Esta situación se da especialmente en el caso de las chicas y probablemente se encuentre favorecida por la

percepción de que la valoración social de la mujer es inferior a la del hombre, o existe una situación de clara desigualdad entre los roles y el estatus de hombres y mujeres.

Por lo tanto, desde la Teoría Cognitivo-Social se asume que una teoría sobre el desarrollo del género debe considerar no sólo el conocimiento sobre lo que es considerado aceptable para cada sexo, sino también la motivación para actuar en función de tal conocimiento, aspectos no considerados ni en la Teoría Cognitivo-Evolutiva ni en la Teoría de los Esquemas de Género.

En resumen, a diferencia de lo que ocurre con la Teoría Cognitivo Evolutivo y la Teoría del Esquema de Género, el modelo de Bandura si parece ofrecer un marco teórico capaz de explicar cómo se adquiere la identidad de género dado que da cuenta de los mecanismos y procesos que operan en su formación, por lo que no es sorprendente que haya recibido un mayor apoyo empírico.

Asimismo, el análisis que desde este modelo teórico se realiza del proceso de adquisición del género, contribuye especialmente a avanzar en la explicación de la conducta desviada.

Así, el concepto de autorefuero, como mecanismo a través del que se autoregula la conducta y se adquiere la identidad de género, propuesto por Bandura, permite entender especialmente el por qué las mujeres delinquen menos que los hombres. Las mujeres reprimen su conducta desviada más que los hombres porque, para ellas, la conducta desviada no es una fuente de orgullo y reconocimiento como puede serlo para los varones. La mayoría han aprendido a autocensurar las manifestaciones desviadas como consecuencia de un proceso de socialización convencional que castiga el comportamiento desviado (Bussey y Bandura, 1999; Maccoby, 2002).

Sin embargo, los hombres, no se muestran tan eficaces a la hora de resistir la presión para implicarse en conductas delictivas. Para ellos, la prohibición de la desviación no es un componente esencial de su identidad, por lo que les resulta más fácil olvidar o ignorar las autosanciones morales asociadas a la conducta desviada (Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 1996; Kwak y Bandura, 1997).

Este planteamiento resulta coherente con el que nos proponen autores como Fernández-Dols (1998). Este autor utiliza varios conceptos a la hora de explicar la problemática de la

violencia juvenil. Uno de los más relevantes es el de “la prohibición en la identidad”. Según plantea Fernández-Dols, los procesos de socialización que no prohíben la violencia como modo de actuación, y que, de hecho, la incluyen como un rasgo deseable de la identidad del individuo, facilitan el ejercicio de la violencia.

“...todos aquellos procesos de socialización (...) que no prohíban la violencia como una forma legítima de acción facilitan el ejercicio de la violencia. De nuevo es preciso tener presente que no me estoy refiriendo solamente a los procesos de socialización que incluyen la violencia como un rasgo deseable en la identidad del individuo. Aunque tales procesos son cualitativamente los más importantes, son más numerosos otros procesos en los que no se excluye la violencia como un rasgo deseable de la identidad del individuo” (Fernández-Dols, 1998, p, 37).

La socialización de las mujeres busca que ellas adquieran una identidad que censura y prohíbe la violencia y, en general, cualquier forma de desviación. Por lo tanto, como hemos señalado, las mujeres evitan la conducta antisocial porque, de esta manera, evitan las autosanciones asociadas a este tipo de comportamientos, implícitas en el concepto que han adquirido de sí mismas.

A la luz de lo comentado, la conducta desviada de hombres y mujeres, se encuentra condicionada por una identidad de género producto, en gran parte, de un proceso de socialización que comienza en los contextos primarios. De ahí, la relevancia de analizar el papel de estos contextos, en concreto, el de la familia y los amigos, en la adquisición de la identidad de género.

3.3.2. Socialización de la masculinidad y la feminidad

3.3.2.1. El papel de la familia

La familia, y especialmente los padres, a través de sus creencias, comportamientos y ejemplos, son los primeros en intervenir en el proceso de desarrollo de la identidad de género de sus hijos (Jacklin, 1989).

En concreto, los padres actúan como modelos de conducta y si estas actuaciones paternas reproducen los estereotipos sociales (como habitualmente ocurre), serán uno de los elementos fundamentales para que los niños puedan identificar, practicar, e interiorizar tales estereotipos.

Por otra parte, los padres utilizan el refuerzo diferencial, para promover en sus hijos las características y las conductas que consideran apropiadas para cada género.

Así, por ejemplo, recompensan a las chicas por su habilidad para establecer y mantener relaciones sociales cercanas y cálidas y las desaniman de manifestar un comportamiento inconsistente con su rol, por ejemplo, conducta agresiva. Para los chicos, sin embargo, se recompensan conductas de competitividad y capacidad de autodefensa (Chodorow, 1978; Daly y Chesney-Lind, 1988; Giordano, 1978; Hagan, Gillis y Simpson, 1985; Steffensmeier y Allan, 1996). Carecer de estas cualidades es objeto de críticas, sobre todo por parte del padre, particularmente interesado en que los hijos varones se ajusten a su rol de género (Fernández, 1998).

Además, especialmente en la adolescencia, el nivel de control de los padres sobre las conductas de sus hijos fuera del hogar es diferente para cada género. Las chicas disponen, en general, de un menor grado de libertad que los hombres, entre otros motivos, por lo que ha dado en denominarse su especial “vulnerabilidad sexual” (Block, 1984). Tanto es así, que en la adolescencia temprana, los conflictos familiares en los hogares con chicas adolescentes son mucho más frecuentes que en las familias en las que los hijos adolescentes son hombres. Tales conflictos tienden a relacionarse con temas como la forma de vestir, la hora de salida y entrada de casa, las relaciones sexuales, la elección de los amigos, la pareja, etc. (Papini y Sebbby, 1988; Oliva-Delgado, 2006; Santrock, 2004).

En todo caso, el menor control de los padres va a posibilitar que los hijos varones tengan, tal como reflejan los modelos teóricos mencionados, y los resultados de la investigación descritos anteriormente, muchas más oportunidades de aprender y desarrollar conducta desviada, fundamentalmente en el contexto de un grupo de iguales desviado.

3.3.2.2. El papel de los amigos

Los amigos constituyen el segundo agente de influencia primordial en el proceso de construcción de la identidad de género en los primeros años de la vida (Maccoby, 1998).

En la infancia, la segregación de género en los grupos de amigos, esto es, la separación voluntaria por sexos, es frecuente, por lo que las chicas se relacionan básicamente con chicas y

los chicos con otros chicos (Bukowski, Brendgen y Vitaro, 2007; Dunphy, 1963; Martin y Fabes, 2001).

Maccoby (1990, 1998, 2002), en línea con lo que señalan otros autores (ej.: Hoffman y Powlishta, 2001; Humphreys y Smith, 1987; Martin, Fabes, Hanish y Hollenstein, 2005; Miller *et al.*, 1986; Olds *et al.*, 2009; Passmore y French, 2001), sostiene que en la infancia y primera adolescencia, las diferencias de género en cuanto al tipo de interacción en los grupos de amistad son especialmente notorias (Cuadro 8).

Los chicos eligen jugar con otros chicos en sitios públicos (ej.: la calle), en grupos más amplios que los de las chicas, más estructurados, en los que, en ocasiones, existe un líder explícito, y en donde es posible la competición, el juego brusco, y en general, las actividades que implican el uso de la fuerza física (ej.: practicar deportes).

Cuadro 8: Diferencias entre los grupos de amigos de chicos y chicas

- Las relaciones de los hombres con sus amigos se caracterizan por una mayor competición y son más conflictivas (discuten, se insultan, amenazan, etc.) que las de las mujeres.
- Los chicos optan por juegos más arriesgados y desafiantes que las chicas.
- Ellos tienden a demostrar su condición masculina mostrándose duros y fuertes.
- Ellas parecen aceptar, más que los chicos, cualidades tanto masculinas como femeninas.
- El tamaño de los grupos de chicas tiende a ser inferior al de los chicos.
- Los grupos de las chicas están más orientados a la interacción afectiva.
- El grupo de chicos parece mostrar un mayor rechazo por las normas impuestas por los adultos, implicándose en un mayor número de actividades problemáticas (ej.: consumo de alcohol, daño a propiedades, etc.).
- La jerarquía, el estatus y el dominio son más características de los grupos formados exclusivamente por varones.

Fuente: Adaptado de Rutter *et al.* (2000).

Las chicas, sin embargo, prefieren jugar con otras chicas en sitios más privados (ej.: sus casas) y en grupos pequeños o en parejas, realizando actividades no tan vinculadas a la competencia física, y que tienen un carácter más pasivo (juegan sentadas, conversando, etc.), lo que les permite establecer relaciones de mayor intimidad.

Maccoby (1990) señala que, en ocasiones, las chicas evitan interactuar con chicos dado que éstos se muestran reacios a sus demandas e intentos de influencia. Los chicos modifican su comportamiento en función de las reacciones de otros chicos pero su conducta no se ve afectada por las reacciones de sus compañeras.

Esta autora plantea, además, que las chicas son mucho más pasivas cuando interactúan en grupos en los que hay chicos y que, tal vez precisamente por ello, tienen menos influencia sobre los muchachos de la que tienen cuando interactúan con amistades de su mismo sexo. Esta carencia de reciprocidad, según Fernández (1998), favorece que los chicos logren un mayor control dentro de los grupos mixtos, y es una de las causas que fomenta la segregación, haciendo que las chicas prefieran interactuar entre ellas, antes que en grupos de chicos.

En cualquier caso, esta segregación de género en los grupos de amigos, ya crea una dinámica de socialización diferencial, dado que:

“...el grupo exclusivo de niñas o de niños, independientemente del que sea, acentuará comportamientos y roles inherentes a su género, y subestimará rasgos propios del rol de género contrario” (Rodríguez, 2006, p. 52).

Es decir, la interacción con jóvenes del mismo sexo, favorecerá la adquisición de actitudes, habilidades y conductas distintas para chicos y chicas, lo cual tendrá importantes repercusiones, tanto a corto plazo como a largo plazo, en la edad adulta.

En la etapa adolescente, este proceso de segregación de género no sólo se mantiene (Leaper, 1991; Mehta y Strough, 2010) sino que se intensifica, lo que supone un aumento de las diferencias conductuales y psicológicas entre hombres y mujeres, como resultado de un incremento de las presiones de los amigos para conformarse con los roles de género masculino y femenino tradicionales.

En este sentido, Douvan y Adelson (1966) señalan que, mientras en la infancia media es relativamente frecuente que las chicas muestren interés por actividades típicamente masculinas, en la adolescencia exhiben una conducta más ajustada al estereotipo femenino, lo que supone, no sólo la adopción de normas adultas femeninas, sino de intereses y aspiraciones propias de su género.

En esta misma línea, Block (1984) señala que a partir de la infancia media, chicas y chicos buscan mostrar conformidad con las definiciones sociales de sus roles de género y comienzan a minimizar los componentes de personalidad que están asociados al otro género. En particular, las niñas disminuyen sus tendencias individualistas, dominantes y agresivas; y los chicos su orientación hacia los demás, su expresividad y su ternura.

Crick (1997), analizando específicamente las diferencias en conducta agresiva entre chicos y chicas, encuentra que las chicas que utilizan formas de agresión relacional (ej.: burlarse de sus víctimas, ridiculizar sus ropas, comportamientos, formas de pensar, o apariencia), más “normativas” respecto a su rol de género, experimentan un mejor ajuste social (aceptación de los iguales) que las que utilizan formas de agresión no normativas para su género, como la agresión física. Por el contrario, la agresión relacional de los chicos, al ser percibida como una forma no normativa de agresión para el género masculino, genera para ellos menor aprobación y más rechazo social de los iguales que la agresión física.

En resumen, el grupo de amigos también incide en el desarrollo de la identidad de género de hombres y mujeres. Su papel se inicia en la etapa escolar o preescolar, y se intensifica en la adolescencia. El grupo de chicas ofrece significados femeninos a las niñas, y el grupo de niños hace lo propio con su género (Pettit, 2004), significados que incluyen cómo vestir, pensar, actuar y parecer según el sexo (Fernández, 1998; Shaffer, 2002). Los grupos ejercen su influencia socializadora al igual que los padres o profesores: reforzando, castigando, modelando, y presionando, derivando finalmente este proceso en la asunción por parte de los adolescentes de una identidad femenina o masculina.

3.3.3. Masculinidad, feminidad y desviación

Es importante señalar que una de las aportaciones más relevantes de la investigación acerca de la identidad de género es que ha contribuido a cuestionar la concepción tradicional acerca de que la masculinidad y la feminidad se asocian de manera inherente al hecho de ser hombre

o mujer. A partir de los años 70 del siglo pasado, y de la mano de teóricos como Bem (1974), Block (1973), Carlson (1971) o Spence, Helmreich y Stapp (1975), la masculinidad y la feminidad comenzaron a definirse como dos dimensiones que podían estar presentes tanto en hombres como en mujeres, aún cuando, y de acuerdo con los procesos de socialización diferencial, será más probable que los hombres presenten una alta masculinidad y las mujeres altas puntuaciones en feminidad.

A pesar de que la preocupación por el tema de la identidad de género, en su relación con la desviación y la delincuencia, es relativamente reciente, se han ido acumulando una serie de hallazgos que tienden a confirmar que altas puntuaciones en masculinidad se vinculan con una mayor probabilidad de implicarse en tales conductas (Cuadro 9). Los hallazgos son menos claros con respecto a la feminidad.

Así, por ejemplo, Horwitz y Raskin (1987), en un estudio longitudinal realizado con 1.308 adolescentes de New Jersey, encuentran que la masculinidad predice una mayor delincuencia pero únicamente en el caso de los varones. Sin embargo, no encuentran relación significativa entre la feminidad y la conducta delictiva.

Heimer (1996) analiza la relación entre el género y la delincuencia juvenil con una muestra de 766 mujeres y 870 hombres del *National Youth Survey* (Elliot *et al.*, 1985; 1989) seguida desde 1977 a 1979. Sus resultados muestran que la feminidad disminuye la probabilidad de delincuencia, pero sólo en las mujeres. En el caso de los hombres, las puntuaciones en feminidad no influyen de manera significativa la probabilidad de delincuencia. Para ellos es la supervisión de los padres el elemento que actúa como fuente de control de la desviación.

En este sentido, Heimer (1996) concluye que mientras la feminidad parece constituir una vía de control suficiente de la conducta desviada de las mujeres (coincidiendo con los postulados de autores como Hagan, Gillis y Simpson, en 1985, o Messerschmidt en 1986), en el caso de los chicos, pueden ser necesarios mecanismos de control externos y directos para disminuir su desviación.

En un trabajo posterior, en el que se evalúa también la relación de la masculinidad con la desviación, Heimer y De Costner (1999) observan que la masculinidad incrementa la delincuencia pero sólo en el caso de los chicos; mientras que la feminidad la reduce, pero únicamente en el caso de las chicas.

Cuadro 9: Estudios que encuentran relación entre masculinidad y desviación

ESTUDIO	CONDUCTAS DESVIADAS RELACIONADAS CON LA MASCULINIDAD
Horwitz y Raskin (1987)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Delitos contra la propiedad (ej.: robo) ▪ Delitos violentos (ej.: asalto con armas) ▪ Delitos leves (ej.: vandalismo)
Heimer (1996)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Delitos contra la propiedad (ej.: hurto) ▪ Delitos violentos (ej.: asalto con armas) ▪ Delitos contra el orden público (ej.: conducta desordenada) ▪ Delitos relacionados con las drogas (ej.: consumo de marihuana).
Heimer y De Costner (1999)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Delitos violentos (ej.: asalto con armas)
Núñez (2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Delitos contra la propiedad (ej.: robo) ▪ Delitos violentos (ej.: agresión física)
Young y Sweeting (2004)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Maltrato hacia los compañeros
Gini y Pozzoli (2006)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Maltrato hacia los compañeros
Lengua y Stormshak (2000)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Comportamiento antisocial (ej.: vandalismo, robo, agresión física, etc.) ▪ Consumo de drogas
Helgeson y Fritz (2000)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Problemas conductuales en la escuela (ej.: peleas con otros compañeros) ▪ Consumo de drogas
Spence y Helmreich (1978)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Consumo de alcohol y drogas ▪ Destrucción de la propiedad ▪ Conductas de robo y violencia
Mosher y Danoff-Burg (2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Violencia interpersonal
Danoff-Burg, Mosher y Grant (2006)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Conducción temeraria ▪ Consumo de drogas
Kulis , Marsiglia, Lingard, Nieri y Nagoshi (2008)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Consumo de drogas
Sánchez, Moreira y Mirón (2011)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Conducta agresiva

Heimer y De Costner (1999) proponen que los hombres aprenden definiciones y patrones de conducta favorables a la desviación debido a sus vínculos con iguales desviados, y a su débil vinculación con la familia. Por su parte, las mujeres son menos violentas porque están más influidas por sus vínculos familiares, y porque aprenden pocas definiciones favorables a la desviación, al haber asumido que la violencia es incoherente con el rol femenino.

Núñez (2005) con una muestra de adolescentes mejicanos institucionalizados de entre 11 y 17 años, encuentra una relación significativa entre la masculinidad y la delincuencia para los varones. Esta autora interpreta este resultado como la consecuencia de una mayor identificación de la masculinidad con la conducta que promueve la violencia y la exposición a riesgos, y que es percibida como mecanismo que les permite obtener reconocimiento social.

Es decir, los trabajos reseñados hasta aquí tienden a indicar que altas puntuaciones en masculinidad, entre los varones, se asocian con una mayor probabilidad de delincuencia, mientras que altas puntuaciones en feminidad previenen la delincuencia de las mujeres.

Sin embargo, un hallazgo especialmente significativo de algunas de las investigaciones que analizan la relación identidad de género-delincuencia juvenil es que las relaciones entre masculinidad, feminidad, y delincuencia se producen, incluso, con independencia del sexo biológico.

Young y Sweeting (2004), con una muestra de adolescentes de 15 años, observan que la masculinidad se relaciona significativa y positivamente con la conducta de maltrato hacia otros iguales tanto entre los hombres como entre las mujeres; mientras que la feminidad se asocia significativa y negativamente con este tipo de comportamientos también para ambos sexos.

Resultados similares se observan en el trabajo de Lengua y Stormshak (2000). Estos autores, utilizando una muestra de 250 jóvenes, encuentran que la masculinidad predice, de forma significativa, una mayor desviación juvenil (vandalismo, robo, violencia física) en los jóvenes de ambos sexos; mientras que la feminidad se relaciona con menores niveles de comportamiento antisocial y menor consumo de drogas (legales e ilegales) tanto de los hombres como de las mujeres.

Gini y Pozzoli (2006), con una muestra de 113 jóvenes de entre 6 y 10 años, confirman el hallazgo referido a la relación entre masculinidad e implicación en conductas de maltrato en

ambos sexos. Sin embargo, en este trabajo, no se observa relación significativa entre feminidad y maltrato, ni en hombres ni en mujeres.

Los desarrollos teóricos sucesivos acerca de los conceptos de masculinidad y feminidad, así como el perfeccionamiento de los instrumentos utilizados para su evaluación, han permitido avanzar un paso más en la delimitación de la relación entre las características vinculadas a la identidad de género y la delincuencia.

Los primeros instrumentos diseñados para evaluar masculinidad y feminidad, y específicamente el BSRI (*Bem Sex Role Inventory*), desarrollado por Sandra Bem (el primero y, durante décadas, prácticamente único disponible), incluían entre las características vinculadas a masculinidad y feminidad, tanto aspectos socialmente deseables como otros menos deseables, y permitían obtener una puntuación global en cada dimensión, en la que se recogían ambos aspectos, sin distinción.

Posteriormente, autores como Spence, Helmreich y Holahan (1979) plantean la conveniencia de diferenciar las características positivas y negativas vinculadas a la masculinidad y a la feminidad, dado que es posible que, por ejemplo, en el tema que nos ocupa, no sea exactamente la masculinidad en su conjunto lo que promueve la desviación (o la feminidad en su conjunto lo que la previene) sino que sean algunos aspectos de la masculinidad, aspectos menos deseables socialmente (ej.: hostilidad, incapacidad para expresar emociones, escasa consideración hacia los demás), los responsables de las relaciones observadas entre masculinidad y desviación. El instrumento diseñado por estos autores, el PAQ (*Personal Attributes Questionnaire*) diferencia, entonces, entre *Masculinidad+* (aspectos positivamente valorados de la masculinidad) y *Masculinidad-* (aspectos negativamente valorados de la masculinidad); e incluye también subescalas para evaluar la Feminidad en sus aspectos positiva y negativamente valorados (*Feminidad+* y *Feminidad-*).

Confirmando las asunciones de Spence *et al.* (1979), los trabajos de Mosher y Sirkin (1984) y Snell, Belk y Hawkins (1987) encuentran que los atributos que reflejan aspectos indeseables o extremos de masculinidad se relacionan con problemas con el alcohol tanto en hombres como en mujeres.

Otras investigaciones han vinculado la masculinidad no deseable (también denominada *unmitigated agency*) con problemas en las relaciones interpersonales (Helgeson, 1993;

Helgeson y Fritz, 1999; Fritz y Helgeson, 1998) y, en general, con problemas de ajuste social (Helgeson, 1994).

Helgeson y Fritz (2000), observaron una relación entre la masculinidad no mitigada y los problemas conductuales en la escuela de los adolescentes de ambos sexos. Los adolescentes que puntuaban alto en masculinidad no mitigada tenían dificultades para cumplir las normas de la escuela y problemas de rendimiento académico. Además, incurrían en mayor medida en conductas desviadas como el consumo de drogas, peleas con otros compañeros, abusos, etc.

Los resultados con respecto a la feminidad continúan siendo menos consistentes. Algunos trabajos encuentran también una relación positiva entre la feminidad no mitigada (*unmitigated communion*), referida a una incapacidad para atender las necesidades y los deseos propios, y a una excesiva preocupación por los demás, y la conducta antinormativa.

Helgeson y Fritz (2000) encontraron una relación entre ambos aspectos tanto en hombres como en mujeres. Los adolescentes que puntuaban alto en feminidad no mitigada tendían a descuidar sus estudios (ej.: faltando a clase) debido a su sobreimplicación en las relaciones sociales (ej.: atendiendo los problemas de los compañeros).

No obstante, pese a la existencia de evidencias como ésta que indican una relación entre la feminidad no mitigada (o socialmente menos deseable) y la conducta problemática, son más los resultados que señalan, específicamente, una relación entre la conducta antisocial y la masculinidad no mitigada en ambos sexos.

Spence y Helmreich (1978) encontraron que los aspectos de masculinidad socialmente no deseables se asociaban positivamente con el consumo de alcohol y drogas, destrucción de la propiedad y conductas de robo y violencia.

Mosher y Danoff-Burg (2005), en un trabajo con 202 universitarios estadounidenses de entre 17 y 23 años, encontraron también una asociación positiva y significativa entre la aceptación de la violencia interpersonal y la *Masculinidad*-.

En un trabajo posterior, Danoff-Burg, Mosher y Grant (2006), utilizando una muestra de 201 estudiantes universitarios, confirmaron la asociación entre la masculinidad no mitigada y una

serie de comportamientos desadaptados, incluyendo desórdenes de alimentación, conducción temeraria y consumo de drogas.

Por su parte, Kulis, Marsiglia, Lingard, Nieri y Nagoshi (2008) exploraron la relación entre algunas dimensiones de la identidad de género y el consumo de drogas (alcohol, cigarrillos y marihuana) con una muestra de 327 adolescentes de dos escuelas de secundaria de Monterrey, México.

Concretamente, analizaron cuatro dimensiones de la identidad de género: masculinidad agresiva (dominancia y control), masculinidad asertiva (autoconfianza, asertividad y valor personal), feminidad afectiva (ayuda, empatía y aspectos expresivos de feminidad) y feminidad de sumisión (dependencia y sensación de incapacidad), y el grado en que estas medidas de identidad de género predecían: a) consumo de drogas; b) intención de consumir en el futuro; c) las expectativas sobre el consumo; d) el nivel de aprobación del consumo; e) el consumo de drogas entre amigos e iguales; f) la probabilidad de compartir, dar o vender drogas a otros iguales; g) la presión social para consumirlas; h) la exposición a vendedores de droga; y, i) la autoeficacia para rechazarlas.

Los análisis realizados indicaron que la masculinidad agresiva se asociaba con todas las variables relacionadas con el consumo de drogas, a excepción de la presión social para consumir. Por el contrario, la masculinidad asertiva se vinculaba únicamente con el consumo de drogas por parte de iguales y amigos y con la recepción de mayores ofrecimientos para consumir.

Por su parte, la feminidad de sumisión no se relacionaba con ninguna de las variables relacionadas con el consumo de sustancias. Mientras que la feminidad afectiva predecía resultados más deseables todavía, incluyendo un menor consumo de marihuana y alcohol, una menor aprobación del consumo, expectativas más negativas sobre él, y una menor probabilidad de dar o vender sustancias a otros iguales.

Los autores consideran que los datos encontrados señalan que los jóvenes con identidades masculino-agresivas veían el consumo de sustancias como un comportamiento aceptable, y útil a la hora de demostrarse y demostrar a los demás su resistencia o dureza. Sin embargo, los jóvenes masculino-asertivos y aquellos que puntuaban alto en feminidad, afectiva o de

sumisión, parecían tener las habilidades precisas para rechazar la conducta de consumo, dado que sus componentes de identidad no se vinculaban con este comportamiento.

Más recientemente, Sánchez, Moreira y Mirón (2011), en un estudio con 204 estudiantes universitarios, analizan la relación entre la identidad de género y distintos tipos de conducta agresiva. Sus resultados muestran que los hombres presentan puntuaciones significativamente más elevadas en todos los tipos de conducta agresiva analizados, con la excepción de la agresión indirecta y la agresión reactiva, para las cuales no se observan diferencias en función del sexo. Pero el análisis de la relación entre género y agresión revela que la masculinidad, independientemente del sexo, está vinculada con la realización de la mayoría de las conductas agresivas estudiadas.

En resumen, estos trabajos encuentran que la asimilación de características socialmente no deseables vinculadas a la masculinidad es el elemento relacionado con la identidad de género que parece favorecer en mayor medida la delincuencia, tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres.

Pues bien, es posible que uno de los factores que subyacen al menor índice de implicación delictiva de las mujeres sea precisamente que, como resultado de su proceso de socialización, se identifican y asumen como propios atributos definidos como femeninos, que tienden a prevenir la desviación; mientras que los hombres son animados a asumir atributos y características que parecen promover, en mayor medida, la desviación.

Este planteamiento sugiere también una explicación para la delincuencia de las mujeres. En la medida en la que sus condiciones las hayan expuesto a situaciones que les lleven a asumir como parte de su identidad atributos tradicionalmente definidos como masculinos, y específicamente, atributos que definen la masculinidad socialmente no deseable, las mujeres, al igual que los varones, tendrán mayor probabilidad de implicarse en conductas de riesgo y en conductas socialmente desviadas y delictivas.

Marco Metodológico de la Investigación

4.1. PLANTEAMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN

De acuerdo con la literatura en el área parecen existir pocas dudas acerca de la relevancia del grupo de iguales con respecto a la génesis y/o mantenimiento de la conducta antisocial de los adolescentes.

Quedan, sin embargo, algunos aspectos, relacionados con el grupo, que no han sido suficientemente analizados. Por ejemplo, a) cuáles son los procesos de funcionamiento interno que convierten a los iguales en un entorno tan relevante con respecto a la delincuencia juvenil, y b) en qué medida la relación grupo-delincuencia, básicamente analizada hasta ahora con muestras de adolescentes varones, puede ser útil, tanto para la explicación de la delincuencia de las mujeres, como para entender el *gap de género* de la delincuencia.

Por ello, en este trabajo nos proponemos analizar los procesos que tienen lugar en el marco de los grupos de amistad con el objeto de determinar qué elementos de este entorno pueden actuar como factores de riesgo/protección de la delincuencia. Analizaremos las relaciones de apego hacia los amigos, el apoyo de éstos, y el nivel de conflicto en las interacciones grupales con el objetivo de comprobar si actúan como inhibidores o facilitadores significativos de la delincuencia juvenil. Además, se analizarán las características estructurales y de composición de los grupos de amistad para ver en qué medida estos factores contribuyen a la probabilidad de desarrollar desviación juvenil.

Por otra parte, y partiendo del hallazgo de que la inclusión en un determinado grupo de iguales guarda relación con las interacciones que se producen previamente en contextos convencionales, especialmente en la familia y la escuela, analizaremos el impacto de las variables familiares (vínculos afectivos y supervisión) y del apego a la escuela, sobre la

probabilidad de la desviación juvenil, para intentar determinar si este efecto es fundamentalmente directo o indirecto (a través, precisamente, de su influencia sobre el tipo de amigos con los que los hijos se relacionan).

Con respecto al tema del género, cabría señalar que el cuerpo de investigación acumulado es todavía escaso, pero los estudios revisados tienden a indicar que, aunque el grupo de iguales es también un factor importante en la delincuencia de las mujeres, existen diferencias entre los grupos de chicos y chicas que pueden contribuir a dar cuenta de los índices diferenciales de implicación delictiva de unos y otras. Recientes aportaciones parecen indicar que tanto el hecho de que las mujeres delincan menos que los hombres, como el hecho de que algunas delincan, puede guardar relación con un aspecto del género que no ha suscitado suficiente interés en las investigaciones previas: la identidad de género. Por ello, en este trabajo analizaremos en qué medida la socialización de género masculina, y el desarrollo de una identidad masculina, conlleva una mayor probabilidad de realización de actividades desviadas, mientras el desarrollo de una identidad femenina puede implicar una menor probabilidad de realización de actividades delictivas.

4.1.1. Objetivos de la investigación

Una vez expuestos los argumentos y los planteamientos que justifican este estudio, y avanzados ya algunos de sus focos principales, a continuación se concretan los objetivos que persigue.

Los *objetivos generales*, y su desglose en *objetivos específicos*, se concretarían del siguiente modo:

- A. Explorar la relación entre las características de interacción y las actividades del grupo de amigos y la delincuencia juvenil autoinformada.
 - a.1.) Analizar si las relaciones de afecto que los adolescentes establecen con sus grupos de amistad en términos de apoyo recibido, apego hacia los iguales e importancia percibida dentro del grupo, se asocian con la delincuencia juvenil.

- a.2.) Examinar la relación entre las estrategias de resolución de conflictos en el grupo, tanto violentas como no violentas, y la conducta delictiva de los adolescentes.
 - a.3.) Analizar si el maltrato emocional y físico en el grupo de amigos se relaciona con las conductas desviadas de los adolescentes.
 - a.4.) Analizar si la presión ejercida por el grupo de iguales se asocia con la delincuencia juvenil.
 - a.5.) Evaluar la relación entre el tiempo que los adolescentes pasan con sus amigos y las actividades de ocio, convencional y no convencional, que comparten con ellos, y su implicación en conductas desviadas.
 - a.6.) Analizar el efecto de tener amigos que realizan actividades desviadas sobre la propia delincuencia de los adolescentes.
 - a.7.) Analizar si las asociaciones previamente mencionadas se mantienen, o no, independientemente del sexo de los adolescentes.
- B. Examinar si la composición y estructura del grupo de amigos se relaciona con la conducta delictiva de los adolescentes.
- b.1.) Analizar la asociación entre la composición del grupo de amigos en cuanto a tamaño, sexo y edad, y la delincuencia juvenil.
 - b.2.) Examinar los efectos de la estructura grupal en la delincuencia de los adolescentes.
 - b.3.) Analizar si la composición y estructura del grupo de iguales presenta o no variaciones relacionadas con el sexo de los adolescentes.
- C. Analizar el impacto que las interacciones familiares, y la vinculación escolar, tienen en el comportamiento desviado de los adolescentes.
- c.1.) Examinar la relación entre el afecto familiar (en términos de apoyo y apego, del padre y la madre), y la desviación juvenil.
 - c.2.) Analizar la asociación entre la supervisión familiar y la delincuencia juvenil.

- c.3.) Determinar la relación entre el apego a la escuela y la delincuencia juvenil.
 - c.4.) Analizar el efecto de las interacciones familiares y escolares sobre el tipo de amigos con los que se relaciona el adolescente.
 - c.5.) Analizar en qué medida la relación entre las variables familiares, y la vinculación escolar, y la delincuencia se ve afectada por la variable sexo/género.
- D. Delimitar el impacto de la “identidad de género” en la desviación juvenil.
- d.1.) Determinar en qué medida la masculinidad y la feminidad se relacionan con el hecho de ser hombre o mujer.
 - d.2.) Evaluar la relación entre la masculinidad y la desviación.
 - d.3.) Evaluar la relación entre la feminidad y la desviación.
- E. Poner a prueba un modelo “causal” de relaciones entre las variables mencionadas, explicativo de la delincuencia de hombres y mujeres.

4.1.2. Hipótesis de la investigación

A continuación se presentan las hipótesis que guían este estudio. La base de estas predicciones proviene de la revisión teórica realizada. Por este motivo, no se plantean hipótesis de partida sobre aquellos aspectos sobre los que la investigación previa presenta resultados escasos o contradictorios.

4.1.2.1. Hipótesis referidas al grupo de amigos

Con respecto a las variables referidas al grupo de iguales, se espera que:

1. La utilización de estrategias violentas como método habitual de resolver conflictos en el grupo incrementará la probabilidad de delincuencia juvenil.
2. Cuanto mayor sea el nivel de maltrato grupal, tanto emocional como físico, mayor será la conducta delictiva de los adolescentes.

3. Cuanto mayor sea el grado de estructura grupal, mayor será la desviación.
4. Cuanto mayor sea la delincuencia de los amigos, mayor será la delincuencia de los adolescentes.

4.1.2.2. Hipótesis referidas al entorno familiar y escolar

Con respecto a las variables referidas a los entornos familiar y escolar postulamos que:

5. El apego familiar y escolar disminuirá la probabilidad de que los jóvenes incurran en comportamientos desviados y/o delictivos.
6. Cuanto mayor sea el grado de supervisión familiar menor será la probabilidad de delincuencia juvenil.
7. Cuanto mayor sea el apego de los adolescentes hacia la familia y la escuela, menor será la probabilidad de que se relacionen con iguales desviados.

4.1.2.3. Hipótesis referidas al sexo/género

En cuanto a la variable sexo/género se espera que:

8. Los chicos realizarán un mayor número de conductas delictivas que las mujeres.
9. Hombres y mujeres presentarán una exposición diferencial a los factores de riesgo/protección relacionados con el grupo de amigos, la familia y la escuela. Los varones estarán más expuestos a los factores de riesgo y las mujeres a los de protección.

4.1.2.4. Hipótesis referidas a la identidad de género

Con respecto a la identidad de género postulamos que:

10. Altas puntuaciones en masculinidad incrementarán la probabilidad de desviación.

11. Los aspectos socialmente menos valorados de la masculinidad (masculinidad negativa) mostrarán mayor relación con la desviación que los aspectos positivamente valorados de la masculinidad (masculinidad positiva).
12. Altas puntuaciones en feminidad reducirán la probabilidad de desviación.

4.1.3. Variables de la investigación

Una descripción de las variables analizadas en el estudio se incluye en el Cuadro 10.

La *conducta antisocial* es la variable dependiente o variable criterio del trabajo. Será entendida como aquella conducta, o conjunto de conductas, que infringen las normas y reglas sociales. Los comportamientos englobados bajo este término abarcan desde infracciones leves (ej.: conductas contra normas como escaparse de casa, aceptar regalos sabiendo que son robados, etc.) a delitos graves (ej.: agresión, robo, etc.). En esta investigación, se utilizarán conceptos como “conducta desviada” o “conducta delictiva” para aludir a este tipo de comportamientos sin asumir la equivalencia de tales conceptos sino como una consecuencia de la tradición que viene utilizando de manera indistinta estos términos a la hora de hacer referencia a conductas que suponen una transgresión de las normas sociales.

Las variables grupales, las referidas a los contextos familiar y escolar, y las referidas al sexo/género y a la identidad de género actuarán como variables independientes o predictoras.

El *grupo de amigos*, será entendido como un contexto de socialización fundamental, que incluye a las personas con las que el adolescente pasa habitualmente su tiempo libre y con las que mantiene relaciones de intimidad.

La *familia*, y la *escuela*, son considerados los contextos por excelencia de aprendizaje y socialización convencional durante las primeras etapas de la vida, y por tanto, definidos como contextos cuyas actuaciones están encaminadas, en general, a prevenir la conducta desviada.

Finalmente, entenderemos la *identidad de género* como la “*identificación de uno mismo como hombre o mujer, con la aceptación de todos los roles y las conductas que la sociedad asigna a cada sexo*” (Berger, 2004, p. 501).

Cuadro 10: Cuadro resumen de las variables analizadas en la investigación

VARIABLES DEPENDIENTES	
Conducta Antisocial	1. Conducta antisocial total a. Conducta contra normas b. Vandalismo c. Robo d. Agresiones a personas e. Consumo y tráfico de drogas
VARIABLES INDEPENDIENTES	
<i>VARIABLES GRUPALES</i>	
Composición grupal	2. Número de amigos 3. Número de hombres en el grupo 4. Número de mujeres en el grupo 5. Número de amigos de igual edad 6. Número de amigos de mayor edad 7. Número de amigos de menor edad
Estructura grupal	8. Estructura del grupo
Afecto grupal	9. Apoyo recibido de los iguales 10. Apego hacia los iguales 11. Importancia percibida dentro del grupo
Estrategias de resolución de conflictos	12. Estrategias no violentas 13. Estrategias de violencia física 14. Estrategias de violencia emocional
Maltrato grupal	15. Maltrato emocional 16. Maltrato físico
Presión grupal	17. Presión del grupo
Tiempo y actividades de ocio en grupo	18. Tiempo pasado con los amigos 19. Satisfacción con el tiempo compartido en grupo 20. Frecuencia de realización de ocio convencional en grupo 21. Frecuencia de realización de ocio no convencional en grupo
Delincuencia de los Amigos	22. Amigos delincuentes
<i>VARIABLES FAMILIARES Y ESCOLARES</i>	
Afecto familiar	23. Apoyo recibido del padre 24. Apoyo recibido de la madre 25. Apego hacia el padre 26. Apego hacia la madre
Apego a la escuela	27. Apego hacia el entorno escolar
Supervisión familiar	28. Supervisión de los padres
<i>VARIABLES RELACIONADAS CON EL SEXO/GÉNERO</i>	
Sexo	29. Sexo (Hombre, Mujer)
Identidad de género	30. Masculinidad: aspectos positivos 31. Masculinidad: aspectos negativos 32. Feminidad: aspectos positivos 33. Feminidad/Comunalidad no Mitigada

4.2. INSTRUMENTOS DE RECOGIDA DE DATOS

4.2.1. Justificación de la metodología de investigación

El autoinforme es, a día de hoy, uno de los principales métodos de evaluación de la delincuencia. Sin duda, su empleo ha facilitado mucho la labor de investigación en el campo criminológico en este último siglo.

La principal ventaja de este método es que permite conocer de forma rápida y directa la incidencia y prevalencia de las conductas delictivas realizadas por los sujetos encuestados, independientemente de que hayan sido registradas, o no, por los organismos oficiales. Por ello, de la utilización de autoinformes se ha derivado la constatación de una tasa mayor de actos delictivos de la que se observa utilizando registros oficiales. Las estadísticas oficiales dejan fuera de su consideración, en muchas ocasiones, los delitos leves, los cometidos por personas no reincidentes, así como todos los cometidos por personas que consiguen evadir la entrada en el sistema judicial (*“la cifra negra del delito”*).

Así, mientras que las estadísticas oficiales de diferentes países muestran que aproximadamente un 20% de los jóvenes han realizado en algún momento actividades delictivas (Moore y Arthur, 1986), los autoinformes indican que entre un 80 y un 90% de los jóvenes han realizado en alguna ocasión tales actividades delictivas (Rutter *et al.*, 2000; West y Farrington, 1973).

Asimismo, la utilización de autoinformes para analizar la delincuencia revela una importante implicación delictiva no sólo en las muestras “especiales” (jóvenes institucionalizados, en tratamiento, o viviendo en la calle/sin hogar) sino también en las muestras escolarizadas normalizadas (Otero-López, 1997; Otero-López y Vega, 1993).

En este sentido, los datos recogidos con autoinformes permiten cuestionar algunos de los presupuestos tradicionales acerca de la delincuencia que han sido apoyados por los estudios realizados a partir de registros oficiales, como la asunción de que la conducta delictiva es más frecuente en jóvenes de clase baja, minorías étnicas, o grupos desfavorecidos en general. Por ejemplo, Wallerstein y Wyle (1947) encuentran que un 99% de los adultos de clase media de su muestra habían cometido, por lo menos, un delito en su vida, por lo que señalan que el

autoinforme es el único método para conocer los delitos realizados por aquellas personas que difícilmente entrarán a formar parte de las estadísticas oficiales de delincuencia.

Así, de la utilización de autoinformes se desprende que la delincuencia no es un fenómeno que afecte a una categoría especial de personas, sino que puede ocurrir, y de hecho ocurre, en todas las clases sociales, razas, edades, etc. En este sentido, los datos de los registros oficiales con frecuencia producen un acercamiento a la delincuencia en cuanto “etiqueta social”; mientras que los datos obtenidos a partir de autoinformes posibilitan el análisis de la “delincuencia en cuanto conducta”, susceptible de ser realizada, en un momento o circunstancia determinada, por cualquier miembro de la sociedad.

No obstante, también se han planteado algunos problemas al autoinforme como método de recogida de información sobre la delincuencia. Uno de ellos se refiere a que, en ocasiones, incluyen únicamente conductas delictivas leves y/o dejan de incluir los delitos más graves, proporcionando, así, una medición de la delincuencia que no se corresponde con la que interesa prioritariamente a las instituciones oficiales. En esta línea, Hirschi y Selvin (1967), o Hindelang, Hirschi y Weis (1979), apuntan que en los autoinformes se incluyen conductas que normalmente no serían tipificadas como delitos por los agentes de control social, o que, aún siéndolo, no serían perseguidas ni castigadas.

Aunque efectivamente ha existido una tendencia a incluir en las encuestas sobre delincuencia un mayor número de ítems que hacen referencia a delitos leves (fundamentalmente delitos de estatus), que de ítems referidos a conductas delictivas graves (ej.: asesinato, violación), en los últimos años se observa una tendencia a paliar este posible sesgo (Kelley, Huizinga, Thornberry y Loeber, 1997). Por otra parte, también es cierto que los delitos graves son especialmente infrecuentes entre los delincuentes juveniles (Mirón y Otero-López, 2005), por lo que es comprensible que, al menos los autoinformes a ellos dirigidos, incluyan en mayor medida conductas que tienen relevancia para este grupo de edad.

Otra objeción al empleo de los autoinformes es la que señala que los sujetos pueden no ser totalmente sinceros en sus respuestas, bien porque no reconozcan haber cometido la conducta, bien porque exageren su historial delictivo (Gold, 1963, 1970; Robins, 1966; Sobell y Sobell, 1975).

Sin embargo, y desde la aparición de este tipo de objeciones, se han acumulado evidencias a favor de que los jóvenes pueden ser considerados como informadores válidos de su propia conducta delictiva. Esta evidencia se deriva de la comparación entre la información procedente de varias fuentes, o de contrastar las respuestas a los autoinformes con el registro oficial de actividades desviadas de los encuestados (Gibson, Morrison y West, 1970; Junger-Tas, 1994; Reiss y Rhodes, 1961).

Los múltiples estudios realizados sobre la fiabilidad y validez del autoinforme (Thornberry y Krohn, 2000), permiten defender la idea de que éstos, como técnica de recogida de datos, constituyen una de las formas de medida más aceptables y útiles en el campo de la Criminología. Además, este método presenta la enorme ventaja de que permite evaluar, junto con la delincuencia, otras variables que pueden estar relacionadas con la etiología de la conducta desviada, facilitando el contraste empírico de las teorías sobre la delincuencia que el investigador esté interesado en examinar.

4.2.2. Autoinformes utilizados en la presente investigación

En este apartado se describen los cuestionarios utilizados para operativizar las diferentes variables de este estudio. Un resumen de sus principales características se presenta en el Cuadro 11.

4.2.2.1. Cuestionario de Conductas Antisociales (Mirón 1990)

El *Cuestionario de Conductas Antisociales (CCA)* fue diseñado en 1990 en la Universidad de Santiago de Compostela (Mirón, 1990; Mirón y Otero-López, 2005) con el objeto de disponer de un instrumento de evaluación de la delincuencia que incluyese los distintos tipos de conducta delictiva que con frecuencia se enmarcan dentro del concepto de delincuencia juvenil.

Para su elaboración, se realizó un análisis de los instrumentos existentes con el objetivo de seleccionar, de entre aquellos con propiedades psicométricas altamente aceptables y que habían sido utilizados frecuentemente en los trabajos en el área, un conjunto inicial de ítems suficientemente representativo de las conductas que configuran el constructo “delincuencia juvenil”.

Cuadro 11: Instrumentos de medida utilizados en este estudio

CUESTIONARIO	CONSTRUCTO TEÓRICO, NUMERO DE ÍTEMS Y ALPHA DE CRONBACH EN EL PRESENTE ESTUDIO
Cuestionario de Conductas Antisociales (CCA; Mirón y Otero López, 2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Conducta Antisocial Total: 51 ítems ($\alpha = .91$) <ul style="list-style-type: none"> - Conducta contra Normas: 11 ($\alpha = .81$) - Vandalismo: 7 ($\alpha = .72$) - Robo: 14 ($\alpha = .70$) - Agresión: 12 ($\alpha = .78$) - Consumo/Tráfico Drogas: 7 ($\alpha = .69$)
Abusive and Supportive Environments Parenting Inventory (EASE-PI; Nicholas y Bieber, 1997)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Apoyo recibido de los Amigos: 12 ítems ($\alpha = .93$) ▪ Maltrato Grupal: 10 ítems ($\alpha = .82$) <ul style="list-style-type: none"> - Maltrato Emocional: 6 ($\alpha = .80$) - Maltrato Físico: 4 ($\alpha = .58$) ▪ Apoyo recibido de la Madre: 12 ítems ($\alpha = .94$) ▪ Apoyo recibido del Padre: 12 ítems ($\alpha = .95$)
The Conflict Tactics Scales (CTS; Straus, 1979)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Resolución de Conflictos en el Grupo: 12 ítems ($\alpha = .61$) <ul style="list-style-type: none"> - Estrategias no Violentas: 3 ($\alpha = .49$) - Estrategias de Violencia Emocional: 4 ($\alpha = .73$) - Estrategias de Violencia Física: 5 ($\alpha = .85$)
Attachment to Parents, School and Peers (Wong, 2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Apego hacia los Amigos: 3 ítems ($\alpha = .60$) ▪ Apego hacia la Madre: 3 ítems ($\alpha = .76$) ▪ Apego hacia el Padre: 3 ítems ($\alpha = .78$) ▪ Apego hacia la Escuela: 3 ítems ($\alpha = .67$)
Peer Pressure (Esbensen y Weerman, 2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Presión Grupal: 3 ítems ($\alpha = .62$)
Parental Monitoring (Esbensen y Weerman, 2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Supervisión Familiar: 5 ítems ($\alpha = .76$)
Extended Version of the Personal Attributes Questionnaire (E-PAQ; Spence et al., 1979)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Masculinidad: 16 ítems ($\alpha = .70$) <ul style="list-style-type: none"> - Aspectos Positivos de la Masculinidad: 8 ($\alpha = .67$) - Aspectos Negativos de la Masculinidad: 8 ($\alpha = .69$) ▪ Aspectos Positivos de la Femenidad: 8 ítems ($\alpha = .80$)
Revised Unmitigated Communion Scale (UCS; Fritz y Helgeson, 1998)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Femenidad/Comunalidad no Mitigada: 9 ítems ($\alpha = .73$)
Ítems e Índices de Elaboración propia (Rodríguez y Mirón, 2005)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Índice de Delincuencia de los Amigos: 8 ítems ($\alpha = .84$) ▪ Frecuencia de Realización de Actividades de Ocio: 18 ítems ($\alpha = .70$) <ul style="list-style-type: none"> - Índice de Ocio Convencional en Grupo: 11 ($\alpha = .68$) - Índice de Ocio no Convencional en Grupo: 7 ($\alpha = .67$) ▪ Índice de Estructura Grupal: 8 ítems ($\alpha = .62$) ▪ Ítems referidos a la Composición Grupal, Importancia Percibida en el Grupo, y Tiempo pasado con los Amigos: 5 ítems

Entre los cuestionarios utilizados para esta selección inicial de ítems cabe mencionar (Mirón y Otero-López, 2005): *Behavior Card (BC)* de Stodgill (1941), *Self-Reported Delinquency Scales (SRDS)* de Nye y Short (1957), *Self-Reported Delinquency Scales (SRDS-A)* de Arnold (1965), *Delinquency Checklist (DCL)* de Kulik, Stein y Sarbin (1968), *Self-Reported Delinquency Scale (SRDS-G)* de Gibson (1971), *Violence Scales (VS)* de Andrew (1974), *Adolescent Antisocial Behavior Checklist (AABCL)* de Mateo (1982), *Perception of Drug Use (PDU)* de Skinner (1984), y *Drug Abuse Screening Test (DAST)* de Grahn et al. (1983).

A partir de estos instrumentos se elaboró un primer listado de 105 ítems, agrupados en cinco clusters o factores conceptuales diferentes: Conducta contra Normas, Robo, Vandalismo, Agresiones contra Personas y Consumo y Tráfico de Drogas.

Para confirmar que estos ítems representaban de manera adecuada las conductas delictivas más habituales entre los adolescentes se solicitó a un grupo de jóvenes institucionalizados que indicaran, por una parte, si el contenido de los ítems era comprensible, y, más importante, si reflejaban las conductas por las que ellos, u otras personas que conocían, habían sido detenidos. Además, se les pidió que aportasen nuevos ítems acerca de conductas, no recogidas en la encuesta, pero que en su opinión fuesen relevantes. Sus aportaciones permitieron completar las diferentes dimensiones citadas con 36 nuevos ítems, de manera que se obtuvo un listado final de 141 ítems.

Para poner a prueba este amplio cuestionario, se realizó un estudio (Mirón y Otero-López, 2005) con 293 adolescentes varones (un grupo de jóvenes escolarizados y otro de jóvenes institucionalizados) con edades comprendidas entre los 14 y los 18 años. El análisis de varianza realizado, comparando las puntuaciones medias de ambos grupos, reveló que 128 de los 141 ítems permitían establecer diferencias significativas entre adolescentes institucionalizados y no institucionalizados. Dado que el número de ítems era todavía muy elevado, y que el objetivo de los investigadores era desarrollar un instrumento de medida con un alto poder “discriminante”, seleccionaron para formar parte de la escala final únicamente los 82 ítems que establecían las mayores diferencias ($p \leq .001$) entre los dos grupos de jóvenes.

Esta escala fue utilizada en diferentes trabajos con resultados satisfactorios. Pero, todavía el número de ítems parecía excesivo, por lo que en sucesivos trabajos (Moreira, Sánchez y Mirón, 2010; Rodríguez, 2006) se fue ajustando el contenido de la escala seleccionando

aquellos ítems que mejor parecían representar cada uno de los tipos delictivos que la componen.

Por ello, el formato actual del Cuestionario, que es el utilizado en la presente investigación, consta de 51 ítems, distribuidos, por dimensiones, de la siguiente manera:

- *Conductas contra Normas*: incluye 11 ítems referidos a conductas no permitidas a los menores de edad, o bien conductas antisociales leves (ej.: beber alcohol antes de los 18 años, escaparse de casa, fumar antes de los 18).
- *Vandalismo*: con 7 ítems referidos a conductas que implican daño a la propiedad pública (ej.: dañar mobiliario urbano, ensuciar las calles con basura).
- *Robo*: incluye 14 ítems que describen distintas modalidades de robo (ej.: robo en tiendas, robo de objetos propiedad del centro escolar, robo en coches).
- *Agresiones contra Personas*: con 12 ítems que se refieren a conductas que pretenden causar daño físico a otras personas (ej.: ataques, peleas, uso de armas).
- *Consumo y Tráfico de Drogas*: incluye 7 ítems que se refieren a conductas relacionadas con el consumo y el tráfico de drogas ilegales (ej.: consumo de heroína, cocaína, venta de drogas).

Todos los ítems se presentan en una escala de tipo Likert, con 4 categorías de respuesta, que reflejan la frecuencia de realización de cada una de las conductas: “Nunca/0 veces” (valor asignado de 0), “Casi Nunca/1 o 2 veces” (valor asignado de 1), “Algunas Veces/ 3 o 4 veces” (valor asignado de 2), “Casi Siempre/entre 5 y 10 veces” (valor asignado de 3) y “Siempre/más de 10 veces” (valor asignado de 4).

Este instrumento permite obtener una puntuación total en delincuencia, sumando las respuestas a todos los ítems, así como una puntuación en cada uno de los tipos de conducta antisocial, sumando las respuestas a los ítems correspondientes.

El *Cuestionario de Conductas Antisociales* (CCA) ha mostrado adecuadas propiedades psicométricas. Así, y con respecto a la consistencia interna, tanto para el total de la escala,

como para cada una de sus dimensiones, se han obtenido, en diferentes trabajos (ej.: Mirón, 1990; Mirón y Otero-López, 2005; Rodríguez, 2006, 2009; Soares, 2005), resultados altamente satisfactorios (Cuadro 12). El *alpha* de Cronbach para el conjunto total de los ítems oscila entre .85 y .98.

Rodríguez (2006), con una muestra de adolescentes venezolanos, informa de una consistencia interna de .88 para la conducta contra normas, .78 para vandalismo, .88 para robo, .83 para agresiones, y .80 para consumo y tráfico de drogas. Resultados muy similares a los encontrados por el propio Rodríguez (2009) en un estudio posterior, en el que los índices de consistencia de las subescalas oscilan entre .81 y .91.

Cuadro 12: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para el Cuestionario de Conductas Antisociales (CCA) (Mirón, 1990)

	<i>alpha</i> de Cronbach
Mirón (1990)	.98
Soares (2005)	.98
Rodríguez (2006)	.85
Rodríguez (2009)	.96

Fuente: Adaptado de Rodríguez (2009).

Por lo que respecta a la validez de constructo, el proceso de obtención de los ítems garantiza su validez, dado que proceden de otros cuestionarios ya validados, así como de la información proporcionada por jóvenes detenidos, e institucionalizados, por la realización de conductas desviadas; y que han mostrado su adecuación para establecer diferencias entre adolescentes con distintos niveles de implicación delictiva.

4.2.2.2. *Abusive and Supportive Environments Parenting Inventory* (Nicholas y Bieber, 1997)

El *Abusive and Supportive Environments Parenting Inventory* (EASE-PI), fue desarrollado, inicialmente, por Nicholas y Bieber (1997), con el propósito de disponer de un instrumento que permitiese evaluar las interacciones que se producen en el contexto familiar, especialmente en la relación entre padres e hijos.

El instrumento original parte de la revisión de investigaciones previas y trabajos clínicos (ej.: Rollins y Thomas, 1979; Russell y Russell, 1989; Schaefer, 1965; Straus, 1979), de los que se extrae información acerca de los patrones de afecto y maltrato presentes en las interacciones familiares. Surge así un listado de 194 ítems, 130 de los cuales describen prácticas familiares abusivas o negativas, y 64 prácticas positivas, de apoyo.

Utilizando una muestra de 271 estudiantes universitarios, 130 hombres y 141 mujeres, Nicholas y Bieber (1997) realizan una serie de análisis factoriales para seleccionar un conjunto más reducido de ítems que se ajustase bien a los propósitos que se perseguían. Así, seleccionan los ítems siguiendo tres criterios: ítems con cargas factoriales superiores a .50 en alguno de los factores obtenidos, con coeficientes de fiabilidad superiores a .70 en las pruebas test-retest, y con capacidad para evaluar con suficiente claridad y certeza las conductas de abuso y apoyo familiar. Como consecuencia, obtienen un conjunto final de 70 ítems (42 de prácticas negativas y 28 de prácticas positivas), distribuidos en 6 subescalas:

- *Abuso Emocional*: se compone de 19 ítems referidos a conductas de agresión psicológica o emocional de los padres (ej.: ridiculizar los sentimientos de los hijos).
- *Abuso Físico*: con 13 ítems que evalúan comportamientos de violencia física de los padres (ej.: uso de armas contra los hijos).
- *Abuso Sexual*: los 10 ítems que forman esta escala se refieren a conductas de maltrato sexual de los padres hacia sus hijos (ej.: forzar o convencer a los hijos para realizar actos sexuales).
- *Amor/Apoyo*: consta de 16 ítems destinados a analizar las relaciones de afecto y apego entre padres e hijos (ej.: apoyar emocionalmente a los hijos).
- *Promoción de la Independencia*: integrada por 6 ítems que analizan el grado en que los padres favorecen o promueven la autonomía de los hijos (ej.: permitir que los hijos controlen algunos aspectos de su propia vida).
- *Modelado Positivo/Honradez*: consta de 6 ítems que evalúan el grado en que los padres actúan como adecuados modelos de rol para promover conductas acorde con los valores y las normas convencionales (ej.: que los padres se comporten congruentemente con lo que enseñan a sus hijos).

Con respecto a las características psicométricas, Nicholas y Bieber (1997) informan de unos índices de fiabilidad y validez muy adecuados. Concretamente, indican que su validez está bien documentada, tanto porque las escalas del inventario derivan de otras ya validadas, como porque las puntuaciones en las dimensiones del EASE-PI correlacionan con las obtenidas en otros cuestionarios formulados para evaluar constructos semejantes.

Así, los autores administraron el cuestionario a 25 hombres y 26 mujeres, a los que aplicaron, de forma simultánea: a) las subescalas de rechazo y amor familiar del *Parent-Child Relations Questionnaire (PCR)* de Roe y Siegelman (1963); b) las subescalas de maltrato psicológico y físico del *Family Experiences Questionnaire (FEQ)* de Briere y Runtz (1988); c) las subescalas de cuidado familiar y sobreprotección del *Parental Bond Instrument (PBI)* de Parker, Tupling y Brown (1979); y, d) las subescalas de agresión emocional y física de la *Conflict Tactics Scale (CTS)* de Straus (1979). Los datos obtenidos mostraron que las Escalas de Abuso Físico y Emocional del EASE-PI correlacionan significativa y positivamente con la subescala de Rechazo del PCR y las subescalas de maltrato del CT, y del FEQ; la escala de Amor/Apoyo de la EASE-PI correlaciona positiva y significativamente con la subescala de Amor del PCR, y la escala de Promoción de la Independencia correlaciona significativa y negativamente con la subescala de Sobreprotección del PBI. En el presente trabajo utilizamos sólo dos de las subescalas del cuestionario, concretamente:

- La *Escala de Apoyo*, para evaluar este tipo de interacciones, tanto en las relaciones padres-hijo/a como en las interacciones entre los amigos. La escala de Apoyo consta de 12 ítems, en los que se pregunta acerca de la frecuencia con la que el padre, la madre y los amigos realizan conductas dirigidas a apoyar, ayudar, mostrar respeto, etc., en las interacciones con los jóvenes. Así, a partir de las respuestas a estos ítems se obtienen 3 indicadores de apoyo: a) *Apoyo de la Madre*, b) *Apoyo del Padre* y c) *Apoyo de los Amigos*.
- La *Escala de Abuso/Maltrato*, para valorar las conductas de maltrato que se producen en el contexto del grupo de amigos. Consta de 10 ítems que analizan el maltrato emocional y físico en el grupo de amigos.

Todos los ítems se presentan en un formato tipo Likert, con cinco alternativas de respuesta, que oscilan de “Nunca” (valor asignado de 0) a “Siempre” (valor asignado de 4).

La Escala de Apoyo, en su versión para padres, muestra, en trabajos previos, unos índices adecuados de fiabilidad. En concreto, Nicholas y Bieber (1997) obtienen un coeficiente *alpha* de Cronbach para la subescala de Apoyo del padre de .79 y para la subescala de Apoyo de la madre de .77.

Más recientemente, Rodríguez (2009) en un estudio con adolescentes venezolanos, encuentra un coeficiente *alpha* de Cronbach de .93 para los ítems referidos al Apoyo de la madre, de .96 para los ítems referidos al Apoyo del padre, y de .95 para los referidos al Apoyo grupal.

En cuanto a la Escala de Maltrato en el grupo de amigos, Rodríguez (2006) obtiene coeficientes *alpha* de Cronbach que oscilan de .60 a .80 para el Maltrato Emocional y de .40 a .70 para el Maltrato Físico.

4.2.2.3. The Conflict Tactics Scales (Straus, 1979)

The Conflict Tactics Scales (CTS) ha sido elaborado por Straus y su grupo de investigación de la Universidad de New Hampshire (Straus, 1974, 1979; Straus y Brown, 1977) con el objeto de disponer de un instrumento para analizar las estrategias o tácticas utilizadas en situaciones de conflicto familiar. De hecho es uno de los instrumentos más habitualmente empleados para detectar “violencia intrafamiliar”.

El fundamento teórico de la CTS (en su versión original, forma N) se encuentra en la *Teoría del Conflicto* (Adams, 1966; Coser, 1956; Dahrendorf, 1959), cuyos planteamientos señalan que aunque el conflicto es una parte inevitable de toda interacción humana, la violencia, como táctica para enfrentarlo, no lo es.

Straus (1974, 1979) mantiene que existen 3 técnicas posibles para enfrentarse a un conflicto: el razonamiento, la agresión verbal y la violencia física. Por ello, la CTS incluye 18 ítems distribuidos en estas tres dimensiones:

- *Razonamiento*: se compone de 3 ítems referidos a comportamientos como el uso del diálogo y de la argumentación.

- *Agresión Verbal*: consta de 6 ítems que hacen referencia a actuaciones verbales agresivas hacia el otro.
- *Violencia Física*: integrada por 9 ítems referidos a la utilización de la fuerza física contra el otro.

Straus (1979) señala que la CTS general, y cada una de las subescalas que la componen, presentan una adecuada validez, tanto concurrente, como de contenido y de constructo. Asimismo, la consistencia interna es muy aceptable (Cuadro 13), aún cuando los coeficientes *alpha* son claramente más elevados para la Escala de Violencia Física y para la Escala de Agresión Verbal que para la Escala de Razonamiento. Estos resultados van en la línea de los obtenidos en estudios posteriores (ej.: Barling O'Leary, Jouriles, Vivian y MacEwen, 1987; Schum, Bollman, Jurich y Martin, 1982; Straus, 1987).

Cuadro 13: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para la escala CTS (Straus, 1979)

Coeficientes <i>alpha</i>			
Relación Perpetrador-Víctima	Razonamiento	Agresión Verbal	Violencia Física
Niño a Niño	.56	.79	.82
Padre a Niño	.69	.77	.62
Niño a Padre	.64	.77	.78
Esposo a Esposa	.50	.80	.83
Esposa a Esposo	.51	.79	.82

Sobre la base de este instrumento original se han realizado una serie de revisiones dando lugar a nuevas versiones del inventario. Las más conocidas serían la CTS2 y la CTSP-C.

La Escala CTS2 (Straus, Hamby, Boney-McCoy, y Sugarman, 1996), fue específicamente diseñada para analizar situaciones de violencia en relaciones de pareja. Esta versión consta de 5 escalas, 3 de ellas evalúan la frecuencia de utilización de tres tácticas de resolución de conflictos similares a las del instrumento original: asalto físico (violencia física en la versión original), agresión psicológica (agresión verbal en la CTS original) y negociación (escala de razonamiento en la versión original); pero a esta versión se incorporan dos nuevas estrategias: coerción sexual y daño físico.

La segunda versión, la CTSP-C (*Parent Child Conflict Tactics Scales*) desarrollada por Straus, Hamby, Finkelhor, Moore y Runyan (1998) y Straus y Hamby (1997), está destinada a analizar las situaciones de maltrato de los padres/cuidadores hacia los niños en el contexto familiar. Se compone de 22 ítems divididos en cinco escalas: Disciplina no Violenta, Agresión Psicológica, Maltrato Físico, Negligencia y Abuso sexual.

En general, existen evidencias empíricas suficientes que respaldan las bondades psicométricas de la CTS en sus diferentes versiones. De hecho, una de las pruebas de su utilidad sería precisamente la constatación de las versiones sucesivas, que intentan convertirse en instrumentos idóneos para el análisis de los procedimientos de manejo de conflictos en situaciones de interacción específicas.

En nuestro país, Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O’Leary y González (2007) llevaron a cabo un estudio, utilizando una muestra de 5.355 jóvenes madrileños de entre 16 y 26 años, para evaluar una versión modificada de la CTS, la M-CTS, diseñada para detectar comportamientos violentos (físicos y verbales) en relaciones de noviazgo.

Muñoz-Rivas *et al.* (2007) realizan un Análisis Factorial Confirmatorio, con el que identifican cuatro factores similares a los propuestos por los autores del instrumento, y que reflejan la utilización, por parte de ambos miembros de la pareja, de distintas tácticas para la resolución de sus conflictos: 1) argumentación, 2) agresión psicológica/verbal, 3) agresión física leve y 4) agresión física grave. Asimismo, estos factores presentaban coeficientes de consistencia interna para cada factor muy similares a los hallados por Straus (1979), siendo considerablemente superiores los de las escalas de agresión física a los de la subescala de argumentación (Cuadro 14).

Cuadro 14: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para las escalas de la M-CTS (Muñoz-Rivas *et al.*, 2007)

Coeficientes <i>alpha</i> para las escalas de la M-CTS		
Subescalas	MCTS-perpetrador	MCTS-víctimas
Agresión física media	.81	.81
Agresión psicológica	.64	.62
Agresión física grave	.77	.81
Argumentación	.31	.30

En la presente investigación se optó por utilizar la CTS original (Straus, 1979), con leves modificaciones, para analizar las estrategias de resolución de conflictos en el contexto de los grupos de amistad. Las modificaciones hacen referencia a que los ítems han sido formulados para referirse a las interacciones de amistad, una licencia que se ajusta perfectamente a los propósitos del instrumento. De hecho, los propios autores también aplican la escala en la evaluación de las estrategias de resolución de conflictos niño-niño (Straus, 1979).

Las dimensiones utilizadas en el presente estudio serían las siguientes:

- *Estrategias no Violentas o Razonamiento*: consta de 3 ítems que analizan la frecuencia de utilización de estrategias de resolución de conflictos centradas en el intercambio de argumentos, o la búsqueda de mediación (discusión calmada del problema, comprensión de los puntos de vista de la contraparte, y búsqueda de la ayuda de terceras personas cuando no se llega a un acuerdo).
- *Violencia Emocional o Agresión Verbal*: consta de 4 ítems que evalúan la frecuencia con la que los sujetos utilizan actos simbólicos y verbales con el objetivo de desgastar psicológicamente y/o amedrentar al otro (negarse a conversar, retirarse con rabia del lugar de la discusión, amenazar con el uso de la violencia y golpear o romper algún objeto para demostrar la rabia).
- *Violencia Física*: incluye 5 ítems referidos a respuestas de violencia física ante un conflicto (golpear con un objeto, empujar, zarandear, dar un golpe o dar una paliza al otro).

Cada ítem es presentado en un formato de respuesta tipo Likert, con cinco alternativas, que abarcan desde “Nunca” (valor asignado de 0) hasta “Siempre” (valor asignado de 4).

Esta versión modificada de la CTS original ya ha sido utilizada por nuestro equipo de trabajo en estudios anteriores. En uno de los más recientes, Rodríguez (2009) encontró unos índices de fiabilidad moderados para el total de la escala (*alpha* de Cronbach de .69), siendo la Escala de Estrategias No Violentas la que presenta, en línea con lo ya comentado, una menor consistencia interna ($\alpha=.59$), si la comparamos con la de la Escala de Violencia Emocional

($\alpha=.74$), o, especialmente, con la Escala de Violencia Física, que presenta coeficientes de fiabilidad más elevados ($\alpha=.85$).

4.2.2.4. *Index of Attachment to Parents, School and Peers (Wong, 2005)*

Wong (2005) desarrolla el *Index of Attachment to Parents, School and Peers (IAPSP)*, con el propósito de disponer de un instrumento para evaluar de manera conjunta el efecto de los diferentes elementos de vinculación social a los que aluden las Teorías del Control Social.

Los ítems referidos al *Apego hacia los Padres* fueron elaborados a partir de las propuestas de Hirschi (1969), Hindelang (1973), Johnson (1987), o Kierkus y Baer (2002). Son un total de 6 ítems (3 referidos a las relaciones con la madre y 3 a las relaciones con el padre) que evalúan el grado en el que al joven: a) Le preocupa lo que su madre/padre piensa de él; b) Comparte con ellos sus pensamientos y sentimientos; y c) Le gustaría ser el tipo de persona que son ellos. Es decir, con este indicador, se obtiene una evaluación tanto del *Apego hacia la Madre* como del *Apego hacia el Padre*.

El índice de *Apego hacia la Escuela*, se deriva de los conceptos teóricos de vínculo escolar propuestos por autores como Hirschi (1969), Agnew (1985), Liska y Reed (1985) o Paternoster y Iovanni (1986). En su formulación original consta de 2 ítems que analizan el grado en que al joven: a) Le agrada su escuela y b) Le preocupa lo que los profesores piensan de él. En el presente trabajo se añadió a este indicador un nuevo ítem, similar al existente en el índice de apego a los padres, para evaluar si al adolescente le gustaría parecerse a alguno/s de sus profesores. El propósito que se pretende conseguir es poder comparar las puntuaciones de apego a padres, centro escolar, y amigos, como un elemento clarificador de la mayor o menor fuerza de la vinculación que el adolescente experimenta hacia cada uno de estos entornos. De manera que el indicador de *Apego hacia el Entorno Escolar*, consta, en el presente trabajo, de 3 ítems.

Finalmente, el índice de *Apego hacia los Iguales*, elaborado a partir de las propuestas de Hirschi (1969), Brownfield y Thompson (1991) o Matsueda (1982), se compone de 3 ítems que analizan si al adolescente: a) Le preocupa lo que sus amigos piensan de él; b) Comparte los pensamientos y sentimientos con sus amigos; y c) Le gustaría ser el tipo de persona que son sus amistades.

Todos los ítems se presentan en un formato tipo Likert, con cuatro categorías de respuesta, que abarcan desde “En Absoluto” (valor asignado de 0) hasta “Mucho” (valor 3).

Trabajos recientes, como el ya mencionado estudio de Rodríguez (2009), informan de índices de consistencia interna satisfactorios para estos tres indicadores de apego, especialmente para las escalas de Apego Familiar y Escolar. En concreto, Rodríguez (2009) encuentra que la subescala de Apego hacia la Madre presenta un *alpha* de Cronbach de .73, la de Apego hacia el Padre de .81, la de Apego hacia la Escuela de .72 y, finalmente, la de Apego hacia los Amigos, un *alpha* de .69.

Por su parte, el propio Wong (2005), en su trabajo con una muestra de adolescentes canadienses, encuentra que este instrumento de apego permite establecer diferencias entre distintos grupos de edad en cuanto a su nivel de vinculación a los entornos evaluados. Observa, a este respecto, que el apego a la familia y a la escuela tiende a disminuir con la edad, mientras que el apego a los amigos se mantiene constante durante la adolescencia. Con respecto a la relación entre estas vinculaciones y la delincuencia, observa que el apego a la familia y a la escuela correlaciona negativa y significativamente con la delincuencia, mientras que el apego a los amigos correlaciona positiva y significativamente con la desviación de estos jóvenes.

Rodríguez (2009), utilizando el *IAPSP*, encuentra, sin embargo, que tanto el apego a la familia como a la escuela y a los amigos muestra correlación negativa y significativa con la delincuencia, al menos para algunos grupos de edad, y para algunos de los tipos de conducta antisocial evaluada. Es evidente que la relativa novedad de este índice de vinculación social no ha permitido acumular resultados suficientes para evaluar su relación con la delincuencia.

En cualquier caso, el proceso de elaboración del inventario, los índices de fiabilidad y las correlaciones observadas, permiten asumir que se trata de un instrumento adecuado para valorar la vinculación del adolescente a sus principales contextos de referencia y pertenencia.

4.2.2.5. Index of Parental Monitoring and Peer Pressure (Esbensen y Weerman, 2005)

Esbensen y Weerman (2005) elaboran una serie de ítems para evaluar dos de los elementos, relacionados con la familia y el grupo de amigos, que la literatura en el área ha

mostrado como relevantes con respecto a la probabilidad de que los adolescentes se involucren en actividades desviadas: la supervisión paterna y la presión grupal.

La *supervisión familiar* se analiza mediante 3 ítems referidos al cumplimiento de las normas familiares, la consistencia y claridad de las mismas, y el control que los padres tienen de la conducta de los hijos cuando éstos no están con ellos. El coeficiente de consistencia interna (*alpha*) para esta dimensión fue de .40.

En trabajos previos de nuestro equipo, y en la presente investigación, los ítems originales de Esbensen y Weerman (2005) referidos a la supervisión familiar fueron formulados de la siguiente manera: 1) ¿Cuándo estás en tu casa haces lo que tus padres te mandan?; 2) ¿Cuándo estás fuera de casa te portas de acuerdo con lo que tus padres consideran correcto?; y, 3) ¿Tus padres saben dónde estás cuando no te encuentras en casa? Pero, además, hemos añadido 2 ítems que pretenden analizar el grado en que los padres controlan las amistades de los hijos: 4) ¿Tus padres conocen a tus amigos? y 5) ¿A tus padres les gustan tus amigos? Estos ítems se presentan en formato de respuesta tipo Likert, con categorías que varían en función del ítem (desde “Nunca” hasta “Siempre” para los 3 primeros; y desde “Ninguno” hasta “Todos”, para los dos últimos).

Rodríguez (2006, 2009) obtuvo, para estos cinco ítems, un coeficiente *alpha* de Cronbach de .74, superior al obtenido en el estudio original. En cualquier caso, parece un buen indicador de la supervisión parental.

La *presión de los iguales*, en el trabajo original de Esbensen y Weerman (2005) se evalúa mediante 3 ítems: 1) Mis amigos a veces me inducen a hacer cosas que realmente no quiero hacer; 2) Mis amigos pensarían que soy un estúpido si no me atrevo a hacer algo; y 3) Mis amigos se ríen de mí cuando tengo miedo de hacer algo. El coeficiente de consistencia interna (*alpha*) para esta dimensión fue de .74.

De nuevo, para este estudio, y para algunos anteriores de nuestro equipo, se han reformulado ligeramente los ítems originales, quedando establecidos como sigue: 1) ¿Cuándo estás con tus amigos haces algunas cosas que realmente no quieres hacer?; 2) ¿Si no participas en algunas actividades del grupo, tus amigos pueden pensar que eres un/una “gallina” “cobarde” “miedoso/a”?; y 3): ¿Tus amigos se reirían de ti si te comportas de una forma diferente a como lo hacen ellos? El coeficiente *alpha* de Cronbach obtenido para esta

dimensión en los estudios de Rodríguez (2006, 2009) fue de .70, muy similar al obtenido por Esbensen y Weerman (2005).

Estos ítems se presentan en formato de respuesta tipo Likert, con cinco categorías de respuesta que incluyen desde “Nunca” (valor 0) hasta “Siempre” (valor 4).

Dada la relativa novedad de este indicador, no se dispone de mucha información con respecto a su utilización en otros trabajos, pero dado que se trata de preguntas directas acerca de aquello que se pretende evaluar, y cuyo contenido está, además, basado en planteamientos teóricos reconocidos y en hallazgos empíricos consistentes, se asume que estos ítems pueden ser utilizados como indicadores válidos de tales constructos.

4.2.2.6. *Extended Version of the Personal Attributes Questionnaire–EPAQ- (Spence et al., 1979)*

El equipo de Janet Spence y Robert Helmreich (Spence *et al.*, 1974, 1975; Spence y Helmreich, 1978; Helmreich, Spence y Wilhem, 1981; Siem y Spence, 1986; Edwards y Spence, 1987), desarrollan la primera versión del *Personal Attributes Questionnaire (PAQ)* con el objetivo de disponer de un instrumento para evaluar los atributos o características personales asociados a los roles de género.

Spence *et al.* (1974) tomaron como punto de partida el listado de 122 características bipolares incluidas en el *Sex Role Stereotype Questionnaire* (Rosenkrantz, Vogel, Bee, Broverman y Broverman, 1968). Aplicaron este listado de atributos a una serie de muestras de jóvenes, a los que pedían que indicasen en qué medida tales atributos definían a un hombre o mujer típicos (rasgos típicos). Se consideraron estereotípicos los rasgos que eran definidos como más característicos de un sexo que de otro, al menos por el 75% de los sujetos encuestados. Se obtuvo, así, un conjunto final de 55 ítems, agrupados en tres subconjuntos:

- 15 de ellos correspondían a características más asociadas a la mujer típica, pero que eran socialmente definidas como positivas o deseables tanto por y para los hombres como por y para las mujeres. Estos ítems corresponden a características denominadas por Parsons y Bales (1955) como “conductas expresivas”, y por Bakan (1966) como “conductas comunales”.

- 23 ítems correspondían a características masculinas, más propias del hombre tipo, pero valoradas como positivas tanto por y para los hombres como por y para las mujeres. Estos atributos se encuadran entre las características que Parsons y Bales definen como “conductas instrumentales” y Bakan como “agénticas” (agency).
- Los restantes ítems corresponden a características, tanto masculinas como femeninas, que son valoradas como socialmente deseables de manera diferencial en función del género: algunas de ellas eran valoradas como deseables especialmente para las mujeres y otras sólo para los hombres. Entre estos ítems se encuadran, evidentemente, tanto características instrumentales o agénticas como expresivas o comunales.

En sucesivos trabajos (Spence y Helmreich, 1978), estos autores fueron delimitando aquellas características sobre las que parecía existir un mayor acuerdo, con respecto a su asociación con uno u otro género, configurando una nueva versión, denominada versión corta del Cuestionario (PAQ -Short Version), que incluye 24 ítems agrupados en 3 escalas (de 8 ítems cada una) similares a las descritas en el cuestionario original:

- a) La escala *M+* (*Aspectos positivamente valorados de la Masculinidad o Masculinidad Positiva*), que describe características socialmente positivas, asertivas, instrumentales, que, tanto de acuerdo con las creencias estereotípicas, como con las propias evaluaciones, los hombres poseen en mayor medida que las mujeres.
- b) La escala *F+* (*Aspectos positivamente valorados de la Femenidad o Femenidad Positiva*), que describen características expresivas positivas y que, de acuerdo tanto con los estereotipos sociales, como con los autoinformes, son más propias de las mujeres que de los hombres.
- c) La escala *M-F* (*Masculinidad-Femenidad*), con 2 ítems que corresponden a características instrumentales (relacionadas con dominancia) que son consideradas como más deseables y propias de los hombres, y 4 ítems que corresponden a características relacionadas con la vulnerabilidad emocional, y que son consideradas más deseables y propias de las mujeres que de los hombres.

Las pruebas acerca de la fiabilidad y validez de esta versión del PAQ fueron satisfactorias, aunque especialmente para las dos primeras escalas, F y M, existiendo mayores problemas para establecer tanto la estructura factorial como la consistencia interna de la escala M-F. De hecho los propios autores indican que, realmente el PAQ tiene dos escalas principales: la escala M y la escala F. Los datos obtenidos en distintas muestras indican (Cuadro 15) que la fiabilidad de estas dos subescalas es muy aceptable.

Cuadro 15: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para las escalas M+ y F + del PAQ en distintos estudios

	Coeficientes alpha Escala M+	Coeficientes alpha Escala F+
Helmreich <i>et al.</i> (1981)	.67 - .78	.72 -.80
Spence <i>et al.</i> (1975)	.85 -.94	.79 - .85

Por su parte, Lenney (1991) señala que el PAQ muestra una adecuada fiabilidad test-retest. Con una pequeña muestra de 31 estudiantes encuentra correlaciones elevadas, y significativas (que oscilaban entre .65 y .91), entre las puntuaciones obtenidas en las escalas de Masculinidad, Feminidad y Masculinidad-Feminidad, en dos mediciones realizadas con un intervalo de tiempo de 13 semanas.

Asimismo, Lenney (1991) subraya la validez convergente del PAQ, al comprobar que en las 10 investigaciones que analiza, se observa asociación significativa entre las escalas de Masculinidad y Feminidad del BSRI (Bem, 1974) y del PAQ.

De hecho, el PAQ ha sido presentado como la gran alternativa al cuestionario de evaluación de los atributos de rol de género que había capitalizado el análisis de los atributos asociados al género hasta ese momento: el *Sex Role Inventory (BSRI)* de Bem (1974). Son dos instrumentos formulados (y utilizados) con propósitos similares. Sin embargo, hay diferencias entre ellos tanto en la manera en la que han sido contruidos (y por tanto en las asunciones que les subyacen) como en el resultado final, en los aspectos de la identidad de género que finalmente evalúan.

El BSRI engloba ítems que definen características tanto valoradas como no valoradas socialmente, y en este sentido ha sido criticado por no establecer diferencias entre ambas, o

por la inclusión concreta dentro de la feminidad de características muy negativas o muy poco deseables (servilismo, por ejemplo).

Otra crítica importante es el hecho de que incluya directamente como adjetivos “masculino” y “femenino”, dado que pueden convertir la dimensión completa en una tautología, dada la fuerza que cada uno de esos adjetivos parece tener para autodefinirse como hombres o como mujeres (por ejemplo, Pedhazur y Tetenbaum en 1979, encontraron que la puntuación total en masculinidad y feminidad permitía clasificar correctamente al 97% de los sujetos de su muestra como hombres o como mujeres, pero encuentran también que utilizando únicamente los adjetivos masculino y femenino podían clasificar correctamente al 94% de la muestra).

El PAQ incluye únicamente ítems que responden a características socialmente valoradas como positivas. A pesar de los buenos resultados obtenidos con respecto a la validez y fiabilidad de este instrumento, Spence *et al.* (1979) reconocen que el hecho de que incluya únicamente rasgos positivos puede representar un problema, tanto a la hora de definir las verdaderas características sociales asociadas a masculinidad y feminidad, como a la hora de valorar la posible relación entre masculinidad y feminidad y otros constructos y conductas sociales.

Es por ello que, finalmente, presentan una reformulación del cuestionario para incluir los rasgos prototípicos femeninos y masculinos no valorados como positivos socialmente. Así identifican, con un procedimiento similar al descrito para la elaboración del PAQ original, aquellas características que son socialmente definidas como negativas o indeseables y atribuidas diferencialmente a hombres y mujeres, constituyendo así el EPAQ (*Extended Personal Attributes Questionnaire*), en el que, además de las escalas Masculinidad, Feminidad, y Masculinidad-Feminidad ya descritas, se incluyen dos escalas correspondientes a rasgos masculinos no deseables y rasgos femeninos no deseables.

Las nuevas subescalas serían:

- La escala M- (*Aspectos negativamente valorados de la Masculinidad o Masculinidad Negativa*): con 8 ítems, incluye las características categorizadas por Spence *et al.* (1979) como *Unmitigated Agency* (Instrumentalidad no Mitigada), que se refieren a la posesión de características instrumentales que describen un

excesivo interés propio y poca o ninguna preocupación por otros. Se inscriben aquí rasgos como la hostilidad, arrogancia o cinismo.

- La escala *F-* (*Aspectos negativamente valorados de la Feminidad o Feminidad Negativa*): incluye también 8 ítems que reflejan la *Unmitigated Comunion* (Comunalidad no Mitigada), y que se refieren a la posesión de características expresivas indicativas de una excesiva preocupación por los demás, que implica escasa preocupación por la defensa de los propios intereses. Dentro de esta Escala se agrupan dos tipos de conductas: la subescala *Fc-* (comunalidad excesiva) incluye características como servilismo, y subordinación, y la subescala *Fva* (expresividad verbal negativa) incluye conductas expresivas pasivas como ser quejica, demandante o lloroso.

La EPAQ (Helmreich *et al.*, 1981) muestra índices adecuados de fiabilidad para las escalas de Masculinidad (M+), Feminidad (F+) y Masculinidad Negativa (M-); mientras que, al igual que ocurría con el PAQ, continúan siendo moderados para la escala M-F (oscilan entre .54 y .63), y son claramente bajos para las subescalas de Feminidad Negativa (oscilan entre .41 y .63).

Los problemas de consistencia interna (Spence *et al.*, 1979) de las escalas de Masculinidad/Feminidad y Feminidad Negativa han llevado a que este cuestionario sea utilizado en la mayoría de los trabajos en el área para evaluar únicamente aquellas dimensiones cuya consistencia y validez ha sido suficientemente documentada: Masculinidad Positiva, Feminidad Positiva y Masculinidad Negativa.

Diferentes investigaciones (ej.: Jenkins y Aubé, 2002; McCreary, Saucier y Courtenay, 2005; Mosher y Danoff-Burg, 2005) apoyan la idoneidad de estas tres escalas (Cuadro 16). Por ejemplo, Mosher y Danoff-Burg (2005), con una muestra de jóvenes de entre 17 y 23 años, hallan índices de consistencia interna aceptables para estas escalas que oscilan de .68 a .79.

Asimismo, diferentes trabajos destacan la validez convergente y discriminante de estas dimensiones del EPAQ (ej.: Díaz-Loving, Díaz-Guerrero, Helgeson, 1993, 1994; Helgeson y Fritz, 1999; Helmreich y Spence, 1981; Lenney, 1991; Vergara y Páez, 1993). La validez convergente viene avalada por la existencia de asociaciones significativas entre las escalas de Masculinidad y Feminidad y otras escalas de atributos personales diferencialmente vinculados a cada

género, y la validez discriminante por su capacidad para discriminar entre hombres y mujeres (Lenney, 1991).

Cuadro 16: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para las escalas M+, M- y F+ del E-PAQ en distintos estudios

	Escala M+	Escala M-	Escala F+
Jenkins y Aubé (2002)	.75	.75	.75
McCreary <i>et al.</i> (2005)	.73 - .74	.70 - .80	.62 - .71
Mosher y Danoff-Burg (2005)	.68 - .72	.74 - .79	.69 - .71

Por todo ello, en la presente investigación utilizaremos únicamente estas tres subescalas del EPAQ:

- Escala de *Masculinidad+* (*Aspectos positivamente valorados de la Masculinidad*): incluye 8 atributos (ser independiente, activo, competitivo, tener facilidad para tomar decisiones, sentirse superior a otros, mantenerse firme bajo presión, tener autoconfianza, y ser perseverante) que generalmente se atribuyen más a los hombres que a las mujeres, pero que se consideran cualidades deseables para ambos sexos.
- Escala de *Feminidad+* (*Aspectos positivamente valorados de la Feminidad*): se compone de 8 características (ser emotivo, capaz de dedicarse a otros, mostrarse amable, cariñoso, interesado en ayudar a otros, pendiente de los sentimientos de los demás, cálido, y comprensivo) que se asocian en mayor medida a las mujeres que a los hombres, pero que se consideran deseables en ambos sexos.
- Escala de *Masculinidad-* (*Aspectos negativamente valorados de la Masculinidad*): incluye 8 rasgos (ser arrogante, preocuparse exclusivamente por uno mismo, mostrarse egoísta, presumido, codicioso, dictatorial, cínico, y hostil) que son atribuidos en mayor medida a hombres que a mujeres, y que se consideran no deseables para ambos sexos.

Cada ítem se presenta en forma de adjetivo bipolar, acompañado de una escala de respuesta tipo Likert, con 5 alternativas, que oscilan desde 1 (Nada o muy poco característico de mí) hasta 5 (Muy característico de mí).

Esta última versión del EPAQ se ha convertido en uno de los cuestionarios más utilizados para evaluar los constructos masculinidad y feminidad. El hecho de diferenciar entre características positivas y negativas de la masculinidad permitirá, sin duda, aclarar en mayor medida qué características de la identidad de género se asocian tanto con conductas socialmente valoradas como con conductas no valoradas o problemáticas, lo que resulta de especial interés en el tema de la delincuencia, consistentemente vinculada a la masculinidad, pero que es posible que esté vinculada a algunos rasgos masculinos y no a la masculinidad en su conjunto.

Permanece como problema el hecho de que no permita disponer de ítems suficientemente fiables para evaluar adecuadamente los aspectos menos deseables de la feminidad, englobados bajo el constructo “comunalidad no mitigada”.

4.2.2.7. Revised Unmitigated Comunion Scale (Fritz y Helgeson, 1998)

Esta Escala ha sido desarrollada por Helgeson y Fritz (Helgeson, 1993; Fritz y Helgeson, 1998) con el propósito de disponer de un instrumento que permitiese evaluar, precisamente, estos aspectos de la Feminidad (comunalidad no mitigada) que indican un exceso de orientación hacia otros, y, por tanto, una escasa preocupación por uno mismo.

Consideran estas autoras que los dos instrumentos más utilizados para evaluar la feminidad (el BSRI de Bem, 1974; y el PAQ de Spence *et al.*, 1974), incluyen características orientadas a establecer y mantener buenas relaciones con otros, que son congruentes con la definición original de comunalidad (Bakan, 1966), pero no recogen adecuadamente las características de comunalidad no mitigada. La comunalidad no mitigada es entendida como un excesivo interés por los otros y su bienestar, que implica desatender el interés propio. Con el propósito de paliar esta carencia de los instrumentos anteriores, construyen una escala dirigida a evaluar estos aspectos menos deseables de la feminidad.

La escala consta de 9 ítems que evalúan tanto la tendencia a priorizar las necesidades de otros por encima de las propias (ej.: “Siempre pienso que las necesidades de otros son más

importantes que las mías”, “No puedo ser feliz si otros son infelices”), como una actitud negligente con respecto a los propios intereses (ej.: “Incluso cuando estoy agotado/a no puedo negarme a ayudar a otros”, “Es imposible para mi tratar de satisfacer mis propias necesidades si están en conflicto con las necesidades de otros”).

Todos los ítems se presentan en un formato de respuesta tipo Likert de 5 cinco categorías, que incluyen desde “Completamente en Desacuerdo” (valor asignado de 1) hasta “Completamente de Acuerdo” (valor 5).

Los propios trabajos de Helgeson y Fritz (Helgeson, 1994; Helgeson y Fritz 1998) muestran, de acuerdo con lo esperado, que la comunalidad no mitigada correlaciona positivamente con la feminidad (mitigada o positiva), pero, que, sin embargo, las relaciones que mantienen cada una de ellas con otros constructos psicológicos son diferentes, por lo que puede afirmarse que no se trata de características equivalentes. Así, mientras la feminidad no presenta relación significativa con el autoconcepto o la estabilidad emocional, la comunalidad no mitigada correlaciona negativa y significativamente con ambas. Del mismo modo, la comunalidad no mitigada correlaciona positivamente con un estilo de apego inseguro, mientras que la feminidad se asocia con el estilo de apego seguro.

En general, las autoras encuentran que las personas que puntúan alto en comunalidad no mitigada se involucran en una serie de conductas y relaciones desadaptativas, que son el resultado de su excesiva dependencia de los demás. Por ello, afirman que aún cuando la comunalidad no mitigada, al igual que la feminidad, implica la preocupación por el cuidado de otros, las personas altas en comunalidad no mitigada mantienen una sobreinvolucración en el bienestar de los demás, que les genera un alto nivel de estrés. Además tienen dificultades para expresar sus necesidades en la relación, por lo que resultan fácilmente explotadas por otros, aún cuando inhiben su descontento para evitar conflictos. Como resultado, mientras la feminidad no muestra relaciones consistentes con el bienestar físico y psicológico, la comunalidad no mitigada si lo hace. La depresión, insatisfacción, o algunas conductas autolesivas, presentes con más frecuencia entre las mujeres que entre los hombres, podrían ser consecuencia de esta preocupación excesiva por el otro.

Fritz y Helgeson han comprobado que esta escala posee una aceptable consistencia interna, tanto evaluada mediante coeficientes *alpha* de Cronbach, como con la comparación de las puntuaciones test-retest (Helgeson, 1993; Helgeson y Fritz, 1999).

Helgeson (1993) informa de un coeficiente de consistencia interna de .72, y una correlación test-retest de .78 (en un intervalo de tiempo de 6 semanas entre ambas mediciones). Otros autores, como Reynolds *et al.* (2006) y Nagurney (2007), corroboran estos resultados (Cuadro 17).

Cuadro 17: Coeficientes de fiabilidad (*alpha* de Cronbach) para la Escala de Femenidad no Mitigada en distintos estudios

	<i>alpha</i> de Cronbach
Helgeson (1993)	.72
Helgeson y Fritz (1999)	.69 - .76
Nagurney (2007)	.77
Reynolds <i>et al.</i> (2006)	.75

4.2.2.8. Ítems e indicadores de elaboración propia

Además de los instrumentos descritos, y con el propósito de completar la información sobre el grupo de iguales, se han utilizado una serie de ítems e indicadores que hacen referencia a los siguientes aspectos:

- **Índice de “Delincuencia de los Amigos”**

Para evaluar la proporción de amigos del adolescente que se han implicado en la realización de conductas desviadas se utiliza un índice compuesto por 8 ítems, que aluden a las mismas conductas evaluadas para el propio adolescente: conductas de consumo de drogas legales e ilegales, vandalismo, robo y agresiones.

Los ítems se presentan en formato tipo Likert, con cuatro alternativas de respuesta, que abarcan desde “Ninguno” (valor asignado de 0) hasta “Todos” (valor asignado de 3). Se obtiene una única puntuación en *Amigos Delincuentes*, sumando las respuestas a cada uno ellos.

Este método de evaluación de la delincuencia de los iguales es similar al utilizado por otros autores. Así, y por ejemplo, Garnier y Stein (2002) evalúan este constructo pidiendo a los jóvenes de su muestra que indiquen cuántos de sus amigos realizan comportamientos agresivos, robos, y otros comportamientos delictivos.

El indicador de delincuencia de los iguales ha sido utilizado en trabajos previos por distintos miembros de nuestro equipo de investigación (ej.: Soares, 2005; Rodríguez, 2006). Rodríguez (2006) informa de un coeficiente de consistencia interna (*alpha* de Cronbach) para los 8 ítems de .78. En su trabajo posterior, Rodríguez (2009) confirma la adecuada consistencia interna de este conjunto de ítems, así como su relación con otros indicadores de conducta desviada (validez convergente).

- **Indicadores del “Tiempo y las Actividades de Ocio en Grupo”**

Para evaluar el tiempo que el adolescente pasa con sus iguales se incluye un ítem en el que se pregunta directamente sobre esta cuestión: “Aproximadamente, ¿cuántas horas al día pasas junto a tu grupo de amigos? Dado que se trata de una pregunta abierta, se computa directamente la respuesta del sujeto como indicador del *Tiempo pasado con los Amigos*.

Asimismo, se incluye un ítem para valorar la satisfacción de los adolescentes con respecto a la cantidad de tiempo de que disponen para pasarlo con sus amigos: “¿En tu opinión este tiempo es?” Las opciones de respuesta incluyen “Poco” (valor asignado de 1), “Bastante” (valor 2) y “Mucho” (valor 3). El indicador que se obtiene ha sido denominado *Satisfacción con el Tiempo en Grupo*.

Además del tiempo que pasan en grupo, se pretende analizar la frecuencia con la que los adolescentes realizan actividades de ocio convencional y no convencional junto a estos amigos. Para ello, se utiliza un índice compuesto por 18 ítems en el que se incluyen tanto actividades grupales consideradas como socialmente aceptadas para los jóvenes de estas edades, como actividades menos convencionales y/o claramente desviadas.

En concreto, el cuestionario de actividades de tiempo libre en grupo incluye 11 ítems referidos a actividades convencionales: conversar, ir a tomar algo a un café, al cine, fiestas, discotecas, salas de videojuego o cibercafé, hacer deporte, escuchar música, tocar en un grupo de música, ir de excursión y leer revistas/libros; y 7 ítems referidos a actividades de ocio no convencional: consumir alcohol en la calle, pelear con otros grupos o personas, consumir drogas ilegales, planear peleas contra otros grupos o personas, dañar objetos de la calle, hacer graffitis ofensivos en la calle, y planear alguna actividad ilegal.

Cada ítem se presenta en un formato de respuesta tipo Likert con cinco alternativas de respuesta que analizan la frecuencia de realización de la actividad, y que incluyen desde “Nunca” (valor 0) hasta “Siempre” (valor 4).

Se utilizan los sumatorios en cada subconjunto de actividades para obtener un índice global de *Ocio Convencional en Grupo* y un índice global de *Ocio No Convencional en Grupo*.

Este es un índice que ha sido utilizado en trabajos previos de nuestro grupo de investigación (ej.: Moreira, 2007; Rodríguez, 2006), en los que ha mostrado su utilidad para evaluar estos constructos de manera suficiente y eficaz.

- **Índice de “Estructura Grupal”**

La estructura del grupo de amigos se evaluó utilizando 8 ítems que analizan la presencia en el grupo de: a) simbología propia; 2) un nombre con el que se identifique el grupo; 3) código lingüístico particular; 4) territorio propio; 5) una (o más) figura/s de liderazgo explícito; 6) existencia dilatada en el tiempo del grupo; 7) pertenencia prolongada de sus miembros; y, 8) criterios de admisión al grupo.

El formato de respuesta de los 8 ítems es de tipo Likert, con cinco alternativas que abarcan desde “Definitivamente no” (con un valor asignado de 0) a “Definitivamente si” (con un valor asignado de 4). La puntuación que se obtiene sumando las respuestas a cada ítem conforma el nivel de *Estructura Grupal*.

De nuevo es necesario señalar que este índice ha sido utilizado en nuestros trabajos anteriores, con resultados satisfactorios.

- **Ítems de “Composición Grupal” e “Importancia Percibida en el Grupo”**

Por último, se incluyeron en el estudio una serie de ítems para evaluar las características de composición grupal, así como la satisfacción con la pertenencia al grupo. Concretamente, con respecto a la composición grupal se han utilizado los siguientes ítems:

- ¿Cuántos amigos dirías que tienes?, dirigido a conocer, evidentemente, el *Número de amigos* que forman el grupo con el que se relacionan los jóvenes

- ¿Cuántos de ellos son chicos? y ¿Cuántos de ellos son chicas? Ambos destinados a precisar la composición por sexos del grupo de amistad, es decir, el *Número de chicos en el grupo* y *Número de chicas en el grupo*.
- ¿Cuántos amigos son de tu misma edad?, ¿Cuántos son mayores? y ¿Cuántos son menores?, para determinar las variaciones en composición relacionadas con la edad, es decir, el *Número de amigos de igual edad*, el *Número de amigos de mayor edad*, y el *Número de amigos de menor edad en el grupo*.

En todos ellos se computa directamente la respuesta proporcionada por el adolescente.

Con respecto a la satisfacción con la pertenencia, se ha utilizado el siguiente ítem: “¿Cómo de importante crees que eres en tu grupo de amigos?”, que pretende evaluar la *Importancia percibida dentro del Grupo*, es decir, el grado en el que los adolescentes consideran que son valorados por sus amigos. Este ítem presenta cuatro categorías de respuesta: “Nada importante” (valor 1), “Poco” (valor 2), “Bastante” (valor 3) y “Muy importante” (valor 4).

Una ejemplar del formulario aplicado a los sujetos de la muestra, con todos los cuestionarios e ítems utilizados, se incluye en el Anexo del trabajo.

4.3. MUESTRA Y PROCEDIMIENTO DE RECOGIDA DE DATOS

4.3.1. Procedimiento de recogida de datos

Una vez seleccionados los instrumentos de evaluación de las variables, se procedió a realizar una prueba piloto, con una pequeña muestra de sujetos de edades similares a los que posteriormente constituirían la muestra del trabajo, con el objetivo de valorar el tiempo necesario para su cumplimentación, así como detectar posibles problemas de comprensión de contenidos.

Concretamente, se aplicaron los cuestionarios a 12 estudiantes de enseñanza secundaria con edades comprendidas entre los 11 y 20 años. Esta prueba preliminar permitió constatar que el contenido era comprendido sin dificultades por los encuestados, y que el tiempo necesario para responder se situaba entre 20 y 40 minutos.

Se procedió seguidamente a contactar con los directores de cada uno de los Centros de Enseñanza Secundaria seleccionados. Con cada uno de ellos se mantuvo una entrevista en la que se les explicaron los objetivos de la investigación, y los contenidos de los cuestionarios. Es importante destacar que la amplia mayoría de los directores accedieron a participar, después de comentar la petición con el equipo directivo del Centro. En este punto, se procedía a concretar las fechas y los horarios de aplicación de las encuestas con la propia Dirección o el Departamento de Orientación de cada centro.

Seguidamente, se acudió a los centros escolares en los días y horas estipulados, y se procedió a la aplicación de los cuestionarios. Una vez en el aula, se explicaba a los estudiantes los objetivos generales del estudio, y la importancia de su colaboración. Se insistía en el carácter anónimo y confidencial de todos los datos que se les solicitaban. La totalidad de los estudiantes presentes en las aulas cumplimentaron los cuestionarios. Durante su aplicación se aclaraba cualquier duda para la que solicitaron ayuda. En general, todo el proceso de administración de cuestionarios se llevó a cabo sin contratiempos destacables.

De los cuestionarios recogidos se descartaron 297, por diversos motivos. En algunos de los casos, las encuestas carecían de información suficiente (varios ítems sin responder), en otros no se observaba una coherencia adecuada en las respuestas (ej.: respuestas idénticas a todos los ítems de un mismo cuestionario). Se ha optado por un criterio estricto y conservador a la hora de dar por válida una encuesta, dado el interés en disponer de datos fiables con los que poner a prueba las hipótesis del estudio. Las 970 encuestas consideradas finalmente como válidas se codificaron, y su información fue finalmente agregada a una base de datos para su posterior análisis utilizando el paquete estadístico SPSS.

4.3.2. Descripción de la Muestra

4.3.2.1. Características generales de la muestra

La muestra de este estudio es una muestra **representativa** de la población, de entre 12 y 18 años, escolarizada en Centros Públicos de Enseñanza Secundaria de las 7 principales ciudades de la Comunidad Autónoma de Galicia (población mayor de 74.000 habitantes). La población total de escolarizados en Centros públicos de Secundaria en estas ciudades es de 26.973 jóvenes.

La muestra ha sido recogida en los siguientes centros:

- A Coruña: IES Paseo das Pontes e IES Salvador de Madariaga.
- Ferrol: IES Concepción Arenal, IES Sofía Casanova, IES Carballo Calero e IES Canido.
- Santiago de Compostela: IES Arcebispo Xelmírez, IES Antón Fraguas e IES Fontiñas.
- Lugo: IES Xoán Montes, IES Sanxillao e IES Leiras Pulpeiro.
- Ourense: IES Otero Pedrayo, IES A Carballeira e IES Portovello.
- Pontevedra: IES Valle Inclán e IES A Xunqueira I.
- Vigo: IES do Castro e IES Castelao.

La selección de la muestra se realizó mediante un muestreo aleatorio estratificado. La unidad de muestreo era el Centro escolar. Se eligieron, al azar, dos centros por ciudad tomando como referencia la cantidad mínima de sujetos exigida para garantizar la representatividad de la muestra. Aunque, anticipándonos a posibles complicaciones con los centros seleccionados (ej.: negativa a colaborar en el estudio, número de alumnos insuficientes), se eligieron aleatoriamente otros dos más con los que se contactaría de ser necesario.

La muestra final incluye a 970 personas. Se trata de una muestra cuyo tamaño fue determinado siguiendo criterios estrictos que garantizaran su representatividad: con un error de muestreo del 3,5% y un intervalo de confianza del 95%.

Una vez determinado el tamaño de la muestra se procedió a distribuirla de manera proporcional por estratos (ciudad, sexo y edad).

En primer lugar, se distribuyó la muestra por ciudades (7 principales ciudades gallegas: A Coruña, Santiago de Compostela, Ferrol, Lugo, Ourense, Pontevedra y Vigo). Esta tarea se realizó a través de un proceso de afijación proporcional, que permite realizar una distribución más racional de la muestra total.

Este proceso requiere determinar la proporción que representa la población escolarizada de cada ciudad respecto al tamaño de la población total escolarizada en las 7 ciudades. Para ello, se calculó la razón entre el tamaño de la población de cada ciudad y el de la población total escolarizada en el conjunto de estas ciudades. Una vez obtenida dicha proporción, se

multiplicó por el tamaño de la muestra que se precisaba recoger. De esta manera, se obtuvo el número de elementos de la muestra que debía asignarse a cada uno de las 7 ciudades.

Este proceso, utilizado para garantizar la representatividad de la muestra por ciudades, se utilizó también para distribuir la muestra por sexo y edad.

4.3.2.2. Sexo

En relación al sexo, la muestra se compone de 465 hombres (48%) y 505 mujeres (52%), reflejando, fielmente, la distribución por sexos de la población urbana de adolescentes de estas edades de Galicia.

4.3.2.3. Edad

En cuanto a la edad (Cuadro 18), y como se ha señalado, los jóvenes encuestados tienen edades comprendidas entre los 12 y los 18 años, siendo la edad media de 15 años (con una desviación típica de 1.83).

Cuadro 18: Distribución de la muestra en función de la edad

		HOMBRES		MUJERES	
Variable		N	%	N	%
Edad	12	57	5.9	59	6.1
	13	68	7.0	67	6.9
	14	69	7.1	70	7.2
	15	71	7.3	72	7.4
	16	88	9.1	102	10.5
	17	80	8.2	97	10.0
	18	32	3.3	38	3.9
Total		465	47.9	505	52.1

En el Cuadro 18 se aprecia que la distribución de edades en cada género es similar. La media de edad para la muestra de hombres es de 14.93 años, con una desviación típica de 1.83. Para la muestra de mujeres, la media de edad es de 15.06 años y la desviación típica de 1.84.

El análisis de comparación entre las puntuaciones medias (t de Student) de hombres y mujeres en esta variable indica que no hay diferencias significativas en edad entre ambas submuestras (t = -1.07, n.s.).

4.3.2.4. Nivel socioeconómico

En los Cuadros 19 y 20 se presentan los datos referidos a los indicadores de nivel socioeconómico familiar de la muestra: nivel educativo y profesión de los padres.

Con respecto a los datos para la muestra total (Cuadro 19), se observa que la categoría de nivel de estudios que incluye un porcentaje más elevado de padres y madres es la de “estudios secundarios”, seguida de “estudios superiores”. Sumando los porcentajes de ambas, observamos que aproximadamente el 75% de los sujetos señalan que sus padres han finalizado o bien la enseñanza secundaria o bien su formación universitaria. Por el contrario, la proporción de adolescentes cuyos padres no tienen estudios es muy baja.

Cuadro 19: Características socioeconómicas de la muestra: formación académica y profesión de los padres

Variable		PADRE		MADRE	
		N	%	N	%
Estudios	Sin estudios	13	1.3	13	1.3
	Estudios primarios	237	24.5	204	21.0
	Estudios de secundaria	451	46.6	441	45.5
	Estudios universitarios	266	27.5	312	32.2
Profesión	Sin Trabajo	64	6.6	46	4.7
	Ama de Casa	-	-	227	23.4
	Trabajador/a no Cualificado/a	328	33.9	246	25.4
	Trabajador/a Cualificado/a	317	32.8	220	22.7
	Trabajador/a Liberal	196	20.3	208	21.4
	Autónomo/a, Empresario/a	62	6.4	23	2.4

Los datos referidos a la profesión de los padres, para la muestra total, indican que los porcentajes más elevados corresponden a las categorías de “empleados cualificados” (ej.: desempeño en servicios de mecánica, administración) y “no cualificados” (ej.: desempeño en

determinados sectores de la construcción). Ambas engloban aproximadamente al 65% de los padres y al 47% de las madres.

En cuanto a la profesión de la madre, también cabría destacar la proporción de madres amas de casa (23.4%). Por último, es muy escaso el porcentaje de adolescentes cuyos padres no tienen trabajo.

En general cabría decir, entonces, que el nivel económico de la mayoría de los sujetos de la muestra es medio (medio/bajo, medio, y medio/alto).

Los datos presentados para la muestra total se mantienen, prácticamente sin cambios, si analizamos estos mismos indicadores en las submuestras de hombres y mujeres (Cuadro 20). Cabría concluir, por lo tanto, que hombres y mujeres son similares también con respecto al nivel socioeconómico familiar.

Cuadro 20: Distribución de los estudios y la profesión del padre y de la madre en las muestras de hombres y mujeres

Variable		HOMBRES		MUJERES	
		N	%	N	%
Estudios del Padre	Sin estudios	2	0.4	11	2.2
	Estudios primarios	103	22.2	134	26.6
	Estudios de secundaria	227	48.9	224	44.5
	Estudios universitarios	132	28.4	134	26.6
Profesión del Padre	Sin Trabajo	36	7.8	28	5.6
	Trabajador/a no Cualificado/a	139	30.0	189	37.6
	Trabajador/a Cualificado/a	166	35.8	151	30.0
	Trabajador/a Liberal	90	19.4	106	21.1
	Autónomo/a, Empresario/a	33	7.1	29	5.8
Estudios de la Madre	Sin estudios	6	1.3	7	1.4
	Estudios primarios	79	17.0	125	24.8
	Estudios de secundaria	233	50.1	208	41.2
	Estudios universitarios	147	31.6	165	32.7
Profesión de la Madre	Sin Trabajo	30	6.5	16	3.2
	Ama de Casa	104	22.4	123	24.4
	Trabajador/a no Cualificado/a	119	25.6	127	25.1
	Trabajador/a Cualificado/a	105	22.6	115	22.8
	Trabajador/a Liberal	97	20.9	111	22.0
	Autónomo/a, Empresario/a	10	2.2	13	2.6

Resultados

Con los datos obtenidos, y con el fin de cumplimentar los objetivos propuestos, se han realizado (utilizando el paquete estadístico SPSS, versión 18.0) los siguientes análisis: a) análisis descriptivos (rangos, frecuencias y puntuaciones medias), para examinar las características generales de la muestra con respecto a las variables analizadas; b) análisis de varianza, para comparar las puntuaciones medias de los subgrupos muestrales establecidos; c) análisis de correlación, con el propósito de determinar el grado de asociación entre las variables predictoras, consideradas aisladamente, y la variable criterio, así como entre las predictoras entre sí; d) análisis de regresión, para evaluar la capacidad explicativa de las variables predictoras, consideradas conjuntamente, sobre la variable criterio; y, d) análisis de ecuaciones estructurales para comprobar la viabilidad del modelo de relaciones “causales” entre las variables del estudio, planteado a partir de la revisión de la literatura en el área.

5.1. ANÁLISIS DESCRIPTIVOS

Con el propósito de determinar las características generales de la muestra en las variables objeto de estudio se presentan (Tabla 1) los rangos, la puntuación media y la desviación estándar de cada variable para la muestra total.

En cuanto a las variables referidas al **grupo de amigos**, los datos indican que los adolescentes encuestados tienen una media de aproximadamente 28 amigos, forman parte de grupos con un promedio de 9 miembros, y mantienen un nivel elevado de intimidad con una media de 6 de estos amigos. Es decir, de acuerdo con lo esperado, a medida que se incrementa el grado de intimidad disminuye la cantidad de amigos de los que informan. Además, estos jóvenes señalan estar muy satisfechos con el número de amigos que poseen.

Con respecto a la edad de los amigos que se integran en sus grupos, las puntuaciones medias señalan, de acuerdo con lo esperado, que los grupos de los adolescentes se componen de más amigos de similar edad que de amigos de mayor y menor edad.

Los adolescentes pasan una media de 5 horas diarias con su grupo de amigos, lo que podría indicar que los jóvenes de esta muestra pertenecen a grupos compuestos, fundamentalmente, por sus compañeros de estudios.

El grado de satisfacción que los adolescentes muestran con el tiempo que comparten junto a sus amigos es moderado. Una parte importante de este tiempo junto a los amigos lo pasan realizando actividades de ocio convencional, dado que la frecuencia con que se implican en estas actividades es claramente superior a la frecuencia con la que indican realizar actividades de ocio no convencional con ellos.

En cuanto a la estructura de estos grupos, la puntuación media indica que los adolescentes tienden a percibir una baja estructura grupal.

También es baja la presión que los adolescentes perciben de sus amigos para ajustar su comportamiento al del grupo.

En cuanto a las variables referidas al afecto grupal, las puntuaciones medias indican que, en general, el grado en que los adolescentes se sienten importantes en sus grupos, y el nivel de apoyo que señalan recibir de ellos, son elevados. Asimismo, el apego de estos jóvenes hacia sus iguales es moderadamente alto. Es decir, las relaciones de afecto en los grupos de amistad de los adolescentes encuestados parecen ser bastante satisfactorias.

En cuanto al modo en que los jóvenes resuelven sus conflictos grupales, los datos apuntan a que los adolescentes de esta muestra optan en mayor medida por formas no violentas de resolución de conflictos, pero, cuando utilizan la violencia, emplean más la violencia emocional (insultar, ignorar) que la física (pegar).

Tabla 1: Rangos, Media y Desviación Típica en las variables del estudio para la muestra total

	VARIABLES	Rangos	Media	Desviación Típica
Grupo de Amigos	Número total de amigos	1-100	27.90	27.0
	Número de amigos en el grupo	2-50	9.42	5.5
	Número de amigos íntimos	1-25	6.25	4.2
	Número de amigos hombres	0-50	5.02	4.2
	Número de amigos mujeres	0-24	4.40	3.5
	Número de amigos de igual edad	1-35	5.25	4.2
	Número de amigos de mayor edad	0-30	2.58	3.3
	Número de amigos de menor edad	0-24	1.60	2.8
	Satisfacción con el número de amigos	1-3	2.10	0.5
	Tiempo pasado con los amigos	1-10	5.07	2.5
	Satisfacción con el tiempo en grupo	1-3	1.76	0.6
	Ocio convencional en grupo	3-40	19.67	6.2
	Ocio no convencional en grupo	0-14	1.98	2.7
	Estructura del grupo	0-31	8.04	6.1
	Presión del grupo	0-10	1.44	1.6
	Apoyo de los iguales	0-48	37.62	9.1
	Apego hacia los iguales	0-9	5.66	2.0
	Importancia percibida en el grupo	1-4	3.29	0.6
	Estrategias no violentas	0-12	6.62	2.4
	Violencia emocional	0-16	4.49	3.2
	Violencia física	0-17	1.82	2.9
	Maltrato emocional	0-21	3.77	3.4
	Maltrato físico	0-8	0.62	1.2
	Amigos delincuentes	0-24	3.71	3.8
Familia y Escuela	Apoyo del padre	0-48	35.37	12.2
	Apoyo de la madre	0-48	39.04	10.0
	Apego hacia el padre	0-9	5.21	2.5
	Apego hacia la madre	0-9	5.61	2.3
	Apego escolar	0-9	4.16	2.4
	Supervisión familiar	7-23	18.40	3.1
Identidad de Género	Masculinidad: aspectos positivos	8-40	26.94	5.0
	Masculinidad: aspectos negativos	8-38	18.42	4.9
	Feminidad: aspectos positivos	8-40	30.17	5.4
	Feminidad/Comunalidad no mitigada	11-45	31.77	5.6
Conducta Antisocial	Conducta contra normas	0-35	4.74	5.3
	Vandalismo	0-16	0.91	2.0
	Robo	0-23	0.95	2.1
	Agresión	0-23	2.21	3.2
	Consumo y tráfico de drogas	0-20	0.76	2.0
	Total conducta antisocial	0-81	9.57	11.7

A pesar de que la violencia no es señalada como la forma más habitual de resolver conflictos grupales, si analizamos el porcentaje de adolescentes que informan haberse implicado, al menos en alguna ocasión, en conductas de violencia hacia los iguales como consecuencia de un conflicto (Tabla 2), observamos que más del 91% de los adolescentes de ambos géneros señalan haber utilizado alguna vez violencia emocional; y que el 63.7% de hombres y el 36.2% de mujeres indican haber utilizado la violencia física en alguna ocasión.

En cuanto a las conductas de maltrato dentro del grupo, de nuevo, es más habitual el maltrato emocional que el maltrato físico. De acuerdo con los datos de la Tabla 2, más del 70% de hombres y mujeres informan haber presenciado o experimentado, al menos en alguna ocasión, conductas de maltrato emocional en sus contextos grupales, mientras que el 38.9% de varones y el 22.4% de mujeres señalan haber experimentado u observado, al menos en alguna ocasión, conductas de maltrato físico.

Tabla 2: Porcentaje de sujetos que informan de la presencia, al menos en alguna ocasión, de violencia y maltrato en sus grupos de iguales

	MUESTRA TOTAL	HOMBRES	MUJERES
Violencia Emocional	91.6 %	91.8 %	91.5 %
Violencia Física	49.9 %	63.7 %	36.2 %
Maltrato Emocional	79.9 %	84.9 %	75.0 %
Maltrato Físico	30.6 %	38.9 %	22.4 %

Por último, en cuanto a las respuestas referidas a la cantidad de amigos que se involucran en actividades antisociales, la puntuación media señala que el número de amigos desviados que forman parte de los contextos grupales de estos jóvenes no es percibido como muy elevado.

Con respecto a la *familia y al centro escolar*, y en concreto a las variables de afecto familiar, los datos obtenidos indican que los adolescentes perciben recibir un alto nivel de apoyo tanto de la madre como del padre, aunque es superior en el caso de la madre.

Por lo que respecta al apego hacia los padres, éste es moderadamente alto tanto para la madre como para el padre, aunque ligeramente superior también en el caso de la madre. La puntuación media de apego hacia los padres es ligeramente inferior a la del apego hacia los iguales.

Los niveles de apego hacia el entorno escolar son inferiores a los señalados hacia los amigos y hacia los padres.

Los amigos se configuran, por lo tanto, como una importante fuente de apego a estas edades. Aunque los niveles de vinculación afectiva con los padres, y en especial con la madre, son también elevados.

En cuanto al nivel de supervisión que ejercen los padres sobre la conducta de sus hijos señalar que éste es, de acuerdo con las puntuaciones medias, elevado.

Finalmente, con respecto al nivel de **conducta antisocial** del que informan los adolescentes, se observa que, de los cinco tipos de conductas antisociales evaluados: conducta contra normas, vandalismo, robo, agresión, y consumo y tráfico de drogas, la conducta contra normas es la actividad más realizada, y el consumo y tráfico de drogas la menos frecuente; aunque todas ellas presentan, en general, una baja incidencia.

A pesar de estas bajas puntuaciones medias en conducta desviada, conviene señalar que todas las conductas incluidas en el cuestionario hacen referencia a actividades prohibidas, y que la realización de las mismas, en caso de ser detectada, conllevaría la actuación de los agentes de control social. Es decir, no es necesario que los sujetos realicen con mucha frecuencia estos comportamientos para definir su conducta como desviada.

En este sentido, analizando la respuestas de los adolescentes a cada conducta del cuestionario de conducta antisocial, observamos (Tabla 3) que la mayoría indican haber realizado, al menos en alguna ocasión, alguno de los comportamientos evaluados.

Concretamente, el 83.8% de la muestra total se ha implicado, al menos una vez, en estas comportamientos. Analizando estos datos por sexo, se observa que la implicación en actividades desviadas afecta al 87.5% de los chicos y al 80.2% de las chicas. Esto es, más hombres que mujeres señalan haber cometido conductas antisociales, aunque, en ambos

casos, el porcentaje de los que han cometido alguna conducta desviada es muy elevado. Estos datos coinciden con los obtenidos en la literatura anterior, cuando se evalúa la conducta desviada adolescente utilizando autoinformes.

Tabla 3: Porcentaje de sujetos que informan de la realización, al menos en alguna ocasión, de los distintos tipos de conducta antisocial

	MUESTRA TOTAL	HOMBRES	MUJERES
Conducta contra Normas	74.7 %	77.4 %	72.1 %
Vandalismo	31.5 %	44.3 %	18.8 %
Robo	34.5 %	43.2 %	25.9 %
Agresión	60.6 %	69.0 %	52.3 %
Consumo y Tráfico de Drogas	21.9 %	23.2 %	20.6 %
Total Conducta Antisocial	83.8 %	87.5 %	80.2 %

En todo caso, estos primeros resultados indican que los adolescentes encuestados presentan, en general, un buen nivel de ajuste a los entornos convencionales, y una escasa implicación en actividades desviadas. Este es un resultado esperado, teniendo en cuenta que se trata de una muestra de la población general, escolarizada y que todavía se encuentra bajo la tutela de los padres.

5.2. COMPARACIÓN ENTRE LAS PUNTUACIONES MEDIAS DE HOMBRES Y MUJERES EN LAS VARIABLES DEL ESTUDIO

En la Tabla 4 se presentan los resultados del análisis de comparación entre las puntuaciones medias (prueba t de Student) de los adolescentes de ambos sexos.

Como se puede apreciar, la mayoría de las variables analizadas establecen, efectivamente, diferencias significativas entre los chicos y las chicas.

Las únicas variables para las que no se encuentran diferencias son el número de amigos de igual y mayor edad, la satisfacción, tanto con el número de amigos como con el tiempo en grupo, la estructura grupal, el apoyo recibido de ambos padres, el apego hacia el padre y hacia el entorno escolar, y la frecuencia de realización de conductas contra normas y consumo/tráfico de droga.

Tabla 4: Comparación entre las puntuaciones medias (Prueba t de Student) de hombres y mujeres en las variables del estudio

	VARIABLES	Media Chicos	d.t	Media Chicas	d.t	t
Grupo de Amigos	Número total de amigos	34.30	30.4	22.00	21.9	7.19***
	Número de amigos en el grupo	9.88	5.7	9.00	5.4	2.49*
	Número de amigos íntimos	6.64	4.4	5.90	4.0	2.75**
	Número de amigos hombres	6.96	4.2	3.24	3.2	15.50***
	Número de amigos mujeres	2.92	2.9	5.77	3.3	- 14.05***
	Número de amigos de igual edad	5.41	4.3	5.10	4.0	1.17
	Número de amigos de mayor edad	2.49	3.0	2.66	3.5	-0.78
	Número de amigos de menor edad	1.98	3.2	1.25	2.3	4.07***
	Satisfacción con el número de amigos	2.13	0.5	2.07	0.6	1.54
	Tiempo pasado con los amigos	4.83	2.5	5.28	2.5	-2.82**
	Satisfacción con el tiempo en grupo	1.77	0.6	1.75	0.6	0.77
	Ocio convencional en grupo	19.15	6.3	20.15	6.1	-2.51*
	Ocio no convencional en grupo	2.30	3.0	1.68	2.4	3.52***
	Estructura del grupo	7.78	6.4	8.28	5.9	-1.28
	Presión del grupo	1.72	1.8	1.18	1.4	5.21***
	Apoyo de los iguales	33.65	9.7	41.28	6.6	-14.17***
	Apego hacia los iguales	5.15	2.1	6.13	1.7	-7.92***
	Importancia percibida en el grupo	3.19	0.6	3.39	0.6	-5.29***
	Estrategias no violentas	6.31	2.6	6.91	2.3	-3.84***
	Violencia emocional	4.73	3.3	4.27	3.1	2.20*
	Violencia física	2.61	3.4	1.10	2.1	8.35***
	Maltrato emocional	4.55	3.7	3.05	2.9	6.92***
	Maltrato físico	0.88	1.4	0.39	0.9	6.30***
	Amigos delincuentes	4.01	4.0	3.44	3.6	2.31*
Familia y Escuela	Apoyo del padre	35.65	12.0	35.12	12.4	0.68
	Apoyo de la madre	38.92	10.2	39.15	9.9	-0.36
	Apego hacia el padre	5.22	2.6	5.19	2.5	0.18
	Apego hacia la madre	5.20	2.4	5.98	2.2	-5.21***
	Apego escolar	4.02	2.5	4.28	2.2	-1.70
	Supervisión familiar	17.93	3.2	18.84	2.9	-4.63***
Identidad de Género	Masculinidad: aspectos positivos	27.74	5.1	26.20	4.8	4.84***
	Masculinidad: aspectos negativos	19.17	5.1	17.73	4.7	4.58***
	Feminidad: aspectos positivos	28.33	5.3	31.86	4.8	-10.83***
	Feminidad/Comunalidad no mitigada	29.85	5.5	33.55	5.0	-10.96***
Conducta Antisocial	Conducta contra normas	4.93	5.4	4.57	5.3	1.04
	Vandalismo	1.43	2.4	0.44	1.3	7.76***
	Robo	1.32	2.6	0.61	1.4	5.18***
	Agresión	2.97	3.7	1.51	2.5	7.07***
	Consumo y tráfico de drogas	0.80	2.0	0.72	2.0	0.66
	Total conducta antisocial	11.44	12.9	7.86	10.3	4.76***

Por lo que respecta a las **variables grupales** en las que sí se producen diferencias, en cuanto a los *aspectos cuantitativos de composición* observamos que los varones informan de un mayor número de amigos, tanto del total de amigos, como de amigos que conforman sus grupos inmediatos de relación, y de amigos íntimos. En cuanto al *sexo de los iguales*, de acuerdo con lo esperado, los hombres informan de un número mayor de hombres en sus grupos y las mujeres de un número mayor de mujeres.

En cuanto a la *edad* de los amigos, los varones poseen un número mayor de amigos de menor edad en sus grupos de amistad que las mujeres.

Las mujeres informan de que pasan significativamente más *tiempo* con sus iguales que los hombres. Este dato, en principio contrario al observado en estudios previos, podría relacionarse con el hecho, anteriormente mencionado, de que los jóvenes indican pasar muchas horas con sus iguales, lo que hemos interpretado como indicativo de que probablemente sean iguales pertenecientes a su mismo entorno escolar.

En todo caso, y coincidiendo esta vez con la literatura previa, se observa que, durante este tiempo de ocio compartido, los hombres realizan en mayor medida que las mujeres *actividades no convencionales*, mientras que las mujeres realizan con sus amigos más *actividades de ocio convencionales* que los varones.

Por lo que respecta a la *presión* percibida, los varones indican sentir una mayor presión de sus amigos para adaptar su comportamiento al del grupo.

En cuanto a las *estrategias de resolución de conflictos* en grupo, los varones utilizan significativamente más que las mujeres la *violencia emocional y física* para resolver sus disputas grupales; mientras las mujeres se decantan significativamente más que los hombres por la utilización de *estrategias no violentas*.

Los datos referidos a la presencia de *violencia no vinculada a disputas* indican, también, que en los grupos de varones se produce un nivel significativamente mayor de maltrato, tanto emocional como físico. Además, los hombres tienen más *amigos delincuentes* que las mujeres.

Por el contrario, los datos referidos a los *aspectos afectivos dentro del grupo* indican que las chicas se sienten más *valoradas* en sus grupos, perciben más *apoyo* de sus amigos y sienten más *apego* hacia ellos.

En cuanto a las **variables familiares**, también son las mujeres las que informan de un mayor nivel de *apego hacia la madre* y de *supervisión familiar*.

La **identidad de género** establece igualmente diferencias significativas entre los adolescentes de ambos sexos que se ajustan a lo esperado: los hombres presentan puntuaciones medias significativamente superiores a las mujeres en *masculinidad* , tanto en los aspectos socialmente valorados de manera positiva como en los negativamente valorados; mientras que las mujeres puntúan más alto que los hombres en *feminidad*, tanto en los aspectos positivamente valorados como en feminidad/comunalidad no mitigada.

De hecho, y tal como se refleja en los datos de la Tabla 5, entre los adolescentes que obtienen las puntuaciones más elevadas en masculinidad, tanto positiva como negativamente valorada (puntuaciones que los sitúan por encima del percentil 75 en estas dimensiones), la mayoría (aproximadamente el 60%) son hombres; mientras que entre los adolescentes que obtienen las puntuaciones más elevadas en ambas dimensiones de feminidad la amplia mayoría (alrededor del 71%) son mujeres.

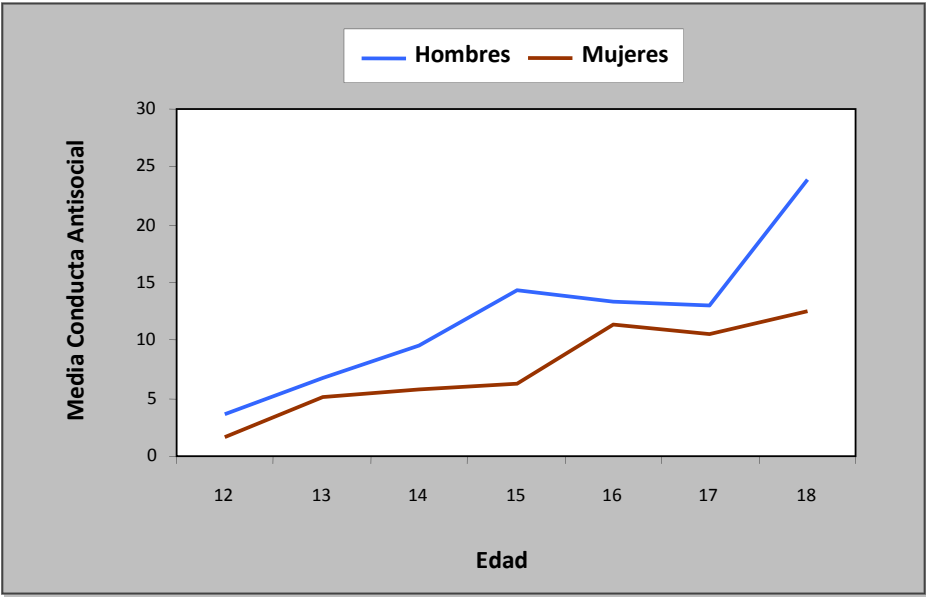
Tabla 5: Número y porcentaje de hombres y mujeres que obtienen altas puntuaciones en las dimensiones de la identidad de género

	MUESTRA TOTAL	HOMBRES		MUJERES	
	N	n	%	N	%
Sujetos con altas puntuaciones (≥ 31) en los aspectos positivos de la masculinidad	244	145	59.4	99	40.6
Sujetos con altas puntuaciones (≥ 22) en los aspectos negativos de la masculinidad	262	160	61.1	102	38.9
Sujetos con altas puntuaciones (≥ 35) en los aspectos positivos de la feminidad	221	63	28.5	158	71.5
Sujetos con altas puntuaciones (≥ 36) en feminidad/comunalidad no mitigada	257	72	28.0	185	72.0

Finalmente, en cuanto a la implicación en **conducta antisocial**, de nuevo coincidiendo con los datos de la literatura anterior, observamos que los hombres participan significativamente más que las mujeres en conductas de vandalismo, robo y agresión, así como en conducta antisocial total.

De acuerdo con los resultados de la Figura 2, en la que se presenta la evolución en participación delictiva de los hombres y las mujeres, entre los 12 y los 18 años, observamos que los hombres realizan más conductas antisocial que las mujeres a cualquier edad, y que las diferencias parecen incrementarse a partir de los 17 años.

Figura 2: Evolución de las puntuaciones medias en Conducta Antisocial en función de la edad, en las muestras de hombres y mujeres



Resumiendo los resultados obtenidos al comparar las submuestras de hombres y mujeres, cabría decir, entonces, que los hombres pertenecen a grupos integrados mayoritariamente por varones, en los que se utiliza en mayor medida la violencia; conocen más amigos antisociales y se implican, ellos mismos, en conductas desviadas con mayor frecuencia que las mujeres. Además, manifiestan menor vinculación hacia contextos convencionales (apego hacia la madre), y están menos supervisados. Por último, los chicos asumen como propias de su identidad, en mayor medida que las chicas, características definidas como masculinas.

Las mujeres, por su parte, integran grupos compuestos mayoritariamente por mujeres, en los que existe un mayor grado de vinculación afectiva que en los grupos de varones. Además, están más vinculadas también al contexto familiar, y más supervisadas por sus padres. Se implican en menor medida que los hombres en actividades desviadas; y se definen a sí mismas utilizando más características ligadas a la feminidad.

Estas diferencias sugieren la conveniencia de realizar los análisis subsiguientes para las muestras de hombres y mujeres por separado, con el objetivo de comprobar si la relación entre las variables consideradas y la delincuencia se mantiene o no independientemente del sexo de los adolescentes, que es, como habíamos señalado, uno de los objetivos de este trabajo.

5.3. ANÁLISIS DE CORRELACIÓN

A continuación, y con el objetivo de determinar la relación entre las variables del estudio, se han realizado una serie de análisis de correlación, tanto entre las variables predictoras y las variables criterio, como entre las predictoras entre sí.

5.3.1. Correlaciones entre las variables predictoras (grupales, familiares/escolares y de identidad de género) y las variables criterio (conducta antisocial)

En primer lugar, presentamos los resultados de los análisis de correlación referidos a la relación entre todas las variables predictoras (grupales, familiares/escolares y de identidad de género) y las variables criterio (conducta antisocial total, y cada una de las dimensiones que componen este constructo), tanto en la muestra de hombres (Tabla 6) como en la de mujeres (Tabla 7).

5.3.1.1. Resultados para la muestra de hombres

Tal y como se observa en la Tabla 6, en la muestra de varones las variables predictoras muestran un número elevado de correlaciones significativas con los diferentes indicadores de conducta antisocial. Estas asociaciones se ajustan, en general, a los presupuestos de partida de este trabajo.

Por lo que respecta a las **variables grupales**, la presencia de amigos desviados, la violencia, y las actividades de ocio en grupo se perfilan como importantes correlatos de la desviación, mientras que es menor el efecto de las variables cuantitativas y de los aspectos afectivos.

Concretamente, entre las variables *cuantitativas* (las referidas a composición del grupo y al tiempo pasado con los amigos), el número de amigos de igual y menor edad, el tiempo pasado con ellos, y la satisfacción con ese tiempo compartido no se relacionan significativamente con ninguno de los tipos de conducta antisocial.

Sin embargo, en cuanto al número de amigos, se observan correlaciones positivas y significativas entre el número total de amigos y la conducta de vandalismo; entre el número de amigos en el grupo y la conducta contra normas, el vandalismo y el total de conducta antisocial; y entre el número de amigos íntimos y el vandalismo y el total de conducta antisocial.

En cuanto al sexo de los componentes del grupo, el número de hombres en el grupo correlaciona significativa y positivamente con la conducta de vandalismo; y el número de mujeres con la conducta contra normas, el vandalismo y la conducta antisocial total.

Con respecto a la edad de los componentes del grupo, tener amigos de mayor edad correlaciona también positiva y significativamente con la conducta contra normas, el vandalismo y el total de conducta antisocial. Finalmente, por lo que respecta a estas variables cuantitativas y de composición, la satisfacción con el número de amigos correlaciona positiva y significativamente con la conducta de robo.

En cuanto a *las actividades que el adolescente comparte en grupo*, la realización de actividades de ocio convencional muestra una elevada correlación significativa y positiva con todos los indicadores de desviación, excepto el consumo de drogas; y la realización de actividades de ocio no convencional correlaciona también positiva y significativamente con todas estas actividades, sin excepciones.

Es más, el *ocio no convencional* en grupo es la variable grupal para la que se observan las correlaciones cuantitativamente más relevantes con los distintos indicadores de conducta antisocial de los adolescentes varones (con valores de r por encima de .50, $p \leq .001$, en todos los casos).

Tabla 6: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables grupales, familiares/escolares y de identidad de género, y la conducta antisocial en la muestra de hombres (n= 465)

VARIABLES	Conducta contra Normas	Vandalismo	Robo	Agresión	Consumo/Tráfico Drogas	Total Conducta Antisocial
VARIABLES GRUPALES						
Número total de amigos	-.035	.092*	.038	.076	-.042	.026
Número de amigos en el grupo	.092*	.163***	.034	.057	.062	.102*
Número de amigos íntimos	.066	.171***	.053	.080	.066	.103*
Número de amigos hombres	.044	.128**	.013	.057	.050	.069
Número de amigos mujeres	.117*	.134**	.047	.033	.054	.101*
Número de amigos de igual edad	-.018	.078	.010	.028	-.024	.014
Número de amigos de mayor edad	.121**	.103*	.055	.082	.059	.114*
Número de amigos de menor edad	.070	.086	-.007	-.017	.085	.052
Satisfacción con el número de amigos	-.064	-.064	-.094*	-.042	-.025	-.073
Tiempo pasado con los amigos	.074	.061	.019	.061	.089	.078
Satisfacción con el tiempo en grupo	-.064	-.066	-.041	-.004	.030	-.044
Ocio convencional en grupo	.261***	.217***	.176***	.210***	.091	.259***
Ocio no convencional en grupo	.754***	.616***	.509***	.602***	.591***	.796***
Estructura del grupo	.225***	.223***	.155***	.356***	.113*	.287***
Presión del grupo	.127**	.187***	.232***	.207***	.026	.198***
Apoyo de los iguales	.035	-.017	-.042	-.092*	-.014	-.026
Apego hacia los iguales	-.066	-.099*	-.069	-.048	-.027	-.078
Importancia percibida en el grupo	-.041	-.024	-.012	.035	-.070	-.025
Estrategias no violentas	-.169***	-.160***	-.171***	-.263***	-.064	-.220***
Violencia emocional	.186***	.249***	.287***	.357***	.079	.297***
Violencia física	.229***	.289***	.298***	.457***	.124**	.360***
Maltrato emocional	.304***	.316***	.310***	.334***	.223***	.379***
Maltrato físico	.228***	.248***	.273***	.332***	.139**	.314***
Amigos delincuentes	.729***	.546***	.479***	.542***	.523***	.739***

Tabla 6: (Continuación)

VARIABLES	Conducta contra Normas	Vandalismo	Robo	Agresión	Consumo/Tráfico Drogas	Total Conducta Antisocial
VARIABLES FAMILIARES Y ESCOLARES						
Apoyo del padre	-.352***	-.215***	-.184***	-.236***	-.249***	-.330***
Apoyo de la madre	-.354***	-.249***	-.230***	-.282***	-.199***	-.352***
Apego hacia el padre	-.359***	-.190***	-.163***	-.216***	-.214***	-.313***
Apego hacia la madre	-.352***	-.227***	-.205***	-.252***	-.178***	-.330***
Apego escolar	-.350***	-.215***	-.184***	-.246***	-.211***	-.326***
Supervisión familiar	-.573***	-.406***	-.339***	-.463***	-.370***	-.573***
VARIABLES DE IDENTIDAD DE GÉNERO						
Masculinidad: aspectos positivos	.070	.093*	.075	.089	.061	.097*
Masculinidad: aspectos negativos	.262***	.255***	.318***	.287***	.125**	.323***
Feminidad: aspectos positivos	-.019	-.037	-.117*	-.154***	.016	-.080
Feminidad/Comunalidad no mitigada	-.146***	-.119**	-.161***	-.172***	-.040	-.171***

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

El hecho de que se observen también asociaciones positivas y significativas entre las actividades de ocio convencional y las distintas dimensiones de conducta antisocial podría estar indicando que en los grupos de amigos de los varones se alternan actividades convencionales y menos convencionales, de modo que todas las actividades realizadas junto a un grupo en el que tienen cabida las conductas desviadas podrían actuar incrementando la probabilidad de desviación.

Por su parte, *la estructura grupal* correlaciona también significativa y positivamente con todas las dimensiones de conducta antisocial analizadas, y la *presión de los amigos* con todos los indicadores de conducta desviada, a excepción de la conducta de consumo y tráfico de drogas.

Sin embargo, las variables de *relación afectiva en el grupo* no parecen muy relevantes con respecto a la conducta desviada de los varones. Sólo se observa una correlación significativa, de signo negativo, entre el apoyo del grupo y la conducta de agresión, y entre el apego hacia los iguales y la conducta de vandalismo.

Con respecto a las *estrategias de resolución de conflictos en el grupo*, observamos que la utilización de estrategias no violentas correlaciona significativa y negativamente con todos los indicadores de conducta desviada, a excepción del consumo y tráfico de drogas; la violencia emocional se asocia significativa y positivamente con todos los tipos de desviación, exceptuando también el consumo y tráfico de drogas; y la violencia física se asocia positiva y significativamente con todos los indicadores de desviación, sin excepciones. Además, los coeficientes de correlación más elevados se observan entre la violencia física y los diferentes tipos de conducta antisocial.

En cuanto al *maltrato en el grupo*, las variables referidas al abuso físico y emocional se asocian también significativa y positivamente ($p \leq .01$) con todas las formas de desviación.

Por último, entre las variables grupales, *tener amigos delincuentes* es, junto con el ocio no convencional en grupo, la variable para la que se observan las correlaciones cuantitativamente más importantes con todas las conductas desviadas analizadas (los valores de r se sitúan por encima de .47, $p \leq .001$). Este hallazgo coincide con la hipótesis de partida y con los resultados de la mayor parte de las investigaciones en el área.

Respecto a las **variables familiares y escolares**, se observa que todos los indicadores utilizados muestran correlación significativa, y negativa, con los diferentes tipos de conducta antisocial. Este resultado se ajusta enteramente a las hipótesis de partida acerca de que el entorno familiar y escolar actúa, fundamentalmente, inhibiendo la conducta desviada de los jóvenes.

De modo más específico, la *supervisión* de los padres es la variable familiar para la que se observan las asociaciones cuantitativamente más importantes con respecto a la delincuencia de los hombres, siendo los coeficientes de correlación superiores a .30 en todos los casos ($p \leq .001$).

En cuanto a la **identidad de género**, la *masculinidad negativamente valorada* correlaciona positiva y significativamente ($p \leq .01$) con todos los indicadores de conducta antisocial. La *masculinidad positivamente valorada* solo muestra correlación positiva y significativa ($p \leq .05$) con el vandalismo y el total de conducta antisocial. Es decir, estos resultados se ajustan a las predicciones de la literatura anterior.

Por su parte, la *feminidad/comunalidad no mitigada* correlaciona significativa y negativamente con todos los índices de conducta antisocial, a excepción del consumo y tráfico de drogas. Mientras que la *feminidad positivamente valorada* correlaciona, también negativa y significativamente, únicamente con las conductas de robo y agresión. De nuevo se ajusta a lo esperado el hecho de que la feminidad tienda a inhibir, antes que promover, la conducta antisocial.

Resumiendo los resultados obtenidos para la muestra de varones cabría señalar que la participación de estos jóvenes en actividades desviadas se asocia especialmente con la pertenencia a grupos en los que se integran amigos desviados y en los que se realizan actividades grupales no convencionales y se manifiesta violencia emocional y física. Además, la participación en delincuencia se asocia con una menor supervisión familiar y un menor apego a los entornos familiar y escolar. Por último, la asunción de los aspectos de identidad vinculados a la masculinidad, y especialmente a la masculinidad socialmente menos valorada, incrementa la desviación, mientras la asunción de características típicamente ligadas a la feminidad, tiende a disminuirla.

Estos hallazgos se mantienen para los distintos tipos de conducta desviada analizados. Tal vez con la excepción de la conducta de consumo y tráfico de drogas, lo que podría indicar que esta dimensión de conducta antisocial presenta algunas diferencias con respecto a las restantes dimensiones que conforman el constructo de conducta antisocial evaluado con el CCA, en el sentido de que es antes una conducta dañina para uno mismo que para otros.

Por último, las variables grupales referidas a aspectos cuantitativos, junto con las referidas al apoyo y al afecto de los amigos, son las que muestran menor relación con la desviación de estos jóvenes.

5.3.1.2. Resultados para la muestra de mujeres

De acuerdo con los datos de la Tabla 7, en la muestra de mujeres se observa un patrón similar de asociaciones entre las variables analizadas al obtenido en la muestra de varones. Sin embargo, se observan también algunos datos diferenciales, especialmente con respecto a algunas de las variables grupales, y a las dimensiones de identidad de género.

Con respecto a las **variables grupales** de tipo *cuantitativo*, no se aprecian correlaciones significativas entre ninguno de los indicadores de desviación y el número de amigos íntimos, el número de amigas mujeres, el número de amigos de igual edad, la satisfacción con el número de amigos, y el tiempo pasado con ellos.

Sin embargo, el número total de amigos correlaciona significativa y positivamente con la conducta de vandalismo; y el número de amigos en el grupo con la conducta contra normas, la agresión y el total de conducta antisocial.

En cuanto al sexo de los amigos, para las chicas, el número de hombres en el grupo se asocia significativa y positivamente con todos los indicadores de delincuencia (a excepción de la conducta de robo).

Esta variable parece, entonces, más relevante con respecto a la delincuencia de las mujeres que a la de los varones, dado que en la muestra de chicos sólo se aprecia asociación significativa entre el número de hombres en el grupo y el vandalismo.

Tabla 7: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables grupales, familiares/escolares y de identidad de género, y la conducta antisocial en la muestra de mujeres (n= 505)

VARIABLES	Conducta contra Normas	Vandalismo	Robo	Agresión	Consumo/Tráfico Drogas	Total Conducta Antisocial
VARIABLES GRUPALES						
Número total de amigos	-.042	.110*	-.062	.079	-.062	-.009
Número de amigos en el grupo	.116**	.075	.072	.089*	.052	.111*
Número de amigos íntimos	.016	.034	.031	.021	.014	.025
Número de amigos hombres	.205***	.128**	.065	.144***	.130**	.191***
Número de amigos mujeres	-.006	.000	.053	.006	-.042	-.002
Número de amigos de igual edad	-.073	-.047	.038	-.023	-.033	-.050
Número de amigos de mayor edad	.166***	.083	.024	.089*	.096*	.140**
Número de amigos de menor edad	.163***	.162***	.111*	.143***	.044	.163***
Satisfacción con el número de amigos	-.056	-.021	-.017	-.007	-.036	-.042
Tiempo pasado con los amigos	-.032	.005	-.054	.010	-.049	-.030
Satisfacción con el tiempo en grupo	-.163***	-.105*	-.079	-.096*	-.072	-.146***
Ocio convencional en grupo	.254***	.192***	.142**	.177***	.132**	.243***
Ocio no convencional en grupo	.704***	.521***	.486***	.573***	.619***	.755***
Estructura del grupo	.179***	.184***	.147***	.230***	.149***	.220***
Presión del grupo	.104*	.047	.132**	.066	.004	.095*
Apoyo de los iguales	.052	-.017	-.014	.044	-.002	.033
Apego hacia los iguales	.000	-.023	.005	.019	-.012	.000
Importancia percibida en el grupo	-.018	-.003	.017	.040	-.015	-.001
Estrategias no violentas	-.105*	-.104*	-.065	-.109*	-.115**	-.125**
Violencia emocional	.239***	.294***	.237***	.306***	.197***	.305***
Violencia física	.327***	.362***	.335***	.407***	.287***	.415***
Maltrato emocional	.280***	.253***	.312***	.351***	.189***	.342***
Maltrato físico	.155***	.238***	.206***	.308***	.118**	.236***
Amigos delincuentes	.786***	.395***	.511***	.516***	.561***	.760***

Tabla 7: (Continuación)

VARIABLES	Conducta contra Normas	Vandalismo	Robo	Agresión	Consumo/Tráfico Drogas	Total Conducta Antisocial
VARIABLES FAMILIARES Y ESCOLARES						
Apoyo del padre	-.346***	-.139**	-.288***	-.246***	-.192***	-.333***
Apoyo de la madre	-.328***	-.175***	-.258***	-.263***	-.205***	-.331***
Apego hacia el padre	-.272***	-.145***	-.222***	-.182***	-.107*	-.254***
Apego hacia la madre	-.287***	-.168***	-.236***	-.234***	-.172***	-.292***
Apego escolar	-.342***	-.178***	-.222***	-.250***	-.191***	-.327***
Supervisión familiar	-.584***	-.380***	-.372***	-.424***	-.371***	-.575***
VARIABLES DE IDENTIDAD DE GÉNERO						
Masculinidad: aspectos positivos	-.006	-.031	-.019	.053	.009	.005
Masculinidad: aspectos negativos	.269***	.252***	.228***	.237***	.175***	.293***
Feminidad: aspectos positivos	-.091*	-.084	-.059	-.054	-.052	-.089*
Feminidad/Comunalidad no mitigada	-.058	-.088*	-.091*	-.081	-.040	-.081

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

Por su parte, el número de amigos de mayor edad se relaciona significativa y positivamente con todos los tipos de desviación, exceptuando las conductas de vandalismo y robo; y el número de amigos de menor edad con todos los indicadores de conducta antisocial, a excepción del consumo y tráfico de drogas.

La satisfacción con el tiempo compartido en grupo se relaciona negativa y significativamente con la conducta contra normas, el vandalismo, la agresión y la conducta antisocial total. En la muestra de chicos esta variable no mostraba asociación significativa con ninguna actividad desviada. En cualquier caso, es destacable el hecho de que la satisfacción con el tiempo pasado junto a los iguales esté asociada con una menor desviación, al menos entre las mujeres.

La implicación en *actividades de ocio en grupo*, tanto convencional como no convencional, correlaciona significativa y positivamente con todos los indicadores de conducta antisocial analizados. Al igual que ocurría entre los varones, el ocio no convencional en grupo es una de las variables grupales para la que se observan las correlaciones cuantitativamente más importantes con todas las conductas desviadas (los valores de r son superiores a .48, $p \leq .001$, en todos los casos).

Por su parte, la existencia de *estructura grupal* se asocia también en la submuestra de chicas, significativa y positivamente, con todos los indicadores de conducta antisocial.

La *presión del grupo* se relaciona positiva y significativamente con la conducta contra normas, el robo y la conducta antisocial total. Esta variable parece más relevante con respecto a la conducta desviada de los hombres que a la de las mujeres. Además de un menor número de asociaciones significativas con la conducta delictiva, los coeficientes de correlación son inferiores en la muestra de chicas a los observados para los chicos. A este respecto es interesante señalar que la presión de los iguales, tal como se observaba en análisis anteriores, es significativamente superior en los grupos de varones que en los de mujeres.

Las variables de *relación afectiva en el grupo*, de modo similar a lo que ocurría con los hombres, no muestran relación significativa con la desviación de las mujeres.

En cuanto a las variables relacionadas con el *conflicto y la violencia grupal*, las estrategias no violentas de resolución de conflictos presentan una asociación significativa y negativa,

aunque baja, con todos los indicadores de conducta antisocial, a excepción de la conducta de robo. Por su parte, la violencia, tanto física como emocional, correlaciona de manera significativa y positiva con todos los indicadores de delincuencia (con valores de r próximos o superiores a .20, $p \leq .001$).

Con respecto a la presencia de *maltrato en el grupo*, tanto el maltrato emocional como el físico correlacionan positiva y significativamente ($p \leq .01$) con todas las formas de desviación.

Finalmente, en cuanto a las variables grupales, se encuentra también en la muestra de mujeres una asociación significativa y positiva entre *tener amigos delincuentes* y los diferentes índices de conducta antisocial. Esta variable es, junto con el ocio no convencional en grupo, una de las variables grupales para la que se observan los índices de correlación más elevados con las distintas formas de conducta antisocial (con valores de r próximos o superiores a .40, $p \leq .001$).

Respecto a las **variables familiares y escolares**, el patrón de asociaciones observado es muy similar al encontrado para la muestra de varones: existen correlaciones significativas, de signo negativo, entre todas las variables analizadas, y los diferentes tipos de desviación.

La *supervisión* de los padres vuelve a ser la variable familiar para la que se observan las asociaciones cuantitativamente más importantes con respecto a la delincuencia de las mujeres. Se asocia, negativa y significativamente, con todas las dimensiones de conducta antisocial (con valores de r superiores a .30, $p \leq .001$, en todos los casos).

En relación a la **identidad de género**, en general, se observan para las mujeres un menor número de correlaciones entre las dimensiones de género analizadas y la delincuencia.

Sin embargo, también para ellas, las correlaciones más importantes, de signo positivo, se encuentran entre los *aspectos negativamente valorados de la masculinidad* y todas las formas de conducta delictiva (con valores de r próximos o por encima de .20, $p \leq .001$).

Lo diferencial es que, mientras entre los chicos altas puntuaciones en los aspectos positivamente valorados de la masculinidad también se asociaban (aunque en menor medida), positiva y significativamente, con algunas conductas desviadas, entre las chicas estos aspectos

de la masculinidad no muestran ninguna relación significativa con ningún tipo de conducta antisocial.

Con respecto a la feminidad, también se observan para las chicas correlaciones significativas y negativas, aunque bajas, entre los *aspectos valorados como positivos de la feminidad* y algunas de las conductas desviadas: la conducta contra normas y el total de conducta antisocial. Sin embargo, mientras entre los varones la comunalidad no mitigada mostraba asociación significativa ($p \leq .01$) y negativa con todas las conductas antisociales (excepto el consumo de drogas); entre las chicas la *feminidad no mitigada* se asocia únicamente con la conductas de vandalismo y robo, y con valores de r inferiores a los observados en la muestra de varones ($p \leq .05$).

Resumiendo los resultados reseñados, cabría decir que tener amigos delincuentes, utilizar el tiempo de ocio con ellos realizando actividades no convencionales, y la presencia de violencia y maltrato en estos contextos de amistad son, también para las chicas, las variables grupales más relevantes respecto a su propia delincuencia. Estos factores grupales actúan como factores de riesgo para la desviación.

Del mismo modo, la vinculación con entornos convencionales, y especialmente la supervisión familiar, actúan, al igual que entre los varones, disminuyendo la probabilidad de la conducta antisocial de las mujeres.

Por último, de nuevo coincidiendo con los resultados observados para los varones, la asunción de características vinculadas con los aspectos menos deseables de la masculinidad se asocia con una mayor probabilidad de desviación, y la asunción de características vinculadas a la feminidad actúa inhibiendo la desviación; aunque, para ellas, se observa un menor efecto de la feminidad sobre la conducta desviada que para los varones.

5.3.2. Correlaciones entre las variables familiares/escolares y las variables grupales

Dado que uno de los propósitos de este trabajo es el de analizar la relación entre todas las variables consideradas, para poner a prueba un modelo “causal” de relaciones entre los factores antecedentes y la conducta desviada, se han realizado también análisis de correlación entre las variables predictoras.

En la Tabla 8 se presentan los datos referidos a los coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de vinculación afectiva familiar/escolar y las variables grupales para la muestra de hombres, y en la Tabla 9 los mismos datos referidos a la muestra de mujeres.

5.3.2.1. Resultados para la muestra de hombres

De acuerdo con los datos de la Tabla 8, se observa que, efectivamente, las variables familiares muestran un elevado número de asociaciones significativas con las variables grupales, y además, éstas se producen en el sentido esperado: las vinculaciones convencionales tienden a inhibir la relación con un grupo de amigos problemático.

Más específicamente, tanto el *apoyo del padre* como el *apoyo de la madre* se asocian, negativa y significativamente, con el ocio no convencional en grupo, la presión grupal, la violencia física, el maltrato emocional y físico en el grupo y con tener amigos delincuentes. Por el contrario, el apoyo de ambos padres se asocia positiva y significativamente con el número total de amigos, con el apoyo y el apego hacia ellos y con la probabilidad de utilizar estrategias no violentas en la resolución de conflictos.

Además de estos datos, comunes para el apoyo de ambos padres, el apoyo del padre correlaciona negativa y significativamente con la estructura grupal y la violencia emocional, y el apoyo de la madre correlaciona positiva y significativamente con el número de amigos de menor edad.

Este patrón de hallazgos es muy similar al encontrado para *el apego hacia la madre* y *el apego hacia el padre*. Para ambas variables se observa asociación significativa y negativa con el ocio no convencional, la presión grupal, la violencia emocional, el maltrato emocional y físico, y con el hecho de tener amigos delincuentes.

La asociación es también significativa pero positiva entre estas variables y el apoyo y el apego hacia los iguales, la importancia percibida dentro del grupo y la utilización de estrategias no violentas para resolver conflictos.

Tabla 8: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables familiares/escolares y las variables grupales en la muestra de hombres (n= 465)

VARIABLES		Apoyo del Padre	Apoyo de la Madre	Apego hacia el Padre	Apego hacia la Madre	Apego Escolar	Supervisión Familiar
Grupo de Amigos	Número total de amigos	.126**	.101*	.092*	.073	.036	.050
	Número de amigos en el grupo	.010	.042	.050	.041	-.058	-.145**
	Número de amigos íntimos	.028	.040	.101*	.068	.009	-.070
	Número de amigos hombres	.071	.064	.113*	.064	-.030	-.086
	Número de amigos mujeres	-.083	-.014	-.063	-.016	-.069	-.158***
	Número de amigos de igual edad	-.003	-.026	.042	.002	-.042	-.081
	Número de amigos de mayor edad	-.012	-.002	-.037	-.045	-.112*	-.130**
	Número de amigos de menor edad	.028	.100*	.064	.108*	.059	-.029
	Satisfacción con el número de amigos	.030	.042	.090	.109*	.075	.085
	Tiempo pasado con los amigos	.015	.041	-.007	.039	.059	-.006
	Satisfacción con el tiempo en grupo	.057	-.002	.148***	.070	.118*	.115*
	Ocio convencional en grupo	.023	.055	.039	.038	-.002	-.057
	Ocio no convencional en grupo	-.269***	-.250***	-.303***	-.270***	-.285***	-.558***
	Estructura del grupo	-.095*	-.087	-.034	.030	-.064	-.131**
	Presión del grupo	-.128**	-.150***	-.113*	-.124**	-.001	-.265***
	Apoyo de los iguales	.223***	.247***	.214***	.251***	.099*	.194***
	Apego hacia los iguales	.161***	.185***	.338***	.394***	.310***	.201***
	Importancia percibida en el grupo	.080	.036	.159***	.125**	.044	.166***
	Estrategias no violentas	.135**	.151***	.174***	.210***	.162***	.288***
	Violencia emocional	-.109*	-.089	-.112*	-.104*	-.041	-.253***
	Violencia física	-.105*	-.107*	-.094*	-.052	-.028	-.271***
	Maltrato emocional	-.184***	-.186***	-.203***	-.241***	-.089	-.314***
	Maltrato físico	-.131**	-.154***	-.097*	-.100*	-.029	-.264***
	Amigos delincuentes	-.300***	-.280***	-.300***	-.294***	-.259***	-.540***

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

Además de estas variables, en las que los resultados para el apego hacia el padre y hacia la madre coinciden, el apego hacia el padre se asocia significativa y negativamente con la violencia física; y significativa y positivamente con el número total de amigos, el número de amigos íntimos, el número de amigos hombres y la satisfacción con el tiempo pasado en grupo. El apego hacia la madre se asocia positiva y significativamente con el número de amigos de menor edad y con la satisfacción general con el número de amigos.

La variable *apego hacia el entorno escolar* presenta un menor número de asociaciones significativas con las variables grupales, pero, las que aparecen, siguen el mismo patrón general observado para la vinculación familiar. Concretamente, se observa una asociación negativa y significativa entre el apego escolar y el ocio no convencional en grupo, tener amigos delincuentes, y tener amigos de mayor edad; mientras que la asociación es significativa y positiva con el apego hacia los iguales, el apoyo de éstos, la utilización de estrategias no violentas y la satisfacción con el tiempo pasado con el grupo.

La supervisión familiar es la variable que muestra un mayor número de asociaciones significativas con las variables grupales. La *supervisión* que los padres ejercen sobre la conducta de los hijos correlaciona negativa y significativamente con el ocio no convencional en grupo, la estructura y presión grupales, todos los tipos de violencia y maltrato grupal, tener amigos delincuentes, el número de amigos en el grupo, el número de amigas mujeres, y el número de amigos de mayor edad. La correlación es también significativa pero de signo positivo, con el apoyo de los iguales, el apego hacia éstos, la importancia percibida dentro del grupo, la utilización de estrategias no violentas, y la satisfacción con el tiempo pasado en grupo.

En conjunto, estos resultados indican que la vinculación a la familia y la escuela, y, especialmente, la supervisión familiar, son factores que tienden a limitar la probabilidad de que los varones conozcan amigos delincuentes y se involucren en grupos violentos y/o desviados. Por el contrario, estas vinculaciones convencionales actúan favoreciendo el establecimiento de relaciones afectivas con los amigos, y la utilización de estrategias no violentas de resolución de conflictos.

5.3.2.2. Resultados para la muestra de mujeres

Tal y como se observa en la Tabla 9, en el caso de las mujeres, se encuentra un patrón similar de asociaciones entre las variables familiares y las variables grupales al descrito para los varones, aún cuando para las chicas el número de asociaciones significativas entre estas variables es todavía más elevado.

Concretamente, tanto el *apoyo del padre* como el *apoyo de la madre* muestran relación negativa y significativa con el ocio no convencional, la estructura grupal, todos los tipos de violencia y maltrato, y con tener amigos delincuentes. Por el contrario, el apoyo de ambos padres se asocia significativa y positivamente con el apoyo y el apego hacia los amigos, la importancia percibida en el grupo, la utilización de estrategias no violentas, el número de amigas mujeres, la cantidad de tiempo pasado con los amigos, y la satisfacción con el número de amigos y con el tiempo pasado con ellos. Además, el apoyo del padre se asocia, también positiva y significativamente, con el ocio convencional, el número total de amigos, el número de amigos en el grupo, el número de amigos íntimos y el número de amigos de igual edad.

Es decir, aunque las correlaciones son similares a las observadas entre los varones, en la muestra de chicas se aprecia un mayor efecto del apoyo de los padres, y en especial del padre, sobre las variables grupales de tipo *cuantitativo*.

En cuanto al *apego hacia el padre y hacia la madre*, ambos muestran asociación significativa y negativa con el ocio no convencional, la violencia física y el maltrato emocional y físico en el grupo, y con tener amigos delincuentes. La relación es significativa, pero positiva, entre el apego a ambos padres y el apego hacia los iguales, la utilización de estrategias no violentas, la satisfacción con el número de amigos y el tiempo compartido con ellos, y el número de amigos de igual edad.

Además, el apego hacia el padre se asocia negativa y significativamente con la violencia emocional, mientras que el apego hacia la madre se asocia, positiva y significativamente, con el tiempo compartido en grupo, y negativa y significativamente con la estructura grupal y el número de amigos de mayor edad.

Tabla 9: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables familiares/escolares y las variables grupales en la muestra de mujeres (n= 505)

VARIABLES	Apoyo del Padre	Apoyo de la Madre	Apego hacia el Padre	Apego hacia la Madre	Apego Escolar	Supervisión Familiar
Grupo de Amigos	Número total de amigos	.125**	.057	-.028	-.031	-.030
	Número de amigos en el grupo	.089*	.079	.023	-.020	.028
	Número de amigos íntimos	.101*	.069	.069	.022	.043
	Número de amigos hombres	.008	-.006	.013	-.050	-.021
	Número de amigos mujeres	.135**	.134**	.026	.018	.069
	Número de amigos de igual edad	.140**	.074	.090*	.092*	.045
	Número de amigos de mayor edad	-.025	.028	-.049	-.122**	.002
	Número de amigos de menor edad	-.004	.004	-.040	-.045	-.027
	Satisfacción con el número de amigos	.163***	.125**	.119**	.175***	.101*
	Tiempo pasado con los amigos	.093*	.106*	.023	.115**	.046
	Satisfacción con el tiempo en grupo	.149***	.176***	.095*	.201***	.084
	Ocio convencional en grupo	.113*	.084	.054	-.023	.069
	Ocio no convencional en grupo	-.224***	-.216***	-.177***	-.280***	-.219***
	Estructura del grupo	-.101*	-.087*	-.074	-.093*	-.100*
	Presión del grupo	-.086	-.064	-.002	-.062	-.031
	Apoyo de los iguales	.155***	.188***	.070	-.017	.108*
	Apego hacia los iguales	.192***	.155***	.278***	.323***	.304***
	Importancia percibida en el grupo	.105*	.117**	.082	.034	.112*
	Estrategias no violentas	.226***	.165***	.193***	.162***	.125**
	Violencia emocional	-.178***	-.120**	-.133**	-.034	-.110*
	Violencia física	-.256***	-.207***	-.163***	-.095*	-.100*
	Maltrato emocional	-.245***	-.213***	-.172***	-.095*	-.151***
	Maltrato físico	-.133**	-.145***	-.100*	-.097*	-.117**
	Amigos delincuentes	-.342***	-.307***	-.237***	-.292***	-.246***

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

En cuanto al *apego hacia el entorno escolar*, para las mujeres esta variable muestra un mayor número de correlaciones con las variables grupales que el observado en la muestra de varones, aún cuando es la variable de vinculación convencional con menos efecto sobre las variables grupales. Concretamente, el apego hacia el entorno escolar correlaciona negativa y significativamente con el ocio no convencional, la estructura grupal, la violencia y el maltrato emocional y físico, y tener amigos delincuentes. La correlación es significativa y positiva con el apoyo y el apego hacia los iguales, la importancia percibida en el grupo, la utilización de estrategias no violentas, y la satisfacción con el número de amigos en el grupo.

La *supervisión familiar* muestra un número importante de asociaciones significativas con las variables grupales; la relación es significativa y negativa con la realización de ocio no convencional, la estructura y presión grupales, la violencia y el maltrato emocional y físico, tener amigos delincuentes, el número de amigos en el grupo, el número de amigos hombres y el número de amigos de mayor y menor edad. Y es significativa y positiva con el apego hacia los iguales, la importancia percibida dentro del grupo, la utilización de estrategias no violentas, y con la satisfacción con el número de amigos y con el tiempo de ocio pasado con ellos.

Resumiendo los datos encontrados en la muestra de mujeres, cabría señalar que, también para ellas, la vinculación a la familia y la escuela parece actuar disminuyendo la probabilidad de asociarse con un grupo caracterizado por la violencia y la implicación en actividades de ocio no convencional, a la vez que incrementa la probabilidad de desarrollar vínculos afectivos con los iguales y de utilizar estrategias no violentas de resolución de conflictos en este contexto.

Como dato diferencial con respecto a los observados en la muestra de varones, encontramos que estos entornos convencionales parecen tener para las chicas todavía mayor efecto sobre la probabilidad de relacionarse o no con iguales desviados del que tienen para los varones. Probablemente debido a que las mujeres están, como se observaba en análisis anteriores, más supervisadas, y más vinculadas a la familia y al entorno escolar que los varones.

5.3.3. Correlaciones entre la identidad de género y las variables familiares/escolares, y grupales

Hemos realizado, también, análisis de correlación entre las dimensiones de identidad de género y las variables familiares y grupales, con el objetivo de comprobar en qué medida la

mayor o menor asunción de características vinculadas a la masculinidad y la feminidad se relaciona con las actuaciones de padres e iguales. Estos datos se presentan en las Tablas 10 (muestra de hombres) y 11 (muestra de mujeres).

5.3.3.1. Resultados para la muestra de hombres

De acuerdo con los datos de la Tabla 10, las variables grupales y familiares/escolares presentan un número elevado de correlaciones significativas con las variables de identidad de género, y, además, en general, éstas se ajustan a lo esperado.

Concretamente, la *masculinidad socialmente bien valorada* se asocia positiva y significativamente con el apoyo y el apego hacia el padre y la madre y con la supervisión familiar. La única variable de vinculación convencional que no afecta a estos aspectos de la masculinidad entre los varones es el apego hacia el entorno escolar.

Con respecto a las variables grupales, la masculinidad socialmente valorada muestra correlación positiva y significativa con el apoyo y el apego hacia los iguales y con la importancia percibida dentro del grupo; así como con algunas variables de tipo cuantitativo: el número total de amigos, el número de amigos que componen el grupo, el número de amigos íntimos, el número de amigos hombres y mujeres, el número de amigos de igual edad, el tiempo pasado con los amigos y la satisfacción con este tiempo, y también con la realización de actividades de ocio convencional con ellos.

Sin embargo, no hay relación significativa entre estos aspectos socialmente deseables de la masculinidad y ninguna de las variables grupales relacionadas con la violencia, el maltrato o la realización de actividades desviadas en grupo.

El patrón de asociaciones es diferente para la *masculinidad negativamente valorada*. En este caso, observamos correlaciones significativas y negativas con el apoyo de ambos padres, el apego hacia la madre y la supervisión familiar.

Ni el apego hacia el padre ni el apego hacia el entorno escolar se relacionan con estos aspectos de la masculinidad.

Tabla 10: Coeficientes de correlación de Pearson entre la identidad de género y las variables familiares/escolares, y grupales en la muestra de hombres (n= 465)

VARIABLES		Masculinidad: Aspectos Positivos	Masculinidad: Aspectos Negativos	Feminidad: Aspectos Positivos	Feminidad/ Comunalidad no Mitigada
Familia y Escuela	Apoyo del padre	.128**	-.215***	.153***	.191***
	Apoyo de la madre	.124**	-.274***	.239***	.270***
	Apego hacia el padre	.210***	-.082	.272***	.238***
	Apego hacia la madre	.159***	-.153***	.349***	.342***
	Apego escolar	.071	-.061	.254***	.196***
	Supervisión familiar	.124**	-.310***	.293***	.264***
Grupo de Amigos	Número total de amigos	.093*	.001	.094*	.116*
	Número de amigos en el grupo	.134**	-.012	.109*	.072
	Número de amigos íntimos	.124**	-.057	.089	.069
	Número de amigos hombres	.097*	-.014	-.003	-.033
	Número de amigos mujeres	.119**	-.004	.210***	.186***
	Número de amigos de igual edad	.175***	.053	.052	.009
	Número de amigos de mayor edad	.007	-.096*	.042	.040
	Número de amigos de menor edad	-.004	.001	.083	.073
	Satisfacción con el número de amigos	.083	-.010	.129**	.177***
	Tiempo pasado con los amigos	.126**	-.023	.036	.071
	Satisfacción con el tiempo en grupo	.117*	.018	.029	.040
	Ocio convencional en grupo	.207***	.134**	.234***	.140**
	Ocio no convencional en grupo	.058	.270***	-.101*	-.161***
	Estructura del grupo	.054	.145**	.006	.016
	Presión del grupo	-.079	.247***	-.077	-.060
	Apoyo de los iguales	.190***	-.137**	.443***	.439***
	Apego hacia los iguales	.132**	.018	.412***	.399***
	Importancia percibida en el grupo	.160***	-.001	.114*	.084
	Estrategias no violentas	.031	-.168***	.191***	.245***
	Violencia emocional	.066	.213***	-.062	-.147***
	Violencia física	.003	.238***	-.057	-.139**
	Maltrato emocional	-.005	.251***	-.107*	-.227***
	Maltrato físico	.006	.213***	-.101*	-.133**
	Amigos delincuentes	.071	.285***	-.077	-.184***

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

Pero las principales diferencias se observan con respecto a las variables grupales. La masculinidad socialmente indeseable se asocia significativa y negativamente con el apoyo de los iguales, la utilización de estrategias no violentas en el grupo, y con el número de amigos de mayor edad; y positiva y significativamente con el ocio convencional y no convencional en grupo, la estructura y presión grupales, la violencia y el maltrato emocional y físico y con tener amigos delincuentes.

Es decir, estos datos tienden a indicar, de acuerdo con los postulados de partida de este trabajo, que no es la masculinidad, en su conjunto, la dimensión de identidad de género relacionada con la implicación en un grupo violento y desviado, sino algunos aspectos de la masculinidad.

Con respecto a la *feminidad*, tanto los aspectos socialmente bien valorados, como la comunalidad no mitigada, muestran para los chicos un patrón de asociaciones similar con las variables grupales y familiares. Ambos aspectos de la feminidad se asocian positiva y significativamente con el apoyo y el apego hacia ambos padres, el apego hacia el entorno escolar y la supervisión familiar; y entre las variables grupales, con el ocio convencional, el apoyo y el apego hacia los iguales, la utilización de estrategias no violentas, el número total de amigos, el número de amigas mujeres y la satisfacción con el número de amigos. Sin embargo, la asociación es significativa y negativa entre ambos aspectos de la feminidad y el ocio no convencional, y el maltrato emocional y físico en el grupo.

Además de estos resultados comunes, la feminidad positivamente valorada se asocia también positiva y significativamente con el número de amigos en el grupo y la importancia percibida en el grupo; y la comunalidad no mitigada negativa y significativamente con la violencia emocional y física y con tener amigos delincuentes.

Es decir, de acuerdo con estos datos, cabría señalar que los aspectos positivos o socialmente deseables de la masculinidad y la feminidad se relacionan, para los varones, con la pertenencia a contextos grupales amplios en los que las interacciones afectivas son satisfactorias para sus miembros. Asimismo, se asocian con una mayor vinculación y control por parte de los agentes de socialización convencionales.

Por el contrario, los aspectos de la masculinidad valorados socialmente como negativos se relacionan con conocer amigos delincuentes y formar parte de grupos en los que se utiliza la violencia y el maltrato, en los que existe un alto grado de presión hacia la conformidad, y en los que, al menos, parte del tiempo de ocio se destina a la realización de actividades no convencionales. Además, los aspectos menos deseables de la masculinidad se relacionan con una menor vinculación y supervisión por parte de los contextos convencionales.

5.3.3.2. Resultados para la muestra de mujeres

De acuerdo con los datos de la Tabla 11, para las chicas también se aprecia la existencia de un elevado número de correlaciones significativas entre las diferentes dimensiones de la identidad de género y las variables grupales y familiares/escolares.

El patrón de relaciones es, en general, similar al obtenido para los varones, pero presenta algunas diferencias interesantes.

La *masculinidad positivamente valorada* se relaciona positiva y significativamente con el apoyo de ambos padres, el apego hacia el padre y el apego hacia el entorno escolar. Curiosamente no se aprecia para las chicas relación entre la supervisión y este aspecto de la masculinidad.

Entre las variables grupales, la masculinidad positivamente valorada se asocia negativa y significativamente con la presión grupal; y positiva y significativamente con el ocio convencional, la estructura grupal, el apoyo y el apego hacia los amigos, la importancia dentro del grupo, así como con las siguientes variables de composición: número total de amigos, número de amigos en el grupo, número de amigos íntimos, número de amigas mujeres, número de amigos de igual edad y satisfacción con el número de amigos.

La estructura y presión del grupo no se relacionaban significativamente con la masculinidad positivamente valorada entre los varones, pero si lo hacen entre las mujeres. Sin embargo, tampoco para ellas hay asociación entre estos aspectos de la masculinidad y la violencia en el grupo o la presencia de amigos delincuentes.

Tabla 11: Coeficientes de correlación de Pearson entre la identidad de género y las variables familiares/escolares, y grupales en la muestra de mujeres (n= 505)

VARIABLES		Masculinidad: Aspectos Positivos	Masculinidad: Aspectos Negativos	Feminidad: Aspectos Positivos	Feminidad/ Comunalidad no Mitigada
Familia y Escuela	Apoyo del padre	.171***	-.199***	.143***	.173***
	Apoyo de la madre	.144***	-.135**	.166***	.177***
	Apego hacia el padre	.121**	-.164***	.140**	.190***
	Apego hacia la madre	.063	-.147***	.212***	.194***
	Apego escolar	.090*	-.049	.269***	.201***
	Supervisión familiar	.080	-.259***	.164***	.201***
Grupo de Amigos	Número total de amigos	.094*	.009	.087*	-.024
	Número de amigos en el grupo	.087*	.134**	.116**	.108*
	Número de amigos íntimos	.105*	.018	.106*	.064
	Número de amigos hombres	.042	.105*	.096*	.066
	Número de amigos mujeres	.099*	.115**	.092*	.110*
	Número de amigos de igual edad	.095*	.070	.049	.102*
	Número de amigos de mayor edad	.026	.068	.088*	.042
	Número de amigos de menor edad	-.020	.093*	.042	-.011
	Satisfacción con el número de amigos	.305***	-.040	.264***	.126**
	Tiempo pasado con los amigos	.078	-.026	.056	.047
	Satisfacción con el tiempo en grupo	.055	-.047	.047	-.010
	Ocio convencional en grupo	.139**	.035	.172***	.219***
	Ocio no convencional en grupo	.017	.217***	-.068	-.073
	Estructura del grupo	.161***	.208***	.032	.058
	Presión del grupo	-.107*	.139**	.031	.023
	Apoyo de los iguales	.261***	-.165***	.268***	.256***
	Apego hacia los iguales	.095*	-.044	.311***	.229***
	Importancia percibida en el grupo	.175***	.031	.148***	.110*
	Estrategias no violentas	.078	-.145***	.151***	.158***
	Violencia emocional	-.041	.230***	-.073	-.066
	Violencia física	-.033	.240***	-.063	-.131**
	Maltrato emocional	-.033	.255***	-.093*	-.102*
	Maltrato físico	-.005	.149***	-.043	-.032
	Amigos delincuentes	-.018	.263***	-.097*	-.045

*p ≤ .05 **p ≤ .01 ***p ≤ .001

Es, de nuevo, la *masculinidad negativamente valorada* la que muestra relación, también entre las mujeres, con estas variables de violencia y delincuencia grupal. Concretamente, este aspecto de la masculinidad se asocia positiva y significativamente con el ocio no convencional, la estructura y presión grupal, la violencia y el maltrato emocional y físico, y con el hecho de tener amigos delincuentes; así como con las variables de composición grupal: número de amigos en el grupo, número de amigos hombres, número de amigas mujeres y número de amigos de menor edad. Además, la masculinidad negativamente valorada muestra correlación significativa, pero de signo negativo, con el apoyo de los iguales, el apoyo de ambos padres, el apego hacia ambos padres y la supervisión familiar.

En cuanto a la *feminidad*, tanto sus aspectos positivamente valorados, como la comunalidad no mitigada se asocian significativa y positivamente con el apoyo y el apego hacia ambos padres, el apego escolar, la supervisión familiar, la realización de ocio convencional, el apoyo y apego hacia los iguales, la importancia percibida en el grupo, la utilización de estrategias no violentas, y las variables de composición: número de amigos en el grupo, número de amigas mujeres, y satisfacción con el número de amigos. La correlación es significativa y negativa con la presencia de maltrato emocional en el grupo de iguales.

Además de estas variables en las que existe coincidencia en las relaciones observadas para ambos aspectos de la feminidad, la feminidad positivamente valorada correlaciona significativa y positivamente con el total de amigos, el número de amigos íntimos, el número de amigos varones, y el número de amigos de mayor edad; y significativa y negativamente con el hecho de tener amigos delincuentes. Por su parte, la comunalidad no mitigada correlaciona, significativa y positivamente, con tener amigos de igual edad, y significativa y negativamente con la violencia física grupal.

Como conclusión, cabría señalar que, también para las chicas, los aspectos socialmente bien valorados de la masculinidad y los dos aspectos de la feminidad parecen vincularse especialmente con la pertenencia a contextos de socialización convencionales, mientras que los aspectos menos deseables de la masculinidad parecen más asociados con la pertenencia a entornos de relación desviados.

5.3.4. Correlaciones entre las dimensiones de la identidad de género

El hecho de que tanto ambos aspectos de la feminidad como la masculinidad socialmente bien valorada muestren un patrón similar de asociaciones con las variables de los contextos de socialización, mientras que los aspectos socialmente no valorados de la masculinidad presenten un patrón específico, y diferencial, de relaciones con estas variables, sugiere la necesidad de examinar cuál es la asociación entre estos componentes de la identidad de género.

Los resultados de los análisis de correlación entre las dimensiones de masculinidad y feminidad se presentan en las Tablas 12 (muestra de hombres) y 13 (muestra de mujeres).

De acuerdo con los datos de ambas Tablas se observa, tanto para los chicos como para las chicas, la existencia de una relación significativa y positiva entre los aspectos socialmente deseables e indeseables de la masculinidad ($r = .21$ para los hombres y $r = .18$ para las mujeres; $p \leq .001$ en ambos casos).

Del mismo modo, se observa correlación positiva y significativa, todavía más elevada, entre los aspectos bien valorados de la feminidad y la comunalidad no mitigada ($r = .56$ y $r = .41$ para los hombres y las mujeres, respectivamente; $p \leq .001$ en ambos casos).

La existencia de asociación positiva entre ambos aspectos de la masculinidad y la feminidad es esperable, dado que se trata de facetas asociadas a una misma identidad de género.

El hecho de que se observe, además, correlación positiva y significativa entre los aspectos socialmente bien valorados de la masculinidad y los aspectos bien valorados de la feminidad es también un resultado interesante, que podría estar indicando que la posesión de ambos tipos de características es perfectamente compatible, como, de hecho, señalan los resultados de la investigación reciente acerca de la asunción por parte de sujetos de ambos sexos de características tradicionalmente vinculadas a distintos géneros.

Tabla 12: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de identidad de género en la muestra de hombres (n= 465)

VARIABLES	Masculinidad: Aspectos Positivos	Masculinidad: Aspectos Negativos	Feminidad: Aspectos Positivos	Feminidad/ Comunalidad no Mitigada
Masculinidad: aspectos positivos	1.00			
Masculinidad: aspectos negativos	.211***	1.00		
Feminidad: aspectos positivos	.319***	-.126**	1.00	
Feminidad/Comunalidad no mitigada	.075	-.233***	.562***	1.00

p ≤ .01 *p ≤ .001

Tabla 13: Coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de identidad de género en la muestra de mujeres (n= 505)

VARIABLES	Masculinidad: Aspectos Positivos	Masculinidad: Aspectos Negativos	Feminidad: Aspectos Positivos	Feminidad/ Comunalidad no Mitigada
Masculinidad: aspectos positivos	1.00			
Masculinidad: aspectos negativos	.178***	1.00		
Feminidad: aspectos positivos	.204***	-.183***	1.00	
Feminidad/Comunalidad no mitigada	-.007	-.188***	.413***	1.00

***p ≤ .001

Por último, observamos también que, tanto entre los chicos como entre las chicas, los aspectos socialmente no valorados de la masculinidad correlacionan, significativa pero negativamente, tanto con los aspectos bien valorados de la feminidad como con la comunalidad no mitigada. Cabría interpretar, en este sentido, que las características que definen la masculinidad no valorada socialmente son incompatibles con las características de amabilidad y preocupación por el otro que definen la feminidad.

Considerados conjuntamente, los resultados de los análisis de correlación realizados tienden a confirmar los presupuestos de partida de este trabajo: la relación con amigos delincuentes, y, en general, la pertenencia a grupos en los que se manifiesta violencia y maltrato, actúan como factores de riesgo de la conducta desviada de los adolescentes de ambos sexos; mientras que la vinculación familiar/escolar, y en especial, el grado de supervisión de los padres sobre el comportamiento de los hijos, reducen la probabilidad de que los jóvenes participen en conductas desviadas. Además, las interacciones afectivas en los contextos convencionales actúan limitando la probabilidad de relacionarse con iguales desviados/violentos. Por otra parte, tanto el contexto grupal como las interacciones familiares/escolares se relacionan con el desarrollo la identidad de género. La feminidad y la masculinidad positivamente valorada se asocian con una buena relación familiar y escolar y, en general, con aspectos positivos de las interacciones con los iguales, mientras que la asunción de características de masculinidad socialmente indeseables se vincula con una escasa relación afectiva con los contextos convencionales y con la pertenencia a grupos violentos/desviados. Por último, la masculinidad, especialmente la masculinidad socialmente no deseable, incrementa la probabilidad de conducta desviada, mientras que la feminidad tiende a inhibirla.

5.4. ANÁLISIS DE REGRESIÓN

Con el objetivo de determinar en qué medida las variables predictoras, consideradas conjuntamente, contribuyen a explicar la conducta antisocial de los adolescentes de ambos sexos se han realizado dos análisis de regresión, uno para la muestra de hombres (Tabla 14) y otro para la muestra de mujeres (Tabla 15).

Los análisis de regresión se han realizado tomando como variable criterio el Total de Conducta Antisocial y como variables predictoras el conjunto de variables grupales,

familiares/escolares y de identidad de género que han mostrado correlación significativa con la delincuencia en cada submuestra.

Se ha utilizado el método de “pasos sucesivos”, dado que el interés es el de valorar la explicación conjunta que las variables predictoras proporcionan de la delincuencia de los adolescentes, pero también comenzar a establecer un modelo parsimonioso que ayude a comprender cuáles son las variables más relevantes con respecto a la explicación de la delincuencia juvenil, modelo que será puesto a prueba posteriormente con el análisis de Ecuaciones Estructurales.

5.4.1. Resultados para la muestra de hombres

Los resultados del análisis de regresión para la muestra de hombres se presentan en la Tabla 14.

De acuerdo con ellos, podemos observar que para la explicación del ***total de conducta antisocial*** de los varones resultan relevantes tanto variables referidas al grupo de iguales como variables familiares/escolares y de identidad de género. Concretamente, el análisis selecciona cuatro variables referidas al *grupo*: ocio no convencional, amigos delincuentes, apoyo de los iguales y maltrato emocional; dos referidas a *entornos convencionales*: apoyo de la madre y apego hacia el entorno escolar; y una variable referida a la *identidad de género*: masculinidad negativamente valorada.

Las dos primeras variables seleccionadas hacen referencia al grupo (ocio no convencional y amigos delincuentes), y son las responsables de la mayor parte de la varianza explicada; pero, de acuerdo con los resultados de los análisis anteriores, también aparecen en el análisis variables referidas a las interacciones que se producen en el contexto familiar y escolar. En todo caso, el hecho de que el análisis seleccione variables pertenecientes a cada uno de los “dominios” incluidos en el trabajo refrenda la idoneidad de los mismos en la explicación de la desviación de los adolescentes.

De acuerdo con el signo de los valores beta, todas las variables grupales seleccionadas (incluido el apoyo de los iguales), junto con la asunción en la propia identidad de aspectos socialmente poco deseables de la masculinidad, actuarían incrementando la probabilidad de

conducta antisocial; mientras que tanto el apoyo de la madre como el apego escolar actuarían disminuyendo esta probabilidad.

Tabla 14: Resultados del Análisis de Regresión para la muestra de hombres (n=465)

Análisis para la Conducta Antisocial Total			
Paso	Variable	β	R ²
1	Ocio no convencional en grupo	.796	.633
2	Amigos delincuentes	.332	.683
3	Apoyo de la madre	-.132	.698
4	Apoyo de los iguales	.072	.702
5	Maltrato emocional	.084	.707
6	Apego escolar	-.067	.710
7	Masculinidad: aspectos negativos	.066	.713

Por último, es necesario destacar el elevado porcentaje de varianza explicada, superior al 71%, que este conjunto de variables proporciona con respecto al total de conducta antisocial de los adolescentes varones.

5.4.2. Resultados para la muestra de mujeres

Los resultados del análisis de regresión realizado para la muestra de mujeres se presentan en la Tabla 15. Al igual que ocurría en el análisis para los varones aparecen seleccionadas variables referidas a los tres dominios de interés del estudio: grupo, familia, e identidad de género.

Concretamente, en la explicación de la **conducta antisocial total** de las chicas resulta significativa la aportación de cinco variables referidas al *grupo*: amigos delincuentes, ocio no convencional en grupo, maltrato emocional, ocio convencional y apoyo de los iguales; dos referidas al *entorno familiar*: apoyo de la madre y supervisión familiar; y una referida a la *identidad de género*: masculinidad negativamente valorada.

Tabla 15: Resultados del Análisis de Regresión para la muestra de mujeres (n=505)

Análisis para la Conducta Antisocial Total			
Paso	Variable	β	R ²
1	Amigos delincuentes	.760	.577
2	Ocio no convencional en grupo	.429	.663
3	Supervisión familiar	-.185	.687
4	Maltrato emocional	.076	.691
5	Ocio convencional en grupo	.060	.694
6	Masculinidad: aspectos negativos	.057	.696
7	Apoyo de la madre	-.061	.698
8	Apoyo de los iguales	.059	.700

En general cabría decir que los resultados son similares a los obtenidos para los varones. Por ejemplo, las dos primeras variables incluidas en el análisis son la delincuencia de los iguales y la realización de ocio no convencional en grupo. Sin embargo, habría algunos datos diferenciales, por ejemplo el hecho de que la supervisión familiar, al igual que ocurría en los resultados de análisis anteriores, parece jugar un papel más destacado en la desviación de las chicas.

El signo de las betas indica que, también para las mujeres, el grupo actuaría básicamente como un factor de riesgo de la delincuencia, al igual que la masculinidad negativamente valorada, mientras que la familia jugaría un papel protector frente a la desviación.

Este conjunto de variables explicaría el 70% de la conducta antisocial total de las mujeres, un porcentaje muy elevado, y prácticamente idéntico al observado para los varones.

5.5. ANÁLISIS DE ECUACIONES ESTRUCTURALES (PATH ANÁLISIS)

Confirmada la capacidad de las variables predictoras para dar cuenta de la conducta antisocial de los adolescentes, hemos utilizado el análisis de Ecuaciones Estructurales con la finalidad de

poner a prueba un modelo de relaciones “causales” entre las variables predictoras y la variable criterio (conducta antisocial total), elaborado a partir de la revisión de la literatura en el área.

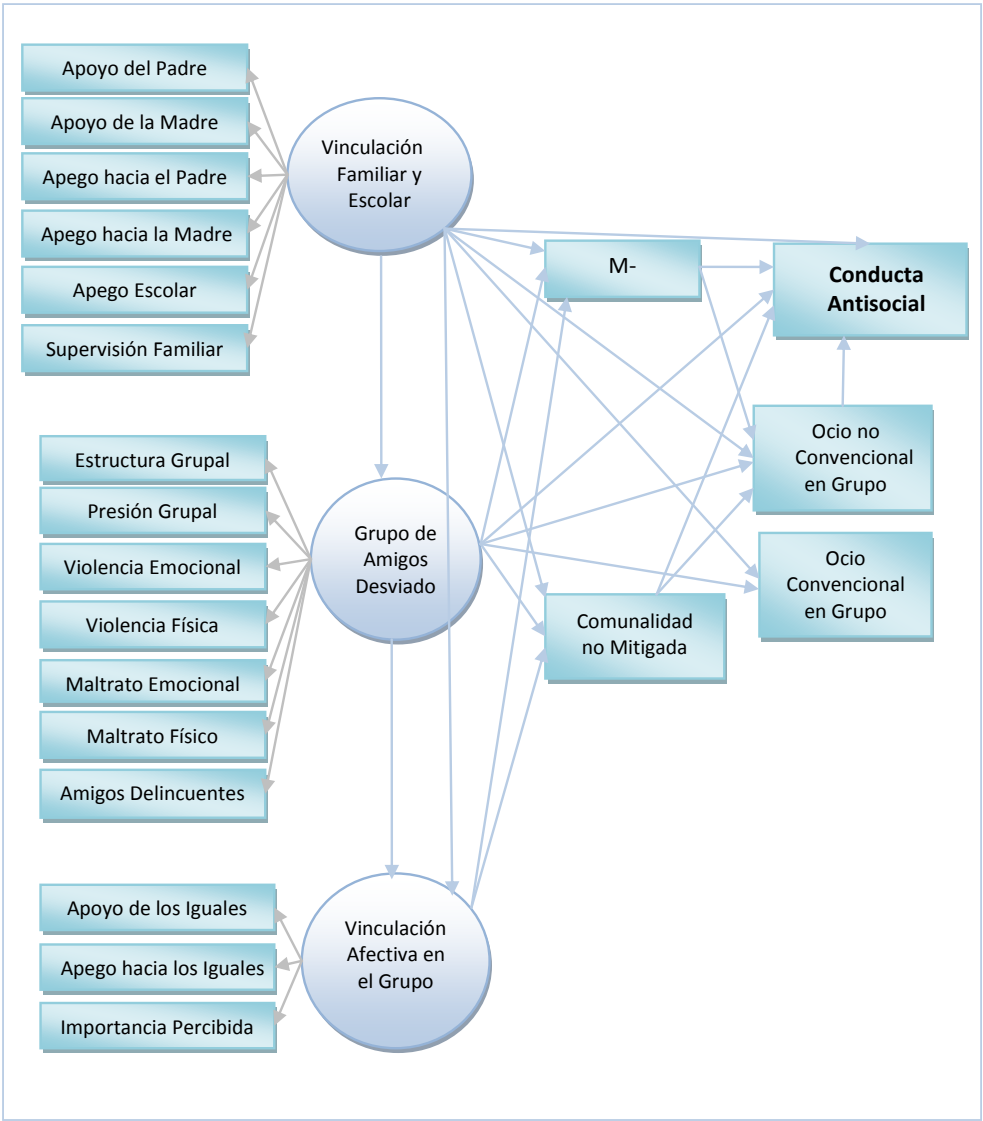
El análisis de Ecuaciones Estructurales se considera una extensión de las técnicas multivariantes, tales como la Regresión Múltiple o el Análisis Factorial. Sin embargo, tiene, con respecto a éstas, la gran ventaja de que permite trabajar con variables no observadas/medidas directamente (variables latentes), así como la de proponer y estimar el efecto y las relaciones entre un amplio conjunto de variables, asumiendo la simultaneidad de las interacciones entre las mismas (Fernández Alarcón, 2004; Hoe, 2008).

Aunque el análisis permite plantear, y confirmar o refutar, relaciones de “causa/efecto” entre las variables del modelo, realmente la idoneidad de dichas relaciones depende de la solidez teórica de los planteamientos que subyacen a estas proposiciones (Ruiz, Pardo y San Martín, 2010).

El diagrama del modelo que proponemos se presenta en la Figura 3. Como se observa, se trata de un modelo “causal” no recursivo de ecuaciones estructurales con tres variables latentes: a) *vinculación familiar y escolar* (variable latente exógena, es decir no explicada por variables antecedentes en el modelo), que incluye 6 variables observadas: apoyo del padre, apoyo de la madre, apego hacia el padre, apego hacia la madre, apego escolar, y supervisión familiar); b) *grupo de amigos desviado* (variable latente endógena, es decir, explicada, al menos en parte, por otras variables del modelo) que incluye 7 variables observadas: estructura grupal, presión grupal, violencia emocional, violencia física, maltrato emocional, maltrato físico, y amigos delincuentes, y c) *vinculación afectiva en el grupo* (variable latente endógena) con 3 indicadores observados: apoyo del grupo, apego hacia los amigos e importancia percibida en el grupo.

El modelo incluye, además, dos variables observadas referidas a la identidad de género, que actúan como mediadoras: los aspectos socialmente no deseables de la masculinidad (M-), y la feminidad/comunalidad no mitigada; y dos variables observadas referidas al tipo de ocio que los adolescentes realizan con sus iguales, ocio no convencional y ocio convencional en grupo, que actuarían también como antecedentes de la variable a explicar: el total de conducta antisocial.

Figura 3: Modelo “Causal” de Partida



Así, las variables incluidas en el modelo son, como hemos señalado, las que en los análisis previos muestran una mayor relevancia con respecto a la conducta antisocial de hombres y mujeres. En este sentido, cabría aclarar, en primer lugar, que aunque la feminidad no resulta seleccionada en el análisis de regresión, la literatura, y los resultados previos de los análisis de correlación, ofrecen evidencias de que esta dimensión de género puede actuar como un factor protector de la delincuencia. De ahí, la importancia de seguir manteniéndola en un modelo que trata de explicar la conducta antisocial considerando no sólo los factores que la favorecen (como la masculinidad) sino también los que pueden contribuir a prevenirla.

En segundo lugar, el modelo planteado, incluye tanto el ocio convencional como el ocio no convencional en grupo. Ambas son modalidades de conducta que los adolescentes realizan junto a los miembros de su grupo, y que, al igual que el total de conducta antisocial, vendrían explicadas por una serie de factores antecedentes (entre ellos, como especificaremos a continuación, los referidos al contexto grupal).

Por último, señalar que planteamos que este modelo inicial podría explicar bien la conducta antisocial de los jóvenes de ambos sexos, dado que los resultados de los análisis previos han mostrado más similitudes que diferencias en cuanto a la relación de las variables incluidas con la conducta antisocial de hombres y mujeres.

De acuerdo con la literatura revisada en capítulos anteriores, y con los resultados de los análisis previos, se postulan las siguientes relaciones entre las variables del modelo:

- a) La vinculación con los entornos convencionales actuará: 1) disminuyendo directamente la probabilidad de conducta antisocial; 2) disminuyendo la probabilidad de que los hijos se integren en un grupo desviado; y 3) disminuyendo la probabilidad de que realicen actividades de ocio no convencional junto con sus iguales. Además, proponemos que esta vinculación familiar y escolar será un antecedente: 4) del tipo de vinculación afectiva que el adolescente mantiene con sus iguales, 5) de la realización de ocio convencional en grupo, y 6) de la identidad de género asumida por los adolescentes.
- b) La pertenencia a un grupo desviado actuará: 1) incrementando directamente la probabilidad de conducta desviada, así como 2) incrementando la probabilidad de realizar ocio no convencional en grupo. Asumimos, además, que este tipo de grupo tendrá incidencia: 3) sobre los vínculos afectivos que se establecen con los iguales, 4) sobre la participación en actividades de ocio convencional, y 5) sobre el desarrollo de la identidad de género de los adolescentes.
- c) La vinculación afectiva en el grupo incidirá sobre el desarrollo de la identidad de género.
- d) La identidad de género actuará directamente sobre la probabilidad de conducta desviada: 1) la masculinidad socialmente no valorada (M-) aumentando su incidencia, y 2) la comunalidad no mitigada reduciendo la probabilidad de desviación. Además, 3) la M- incrementará la probabilidad de implicarse en actividades de ocio no convencional en

grupo y 4) la comunalidad no mitigada actuará disminuyendo la probabilidad de estas conductas.

- e) Finalmente, el modelo propone que la realización de ocio no convencional en grupo será un antecedente del total de conducta antisocial.

Este modelo inicial se ha puesto a prueba (utilizando el programa AMOS 18, implementado en el paquete estadístico SPSS), tanto para hombres como para mujeres. Para la estimación de parámetros se utilizó el método de Máxima Verosimilitud (MLE), ya que efectúa estimaciones eficientes y no sesgadas, ajustadas al tamaño de la muestra, y facilita la convergencia de las estimaciones con los parámetros, aún en ausencia de normalidad (Bollen, 1989).

Los índices de bondad de ajuste obtenidos para este modelo inicial no resultaron adecuados, ni en la muestra de hombres ni en la de mujeres (Tabla 16). Tanto el contraste sobre la distribución χ^2 como el resto de índices revelan un pobre ajuste del modelo a los datos empíricos, lo que sugiere la necesidad de reespecificar este modelo inicial para ambos sexos.

Tabla 16: Índices de bondad de ajuste del modelo inicial para las muestras de hombres y mujeres

	χ^2	GI	P	χ^2/gi	NFI	CFI	GFI	RMSEA
Muestra HOMBRES	1992.981	186	<.001	10.71	0.45	0.47	0.61	0.17
Muestra MUJERES	1972.604	186	<.001	10.61	0.41	0.43	0.68	0.16

Esta reespecificación se efectuó en base a tres criterios: 1) la significatividad de los parámetros (relaciones entre variables) estimados, 2) la información proporcionada por la matriz residual, y 3) los índices de modificación sugeridos por el propio programa.

En base a tales criterios, se decidió mantener en el modelo sólo aquellas variables cuyos parámetros resultaban estadísticamente significativos. Es decir, algunas de las variables, y de las relaciones entre variables, previamente descritos, han sido eliminadas de los modelos finales.

Además, de acuerdo con los índices de modificación sugeridos por el propio análisis, se optó por eliminar las variables latentes, y plantear un modelo con variables observadas. Este tipo de modelo se denomina, propiamente, modelo de análisis de dependencias o *path analysis* (Kline, 2005; Ruiz, Pardo y San Martín, 2010). El hecho de no poder mantener las variables latentes viene determinado porque el efecto de las variables que las componen sobre las variables subsiguientes (y en especial, sobre las dimensiones de identidad de género) es específico. Es decir, y por ejemplo, todos los indicadores de vinculación a la familia actúan de manera uniforme con respecto a la probabilidad de desarrollar conducta desviada, o a la probabilidad de vincularse con iguales desviados, pero estos indicadores no actúan de manera homogénea sobre el desarrollo de la identidad de género de los hijos. En este caso, la actuación del padre y la madre, parecen generar resultados diferentes sobre la identidad de género, y por tanto, no es posible que estos indicadores de vinculación convencional se mantengan como un bloque uniforme en un modelo en el que se incluye la identidad de género. Este hecho es, en sí mismo, un hallazgo interesante, sobre el que volveremos más adelante.

Por último, los resultados obtenidos al poner a prueba el modelo en las submuestras de hombres y mujeres, han sugerido la idoneidad de establecer modelos específicos para cada sexo. En ellos existen variables, y patrones de relación entre las mismas, que son comunes, pero aparecen también algunos elementos diferenciales. Los modelos de relaciones entre las variables para ambas muestras quedan entonces configurados de acuerdo con los datos presentados en las Figuras 4 y 5. Como puede observarse, los índices para estos modelos reespecificados muestran una clara mejoría en el ajuste con respecto al modelo original.

5.5.1. Resultados del Path análisis para la muestra de hombres

Tal y como se observa en la Figura 4, en el modelo reespecificado se mantienen como variables relevantes para explicar la conducta antisocial de los hombres: a) 4 indicadores exógenos que en el modelo inicial formaban parte del constructo general “vinculación familiar y escolar”: *apoyo de la madre, apego hacia el padre, apego hacia la madre y supervisión familiar*; b) 3 variables endógenas relativas al entorno grupal desviado: *amigos delincuentes, presión del grupo y maltrato emocional en el grupo*; c) 2 indicadores endógenos relacionados con la vinculación afectiva en el grupo: *apoyo de los iguales y apego hacia los iguales*; d) 2 variables mediadoras referidas a la identidad de género: *masculinidad negativamente valorada (M-)* y *comunalidad no mitigada*; y, e) la variable mediadora: *ocio no convencional en grupo*.

Los resultados obtenidos indican, en primer lugar, que las *variables familiares* efectivamente, son un antecedente tanto de las interacciones grupales, como de la identidad de género, y de la conducta antisocial.

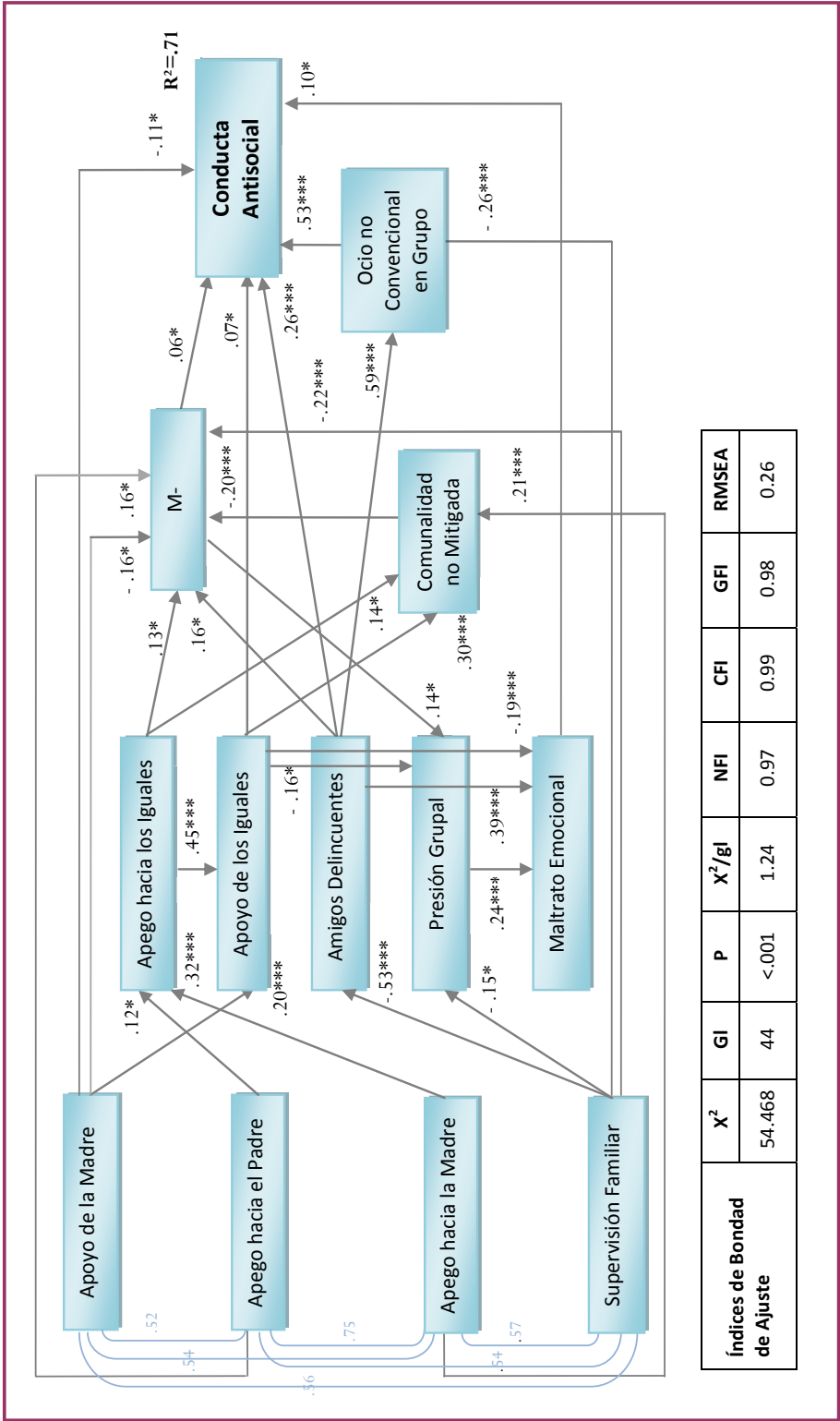
La relación directa entre la interacción familiar y la conducta antisocial estaría representada por el efecto del apoyo de la madre sobre el total de conducta antisocial ($\gamma = -.11$, $p \leq .05$): cuanto mayor sea el apoyo proporcionado por la madre, menor la probabilidad de conducta antisocial.

Pero la familia actuaría, además, sobre la conducta antisocial de los hijos a través de su efecto sobre las variables grupales. La relación más relevante a este respecto es la que se establece entre la supervisión familiar y la probabilidad de tener amigos delincuentes ($\gamma = -.53$, $p \leq .001$): cuanto mayor sea el nivel de supervisión de los padres, menor será la posibilidad de relacionarse con iguales delincuentes. La supervisión disminuye también la probabilidad de que los hijos se integren en un grupo en el que exista una fuerte presión a la conformidad ($\gamma = -.15$, $p \leq .01$), y en el que se realicen actividades de ocio no convencional ($\gamma = -.26$, $p \leq .001$). Por otra parte, la vinculación afectiva con la familia parece incrementar la probabilidad de que los jóvenes establezcan relaciones de afecto con sus iguales: el apoyo de la madre actúa incrementando el apoyo de los iguales ($\gamma = .20$, $p \leq .001$); y el apego hacia la madre y hacia el padre incrementando el apego hacia los amigos ($\gamma = .32$, $p \leq .001$; y $\gamma = .12$, $p \leq .05$, respectivamente).

Por último, las interacciones familiares tienen un efecto significativo sobre la identidad de género de los hijos (y a través de él, sobre la probabilidad de conducta antisocial). Concretamente, tanto el apoyo de la madre como la supervisión familiar reducen la asunción de características de masculinidad negativamente valoradas ($\gamma = -.16$, $p \leq .01$, y $\gamma = -.22$, $p \leq .001$, respectivamente); mientras que el apego hacia la madre incrementa la probabilidad de asumir características de feminidad no mitigada ($\gamma = .21$, $p \leq .001$). Sin embargo, el apego hacia el padre actúa incrementando la M- ($\gamma = .16$, $p \leq .01$).

Es decir, el efecto de la vinculación con el padre y con la madre, sobre el desarrollo de la identidad de género, es diferente: mientras la relación afectiva con la madre aumenta la probabilidad de asumir características de feminidad, la vinculación con el padre incrementa la asunción de características negativas de masculinidad.

Figura 4: Modelo de relaciones entre las variables del estudio para la muestra de hombres



Con respecto a las *variables grupales*, los resultados obtenidos muestran, también de acuerdo con los presupuestos de partida, que las interacciones en estos contextos actúan tanto sobre la probabilidad de conducta antisocial y de ocio no convencional en grupo, como sobre el desarrollo de la identidad de género de los adolescentes.

Las variables grupales que muestran relación directa y significativa con la conducta antisocial serían: tener amigos delincuentes ($\gamma=.26$, $p \leq .001$), la existencia de maltrato emocional en el grupo ($\gamma=.10$, $p \leq .05$), y el apoyo de los iguales ($\gamma=.07$, $p \leq .05$). La importancia de los amigos delincuentes y del maltrato como antecedentes de delincuencia confirma los resultados previos. Con respecto a la relación directa del apoyo sobre la conducta antisocial, es un resultado que iría en la línea de los planteamientos teóricos que señalan que es preciso cierto afecto para que el grupo actúe como un contexto de aprendizaje de conductas, incluidas las desviadas.

Además de este efecto directo, la variable amigos delincuentes actuaría indirectamente sobre la conducta antisocial, a través de su incidencia sobre el ocio no convencional en grupo ($\gamma=.59$, $p \leq .001$). Esta es, de hecho, la relación cuantitativamente más elevada de todas las observadas en el modelo para los hombres, lo que confirmaría la enorme relevancia que conocer amigos desviados parece tener con respecto a la propia implicación en desviación.

Por otra parte, la segunda de las relaciones en importancia del modelo es, precisamente, la que se produce entre el ocio no convencional en grupo y el total de conducta antisocial ($\gamma=.53$, $p \leq .001$).

Las variables grupales muestran, también, como hemos señalado, relación indirecta con la conducta antisocial a través de su efecto sobre la identidad de género. Concretamente, se observa que la asunción de características de M- vendría precedida por la existencia de amigos delincuentes ($\gamma=.16$, $p \leq .01$) y por el apego hacia los iguales ($\gamma=.13$, $p \leq .05$); mientras que la comunalidad no mitigada estaría precedida por la existencia de apego ($\gamma=.14$, $p \leq .01$) y apoyo ($\gamma=.30$, $p \leq .001$) de los amigos. Es decir, mientras las variables de vinculación afectiva en el grupo actúan favoreciendo la asunción de características de identidad de género tanto propias de la masculinidad como de la feminidad, la presencia de amigos delincuentes actuaría únicamente favoreciendo la asunción de características asociadas a la masculinidad.

Por último, por lo que respecta a las variables grupales, observamos que el apego hacia los amigos incrementa el apoyo de éstos ($\gamma=.45$, $p \leq .001$); y que el apoyo actúa reduciendo la

probabilidad de presión ($\gamma = -.16$, $p \leq .01$) y maltrato emocional en el grupo ($\gamma = -.19$, $p \leq .001$). Estos datos podrían indicar que las relaciones de afecto con los amigos hacen menos necesaria la presión directa, o la violencia, como métodos de influencia grupal, lo que es perfectamente asumible desde el marco teórico que guía este trabajo.

Por lo que respecta a los resultados referidos a la *identidad de género*, los datos indican que la M- incrementa directamente la probabilidad de conducta antisocial ($\gamma = .06$, $p \leq .05$), mientras que el efecto de la comunalidad no mitigada es indirecto, a través de su efecto sobre la masculinidad ($\gamma = -.20$, $p \leq .001$); es decir, la comunalidad no mitigada reduce la probabilidad de asumir características negativas de masculinidad y, de esta manera, disminuye la probabilidad de delincuencia.

Estos resultados se ajustan perfectamente a las hipótesis de partida del trabajo. Asimismo, en la línea de los resultados hallados en análisis previos, estos datos podrían indicar que las características que definen la masculinidad no valorada socialmente parecen incompatibles con las características de preocupación por el otro que definen la comunalidad.

Además, el modelo plantea la existencia de una relación, no contemplada en el modelo de partida, entre la masculinidad negativamente valorada y la presión grupal ($\gamma = .14$, $p \leq .01$), lo que podría interpretarse en el sentido de que la identidad de género viene determinada, pero determina a su vez, el tipo de relaciones que los jóvenes establecen con sus iguales.

El porcentaje de explicación que estas variables, en su conjunto, proporcionan de la conducta antisocial de los varones es muy elevado ($R^2 = .71$).

5.5.2. Resultados del Path Análisis para la muestra de mujeres

El modelo reespecificado para mujeres (véase Figura 5) conserva, como variables observadas con un efecto significativo sobre la delincuencia: a) 3 indicadores exógenos relacionados con la vinculación familiar y escolar: *apoyo de la madre*, *apego escolar* y *supervisión familiar*; b) 2 variables endógenas relativas al entorno grupal desviado: *amigos delincuentes* y *estructura grupal*; c) 3 indicadores endógenos relacionados con los vínculos afectivos en el grupo: *apoyo de los iguales*, *apego hacia los amigos* e *importancia percibida en el grupo*; d) 2 variables mediadoras referidas a la identidad de género: *masculinidad negativamente valorada (M-)* y *comunalidad no mitigada*; y, e) la variable mediadora: *ocio no convencional en grupo*.

Es decir, habría que señalar algunas diferencias iniciales en este modelo con respecto al obtenido para los varones. Para ellas, el modelo no selecciona, entre las variables de vinculación convencional, ninguna referida a la relación con el padre, pero sí el apego hacia el entorno escolar, que no parecía tan relevante entre los chicos. Además, entre las variables grupales, mientras para los hombres aparecía como elemento importante la presión hacia la conformidad, para las mujeres esta variable no resulta significativa, mientras que sí lo son el grado de estructura grupal y la importancia percibida en el grupo.

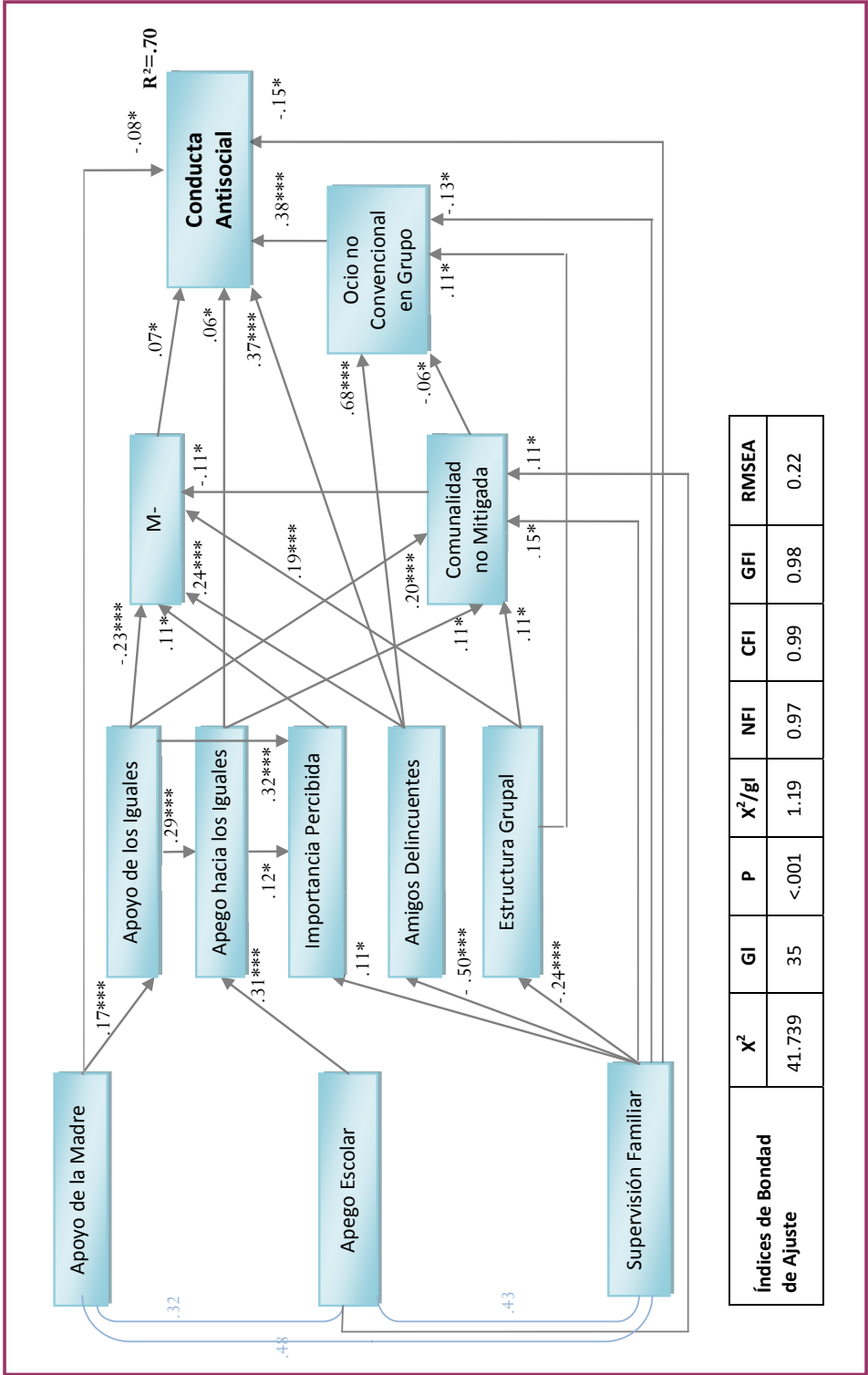
De todos modos, los resultados obtenidos para las mujeres indican, en primer lugar, y al igual que ocurría en el modelo para los hombres, que las *relaciones familiares y escolares* actúan como antecedente tanto del tipo de interacciones establecidas con el grupo de iguales, como de la identidad de género, y del comportamiento desviado.

La relación directa entre los entornos convencionales y la conducta antisocial se deriva, para ellas, del efecto del apoyo de la madre y de la supervisión familiar ($\gamma = -.08$, $p \leq .05$; y $\gamma = -.15$, $p \leq .01$; respectivamente). Ambas actúan, entonces, disminuyendo la probabilidad de implicación en desviación.

Estas variables de vinculación convencional actúan también indirectamente sobre la conducta antisocial a través de su efecto sobre las variables grupales. Así, la supervisión familiar reduce la probabilidad de que las chicas se asocien con amigos delincuentes ($\gamma = -.50$, $p \leq .001$) y se integren en grupos altamente estructurados ($\gamma = -.24$, $p \leq .001$), en los que se realizan actividades de ocio no convencionales ($\gamma = -.13$, $p \leq .01$). La supervisión se configura, también para las mujeres, como una variable especialmente relevante en la explicación de la conducta antisocial.

Además, la supervisión familiar actuaría incrementando la importancia percibida en el grupo ($\gamma = .11$, $p \leq .05$); el apoyo de la madre incrementando el apoyo de los iguales ($\gamma = .17$, $p \leq .001$); y el apego escolar incrementando el apego hacia los amigos ($\gamma = .31$, $p \leq .001$). Es decir, también para las mujeres la vinculación afectiva con los contextos convencionales es un antecedente del establecimiento de relaciones afectivas con los amigos.

Figura 5: Modelo de relaciones entre las variables del estudio para la muestra de mujeres



La vinculación familiar y escolar actúa también sobre el desarrollo de la identidad de género, pero, a diferencia de lo que ocurría para los varones, únicamente muestra efecto sobre la comunalidad no mitigada. Concretamente, la supervisión de los padres y el apego escolar favorecen la probabilidad de que las mujeres asuman como propias de su identidad características que definen la comunalidad no mitigada ($\gamma=.15$, $p \leq .01$; $\gamma=.11$, $p \leq .05$, respectivamente).

Por lo que respecta a las variables del *grupo de iguales*, los resultados muestran, también, que inciden directamente sobre la probabilidad de desviación. Además, actúan sobre el desarrollo de la identidad de género de las adolescentes.

La relación directa con la conducta antisocial se deriva, fundamentalmente, del efecto de los amigos delincuentes ($\gamma=.37$, $p \leq .001$); y en menor medida, del apego hacia los iguales ($\gamma=.06$, $p \leq .05$).

Además, los amigos desviados y la estructura grupal actúan incrementando el ocio no convencional en grupo ($\gamma=.68$, $p \leq .001$; y $\gamma=.11$, $p \leq .05$, respectivamente). La relación entre amigos delincuentes y participación en ocio no convencional con los iguales es, de hecho, la relación cuantitativamente más elevada en este modelo. El ocio no convencional en grupo es la variable con mayor impacto directo sobre el total de conducta antisocial ($\gamma= .38$, $p \leq .001$).

Asimismo, se observa un efecto directo del apoyo del grupo sobre el apego hacia los amigos ($\gamma=.29$, $p \leq .001$) y la importancia percibida en el grupo ($\gamma=.32$, $p \leq .001$); y del apego hacia los amigos sobre la importancia percibida ($\gamma=.12$, $p \leq .05$). Es decir, existe una relación, perfectamente asumible a nivel teórico, entre los distintos indicadores de vinculación afectiva en el grupo.

Las variables grupales inciden también, tal y como veíamos en el caso de los hombres, en el desarrollo de la identidad de género de las mujeres. Así se observa que la asunción de características de masculinidad negativa vendría precedida por tener amigos delincuentes ($\gamma=.24$, $p \leq .001$), pertenecer a grupos con un elevado nivel de estructura ($\gamma=.19$, $p \leq .001$), sentirse importantes en el grupo ($\gamma=.11$, $p \leq .05$) y recibir poco apoyo de los amigos ($\gamma= -.23$, $p \leq .001$). La asunción de características de comunalidad estaría precedida por el hecho de sentirse apoyadas por los iguales ($\gamma=.20$, $p \leq .001$), sentir apego hacia ellos ($\gamma=.11$, $p \leq .05$), y pertenecer a grupos estructurados ($\gamma=.11$, $p \leq .05$).

Los resultados con respecto a la *identidad de género* coinciden con los obtenidos para los chicos en dos aspectos: la masculinidad negativamente valorada disminuye directamente la conducta antisocial de las mujeres ($\gamma=.07$, $p \leq .05$); y la comunalidad no mitigada no actúa directamente sobre la conducta antisocial, sino que su efecto sobre ésta se deriva de que reduce la probabilidad de asumir características de masculinidad ($\gamma= -.11$, $p \leq .05$).

Pero, en el caso de las mujeres, la feminidad no mitigada actúa también disminuyendo la probabilidad de realizar actividades de ocio no convencional en grupo ($\gamma= -.06$, $p \leq .05$). Es decir, para las chicas sí se observa un efecto directo de la comunalidad sobre la implicación en desviación.

El porcentaje de explicación que estas variables, en su conjunto, proporcionan de la conducta antisocial de las mujeres es elevado ($R^2=.70$), y muy similar al encontrado para los hombres.

Discusión y Conclusiones

El principal propósito de este trabajo ha sido analizar los factores relacionados con la conducta antisocial de los adolescentes de la población general, para elaborar un “modelo causal” explicativo de la implicación en desviación de los jóvenes de ambos sexos. Hemos utilizado para ello una muestra representativa de la población urbana escolarizada en Centros de Enseñanza Secundaria de la Comunidad Autónoma de Galicia.

El elemento central de la investigación es el grupo de iguales, el contexto de referencia y pertenencia más relevante a estas edades. El papel del grupo de iguales en la etiología de la conducta antisocial es una temática que, de acuerdo con los resultados acumulados durante décadas, ha sido definida como “*el corazón*” de la investigación en delincuencia juvenil (Hayne, 2002).

El impacto del grupo de iguales sobre la desviación no es, sin embargo, independiente de las interacciones que se producen en otros contextos de socialización, por lo que hemos analizado también las relaciones que el joven mantiene con su familia, y su vinculación al entorno escolar, es decir, las relaciones en los otros dos contextos fundamentales en los que transcurre la vida de los adolescentes. Concretamente, con respecto a la incidencia de las interacciones en los entornos convencionales sobre la probabilidad de desviación de los jóvenes, los resultados de los trabajos en el área señalan, además de su influencia directa, la importancia del hecho de que: “*la asociación con iguales delincuentes suele estar precedida por un debilitamiento de la vinculación con el orden convencional*” (Linden y Fillmore, 1981, p.355).

El tercer elemento del estudio es la identidad de género. La construcción de la propia identidad es una de las “tareas” centrales en la etapa de la adolescencia. Además, el análisis de la importancia del sexo/género con respecto a la delincuencia es probablemente la gran

asignatura pendiente de la Criminología. Tal como afirma Leonard (1982, p. 11): *“A pesar del interminable volumen de escritos para explicarla [la delincuencia], el sexo, la variable más poderosa respecto al delito, ha sido virtualmente ignorada”*.

Los resultados obtenidos en nuestro estudio confirman, en general, las hipótesis de partida. Sintetizando los principales hallazgos cabría decir que:

- 1) Tanto los hombres como las mujeres adolescentes que se implican en conducta antisocial: a) se relacionan con más amigos que a su vez realizan conductas desviadas, b) están menos vinculados a entornos convencionales, y c) se definen a sí mismos en mayor medida con características asociadas a la masculinidad, que los chicos y chicas que no realizan conductas antisociales.
- 2) Los hombres realizan más conductas antisociales que las mujeres, probablemente porque: a) se relacionan en mayor medida con iguales desviados, b) están menos controlados por -y menos vinculados a- los entornos convencionales, y c) han asumido en mayor medida como propias de su identidad características de masculinidad asociadas con una menor autolimitación para realizar conductas que causan daño a otros.

Además de estos resultados generales, el trabajo aporta otras conclusiones que pueden ayudar a explicar, y matizar, las complejas interrelaciones entre los factores implicados en la génesis de la desviación juvenil.

6.1. DELINCUENCIA DE LOS AMIGOS, OCIO NO CONVENCIONAL EN GRUPO Y CONDUCTA ANTISOCIAL

Esta investigación corrobora, en primer lugar, la importancia de la *delincuencia de los amigos* respecto a la propia participación de los jóvenes en conducta antisocial. Aunque se constata que los adolescentes que forman parte de la muestra (adolescentes escolarizados viviendo con su familia) no tienen, en general, muchos amigos desviados en sus contextos grupales, se confirma que, para ambos sexos, tener amigos que se involucran en actividades desviadas es una de las variables grupales con mayor impacto, como factor de riesgo, para cada una de las conductas antisociales analizadas así como para el total de conducta antisocial.

Este es un hallazgo sobre cuya importancia informaba ya el trabajo pionero de Glueck y Glueck (1950), al constatar que más del 98% de los 500 jóvenes delincuentes entrevistados tenían amigos delincuentes; y que ha seguido repitiéndose desde entonces en estudios transversales y longitudinales, realizados en distintos contextos culturales (ej.: Agnew, 1991; Aseltine, 1995; Conway y McCord, 2002; Elliot *et al.*, 1985; Matsueda y Heimer, 1987; McCarthy y Hagan, 1995; Ward y Stafford, 1991).

La acumulación de evidencias que subrayan el impacto de los amigos desviados sobre la delincuencia juvenil apoya claramente los postulados de la Teoría de la Asociación Diferencial de Sutherland (1947) y los de la Teoría del Aprendizaje Social de Akers (1979).

Por otra parte, los datos de este trabajo indican, coincidiendo con los resultados de otros autores (ej.: Elliot y Menard, 1996; Maxwell, 2002), que la relación con amigos delincuentes es un antecedente de la propia conducta antisocial de los adolescentes.

Este resultado proporcionaría apoyo a la hipótesis de la Socialización (los amigos delincuentes actúan como contexto de aprendizaje de conductas desviadas) antes que a la de la Selección (los sujetos que realizan conductas desviadas buscan relacionarse con otros similares).

En este sentido, aunque probablemente la propuesta de autores como Vitaro *et al.* (2005), acerca de que una combinación de ambos planteamientos sería la más adecuada para explicar el fenómeno delictivo juvenil (los amigos delincuentes generan delincuencia y los adolescentes con conductas problemáticas, o con inclinación a manifestarlas, prefieren relacionarse con amigos que también realizan este tipo de comportamientos), cabría señalar que los propios Vitaro *et al.* (1997), y también los resultados de otros autores (Moffit, 1993), indican que entre los jóvenes de la población general lo más probable es que sea la incursión en un grupo desviado el factor determinante de la propia desviación.

La Teoría del Aprendizaje Social de Akers (1979, 1998) es un modelo teórico que concede especial importancia al papel del grupo desviado en el aprendizaje de la propia desviación, al afirmar que los iguales desviados proporcionan a los jóvenes las actitudes, la motivación, las “racionalizaciones”, así como las oportunidades para implicarse en conducta antisocial.

Estas afirmaciones se ven confirmadas claramente por los resultados de nuestro trabajo, dado que observamos que la relación con amigos delincuentes no sólo incrementa directamente la probabilidad del total de conducta antisocial de los adolescentes, sino que también incide sobre el desarrollo de la identidad de género, así como sobre la probabilidad de realizar actividades de ocio no convencional junto a los iguales.

Con respecto a la identidad de género, se observa que la asociación con iguales desviados favorece la asunción de características de masculinidad poco valoradas socialmente, e inhibe la asunción de características que definen la feminidad. Aunque existen pocas investigaciones previas sobre el efecto de un grupo desviado sobre el desarrollo de la identidad de género, autores como Núñez (2005) plantean que las conductas de riesgo y violencia, como forma de obtener reconocimiento grupal, son conductas claramente asociadas a la masculinidad antes que a la feminidad.

Y con respecto a lo que Akers (1998) define como oportunidades para la realización de actividades desviadas, los datos de este trabajo revelan la importancia que para la propia conducta antisocial tiene la participación en *actividades de ocio desviadas* junto con el grupo. Además, esta participación grupal en conductas de ocio no convencional sería, de acuerdo con los resultados de los “*path análisis*” realizados, un antecedente del total de conducta antisocial.

Aunque los adolescentes de nuestra muestra indican realizar junto a sus amigos más actividades de ocio convencional que no convencional, ambos tipos de ocio correlacionan positivamente con la conducta antisocial. Este resultado coincide con los encontrados en trabajos anteriores (ej.: Haynie y Osgood, 2005; Mahoney, Stattin y Magnusson, 2001; Rodríguez, 2006, 2009). Por ejemplo, Wong (2005) indica, a este respecto, que probablemente el hecho de compartir mucho tiempo con los amigos conlleva la realización de diferentes tipos de actividades, y hace más probable que algunas de ellas sean desviadas.

Sin embargo, como indicamos, es el ocio no convencional en grupo el que ha resultado ser una de las variables más importantes a la hora de explicar el total de conducta antisocial de hombres y mujeres. Autores como Haynie y Osgood (2005) habían observado, igualmente, que los jóvenes que participan en actividades de ocio poco estructuradas junto a otros iguales se implican con mayor frecuencia en conducta antisocial, en particular si el contexto social de la actividad se caracteriza por la presencia de una gran proporción de iguales problemáticos.

Por otra parte, y tal como señalamos en los capítulos dedicados a la revisión teórica, uno de los hechos más destacables de la desviación juvenil es que se trata, generalmente, de una conducta realizada en compañía de los iguales (Emler, *et al.*, 1987; Reiss y Farrington, 1991; Sarnecki, 2001). Sarnecki (1986, 1990) a este respecto concluye que la mayor parte de los jóvenes delincuentes cometen sus delitos en compañía de sus mejores amigos y que la pertenencia a una red de iguales desviada tiene un papel significativo en la introducción de los jóvenes en la delincuencia, y es especialmente importante en que ésta se mantenga.

Por último, el dato de que la frecuencia de realización de actividades no convencionales junto al grupo de amigos sea un antecedente muy significativo del total de conducta antisocial de los adolescentes volvería a confirmar la validez de la hipótesis de la Socialización para los jóvenes de nuestra muestra.

En resumen, la presencia de iguales delincuentes en el grupo, y la realización de actividades de ocio no convencional con ellos, se confirman como dos factores de riesgo importantes con respecto a la probabilidad de conducta antisocial de los adolescentes de ambos sexos; aunque resultan especialmente relevantes en la explicación de la conducta antisocial de los varones, probablemente porque son los chicos los que están significativamente más expuestos a amigos delincuentes (Sevensson, 2003; Storvoll y Wichstrom, 2000; van Lier *et al.*, 2005) y los que realizan con mayor frecuencia actividades no convencionales en sus grupos de iguales (Mahoney y Stattin, 2000; Rodríguez, Mirón y Rial, en prensa).

6.2. AFECTO Y CONFLICTO EN EL GRUPO Y CONDUCTA ANTISOCIAL

Una de las cuestiones todavía no del todo definidas en la investigación sobre conducta antisocial hace referencia a si los grupos de iguales desviados se caracterizan por la presencia de conflicto y violencia (y si este es un factor relevante con respecto a la conducta antisocial que realizan), o bien las interacciones en tales grupos presentan características semejantes, en afecto y conflicto, a las de cualquier otro grupo de iguales.

Tal y como señalamos en la revisión teórica, existen dos argumentaciones contrapuestas en cuanto al papel que juega el afecto de y hacia los amigos en la génesis de la conducta desviada, representadas por la Teoría de la Asociación Diferencial (Sutherland, 1947) y la Teoría del Control Social (Hirschi, 1969).

Desde la Teoría de la Asociación Diferencial se plantea que la pertenencia a un grupo de iguales desviado es uno de los principales factores de riesgo de la desviación juvenil, y se asume que para que el grupo actúe como un contexto de aprendizaje de conductas, sean o no desviadas, es necesario que exista cierto afecto en las interacciones grupales. Por el contrario, desde la Teoría del Control Social de Hirschi (1969) se afirma que los individuos que se integran en grupos antisociales carecen de las habilidades necesarias para establecer relaciones de afecto satisfactorias y, precisamente por ello, no atribuye al grupo de iguales desviado un papel relevante en la génesis de la desviación.

Bajo ambos planteamientos subyace, entonces, la idea de que es preciso un vínculo afectivo con el grupo para que éste actúe, efectivamente, como un contexto de influencia conductual. Sin embargo, se diferencian en que los grupos desviados son definidos como carentes de afecto por la Teoría de Hirschi (1969), y como entornos en los que necesariamente debe existir una relación afectiva para que se produzca influencia en la teoría de la Asociación Diferencial.

Los resultados de este trabajo, con respecto al afecto, respaldan en mayor medida los postulados de la Teoría de la Asociación Diferencial, al indicar que el *afecto grupal* no es incompatible con la realización de actividades desviadas. Pero, sobre todo, los datos muestran que es el nivel de conflicto, antes que la intensidad de la vinculación afectiva, el elemento más importante en cuanto a la génesis de la conducta desviada de los adolescentes.

Las variables afectivas no muestran una relación consistente con los distintos tipos de conducta antisocial cuando su efecto es evaluado aisladamente (análisis de correlación), pero en los análisis en los que su influencia se combina con la de los restantes indicadores grupales (análisis de regresión y *path* análisis), observamos que tanto para los chicos como para las chicas la vinculación afectiva (apoyo y/o apego de los iguales) incrementa directamente, aunque con un efecto moderado, la probabilidad de conducta antisocial.

Este resultado coincide con el obtenido por Luijpers (2000), quien, tras una revisión de los estudios sobre vínculo social y delincuencia juvenil, concluye que cuanto más intensos sean los vínculos con iguales desviados mayor será la implicación delictiva de los adolescentes.

En nuestros datos se observa también un efecto indirecto de la vinculación afectiva grupal sobre la conducta antisocial, a través de su impacto sobre el desarrollo de la identidad de

género. Lo que ocurre es que estas variables de vinculación afectiva en el grupo actúan favoreciendo tanto la asunción de características de identidad propias de la masculinidad como de la feminidad; por lo que es difícil valorar si finalmente la relación afectiva con los iguales actúa indirectamente como factor de riesgo o de protección de la delincuencia. Es posible que este resultado sea la consecuencia de que, dado que posiblemente el afecto está presente en todos los grupos de amigos, actuará favoreciendo la asunción de las actitudes y los comportamientos concretos que se definan como adecuados, en cada momento, en el grupo.

Por último, por lo que respecta a las variables de afecto grupal observamos que para los chicos el apoyo actúa reduciendo la probabilidad de presión y maltrato emocional en el grupo. Estos datos podrían indicar que las relaciones de afecto con los amigos hacen menos necesaria la presión directa, o la violencia, como métodos de influencia grupal. Es decir, utilizando la terminología de French y Raven (1959), posiblemente el poder de atracción resulte más relevante que el poder de coerción como mecanismo de control del comportamiento en los grupos de iguales.

En todo caso, nuestros resultados apuntan a que el afecto está presente, en mayor o menor medida, en todos los grupos de amigos. De hecho, las puntuaciones medias de los jóvenes de esta muestra indican que, en general, se sienten importantes en sus grupos, y perciben un nivel elevado de apoyo y apego con respecto a sus amigos. Por lo que podríamos concluir, de acuerdo con Giordano *et al.* (1986) que existen escasas diferencias entre delincuentes y no delincuentes en sus descripciones del nivel de interacción e intimidad con los iguales.

Sin embargo, tal como señalábamos, los jóvenes que se implican en desviación sí se diferencian de los que no lo hacen en cuanto al nivel de conflicto y violencia presente en sus grupos.

En esta investigación se han analizado dos tipos de *interacciones violentas en el grupo*: el uso de la violencia, física y emocional, como estrategia de resolución de conflictos; y la utilización del maltrato, físico y emocional, como modo de interacción grupal no vinculado a disputas. Los datos obtenidos indican que los adolescentes de esta muestra optan en mayor medida por formas no violentas de resolución de conflictos, pero, cuando utilizan la violencia, emplean más la violencia emocional que la física. En cuanto a las conductas de maltrato también es más habitual el maltrato emocional que el físico. Estos datos coinciden con los de la literatura previa en el área (ej.: Atici, 2007; Rodríguez, 2009; Thayer, 2005).

De acuerdo con las hipótesis de partida, la utilización de ambos tipos de violencia y de ambos tipos de maltrato muestra una elevada correlación positiva con la conducta antisocial de chicos y chicas.

Estos resultados coinciden con los obtenidos por otros autores (ej.: Capaldi *et al.*, 2001; Dishion *et al.*, 1995a; Rodríguez y Mirón, 2008; Rodríguez, 2009). Por ejemplo, Rodríguez y Mirón (2008) indican que la utilización de estrategias de resolución de conflictos violentas y las distintas modalidades de maltrato (tanto físico como emocional) se asocian positiva y significativamente con todas las actividades antisociales de hombres y mujeres; y que, además, ésta es una característica que diferencia a los grupos de amigos delincuentes de los compuestos por iguales convencionales. En este sentido, cabría afirmar que posiblemente los grupos en los que se manifiesta violencia actúen como contextos que favorecen la adquisición de comportamientos y actitudes desviadas.

De entre las variables referidas a las interacciones agresivas en el grupo, la que resulta más importante al analizar su efecto conjunto con los restantes factores considerados en este trabajo es el maltrato emocional, dado que es una de las variables seleccionadas en los análisis de regresión tanto de los chicos como de las chicas. Además, el maltrato emocional en el grupo forma parte del modelo “causal” obtenido para los chicos, incrementando directamente la probabilidad de su conducta antisocial.

El hecho de que el papel de la violencia grupal en la explicación de la delincuencia resulte más relevante en el caso de los hombres, probablemente sea debido a que la violencia constituye una realidad mucho más frecuente en los grupos de los varones que en los de las mujeres, tal como apuntan los hallazgos de un buen número de trabajos anteriores (ej.: Lindeman, Hrakka y Keltikangas-Jarvinen, 1997; Maccoby, 2002; Martin y Fabes, 2001; Moreira *et al.*, 2010; Toldos, 2005), y también los de la presente investigación.

Estos datos acerca de la relevancia de la violencia y el maltrato grupal sobre la delincuencia individual podrían entenderse como un apoyo a los postulados de la Teoría del Control Social (Hirschi, 1969) acerca de que las relaciones que se producen en los grupos integrados por jóvenes infractores son más frías y conflictivas que las que se producen en los grupos convencionales. Sin embargo, y a diferencia de los postulados de Hirschi (1969), nuestros datos sugieren que las interacciones grupales de los jóvenes con conducta antisocial no sólo se caracterizan por el conflicto y la violencia, sino también por el afecto entre sus miembros. Es

decir, podríamos concluir, tal como apuntaban Coie y Dodge (1998), que los grupos de amistad de los adolescentes con conducta desviada incluyen “aspectos negativos” que son menos habituales en las amistades de los no desviados, pero también “aspectos positivos”, al igual que las amistades de los adolescentes no desviados.

6.3. COMPOSICIÓN, ESTRUCTURA Y PRESIÓN GRUPAL, Y CONDUCTA ANTISOCIAL

Uno de los propósitos de este trabajo era el de examinar, además de las variables grupales señaladas como especialmente relevantes en investigaciones previas, otros elementos de la interacción grupal que pudiesen contribuir a explicar el enorme impacto que la pertenencia a grupos desviados parece tener sobre la propia desviación.

Hemos obtenido algunos resultados que indican que efectivamente, la estructura grupal y la presión abierta hacia la conformidad por parte de los iguales, son factores grupales que actúan incrementando la probabilidad de que los adolescentes se impliquen en conductas desviadas. También observamos algún efecto de las variables de composición grupal, aunque éste es, en general, menos importante.

Con respecto a la *composición grupal* (tamaño, edad y sexo), los datos indican que los adolescentes de la muestra forman parte de grupos de aproximadamente 9 amigos, fundamentalmente de su mismo sexo y edad. Este es un resultado consistente con los de otras investigaciones en las que se constata la tendencia a la similitud en cuanto a la edad y el sexo de los grupos adolescentes (ej.: Hartup, 1996; Kirchler, Palmonari, Pombeni, 1996; Ladd, 1989; Werner y Parmelee, 1979).

En cuanto a la relación de estas variables con la desviación, la probabilidad de conducta antisocial parece relacionarse con un incremento del número de amigos en el grupo, y en concreto, con una mayor presencia de amigos de diferente sexo y edad. Este hecho es especialmente notorio en el caso de las mujeres; resultado que coincide con el obtenido en un trabajo previo (Moreira, 2007) en el que observamos que uno de los factores que mejor predecía la incursión de las chicas en actividades delictivas era la presencia de varones, no de mujeres, en sus grupos de amistad, y más concretamente de hombres desviados de mayor edad que ellas. También otros autores, como Andorfer y Stormshak (2008) plantean que la incursión de las mujeres adolescentes en actividades desviadas podría estar relacionada con

un rechazo por parte de las amigas del mismo sexo, que las lleva a integrarse en grupos mixtos en los que predominan los varones.

En todo caso, pese a que las variables de composición presentan algunas relaciones interesantes con la conducta antisocial de los adolescentes de ambos sexos, no muestran tener un papel especialmente decisivo respecto a tales comportamientos, dado que no son seleccionadas como relevantes ni en los análisis de regresión ni en los path análisis realizados.

En cuanto a la *estructura del grupo*, los resultados obtenidos indican que los grupos de los jóvenes encuestados presentan un nivel bajo de organización formal. Sin embargo, observamos que cuanto mayor es la estructura del entorno grupal más probable resulta la participación de los adolescentes de ambos sexos en conducta antisocial. Gatti *et al.* (2005) y Morash (1983) también habían encontrado que la estructura grupal tiene un efecto sobre la probabilidad de desviación juvenil, y que este efecto es específico, y diferenciado con respecto al efecto de la variable tener amigos delincuentes.

En nuestros resultados observamos también que la estructura grupal es una de las variables que configuran el “modelo causal” explicativo de la conducta antisocial de las chicas. La estructura grupal incrementa la probabilidad de que las mujeres realicen ocio no convencional en grupo; y actúa, además, sobre el desarrollo de su identidad de género, incrementando la probabilidad de asumir como propias tanto características vinculadas a la masculinidad como a la feminidad.

A este respecto, es pensable que en la medida en que en un grupo haya normas formales y figuras de liderazgo explícitas, más probable será que los miembros ajusten su comportamiento a las demandas grupales. Tal como plantean Esbensen y Weerman (2005), cuanto mayor sea el grado de estructura de un grupo, mayor será su influencia sobre los miembros que lo componen.

Por lo que respecta a la *presión grupal* los datos obtenidos indican que en los grupos de iguales de los jóvenes encuestados la presión directa para que ajusten su comportamiento al del grupo es, en general, baja. Sin embargo, se observa una asociación positiva y significativa entre la conducta antisocial y la presión en el grupo, tanto para los hombres como para las mujeres, que es consistente con la obtenida en otros trabajos, en los que también se señala que la presión del grupo de iguales, y la conformidad del adolescente ante esta presión, puede

actuar como factor de riesgo de la delincuencia (ej.: Bauman y Ennett, 1996; Flanery *et al.*, 1998; Santor *et al.*, 2000).

Asimismo, en los resultados del presente trabajo la presión grupal forma parte del modelo causal explicativo de la conducta antisocial de los varones, incidiendo directamente sobre la probabilidad de maltrato emocional y, por tanto, indirectamente sobre el total de conducta antisocial. Además, el modelo plantea la existencia de una relación, no contemplada en el modelo de partida, entre la masculinidad negativamente valorada y la presión grupal. Es decir, aunque en los resultados generales del modelo se observa que las variables grupales contribuyen a determinar la identidad de género de los adolescentes, este dato indica que la identificación de uno mismo con las características que definen masculinidad incide, a su vez, en las dinámicas que se establecen en el grupo, asociadas a los intentos de influencia.

Washburn, Hillman y Sawilowsky (2004), en un estudio en el que analizan las diferencias en la presión que el grupo de amigos ejerce sobre chicos y chicas, y en la forma en cómo éstos afrontan esta presión, también encuentran que, ante la presión de los iguales, son los adolescentes varones los que manifiestan mayor grado de violencia física y amenazas, tanto para presionar a otros como para responder a las presiones que se ejercen sobre ellos.

Cabría señalar que estos resultados acerca del efecto de la estructura y la presión grupales, combinados con los obtenidos con respecto al afecto, podrían indicar, tal como señala la Teoría de la Asociación Diferencial, que los mecanismos de influencia y aprendizaje son similares en los grupos desviados y en los grupos convencionales, lo que varía de unos a otros sería el contenido de las interacciones. En palabras del propio Sutherland (1955, p. 58): *“es el contenido del aprendizaje y no el aprendizaje en sí mismo el elemento significativo que determina si uno se convierte en un delincuente o no”*. Así, cabría pensar que tanto la presión hacia la conformidad, como la estructura existente en el grupo, y el afecto, podrían provocar una mayor probabilidad de que los adolescentes sean influenciados por sus amigos, ya sea hacia la conformidad o hacia la desviación.

En conclusión, las variables grupales analizadas en este trabajo que muestran una relación más importante con la delincuencia juvenil serían la presencia de amigos delincuentes, la realización de actividades de ocio no convencionales junto a ellos, y la existencia de violencia y maltrato en las interacciones grupales. La estructura del grupo, la presión de los iguales, y las

relaciones de afecto, actuarían, básicamente, como elementos que refuerzan la probabilidad de influencia de la conducta de los iguales sobre la propia conducta de los adolescentes.

6.4. VINCULACIÓN CON CONTEXTOS CONVENCIONALES, Y CONDUCTA ANTISOCIAL

Los resultados de los trabajos que analizan conjuntamente la influencia del grupo y de los contextos convencionales sobre la delincuencia juvenil (ej.: Box, 1983; Krohn y Massey, 1980; Garnier y Stein, 2000; Le Blanc y Caplan, 1993; Mirón y Otero-López, 2005; Vitaro *et al.*, 2000) ponen de manifiesto que, aunque el grupo de amigos desviado es el factor cuantitativamente más relevante con respecto a la conducta antisocial de los adolescentes, su efecto suele estar precedido por una ausencia de vinculación con los contextos convencionales (y en especial con la familia).

En el presente trabajo se han analizado dos elementos de interacción familiar que la literatura considera claves con respecto a la probabilidad de desviación: el afecto (apoyo de ambos padres y apego hacia ellos) y el control paterno: la supervisión que los padres ejercen sobre la conducta del hijo, dentro y fuera de casa. Se ha incluido también, como parte de la vinculación a contextos convencionales, el apego hacia el entorno escolar.

6.4.1. Supervisión Familiar y Conducta Antisocial

Los resultados obtenidos confirman, en primer lugar, la importancia de la supervisión familiar como factor protector con respecto a la probabilidad de la de conducta antisocial de los adolescentes de ambos sexos.

En los análisis de correlación la *supervisión* de los padres es la variable familiar para la que se observan las asociaciones cuantitativamente más elevadas con respecto a los distintos tipos de conducta antisocial de los adolescentes de ambos sexos; y también la que muestra un mayor número de asociaciones significativas con las variables grupales. Además, los resultados de los análisis causales confirman que un bajo nivel de supervisión es un antecedente tanto de la propia conducta antisocial de los adolescentes, como del tipo de amigos con los que se relacionan, del tipo de actividades que realizan con ellos, y de la identidad de género que desarrollan.

La importancia del efecto de la supervisión paterna sobre la conducta desviada de los hijos ha sido señalada en numerosos trabajos en el área. Trabajos clásicos como el de Wilson (1980) o Patterson y Stouthamer-Loeber (1984), o estudios más recientes como el de Li *et al.* (2000) o DiClemente *et al.* (2001), todos encuentran, sistemáticamente, que la ausencia de supervisión es una condición presente en las familias de los adolescentes que desarrollan conducta desviada. Mención especial merece el estudio longitudinal realizado por McCord (1979), siguiendo a una muestra a lo largo de 30 años, en el que se evidencia que de todas las variables familiares evaluadas en la infancia, la ausencia de supervisión resultó la más significativa para predecir delincuencia en la edad adulta. Esta autora observa, además, que el efecto de la supervisión continúa siendo significativo incluso controlando variables familiares que tradicionalmente han mostrado gran relevancia en la predicción de la delincuencia, tales como el estatus económico, la conducta desviada del padre, o la propia conducta pre-delictiva del hijo.

Con respecto a su efecto sobre el tipo de iguales con los que el hijo se relaciona, en nuestro trabajo observamos que la supervisión actúa incrementando la vinculación afectiva con los amigos, y disminuyendo la probabilidad de pertenecer a un grupo con altos niveles de estructura y/o presión, de conocer amigos delincuentes, y de realizar actividades de ocio no convencional con ellos.

Este efecto inhibitor de la supervisión paterna sobre la probabilidad de relacionarse con amigos antisociales, y de realizar actividades de ocio no convencional en grupo, es un hallazgo coincidente con el de numerosos trabajos previos (ej.: Claes *et al.*, 2005; Dishion, 2004; Laird *et al.*, 2003, 2007; Oxford *et al.*, 2002; Patterson y Dishion, 1985; Kim, Hetherington y Reiss, 1999). Stoolmiller (1994), por ejemplo, constata, en un estudio longitudinal, que un bajo nivel de supervisión predice la asociación con iguales delincuentes y que ésta lleva a un incremento significativo de la actividad delictiva de los adolescentes.

En cuanto al efecto de la supervisión sobre la identidad de género, observamos, en los análisis de correlación, que la supervisión familiar, tanto entre los chicos como entre las chicas, se asocia con la asunción de características de feminidad, y disminuye la probabilidad de asumir características de masculinidad no valoradas socialmente. Además, entre los chicos, la supervisión incrementa también la probabilidad de asumir características masculinas socialmente bien valoradas.

En los análisis causales la supervisión actúa favoreciendo la comunalidad no mitigada entre las mujeres, y disminuyendo la masculinidad socialmente no valorada entre los varones. Es decir, inhibiendo indirectamente la conducta antisocial en ambos casos.

La importancia de las variables familiares como antecedentes del desarrollo de la identidad de género de los hijos ha sido señalada por la práctica totalidad de los autores y los modelos teóricos en el área (ej.: Bussey y Bandura, 1999; Maccoby, 1998). Nuestros resultados indican que el control paterno fomenta características de preocupación por los demás, antes que características de preocupación por uno mismo, en los chicos y las chicas; pero indican también, en línea con los postulados de los autores mencionados, que este control ejerce, además, un efecto diferencial en los hijos de uno y otro sexo, actuando en mayor medida sobre el desarrollo de la masculinidad de los varones, y de la feminidad de las hijas; es decir, promoviendo características acordes con el rol de género prescrito socialmente para cada sexo.

Por último, cabe matizar que la supervisión familiar parece jugar, de acuerdo con nuestros datos, y con los de otros trabajos previos (Claes y Lacourse, 2001), un papel más relevante en la explicación de la conducta antisocial de las mujeres que en la de los varones. La supervisión es una de las variables seleccionadas para las chicas, pero no para los chicos, en los análisis de regresión; y en los modelos causales, la supervisión muestra un efecto directo significativo sobre la conducta antisocial sólo en el caso de las chicas, mientras que para los varones esta variable actúa indirectamente sobre su conducta antisocial, a través del efecto mencionado sobre las variables grupales y la identidad de género.

Probablemente este resultado indica que, aún cuando el nivel de supervisión que los padres ejercen sobre la conducta de los adolescentes encuestados de ambos sexos es elevado, éstos se preocupan significativamente más por controlar a sus hijas, y a los amigos con los que éstas se relacionan, que a sus hijos varones. Esta es también la conclusión de otros trabajos previos en el área (ej.: Block, 1984; Emler y Reicher, 1995; Santrock, 2004; Rodríguez, 2009).

Este mayor control ejercido tradicionalmente sobre las mujeres es, de hecho, uno de los elementos en los que se asientan algunas de las explicaciones del gap de género en la delincuencia, sobre el que volveremos más adelante.

6.4.2. Vínculos Afectivos con el Entorno Familiar y Escolar y Conducta Antisocial

Los datos de esta investigación confirman también la relevancia de la *vinculación afectiva a los entornos convencionales*, y especialmente a los padres, respecto a la participación de los adolescentes de ambos sexos en conducta antisocial.

La vinculación afectiva con los padres y con el contexto escolar actúa disminuyendo la probabilidad de conducta antisocial de los jóvenes de ambos sexos. Este resultado coincide con nuestra hipótesis de partida, así como con los de otros trabajos en el área (ej.: Barnow *et al.*, 2005; Cortes y Gatti, 1972; Forgatch y Degarmo, 1999; Harris, 1999; Nye, 1958; Oxford *et al.*, 2002; Pardini *et al.*, 2005; Pons-Diez, 1998), y con los postulados de las principales perspectivas teóricas de la delincuencia juvenil.

La Teoría del Control Social de Hirschi (1969), y su más reciente reformulación, la Teoría General del Delito (Gottfredson y Hirschi, 1990), consideran la vinculación con entornos convencionales como un elemento clave que inhibe el desarrollo de la conducta desviada. También desde las Teorías de la Asociación Diferencial y del Aprendizaje Social se considera la relevancia de la relación afectiva con la familia, y otros entornos convencionales, respecto al aprendizaje de normas y conductas convencionales.

Erikson *et al.* (2000), en un estudio en el que intentan integrar la Teoría del Control Social y la Teoría de la Asociación Diferencial para explicar el consumo de drogas y la delincuencia juvenil, muestran que los adolescentes que mantienen fuertes vínculos convencionales (con la familia, la escuela o la comunidad) corren menos riesgo de asociarse con iguales desviados, y, por tanto, de implicarse en comportamientos problemáticos.

Los resultados de este trabajo, indican, además, que una débil vinculación a entornos convencionales es un antecedente de la conducta antisocial de los adolescentes, coincidiendo con los de otras investigaciones previas (ej.: Dekovic y Meeus, 1997; Meeus, Oosterwegel y Vollebergh, 2002).

En los modelos causales realizados observamos que tanto para los hombres como para las mujeres el apoyo de la madre actúa directamente disminuyendo la probabilidad de conducta antisocial. Además, las relaciones familiares y escolares actúan tanto sobre el tipo de

interacciones establecidas con el grupo de iguales, como sobre la identidad de género de los hijos.

La vinculación afectiva con la familia incrementa la probabilidad de que los jóvenes de ambos sexos establezcan relaciones altas en afecto con sus iguales; y el apego escolar actúa en la misma dirección para las mujeres. Estos resultados coinciden con los obtenidos por otros autores (ej.: Dekovic y Meeus, 1997; Sánchez-Queija y Oliva, 2003); y tiende a indicar que el tipo de vínculo afectivo que se desarrolla en el contexto familiar puede contribuir a determinar las restantes vinculaciones afectivas que el adolescente establece fuera del hogar.

Por último, la vinculación afectiva con la familia y con el entorno escolar tiene un efecto significativo sobre la identidad de género de los adolescentes. Sin embargo, es diferente para los adolescentes de cada sexo. Para las mujeres, la vinculación al contexto escolar favorece la asunción de características vinculadas a la feminidad. Para los chicos, mientras la relación afectiva con la madre reduce la asunción de características de masculinidad negativa, e incrementa la probabilidad de asumir características de feminidad; el apego hacia el padre actúa incrementando la masculinidad.

Estos datos indican, en la línea de lo que plantea la Teoría Socio-Cognitiva de Bussey y Bandura (1999), que el padre y la madre, a través del refuerzo y el modelado, favorecen y potencian la adquisición de características y conductas que se consideran apropiadas para cada sexo. Se espera que la madre potencie más la adquisición de características vinculadas a la feminidad, y el padre, características vinculadas a la masculinidad. Aunque la actuación de ambos padres se ajusta a las demandas del rol de género de cada hijo, de modo que los mensajes destinados a promover la masculinidad estarán dirigidos preferentemente a los hijos varones y los orientados a promover la feminidad, a las hijas.

Por último, cabría matizar que, en los datos del presente trabajo, mientras para las chicas sería la supervisión el elemento fundamental del contexto familiar que actúa como factor de protección de la conducta desviada, para los chicos es, sobre todo, el vínculo afectivo establecido con la familia, y en especial con la madre, el elemento de vinculación convencional con mayor efecto protector frente a tales conductas.

Hirschi (1969) planteaba que la vinculación afectiva padres-hijos actúa favoreciendo el control indirecto de los padres sobre la conducta de los hijos, dado que éstos tienden a tener

“psíquicamente presentes” a unos padres con los que mantienen buenas relaciones; y, por tanto, a ajustar su comportamiento a las expectativas paternas, incluso cuando no están con ellos (Mirón, 1990). Cabría decir, de acuerdo con los datos del presente trabajo, que este mecanismo de control indirecto parece actuar para los adolescentes de ambos sexos, pero resulta esencial para los varones. Mientras que en el caso de las mujeres, los padres añaden un elevado nivel de control directo sobre su conducta, que no está presente, en la misma medida, para los hijos varones.

6.5. SEXO, GÉNERO Y CONDUCTA ANTISOCIAL

El análisis de las diferencias entre los índices delictivos de hombres y mujeres (el, probablemente mal denominado, *gender gap* de la delincuencia) ha sido un tema del que la Criminología se ha ocupado desde hace relativamente poco tiempo. Tradicionalmente las mujeres han sido “olvidadas” (Chesney-Lind y Okamoto, 2001) en el análisis de la conducta desviada, de manera que los hombres y sus experiencias se han configurado como el referente en los modelos teóricos de la desviación (Bartolomé, Montañés, Rechea y Montañés, 2009; Cecil, 2006, Rutter *et al.*, 2000). Por ello, las escasas teorizaciones existentes sobre la etiología de la delincuencia de las mujeres han sido, básicamente, meras extrapolaciones realizadas a partir de los modelos teóricos validados con muestras de varones (Chesney-Lind y Shelden, 1998; Lanctôt y Le Blanc, 2002).

Fue la aparición del movimiento feminista en Criminología, alrededor de la década de los 70 del pasado siglo, lo que propició un cambio significativo en esta situación, de manera que la delincuencia de las mujeres, y las diferencias entre ésta y la delincuencia de los varones, ha pasado de ser “*la cenicienta de la Criminología*” (Heidensohn, 1997) a convertirse en un tema de interés preferente para muchos teóricos e investigadores contemporáneos. La inclusión del sexo/género como aspecto crucial en el análisis de la delincuencia abrió, además, un interesante debate, que sigue vigente en la actualidad, acerca de si los mismos factores que se proponen como causa de la delincuencia de los varones explicarían adecuadamente la delincuencia de las mujeres (Campbell, 1984; Cernkovich y Giordano, 1979; Norland *et al.*, 1981).

Con el propósito de avanzar en esta dirección, uno de los objetivos de este trabajo ha sido analizar el efecto del sexo y de la identidad de género con respecto a la conducta antisocial de

los adolescentes. Los resultados obtenidos indican que la identidad de género, y no sólo el sexo, plantean diferencias que es necesario tener en cuenta a la hora de explicar el fenómeno de la delincuencia juvenil.

6.5.1. Sexo y Conducta antisocial

Coincidiendo con los datos de la literatura anterior (ej.: Byrnes *et al.*, 1999; Fagan *et al.*, 2007; Hartless *et al.*, 1995; Herrington y Nee, 2005; Lanctôt y Le Blanc, 2002; Steffensmeier y Allan, 2000), en este trabajo observamos que los hombres realizan más conducta antisocial que las mujeres.

También coincidiendo con los resultados de trabajos anteriores (ej.: Fernández, Bartolomé, Rechea y Megías, 2009; Rechea *et al.*, 1995) observamos que mientras estas diferencias son significativas para las conductas más graves y/o violentas (conductas de vandalismo, robo y agresión), no alcanzan significación estadística para las conductas leves (conducta contra normas) o para aquellas que suponen más un daño hacia uno mismo que un daño para otros (consumo de drogas).

De acuerdo con los modelos “causales” obtenidos para ambos sexos, nuestros datos indican que una débil vinculación a contextos convencionales combinada con la inclusión en un grupo desviado serían los factores antecedentes de una autodefinición en la que predomina la preocupación por el propio interés, y que la consideración conjunta de estos elementos podría explicar razonablemente la conducta antisocial de los chicos y las chicas.

Este resultado general podría entenderse como un apoyo para el planteamiento de que las teorías de la delincuencia existentes pueden aplicarse a ambos sexos, así como dar cuenta del menor índice delictivo de las mujeres. Por ejemplo, Giordano y Rockwell (2000) o Heimer y De Costner (1999), consideran que las variables propuestas por la Teoría del Aprendizaje Social de Akers y por la Teoría de la Asociación Diferencial de Sutherland, son perfectamente adecuadas para explicar las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres: la delincuencia de las chicas, al igual que la de los chicos, se derivará de los procesos de aprendizaje en los contextos de socialización (familia, amigos, escuela), a través de los mecanismos de modelado y refuerzo diferencial. La mayor implicación en delincuencia de los varones es una consecuencia, probablemente, de que disponen de más oportunidades para aprender y ejecutar la conducta agresiva/antisocial, especialmente en el contexto de un grupo desviado.

La Teoría del Control Social de Hirschi (1969) también propone que la mayor vinculación de las mujeres con los entornos convencionales, y especialmente con la familia, será un factor determinante para explicar su menor índice delictivo. De hecho, la Teoría General del Delito (Gottfredson y Hirschi, 1990) incorpora explícitamente una explicación de las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres, al indicar que como consecuencia de su mayor vinculación con los entornos convencionales las mujeres desarrollan niveles de autocontrol más elevados que los hombres, que las protegen contra la delincuencia.

En los datos del presente estudio observamos que, efectivamente, las mujeres conocen menos amigos delincuentes, pertenecen en menor medida a grupos en los que se realizan actividades de ocio no convencional y se utiliza la violencia o la presión como medio de influencia, y están más vinculadas y son más supervisadas en los contextos convencionales. Por tanto, son los hombres los que tienen más amigos delincuentes, se integran con mayor frecuencia en grupos desviados, y están sujetos a un menor control por parte de las instituciones convencionales.

Estos resultados reforzarían la idea planteada por Belknap y Holsinger (2006) de que existen diferencias en el proceso de socialización de ambos sexos, unas diferencias que conllevan la exposición diferencial de hombres y mujeres a los factores de riesgo/protección de la delincuencia. Las mujeres están menos expuestas que los hombres a los factores que han mostrado tener un efecto de riesgo sobre la delincuencia, y más expuestas a los factores de protección.

A pesar de este tipo de conclusiones, otros autores (ej.: Heimer y De Costner, 1999; Steffensmeier y Allan, 1996) consideran que si pretendemos explicar tanto las diferencias en delincuencia entre hombres y mujeres, como las razones por las que algunas mujeres delinquen, no es suficiente con comprobar si las teorías existentes pueden explicar los resultados de las investigaciones que comparan muestras de ambos sexos, sino que es preciso incorporar a los modelos teóricos elementos nuevos, en los que las variables que protegen de la delincuencia tomen protagonismo, o formular directamente teorías en las que el género, y no sólo el sexo, reciba la atención que probablemente merece. Es evidente que faltaría por explicar, desde la Criminología, cuál es la razón por la que hombres y mujeres están diferencialmente expuestos a estas variables (Rodríguez *et al.*, en prensa), y cuáles son, en detalle, las consecuencias que se derivan de esta diferencia, no sólo en cuanto al tipo de

interacciones en sus contextos de socialización, sino también en cuanto a la construcción de la propia identidad.

6.5.2. Identidad de Género y Conducta Antisocial

En los resultados del presente trabajo, de acuerdo con lo esperado, los hombres presentan puntuaciones medias significativamente superiores a las mujeres en *masculinidad* (tanto en los aspectos socialmente valorados de manera positiva como en los negativamente valorados), mientras que las mujeres puntúan más alto que los hombres en *feminidad* (tanto en los aspectos positivamente valorados como en feminidad/comunalidad no mitigada). Estos resultados coinciden con los obtenidos por otros autores (ej.: Lengua y Stormshak, 2000; Mosher y Dannoff-Burg, 2005; Sánchez *et al.*, 2011).

También de acuerdo con los resultados de la literatura anterior (ej.: McCreary y Koravic, 1994; Spence *et al.*, 1979; Wiggins y Holzmuller, 1978), observamos, tanto para los chicos como para las chicas, la existencia de una relación significativa y positiva tanto entre los aspectos socialmente deseables e indeseables de la masculinidad, como entre ambas facetas de la feminidad.

Existe, además, correlación positiva y significativa entre los aspectos socialmente bien valorados de la masculinidad y los aspectos bien valorados de la feminidad, resultado que indica que la posesión de ambos tipos de características es, tal como han señalado otros autores (ej.: Helmreich *et al.*, 1981; Runge, Frey, Gollwitzer, Helmreich y Spence, 1981; Saragovi, Koestner, Dio y Aubé, 1997; Spence *et al.*, 1979), perfectamente compatible.

Sin embargo, tanto entre los chicos como entre las chicas, los aspectos socialmente no valorados de la masculinidad correlacionan, significativa pero negativamente, con la feminidad. De modo que cabría interpretar, en este sentido, que las características que definen la masculinidad no valorada socialmente sí son incompatibles con las características de amabilidad y preocupación por el otro que definen la feminidad.

El hecho de que tanto ambos aspectos de la feminidad como la masculinidad socialmente bien valorada muestren un patrón similar de asociaciones con las variables de los contextos de socialización, mientras que los aspectos socialmente no valorados de la masculinidad presenten un patrón específico, y diferencial, de relaciones con estas variables, confirma esta

interpretación. La feminidad y la masculinidad positivamente valorada se asocian con una buena relación familiar y escolar y, en general, con aspectos positivos de las interacciones con los iguales, mientras que la asunción de características de masculinidad socialmente indeseables se vincula con una escasa relación afectiva con los contextos convencionales y con la pertenencia a grupos violentos/desviados.

La Teoría Cognitivo-Social de Bandura (1986, 1999), y en general todos los modelos teóricos en el área, proponen que la adquisición de la identidad de género se encuentra íntimamente vinculada a la actuación de padres e iguales (Heimer y De Costner, 1999; Jacklin, 1989; Maccoby, 1998). Nuestros resultados ponen de manifiesto que las actuaciones de estos agentes de socialización son un antecedente del nivel de feminidad y masculinidad de los adolescentes de ambos sexos.

Con respecto a la relación entre la identidad de género y la implicación en conducta desviada, observamos, de acuerdo con lo esperado, que la asunción de los aspectos de identidad vinculados a la masculinidad incrementa la desviación, mientras la asunción de características típicamente ligadas a la feminidad, tiende a disminuirla. Estos resultados respaldarían nuestras hipótesis de partida así como las conclusiones de los trabajos previos en esta línea (ej.: Gini y Pozzoli, 2006; Lengua y Stormshak, 2000; Young y Sweeting, 2004).

Sin embargo, nuestros datos permiten matizar que son las características negativas de la masculinidad (M-), es decir, la asunción de características como hostilidad, escasa consideración hacia los demás, o egoísmo, las que muestran una relación más importante con la conducta antisocial de chicos y chicas. En los modelos causales obtenidos para ambos sexos se observa que la M- incrementa directamente la probabilidad de que realicen actividades desviadas. Los pocos trabajos previos en esta línea obtienen resultados similares (ej.: Mosher y Danoff-Burg, 2005; Kulis *et al.*, 2008; Snell *et al.*, 1987; Spence y Helmreich, 1978).

La comunalidad no mitigada, es decir, las características más extremas de la feminidad, resultan ser también especialmente relevantes con respecto a la probabilidad de desviación, aunque, de acuerdo con las hipótesis de partida, actúa como factor de protección, y lo hace indirectamente, reduciendo la probabilidad de asumir como propias características negativas de masculinidad.

Además, entre las mujeres, la feminidad no mitigada actúa también disminuyendo la probabilidad de realizar actividades de ocio no convencional en grupo. Es decir, para las chicas sí se observa un efecto directo de la comunalidad sobre la implicación en desviación.

El dato referido al efecto protector que parece jugar la comunalidad no mitigada sobre la implicación en conducta antisocial podría parecer, en principio, contrario a los planteamientos de las autoras del inventario utilizado para evaluarla (Fritz y Helgeson, 1998; Helgeson y Fritz, 1996). Sus propios resultados, y los de otros investigadores (ej.: Saragovi, Aubé, Koestner y Zuroff, 2002) relacionan esta variable con comportamientos problemáticos (ej.: abstención escolar, ansiedad, estrés, depresión, etc.). Sin embargo, cabría decir que estos datos previos parecen indicar una asociación de la comunalidad no mitigada con conductas que suponen un daño para el propio individuo más que con comportamientos que suponen un daño para los demás. En todo caso, al menos en los datos de este trabajo, y para la implicación en delincuencia juvenil, tendíamos que concluir que la comunalidad no mitigada parece actuar más como un factor de protección que de riesgo.

Cabría observar, además, que el hecho de que, tanto entre los chicos como entre las chicas, la comunalidad no mitigada actúe reduciendo la probabilidad de asumir aspectos negativos de la masculinidad indicaría que las características que definen la masculinidad no valorada son especialmente incompatibles con las características de un excesivo interés y preocupación por el otro que definen la feminidad no mitigada, resultado que sí es coincidente con los obtenidos por Helgeson y Fritz (1999, 2000).

Considerando conjuntamente los resultados de este estudio respecto al impacto de la identidad de género sobre la conducta antisocial, cabría concluir, entonces, que la asunción de características de masculinidad, en particular, de masculinidad negativamente valorada, se relaciona con una mayor probabilidad de participar en conductas desviadas tanto para hombres como para mujeres; mientras que la feminidad, y en especial, la comunalidad no mitigada, reduce la probabilidad de desviación de ambos sexos.

Pero, los resultados de este trabajo proponen una interpretación acerca del efecto del género sobre la conducta antisocial que apoyaría el planteamiento de que es preciso considerar el género como un factor que debe cambiar el modo en el que se ha explicado, hasta ahora, la delincuencia juvenil.

Lo cierto es que los modelos de la delincuencia juvenil existentes parecen compartir la creencia de que la sociedad convencional promueve la conducta convencional, tanto entre los chicos como entre las chicas; mientras que la asunción de conductas y actitudes tendentes a la desviación se atribuye a la relación con personas/contextos desviados. Al introducir en el análisis de la génesis de la delincuencia el tema del género, es posible que debamos replantearnos este implícito.

Steffensmeier y Allan (1996) han desarrollado un modelo teórico de la delincuencia en el que se propone como elemento central lo que denominan “*organización de género*”: un conjunto de elementos (normas de género, definiciones de identidad asociadas al género, etc.) que contribuyen a estructurar de manera diferente la vida social de hombres y mujeres. Como consecuencia, *la identidad* que hombres y mujeres desarrollan está vinculada a aspectos diferentes. Así, señalan que las mujeres cometen menos delitos que los hombres porque la definición de género femenino implica un mayor control sobre su conducta y fomenta en mayor medida el aprendizaje de valores vinculados al cuidado de otros y al mantenimiento de relaciones interpersonales basadas en el afecto, aspectos relativamente incompatibles con la conducta antisocial. Por el contrario, la organización de género masculino estimula la competitividad y el logro de estatus social, características que implican valorar el propio interés por encima de los intereses de otros, y que, por tanto, los hacen más proclives a implicarse en comportamientos antinormativos.

El modelo de Steffensmeier y Allan (1996), cuestiona, por lo tanto, la idea de que la sociedad convencional promueve, con la misma firmeza, tanto entre hombres como entre mujeres, la conducta de respeto y preocupación por el otro, y por el bien común, que podría definir lo que habitualmente se entiende por conducta convencional (frente a conducta antinormativa, o menos convencional).

La autodefinición vinculada al género podría ser un elemento muy interesante en la explicación del *gap de género* y de la delincuencia de las mujeres. Las mujeres cometen menos conductas antisociales dado que para ellas este tipo de comportamientos no son una fuente de orgullo y reconocimiento como pueden serlo, en ocasiones, para los hombres. La mayoría han aprendido a autocensurar las manifestaciones desviadas como consecuencia de un proceso de socialización que sanciona, en su caso con especial consistencia, la conducta desviada (Bussey y Bandura, 1999; Maccoby, 2002).

Sin embargo, en la socialización de los hombres no es tan estricta la prohibición con respecto a las conductas/actitudes que puedan resultar dañinas para otros (Bandura y otros, 1996; Kwak y Bandura, 1997). Fernández-Dols (1998) señala, con respecto a la violencia, que si en el proceso de socialización no se prohíbe con firmeza el comportamiento desviado, o no se insiste en excluirlo de entre los rasgos deseables de la identidad del individuo, se está promoviendo la probabilidad de desviación.

Cabría decir, parafraseando a Jacklin (1989), que si asumir el cuidado de otros desarrolla características de cuidador incompatibles con la desviación, asumir el cuidado de -y la preocupación por- otros podría ser una buena estrategia de prevención de la desviación entre los hombres, dado que ha mostrado claramente su eficacia en el control de tales conductas entre las mujeres.

Para concluir, insistir en que los datos de la presente investigación, aún con sus limitaciones, avalan la necesidad de considerar el género como un elemento central en la explicación de la conducta desviada. Los futuros trabajos en el área deberían partir del análisis de las trayectorias vitales de los hombres y las mujeres, y de la relación específica de tales trayectorias con el aprendizaje y la manifestación de conductas convencionales versus desviadas. Es muy probable que tales estudios nos conduzcan también al descubrimiento de comunalidades, pero serán comunalidades basadas en el análisis previo de las posibles realidades alternativas, y no, como ocurre hasta ahora, un planteamiento de confluencias forzadas. Utilizando palabras de Cala y Barberá es preciso, por lo tanto: *“...desarrollar una perspectiva integradora en el estudio del comportamiento humano, que incluya a las mujeres como objeto de estudio sin identificar necesariamente sus conductas con las de los hombres ni considerar sus comportamientos atípicos o marginales cuando aparecen diferencias con los de ellos”* (Cala y Barberá, 2009, p.91).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACKARD, D.M., NEUMARK-SZTAINER, D., STORY, M. y PERRY, C. (2006). Parent-child connectedness and behavioral and emotional health among adolescents. *American Journal of Preventive Medicine*, 30 (1), 59-66.
- ADAMS, B.N. (1966). Coercion and consensus theories: Some unresolved issues. *American Journal of Sociology*, 71 (6), 714-716.
- AGNEW, R. (1985). Social Control Theory and delinquency: A longitudinal test. *Criminology*, 2 (1), 47-62.
- AGNEW, R.L. (1991). The interactive effects of peer variables on delinquency. *Criminology*, 29 (1), 47-72.
- AGNEW, R.L. (1993). Why do they do? An examination of the intervening mechanisms between social control variables and delinquency. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 3 (3), 245-266.
- AKERS, R. (1991). Self-control as a General Theory of Crime. *Journal of Quantitative Criminology*, 7 (2), 201-211.
- AKERS, R. (1998). *Social Learning and Social Structure: A General Theory of Crime and Deviance*. Boston: Northeastern University Press.
- AKERS, R., KROHN, M.D., LANZA-KADUCE, L. y RADOSEVICH, M. (1979). Social learning and deviant behavior: A specific test of a general theory. *American Sociological Review*, 4 (4), 635-655.
- ALARID, L.F., BURTON, V.S. y CULLEN, F.T. (2000). Gender and crime among felony offenders: Assessing the generality of Social Control and Differential Association Theories. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 37 (2), 171-199.
- ALLEN, J.P., PORTER, M.R. y McFARLAND, F. (2006). Leaders and followers in adolescent close friendships: Susceptibility to peer influence of risky behavior, friendship instability, and depression. *Development and Psychopathology*, 18 (1), 155-172.
- ALMEDA, E. (2003). *Mujeres Encarceladas*. Barcelona: Ariel.
- ALOISE-YOUNG, P.A., GRAHAM, J.W. y HANSEN, W.B. (1994). Peer influence on smoking initiation during early adolescence: A comparison of group members and group outsiders. *Journal of Applied Psychology*, 79 (2), 281-287.
- ARNDORFER, C.L. y STORMSHAK, E.A. (2008). Same-sex versus other-sex best friendship in early adolescence: Longitudinal predictors of antisocial behavior throughout adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 37 (9), 1059-1070.
- ASCH, S. E. (1948). The doctrine of suggestion, prestige, and imitation in social psychology. *Psychological Review*, 55 (5), 250-276.
- ASELTINE, R. (1995). A reconsideration of parental and peer influences on adolescent deviance. *Journal of Health and Social Behavior*, 36 (2), 103-121.

- ASHER, S.R., PARKHURST, J.T., HYMEL, S. y WILLIAMS, G.A. (1990). Peer rejection and loneliness in childhood. En S. Asher (Ed.), *Peer Rejection in Childhood. Cambridge Studies in Social and Emotional Development* (pp. 253-273). New York: Cambridge University Press.
- ATICI, M. (2007). Primary school students' conflict resolution strategies in Turkey. *International Journal for the Advancement of Counselling*, 29 (2), 83-95.
- BAERVELDT, CH., VAN ROSSEM, R., VERMANDE, M. y WEERMAN, F. (2004). Students' delinquency and correlates with strong and weaker ties: A study of students' networks in Dutch high schools. *Connections*, 26 (1), 11-28.
- BAGWELL, C.L., COIE, J.D., TERRY, R.A. y LOCHMAN, J.E. (2000). Peer clique participation and social status in preadolescence. *Merrill-Palmer Quarterly*, 46 (2), 280-305.
- BAHR, S.J., HOFFMAN, J.P. y YANG, X. (2005). Parental and peer influences on the risk of adolescent drug use. *The Journal of Primary Prevention*, 26 (6), 529-551.
- BAKAN, D. (1966). *The Duality of Human Existence*. Chicago: Rand McNally.
- BANDURA, A. (1977). *Social Learning Theory*. Englewood Cliffs, NY: Prentice-Hall.
- BANDURA, A. (1986). *Social Foundations of Thought and Action: A Social Cognitive Theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- BANDURA, A. (1999). Social Cognitive Theory of personality. In L. Pervin y O. John (Eds.), *Handbook of personality* (pp. 154-196). New York: Guildford Press.
- BANDURA, A., BARBARANELLI, C., CAPRARA, C.V. y PASTORELLI, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 71(2), 364-374.
- BANK, B. y HANSFORD, S. (2000). Gender and friendship: Why are men's best same sex friendships less intimate and supportive. *Personal Relationships*, 7 (1), 63-78.
- BARBERÁ, E. (1998). *Psicología del Género*. Barcelona: Ariel Psicología.
- BARBERÁ, E. y MARTÍNEZ-BENLLOCH, I. (2004). *Psicología y Género*. Madrid: Pearson Educación.
- BARLING, J., O'LEARY, K.D., JOURILES, E.N., VIVIAN, D. y MacEWEN, K.E. (1987). Factor similarity of the Conflict Tactics Scales across samples. Spouses and sites: Issues and implications. *Journal of Family Violence*, 2 (1), 37-53.
- BARNOW, S., LUCHT, M. y FREYBERGER, H.J. (2005). Correlates of aggressive and delinquent conduct problems in adolescence. *Aggressive Behavior*, 31(1), 24-39.
- BARTOLOMÉ, R., MONTAÑÉS, M., RECHEA, C. y MONTAÑÉS, J. (2009). Los factores de protección frente a la conducta antisocial. ¿Explican las diferencias en violencia entre chicos y chicas? *Revista Española de Investigación Criminológica*, 3 (7), 1-15.
- BAUMAN, K. E. y ENNETT, S.T. (1996). On the importance of peer influence for adolescent drug use: Common neglected considerations. *Addiction*, 9 (2), 185-198.
- BELKNAP, J. y HOLSINGER, K.R. (2006). The gendered nature of risk factors for delinquency. *Feminist Criminology*, 1 (1), 48-71.

- BEM, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42 (2), 155-162.
- BEM, S. (1981). Gender Schema Theory: A cognitive account of sex typing. *Psychological Review*, 88 (4), 354-364.
- BEM, S. L. (1983). Gender Schema Theory and its implications for child development: Raising gender-aschematic children in a gender-schematic society. *Signs*, 8 (4), 598-616.
- BENDA, B.B. (1994). Testing competing theoretical concepts: Adolescent alcohol consumption. *Deviant Behavior*, 15 (4), 375-396.
- BENNETT, S., FARRINGTON, D.P. y HUESMANN, L.R (2005). Explaining gender differences in crime and violence: The importance of social cognitive skills. *Aggression and Violent Behavior*, 10 (3), 263-288.
- BERGER, K. (2004). *Psicología del Desarrollo: Infancia y Adolescencia*. Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- BERGMARK, H.K. y ANDERSSON, T. (1999). The development of advanced drinking habits in adolescence-a longitudinal study. *Substance Use and Misuse*, 34 (2), 171-194.
- BERNDT, T.J. (1996). Exploring the effects of friendship quality on social development. En W.M. Bukowski, A.F. Newcomb y W.W. Hartup (Eds.), *The Company They Keep: Friendship in Childhood and Adolescence* (pp. 346-365). Cambridge: Cambridge University Press.
- BERNDT, T.J. (1999). Friends' influence on students' adjustment to school. *Educational Psychologist*, 34 (1), 15-28.
- BLOCK, J. (1973). Conceptions of sex role. Some crosscultural and longitudinal perspectives. *American Psychologist*, 28 (6), 512-526.
- BLOCK, J. (1984). *Sex Role Identity and Ego Development*. San Francisco: Jossey Bass.
- BOX, S. (1983). *Power, Crime and Mystification*. London: Routledge.
- BROWN, B. B. (1990). Peer groups and peer cultures. En S. S. Feldman y G. R. Elliott (Eds.), *At the Threshold* (pp. 171-196). Cambridge, MA: Harvard University Press.
- BROWNFIELD, D. y THOMPSON, K. (1991). Attachment to peers and delinquent behaviour. *Canadian Journal of Criminology*, 33, 45-60.
- BUHRMESTER, D. y PRAGER, K. (1995). Patterns and functions of self-disclosure during childhood and adolescence. En K.J. Rotenberg (Ed.), *Disclosure Processes in Children and Adolescents* (pp. 10-56). New York: Cambridge University Press.
- BUKOWSKI, W.M., BRENDGEN, M. y VITARO, F. (2007). Peers and socialization: Effects on externalizing and internalizing problems. En J.E. Grusec y P.D. Hastings (Eds.), *Handbook of Socialization: Theory and Research* (pp. 355-381). New York, NY: Guildford Press.
- BURGESS, R.L. y AKERS, R.L. (1966). A Differential Association-Reinforcement Theory of criminal behavior. *Social Problems*, 1 (2), 128-147.

- BURKETT, S.R. y WARREN, B.O. (1987). Religiosity, peer associations, and adolescent marijuana use: A panel study of underlying causal structures. *Criminology*, 25 (1), 109-131.
- BURTON, V., CULLEN, F., EVANS, D., ALARID, L.F. y DUNAWAY, G. (1998). Gender, self-control, and crime. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 35 (2), 123-147.
- BUSSEY, K. y BANDURA, A. (1984). Influence of gender constancy and social power on sex-linked modeling. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47 (6), 1292-1302.
- BUSSEY, K. y BANDURA, A. (1992). Self-regulatory mechanisms governing gender development. *Child Development*, 63 (5), 1236-1250.
- BUSSEY, K. y BANDURA, A. (1999). Social Cognitive Theory of gender development and differentiation. *Psychological Review*, 106 (4), 676-713.
- BYRNES, J. P., MILLER, D. C. y SCHAFER, W. D. (1999). Gender differences in risk taking: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 125 (3), 367-383.
- CAIRNS, R.B., CAIRNS, B.D., NECKERMAN, H.J., GEST, S.D. y GARIÉPY, J.L. (1988). Social networks and aggressive behaviour: Peer support or peer rejection? *Developmental Psychology*, 24 (6), 815-823.
- CALA, M.J y BARBERÁ, E. (2009). Evolución de la perspectiva de género en Psicología. *Revista Mexicana de Psicología*, 26 (1), 91-101.
- CAMPBELL, A. (1984). *The Girls in the Gang. A Report from New York City*. Oxford, UK: Blackwell.
- CAPALDI, D. M., DISHION, T. J., STOOLMILLER, M. y YOERGER, K. (2001). Aggression toward female partners by at-risk men: The contribution of male adolescent friendships. *Developmental Psychology*, 37 (1), 61-73.
- CARLSON, R. (1971). Sex differences in ego functioning: Exploratory studies of agency and communion. *Consulting and Clinical Psychology*, 37 (2), 267-277.
- CARNEVALI, R. y KÄLLMAN, E. (2007). La importancia de los grupos en el comportamiento juvenil. Especial consideración con la pluralidad de malhechores del Art. 456, bis Nº3 del Código Penal. *Política Criminal*, 4, 1-24.
- CARTER, D.B. y LEVY, G.D. (1988). Cognitive aspects of children's early sex-role development: The influence of gender schemas on preschoolers' memories and preferences for sex-typed toys and activities. *Child Development*, 59 (3), 782-793.
- CASPI, A., LYNAM, D., MOFFIT, T.E. y SILVA, P.A. (1993). Unraveling girls' delinquency: Biological, dispositional and contextual contributions to adolescent misbehavior. *Developmental Psychology*, 29 (1), 19-30.
- CATALANO, R.F., KOSTERMAN, R., HAWKINS, J.D., NEWCOMB, M.D. y ABBOTT, R.D. (1996). Modeling the etiology of adolescent substance use: A test of the social development model. *Journal of Drug Issues*, 26 (2), 429-455.
- CERNKOVICH, S.A. y GIORDANO, P.C. (1979). A comparative analysis of male and female delinquency. *Sociological Quarterly*, 20 (1), 131-145.

- CHARTRAND, T.L. y BARG, J.A. (1999). The chameleon effect: The perception-behavior link and social interaction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 76 (6) 893-910.
- CHESNEY-LIND, M. y OKAMOTO, S.K. (2001). Gender matters: Patterns in girls' delinquency and gender responsive programming. *Journal of Forensic Psychology Practice*, 1 (3), 1-28.
- CHESNEY-LIND, M. y SHELDEN, R.G. (1998). *Girls, Delinquency, and Juvenile Justice*. Belmont, CA: West Wadsworth.
- CHODOROW, N. (1978). *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley, CA: University of California Press.
- CHU, J.Y. (2005). Adolescent boys' friendships and peer group culture. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 107, 7-22.
- CLAES, M. y LACOURSE, E. (2001). Pratiques parentales et comportements déviants à l'adolescence. *Enfance*, 53, 379-399.
- CLAES, M. y SIMARD, R. (1992). Friendship characteristics of delinquent adolescents. *International Journal of Adolescence and Youth*, 3 (3-4), 287-301.
- CLAES, M., LACOURSE, E., ERCOLANI, A., PIERRO, A., LEONE, L. y PRESAGHI, F. (2005). Parenting, peer orientation, drug use, and antisocial behavior in late adolescence: A cross-national study. *Journal of Youth and Adolescence*, 34 (5), 401-411.
- CLOWARD, R.A. y OHLIN, L.E. (1960). *Delinquency and Opportunity*. Glencoe, IL: Free Press.
- COHEN, A.K. (1955). *Delinquent Boys*. Glencoe, IL: Free Press.
- COHEN, A. (1971). *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*. New York: The Free Press.
- COHEN, J.M. (1977). Sources of peer group homogeneity. *Sociology of Education*, 50 (4), 227-241.
- COHEN, J.M. (2003). Party over policy: The dominating impact of group influence on political beliefs. *Journal of Personality and Social Psychology*, 85 (5), 808-822.
- COHEN, G.L. y GARCÍA, J. (2005). I am us: Negative stereotypes as collective threats. *Journal of Personality and Social Psychology*, 89 (4), 566-582.
- COHEN, G. y PRINSTEIN, M. (2006). Peer contagion of aggression and health risk behavior among adolescent males: An experimental investigation of effects on public conduct and private attitudes. *Child Development*, 77 (4), 967-983.
- COIE, J. D. y DODGE, K. A. (1998). Aggression and antisocial behavior. En W. Damon y N. E. Eisenberg (Eds), *Handbook of Child Psychology. Social, emotional and personality development* (Vol. 3, Cap. 12, pp. 779-862). New York: Wiley.
- COIE, J.D., TERRY, R., ZABRISKI, A. y LOCHMAN, J. (1995). Early adolescent social influences on delinquent behavior. En J. McCord (Ed.), *Coercion and Punishment in Long-Term Perspectives* (pp. 229-244). Cambridge: Cambridge University Press.
- COLEMAN, J.C. (1985). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Ediciones Morata.
- COLEMAN, J.C. y HENDRY, J.C. (2003). *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Ediciones Morata.

- CONGER, R. (1976). Social control and social learning models of delinquency: A synthesis. *Criminology*, 14 (1), 17-40.
- CONWAY, K.P. y McCORD, J. (2002). Longitudinal examination of the relation between co-offending with violent accomplices and violent crime. *Aggressive Behavior*, 28 (2), 97-108.
- CORTES, J.B. y GATTI, F.M. (1972). *Delinquency and Crime: A Biopsychosocial Approach*. Nueva York: Seminar Press.
- COSER, L. (1956). *The Functions of Social Conflict*. New York: Free Press.
- COX, A. D. y COX, D. (1998). Beyond "peer pressure": A theoretical framework for understanding the varieties of social influence in adolescent risk behavior. *Social Marketing Conference*, 4 (4), 43-47.
- CRESSEY, D.R. (1960). Epidemiology and individual conduct: A case from criminology. *Pacific Sociological Review*, 3 (2), 47-58.
- CRICK, N.R. (1997). Engagement in gender normative versus nonnormative forms of aggression: Links to social-psychological adjustment. *Developmental Psychology*, 33 (4), 610-617.
- CRICK, N.R. y DODGE, K.A. (1994). A review and reformulation of social information-processing mechanisms in children's social adjustment. *Psychological Bulletin*, 115 (1), 74-101.
- CRICK, N. R. y GROTPETER, J. K. (1995). Relational aggression, gender, and social-psychological adjustment. *Child Development*, 66 (3), 710-722.
- CSIKSZENTMIHALYI, M., LARSON, R. y PRESCOTT, S. (1977). The ecology of adolescent activity and experience. *Journal of Youth and Adolescence*, 6 (3), 281-294.
- CULLEN, F. y AGNEW, R. (1998). *Criminological Theory: Past to Present*. Los Angeles: Roxbury.
- DAHRENDORF, R. (1959). *Class and Class Conflict in Industrial Society*. London: Routledge y Kegan Paul.
- DALY, K. y CHESNEY-LIND, M. (1988). Feminism and criminology. *Justice Quarterly*, 5 (4), 497-535.
- DANOFF-BURG, S., MOSHER, C. E. y GRANT, C. A. (2006). Relations of agentic and communal personality traits to health behaviour and substance use among college students. *Personality and Individual Differences*, 40 (2), 353-363.
- DEKOVÍČ, M., JANSSENS, J. y VAN AS, N. (2003). Family predictors of antisocial behavior in adolescence. *Family Process*, 42 (2), 223-235.
- DEKOVIC, M., y MEEUS, W. (1997). Peer relations in adolescence: Effects of parenting and adolescent's self-concept. *Journal of Adolescence*, 20, 163-176.
- DEPTULA, D.P. y COHEN, R. (2004). Aggressive, rejected, and delinquent children and adolescents: A comparison of their friendships. *Aggression and Violent Behavior*, 9 (1), 75-104.
- DÍAZ-LOVING, R., DÍAZ-GUERRERO, R., HELMREICH, R.L. y SPENCE, J.T. (1981). Comparación transcultural y análisis psicométrico de una medida de rasgos masculinos (instrumentales) y femeninos (expresivos). *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, 1 (1), 3-37.

- DICLEMENTE, R.J., WINGOOD, G.M., CROSBY, R., SIONEAN, C., COBB, B.K., HARRINGTON, K., DAVIES, S., HOOK, E.W. y KIM, M. (2001). Parental monitoring: Association with adolescents' risk behaviors. *Pediatrics*, 107 (6), 1363-1368.
- DISHION, T.J. (1990a). The family ecology for boys' peer relations in middle childhood. *Child Development*, 61 (3), 874-892.
- DISHION, T.J. (1990b). Peer context of troublesome behaviour in children and adolescents. En P. Leone (Ed.), *Understanding Troubled and Troublesome Youth* (pp. 128-153). Beverly Hills, CA: Sage.
- DISHION, T.J., ANDREWS, D.W. y CROSBY, L. (1994a). Antisocial boys and their friends in early adolescence: Relationship characteristics, quality, and interactional processes. *Child Development*, 66 (1), 139-151.
- DISHION, T. J., CAPALDI, D. M., SPRACKLEN, K. M. y LI, F. (1995a). Peer ecology of male adolescent drug use. *Development and Psychopathology*, 7 (4), 803-824.
- DISHION, T.J., DUNCAN, T.E., EDDY, J.M., FAGOT, B.I. y FETROW, R. (1994c). The world of parents and peers: Coercive exchanges and children's social adaptation. *Social Development*, 3 (3), 255-268.
- DISHION, T. J., EDDY, J. M., HAAS, E., LI, F. y SPRACKLEN, K. (1997). Friendships and violent behavior during adolescence. *Social Development*, 6 (2), 207-223.
- DISHION, T.J., FRENCH, D.C. y PATTERSON, G.R. (1995b). The development and ecology of antisocial behavior. En D. Cicchetti y D.J. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology* (Vol. 2, pp. 421-471). New York: John Wiley and Sons.
- DISHION, T.J., McCORD, J. y POULIN, F. (1999). When interventions harm. Peer groups and problem behavior. *American Psychologist*, 54 (9), 755-764.
- DISHION, T.J., NELSON, S.E. y BULLOCK, B.M. (2004). Premature adolescent autonomy: Parent disengagement and deviant peer process in the amplification of problem behavior. *Journal of Adolescence*, 27 (5), 515-530.
- DISHION, T.J., PATTERSON, G.R. y GRIESLER, P.C. (1994b). Peer adaptations in the development of antisocial behavior: A confluence model. En L.R. Huesmann (Ed.), *Aggressive Behavior: Current Perspectives. Plenum Series in Social/Clinical Psychology* (pp. 61-95). New York: Plenum Press.
- DISHION, T.J., PATTERSON, G., STOOLMILLER, M. y SKINNER, M. (1991). Family, school, and behavioral antecedents to early adolescents involvement with antisocial peers. *Developmental Psychology*, 27 (1), 172-180.
- DISHION, T. J., SPRACKLEN, K. M., ANDREWS, D. M. y PATTERSON, G. R. (1996). Deviancy training in male adolescent friendships. *Behavior Therapy*, 27 (3), 373-390.
- DODGE, K.A., PRICE, J.M., COIE, J.D. y CHRISTOPOULOS, C. (1990). On the development of aggressive dyadic relationships in boys' peer groups. *Human Development*, 33 (4-5), 260-270.
- DOUVAN, E. y ADELSON, J. (1966). *The Adolescent Experience*. New York: Wiley.

- DOWNS, W.R. y ROSE, S.R. (1991). The relationship of adolescent peer groups to the incidence of psychosocial problems. *Adolescence*, 26 (102), 473-491.
- DUNPHY, D. C. (1963). The social structure of urban adolescent peer groups. *Sociometry*, 26 (2), 230-246.
- EDWARDS, V. J. y SPENCE, J. T. (1987). Gender-related traits, stereotypes, and schemata. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53 (1), 146-154.
- ELLIOT, D.S. (1994). Serious violent offenders: Onset, development course, and termination. *Criminology*, 32 (1), 1-21.
- ELLIOTT, D.S., HUIZINGA, D. y AGETON, S. (1985). *Explaining Delinquency and Drug Use*. Beverly Hills, CA: Sage.
- ELLIOT, D.S., HUIZINGA, D. y MENARD, S. (1989). *Multiple Problem Youth: Delinquency, Substance Use, and Mental Health Problems*. New York: Springer-Verlag.
- ELLIOTT, D. S. y MENARD, S. (1996). Delinquent friends and delinquent behavior: Temporal and developmental patterns. En J.D. Hawkins (Comp.), *Delinquency and Crime. Current Theories* (pp. 28-67). Cambridge: Cambridge University Press.
- EMLER, N. y REICHER, S. (1995). *Adolescence and Delinquency: The Collective Management of Reputation*. Oxford: Blackwell.
- EMLER, N., REICHER, S. y ROSS, A. (1987). The social context of delinquent conduct. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 28 (1), 99-111.
- EMPEY, L. (1978). *American Delinquency: Its Meaning and Construction*. Homewood, IL: Dorsey.
- EMPEY, L.T. y STAFFORD, M. (1991). *American Delinquency: Its Meaning and Construction*. Belmont, CA: Wadsworth.
- ENGELS, R.C. y BOGT, T. (2001). Influence of risk behaviors on the quality of peer relations in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 30 (6), 675-694.
- ENNETT, S.T. y BAUMAN, K.E. (1994). The contribution of influence and selection to adolescent peer group homogeneity: The case of adolescent cigarette smoking. *Journal of Personality and Social Psychology*, 67 (4), 653-663.
- EPSTEIN, J.L. (1983). The influence of friends in achievement and affective outcomes. En J.L. Epstein y N. Karweit (Eds.), *Friends in School: Patterns of Selection and Influence in Secondary Schools* (pp. 177-200). New York: Academic Press.
- ERICKSON, M.L. (1971). The group context of delinquent behavior. *Social Problems*, 19 (1), 114-129.
- ERICKSON, K.G., CROSNOE, R. y DORNBUSCH, S.M. (2000). A social process model of adolescent deviance: Combining social control and differential association perspectives. *Journal of Youth and Adolescence*, 29 (4), 395-425.
- ERICKSON, M.L. y JENSEN, G. F. (1977). Delinquency is still group behavior. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 68 (2), 262-273.

- ESBENSEN, F.A. y WEERMAN, F.M. (2005). Youth gangs and troublesome youth groups in the United States and the Netherlands. A cross-national comparison. *European Journal of Criminology*, 2 (1), 5-37.
- ESTADÍSTICAS DEL CONSEJO DE MENORES MEJICANO. (2001). Secretaría de Seguridad Pública y Consejo de menores. V Memoria.
- ESTELL, D., FARMER, T., PEARL, R., VAN ACKER, R. y RODKIN, P. (2003). Heterogeneity in the relationship between popularity and aggression: Individual, group and classroom influences. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 101, 75-85.
- FAGAN, A., VAN HORN, L., HAWKINS, D. y ARTHUR, M.W. (2007). Gender similarities and differences in the association between risk and protective factors and self-reported serious delinquency. *Prevention Science*, 8 (2), 115-124.
- FARARO, T. J. y SUNSHINE, M. (1964). *A Study of a Biased Friendship Network*. Syracuse: Syracuse University Press.
- FARRELL, A.D. (1994). Structural equation modeling with longitudinal data: Strategies for examining group differences and reciprocal relationships. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 62 (3), 477-487.
- FARRELL, A.D. y DANISH, S.J. (1993). Peer drug associations and emotional restraint: Causes or consequences of adolescents' drug use? *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 61 (2), 327-334.
- FARRINGTON, D.P., TTOFI, M.M. y COID, J.W. (2009). Development of adolescence-limited, late-onset, and persistent offenders from age 8 to age 48. *Aggressive Behavior*, 35 (2), 150-163.
- FARVER, J.A. (1996). Aggressive behaviour in preschoolers' social networks: Do birds of a feather flock together? *Early Childhood Research Quarterly*, 11 (3), 333-350.
- FERDINANDO, M. y PALMONARI, A. (2006). *Nuovi Adolescente: Dalla Conscenza All'incontro*. Bologna: EDB.
- FERNÁNDEZ, J. (1998). *Género y Sociedad*. Madrid: Pirámide.
- FERNÁNDEZ-DOLS, J.M. (1998). De la violencia y otros trapos sucios: Una introducción a la Psicología Social. En C. Ruidíaz (Comp.), *Violencia Juvenil desde una Perspectiva Multidisciplinar* (pp. 27-42). Madrid: Edersa.
- FERNÁNDEZ, E., BARTOLOMÉ, R., RECHEA, C. y MEGÍAS, A. (2009). Evolución y tendencias de la delincuencia juvenil en España. *Revista Española de Investigación Criminológica*, 8, (7), 1-30.
- FLANNERY, D.J., VAZSONYI, A., TORQUATI, J. y FRIDRICH, A. (1998). Ethnic and gender differences in risk for early adolescent substance use. En R.E. Muuss. y H.D. Porton (Comps.), *Adolescent Behaviour and Society: A Book of Readings* (pp. 432-441). New York: MacGraw-Hill.
- FORGATCH, M.S. y DeGARMO, D.S. (1999). Two faces of janus: Cohesion and conflict. En M.J. Cox y J. Brooks-Gunn (Eds.), *Conflict and Cohesion in Families. Causes and Consequences* (pp. 167-184). Mahwah, NJ: LEA.
- FRENCH, J.R. y RAVEN, B. (1959). The basis of social power. En D. Cartwright (Ed.), *Studies in Social Power* (pp. 150-167). Ann Arbor, MI: Institute for Social Research.

- FRITZ, H. L. y HELGESON, V. S. (1998). Distinctions of unmitigated communion from communion: Self-neglect and overinvolvement with others. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75 (1), 121-140.
- GARNIER, H. y STEIN, J. (2002). An 18-year model of family and peer effects on adolescent drug use and delinquency. *Journal of Youth and Adolescence*, 31 (1), 45-56.
- GARRIDO, V., STANGELAND, P. y REDONDO, S. (2006). *Principios de Criminología*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- GATTI, U., TREMBLAY, R., VITARO, F. y McDUFF, P. (2005). Youth gangs, delinquency and drug use: A test of the selection, facilitation, and enhancement hypotheses. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 46 (11), 1178-1190.
- GIBSON, H.B., MORRISON, S. y WEST, D.J. (1970). The confession of known offences in response to a self-reported delinquency schedule. *British Journal of Criminology*, 10, 277-280.
- GIL, F. y ALCOVER, C.M^a. (2008). *Introducción a la Psicología de los Grupos*. Madrid: Pirámide.
- GILLMORE, M.R., HAWKINS, J.D., DAY, L.E. y CATALANO, R.F. (1992). Friendship and deviance: New evidence on an old controversy. *Journal of Early Adolescence*, 12 (1), 80-95.
- GINI, G. y POZZOLI, T. (2006). The role of masculinity in children's bullying. *Sex Roles*, 54 (7-8), 585-588.
- GIORDANO, P. C. (1978). Girls, guys and gangs: The changing social context of female delinquency. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 69 (1), 126-132.
- GIORDANO, P. C., CERNKOVICH, S. y PUGH, M. (1986). Friendships and delinquency. *American Journal of Sociology*, 91 (5), 1170-1203.
- GIORDANO, P.C. y ROCKWELL, S.M. (2000). Differential Association Theory and female crime. En S. Simpson (Comp.), *Of Crime and Criminality. The Use of Theory in Everyday Life* (pp. 3-24). California: Pine Forge Press.
- GLUECK, S. y GLUECK, E. (1950). *Unraveling Juvenile Delinquency*. Cambridge: Harvard University Press.
- GLUECK, S. y GLUECK, E. (1968). *Delinquents and Nondelinquents in Perspective*. Cambridge: Harvard University Press.
- GOLD, M. (1963). *Status Forces in Delinquent Boys*. Michigan: University of Michigan Press.
- GOLD, M. (1970). *Delinquent Behavior in an American City*. Belmont, CA: Brooks and Cole.
- GONZÁLEZ, E. (1982). *Bandas Juveniles*. Barcelona: Editorial Herder.
- GOTTFREDSON, M. (2006). Una teoría del control explicativa del delito. En J.L. Guzmán y A. Serrano (Comps.), *Derecho Penal y Criminología como Fundamento de la Política Criminal. Estudios en Homenaje al Profesor Alfonso Serrano Gómez*. (pp. 333-345). Madrid: Dykinson.
- GOTTFREDSON, M. y HIRSCHI, T. (1990). *A General Theory of Crime*. Stanford: Stanford University Press.

- GRAHAM, J. y BOWLING, B. (1995). *Young People and Crime*. Home Office Research Study 145. Londres: Home Office.
- GRIFFIN, D. y BUEHLER, R. (1993). Role of construal processes in conformity and dissent. *Journal of Personality and Social Psychology*, 65 (4), 657-669.
- HAGAN, J., GILLIS, A.R y SIMPSON, J. (1985). The class structure of gender and delinquency: Toward a power-control theory of common delinquent behavior. *American Journal of Sociology*, 90 (6), 1151-1178.
- HARRIS, D.S. (1999). A phenomenological study of the development of juvenile delinquency among African American girls. *Dissertation Abstracts International*, Section B, 60, 0854.
- HARTJEM, C. y PRIYADARSINI, S. (2003). Gender, peers, and delinquency: A study of boys and girls in rural France. *Youth and Society*, 34 (4), 387-414.
- HARTLESS, J. M., DITTON, J., NAIR, G. y PHILLIPS, S. (1995). More sinned against than sinning: A study of teenagers' experience of crime. *British Journal of Criminology*, 35 (1), 114-133.
- HARTUP, W.W. (1996). The company they keep: Friendships and their developmental significance. *Child Development*, 67, 1-13.
- HAWKINS, R.O. (1982). Adolescent alcohol abuse: A review. *Journal of Developmental Behavioral Pediatrics*, 3 (2), 83-87.
- HAYNIE, D.L (2002). Friendship networks and delinquency: The relative nature of peer delinquency. *Journal of Quantitative Criminology*, 18 (2), 99-134.
- HAYNIE, D.L. y OSGOOD, D.W. (2005). Reconsidering peers and delinquency: How do peers matter? *Social Forces*, 84 (2), 1109-1130.
- HEIDENSOHN, F. (1997). Gender and crime. En M. Maguire, R. Morgan y R. Reiner (Eds.), *The Oxford Handbook of Criminology* (pp. 761-798). Oxford: Oxford University Press.
- HEIMER, K. (1996). Gender, interaction, and delinquency: Testing a theory of differential social control. *Social Psychology Quarterly*, 59 (1), 39-61.
- HEIMER, K. y DE COSTNER, S. (1999). The gendering of violent delinquency. *Criminology*, 37 (2), 277-318.
- HELGESON, V. S. (1993). Implications of agency and communion for patient and spouse adjustment to a first coronary event. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64 (5), 807- 816.
- HELGESON, V. S. (1994). Relation of agency and communion to well-being: Evidence and potencial explanations. *Psychological Bulletin*, 116 (3), 412-428.
- HELGESON, V.S. y FRITZ, H.L. (1999). Unmitigated agency and unmitigated communion distinctions from agency and communion. *Journal of Research in Personality*, 33 (2), 131-158.
- HELGESON, V. S. y FRITZ, H. L. (2000). The implications of unmitigated agency and unmitigated communion for domains of problem behavior. *Journal of Personality*, 68 (6), 1031-1057.
- HELMREICH, R.L., SPENCE, J.T. y WILHELM, J.A. (1981). A psychometric analysis of the Personal Attributes Questionnaire. *Sex Roles*, 7 (11), 1097-1108.

- HERRINGTON, V. y NEE, CL. (2005). Self-Perceptions, masculinity and female offenders. *Internet Journal of Criminology*, 0 (0), 1-30.
- HINDELANG, M.J. (1973). Causes of delinquency: A partial replication and extension. *Social Problems*, 20 (4), 471-487.
- HINDELANG, M.J., HIRSCHI, T. y WEIS, J.G. (1979). Correlates of delinquency: The illusion of discrepancy between self-report and official measures. *American Sociological Review*, 44 (6), 495-1014.
- HIRSCHI, T. (1969). *Causes of Delinquency*. Berkeley, C.A: University of California Press.
- HIRSCHI, T. y SELVIN, H. (1967). *Delinquent Research: An Appraisal of Analytic Methods*. Nueva York: Free Press.
- HOEVE, M., DUBAS, J.S., EICHELSHEIM, V.I., van der LAAN, P.H., SMEENK, W. y GERRIS, J.R. (2009). The relationship between parenting and delinquency: A meta-analysis. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 37 (6), 749-775.
- HOFFMANN, M.L. y POWLISHTA, K.K. (2001). Gender segregation in childhood: A test of the interaction style theory. *Journal of Genetic Psychology*, 162 (3), 298-313.
- HOOD, R. y SPARKS, R. (1970). *Key Issues in Criminology*. London: Word University Library.
- HORWITZ, A. y RASKIN, H. (1987). Gender role orientations and styles of pathology among adolescents. *Journal of Health and Social Behavior*, 28 (2), 158-170.
- HOUTZAGER, B. y BAERVELDT, C. (1999). Just like normal: A social network study of the relation between petty crime and the intimacy of adolescent friendships. *Social Behavior and Personality*, 27 (2), 177-192.
- HUESMANN, L.R., DUBOW, E.F. y BOXER, P. (2009). Continuity of aggression from childhood to early adulthood as a predictor of life outcomes: Implications for the adolescent-limited and life-course-persistent models. *Aggressive Behavior*, 35 (2), 136-149.
- HUIZINGA, D., ESBENSEN, F.A. y WEITHER, A.W. (1991). Are there multiple paths to delinquency? *Journal of Criminal Law and Criminology*, 82 (1), 83-118.
- HUMPHREYS, A.P. y SMITH, P.K. (1987). Rough and tumble friendship and dominance in school children: Evidence for continuity and change with age in middle childhood. *Child Development*, 58 (1), 201-212.
- HUSSONG, A.M. (2002). Differentiating peer contexts and risk for adolescent substance use. *Journal of Youth and Adolescence*, 31 (3), 207-220.
- IDSOE, T., SOLLI, E. y COSMOVICI, E.M. (2008). Social psychological processes in family and school: More evidence on their relative etiological significance for bullying behaviour. *Aggressive Behavior*, 34 (5), 460-474.
- JACKLIN, C. (1989). Female and male: Issues of gender. *American Psychologist*, 44 (2), 127-133.
- JARJOURA, G.R. y MAY, D.C. (2000). Integrating criminological theories to explain violent forms of delinquency. *Caribbean Journal of Criminology and Social Psychology*, 5 (1-2), 81-102.

- JENKINS, S.S. y AUBÉ, J. (2002). Gender differences and gender-related constructs in dating aggression. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28 (8), 1106-1118.
- JENSEN, G.F. (1972). Parents, peers, and delinquent action: A test of the differential association perspective. *American Journal of Sociology*, 78 (3), 63-72.
- JOHNSON, R.E. (1979). *Juvenile Delinquency and Its Origins: An Integrated Theoretical Approach*. New York: Cambridge University Press.
- JOHNSON, R.E. (1987). Mother's versus father's role in causing delinquency. *Adolescence*, 22 (86), 305-315.
- JUNGER-TAS, J. (1994). *Delinquent Behavior among Young People in the Western World*. Amsterdam: Kugler.
- KANDEL, D.B. (1978). Homophily, selection, and socialization in adolescent friendships. *American Journal of Sociology*, 84 (2), 427-436.
- KANDEL, D. y DAVIES, M. (1991). Friendship networks, intimacy, and illicit drug use in young adulthood: A comparison of two competing theories. *Criminology*, 29 (3), 441-469.
- KANGASPUNTA, K. (1995). *Crime and Criminal Justice in Europe and North America*. Helsinki, Finland: HEUNI.
- KAPLAN, H.B. (1996). Empirical validation of the applicability of an integrative theory of deviant behavior to the study of drug use. *Journal of Drug Issues*, 26 (2), 345-377.
- KAPLAN, H.B., JOHNSON, R. y BAILEY, C.A. (1987). Deviant peers and deviant behavior: Further elaboration of a model. *Social Psychology Quarterly*, 50 (3), 277-284.
- KEENAN, K., LOEBER, R., ZHANG, Q., STOUTHAMER-LOEBER, M. y VAN KAMMEN, W.B. (1995). The influence of deviant peers on the development of boys' disruptive and delinquent behaviour: A temporal analysis. *Development and Psychopathology*, 7 (4), 715-726.
- KELLEY, B.T., HUIZINGA, D., THORNBERRY, T.P. y LOEBER, R. (1997). Epidemiology of serious violence. *Juvenile Justice Bulletin*, Junio, 1-12.
- KEMPF, K. (1993). The empirical status of Hirschi's Control Theory. En F. Adler y W.S. Laufer (Eds.), *New Directions in Criminological Theory* (pp. 143-185). New Brunswick, NJ: Transaction.
- KIERKUS, C.A. y BAER, D. (2002). A social control explanation of the relationship between family structure and delinquent behaviour. *Canadian Journal of Criminology*, 44 (4), 425-458.
- KIESNER, J., CADINU, M., POULIN, F. y BUCCI, M. (2002). Group identification in early adolescence: Its relation with peer adjustment and its moderator effect on peer influence. *Child Development*, 73 (1), 200-212.
- KIM, J.E., HETHERINGTON, E.M. y REISS, D. (1999). Associations among family relationships, antisocial peers, and adolescents externalizing behaviors: Gender and family type differences. *Child Development*, 70 (5), 1209-1230.
- KIPKE, M.D., UNGER, J.B., CONNOR, S.O., PALMER, R.F. y LaFRANCE, S.R. (1997). Street youth, their peer group affiliation and differences according to residential status, subsistence patterns, and use of services. *Adolescence*, 32 (127), 655-669.

- KIRCHLER, E., PALMONARI, A. y POMBENI, M. (1993). Developmental tasks and adolescents' relationships with peers and their family. En S. Jackson y H. Rodríguez-Tomé (Eds.), *Adolescence and Its Social Worlds* (pp. 145-167). Hillsdale, USA: Lawrence Erlbaum Associates.
- KLEIN, M.W. y CRAWFORD, L.Y. (1967). Groups, gangs and cohesiveness. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 4 (1), 63-75.
- KOGAN, L. (1980). A family systems perspective on status offenders. *Juvenile and Family Court Journal*, 31 (2), 49-53.
- KOHLBERG, L. (1966) A cognitive-developmental analysis of children's sex-role concepts and attitudes. En E. E. Maccoby (Ed.), *The Development of Sex Differences* (pp. 82-16). Stanford, California: Stanford University Press.
- KROHN, M. D. y MASSEY, J. L. (1980). Social control and delinquent behavior: An examination of the elements of the social bond. *Sociological Quarterly*, 21 (4), 529-543.
- KROHN, M.D., MASSEY, J.L., SKINNER, W.F. y LAUER, R.M. (1983). Social Bonding Theory and adolescent cigarette smoking: A longitudinal analysis. *Journal of Health and Social Behavior*, 24 (4), 337-349.
- KULIS, S., MARSIGLIA, F. F., LINGARD, E., NIERI, T y NAGOSHI, J. (2008). Gender identity and substance use among students in two high schools in Monterrey, Mexico. *Drug and Alcohol Dependence*, 95 (3), 258-268.
- KUPERSMIDT, J.B., BURCHINAL, M. y PATTERSON, C.J. (1995). Developmental patterns of childhood peer relations as predictors of externalizing behavior problems. *Development and Psychopathology*, 7 (4), 825-843.
- KWAK, K. y BANDURA, A. (1997). *Role of perceived self-efficacy and moral disengagement in antisocial conduct*. Manuscrito no publicado.
- LACOURSE, E., NAGIN, D., TREMBLAY, R.E., VITARO, F. y CLAES, M. (2003). Developmental trajectories of boys' delinquent group membership and facilitation of violent behaviors during adolescence. *Development and Psychopathology*, 15 (1), 183-197.
- LAIRD, R.D., CRISS, M.M., PETTIT, G.S. DODGE, K.A. y BATES, J.E. (2007). Parents' monitoring knowledge attenuates the link between antisocial friends and adolescent delinquent behavior. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36 (3), 299-310.
- LAIRD, R.D., PETTIT, G.S., BATES, J.E. y DODGE, K.A. (2003). Parents' monitoring-relevant knowledge and adolescents' delinquent behavior: Evidence of correlated developmental changes and reciprocal influences. *Child Development*, 74 (3), 752-768.
- LAIRD, R.D., PETTIT, G.S., DODGE, K.A. y BATES, J.E. (1999). Best friendships, group relationships, and antisocial behavior in early adolescence. *The Journal of Early Adolescence*, 19 (4), 413-437.
- LAMB, M.E. y ROOPNARINE, J.L. (1979). Peer influences on sex-role development in preschoolers. *Child Development*, 50 (4), 1219-1222.
- LANCTÔT, N. y LE BLANC, M. (2002). Explaining deviance by adolescent females. En M. Tonry (Comp.), *Crime and Justice* (pp. 113-202). Chicago: University of Chicago Press.

- LAUER, R.M., AKERS, R.L., MASSEY, J. y CLARKE, W. (1982). Evaluation of cigarette smoking among adolescents: The Muscatine study. *Preventive Medicine*, 11 (4), 427-428.
- LEAPER, C. (1991). Influence and involvement in children's discourse: Age, gender, and partner effects. *Child Development*, 62 (4), 797-811.
- LE BLANC, M. y CAPLAN, A. (1993). Theoretical formalization, a necessity: The example of Hirschi's Bonding Theory. En F. Adler y W.S. Laufer (Eds.), *Advances in Criminological Theory* (Vol. 4, pp. 237-337). New Brunswick, NJ: Transaction.
- LEFKOWITZ, M. M., BLAKE, R. R. y MOUTON, J. S. (1955). Status factors in pedestrian violation of traffic signals. *Journal of Abnormal Social Psychology*, 51 (3), 704-706.
- LENGUA, L.J. y STORMSHAK, E.A. (2000). Gender, gender roles, and personality: Gender differences in the prediction of coping and psychological symptoms. *Sex Roles*, 43 (11-12), 787-820.
- LENNEY, L. (1991). Sex roles: The measurement of masculinity, femininity and androgyny. En J.P. Robinson, P.R. Shaver y L.S. Wrightsman (Eds.), *Measures of Personality and Social Psychological Attitudes* (pp. 573-661). San Diego: Academic Press.
- LEONARD, E. B. (1982). *Women, Crime, and Society. A Critique of Theoretical Criminology*. New York: Longman.
- LI, X., FEIGELMAN, S. y STANTON, B. (2000). Perceived parental monitoring and health risk behaviors among urban low-income african-american children and adolescents. *Journal of Adolescent Health*, 27 (1), 43-48.
- LINDEMAN, M. HARAKKA, T. y KELITKANGAS-JÄRVINEN, L. (1997). Age and gender differences in adolescents' reactions to conflict situations: Aggression, prosociality, and withdrawal. *Journal of Youth and Adolescence*, 26 (3), 339-351.
- LINDEN, R. y FILLMORE, C. (1981). A comparative study of delinquency involvement. *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, 18 (3), 343-361.
- LISKA, A.E. y REED, M. D. (1985). Ties to conventional institutions and delinquency: Estimating reciprocal effects. *American Sociological Review*, 50 (4), 547-560.
- LLINARES, L.I. y BENEDITO, M^a. A. (2007). El grupo de iguales como contexto de la inadaptación. *Acciones e Investigaciones Sociales*, 24, 65-99.
- LOBEL, T.E. y MENASHRI, J. (1993). Relations of conceptions of gender-role transgressions and gender constancy to gender-typed toy preferences. *Development Psychology*, 29 (1), 150-155.
- LOEBER, R. y HAY, D.F. (1994). Developmental approaches to aggression and conduct problems. En M. Rutter y D.F. Hay (Eds.), *Development Through Life: A Handbook for Clinicians* (pp. 488-515). Oxford: Blackwell.
- LOEBER, R., KEENAN, K. y ZHANG, Q. (1997). Boys' experimentation and persistence in developmental pathways toward serious delinquency. *Journal of Child and Family Studies*, 6 (3), 321-357.
- LOEBER, R., STOUTHAMER-LOEBER, M. (1998). Development of juvenile aggression and violence: Some common misconceptions and controversies. *American Psychologist*, 53 (2), 242-259.

- LOEBER, R., STOUTHAMER-LOEBER, M., VAN KAMMEN, W.B. y FARRINGTON, D.P. (1991). Initiation, escalation, and desistance in juvenile offending and their correlates. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 82 (1), 36-82.
- LUIJPERS, E.T.H. (2000). *Intentie tot Exploratie, Sociale Binding en Delinquent Gedrag Van Nederlandse Jongeren* [Intention till exploration, social bond and delinquent behavior of Dutch younger persons]. Tesis Doctoral, Utrecht University. Delft, the Netherlands: Eburon.
- MACCOBY, E.E. (1988). Gender as a social category. *Developmental Psychology*, 24 (6), 755-765.
- MACCOBY, E.E. (1990). Gender and relationships: A developmental account. *American Psychologist*, 45 (4), 513-520.
- MACCOBY, E.E. (1998). *The Two Sexes: Growing Up Apart, Coming Together*. Cambridge, M.A: Belknap Press.
- MACCOBY, E.E. (2002). Gender and social exchange: A developmental perspective. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 95, 87-105.
- MACCOBY, E.E. y JACKLIN, C.N. (1987). Gender segregation in childhood. En H. Reese (Ed.), *Advances in Child Development and Behavior* (Vol. 20, pp. 239-284). London: Academic Press.
- MAcCREARY, D.R., SAUCIER, D.M. y COURTENAY, W.H. (2005). The drive for muscularity and masculinity: Testing the associations among gender-role traits, behaviors, attitudes, and conflict. *Psychology of Men and Masculinity*, 6 (2), 83-94.
- MAHONEY, J. y STATIN, H. (2000). Leisure activities and adolescent antisocial behavior: The role of structure and social context. *Journal of Adolescence*, 23 (2), 113-127.
- MARTIN, C.L. (1995). Stereotypes about children with tradicional and nontradicional gender roles. *Sex Roles*, 33 (11-12), 727-751.
- MARTIN, C.L. y FABES, R. (2001). The stability and consequences of young children's some-sex peer interaction. *Developmental Psychology*, 37 (3), 431-446.
- MARTIN, C., FABES, R., HANISH, L. y HOLLENSTEIN, T. (2005). Social dynamics in the preeschool. *Developmental Review*, 25 (3-4), 299-327.
- MARTIN, C.L. y HALVERSON, C.F. (1981). A schematic processing model of sex typing and stereotyping in children. *Child Development*, 52 (4), 1119-1134.
- MARTIN, C. L. y LITTLE, J. K. (1990). The relation of gender understanding to children's sex-typed preferences and gender stereotypes. *Child Development*, 61 (5), 1427-1439.
- MARTÍNEZ, J.L., FUENTES, F., RAMOS, M. y HERNÁNDEZ, A. (2003). Consumo de drogas en la adolescencia: Importancia del afecto y la supervisión parental. *Psicothema*, 15 (2), 161-166.
- MASLOW, A. (1970). *Motivation and Personality*. New York: Harper and Row.
- MATSUEDA, R.L. (1982). Testing Control Theory and Differential Association. *American Sociological Review*, 47 (4), 489-504.
- MATSUEDA, R.L. y HEIMER, K. (1987). Race, family structure, and delinquency: A test of Differential Association and Social Control Theories. *American Sociological Review*, 52 (6), 826-840.

- MAXWELL, K.A. (2002). Friends: The role of peer influence across adolescent risk behaviors. *Journal of Youth and Adolescence*, 31 (4), 267-277.
- MCCARTHY, B. y HAGAN, J. (1995). Getting into street crime: The structure and process of criminal embeddedness. *Social Science Research*, 24 (1), 63-95.
- MCCORD, J. (1978). A 30-year follow-up of treatment effects. *American Psychologist*, 33 (3), 284-289.
- MCCORD, J. (1992). Understanding motivations: Considering altruism and aggression. En J. McCord (Ed.), *Facts, Frameworks, and Forecasts: Advances in Criminological Theory* (pp. 115-136). New Brunswick, NJ: Transaction.
- MCCORD, W., MCCORD, J.A. y HOWARD, A. (1963). Family interaction as antecedent to the direction of male aggressiveness. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66 (3), 239-242.
- MCCREARY, D. y KORABIK, K. (1994). Examining the relationships between the socially desirable and undesirable aspects of agency and communion. *Sex roles*, 31 (11-12), 637-651.
- MEEUS, W., OOSTERWEGEL, A. y VOLLEBERGH, W. (2002). Parental and peer attachment and identity development in adolescence. *Journal of Adolescence*, 25 (1), 93-106.
- MEHTA, C.M. y STROUGH, J. (2010). Gender segregation and gender-typing in adolescence. *Sex Roles*, 63 (3-4), 251-263.
- MENARD, S. y ELLIOT, D.S. (1994). Delinquent bonding, moral beliefs, and illegal behavior: A three-wave panel model. *Justice Quarterly*, 11 (2), 173-188.
- MENARD, S. y HUIZINGA, D. (1994). Changes in conventional attitudes and delinquent behavior in adolescence. *Youth and Society*, 26 (1), 23-53.
- MESSERSCHMIDT, J. W. (1986). *Capitalism, Patriarchy, and Crime: Toward a Socialist Feminist Criminology*. Totowa, NJ: Rowman and Littlefield.
- MILLER, P., DANAHER, D. y FORBES, D. (1986). Sex-related strategies for coping with interpersonal conflict in children aged five and seven. *Developmental Psychology*, 22 (4), 543-548.
- MIRÓN, L. (1990). *Familia, Grupo de Iguales y Empatía. Hacia un Modelo Explicativo de la Delincuencia Juvenil*. Tesis Doctoral: Departamento de Psicología Social, Universidad de Santiago de Compostela.
- MIRÓN, L. y OTERO-LÓPEZ, J. (2005). *Jóvenes Delincuentes*. Barcelona: Ariel.
- MOFFITT, T.E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100 (4), 674-701.
- MOFFIT, T.E. (1997). Adolescence-limited and life-course-persistent offending: A complementary pair of development theories. En T. Thornberry (Comp.), *Advances in Criminological Theory: Development Theories of Crime and Delinquency* (pp. 11-54). London: Transaction Press.
- MOFFIT, T.E. y CASPI, A. (2001). Childhood predictors differentiate life-course persistent and adolescence-limited antisocial pathway among males and females. *Development and Psychopathology*, 13 (2), 355-375.

- MOFFIT, T.E., CASPI, A., RUTTER, M. y SILVA, P.A. (2001). *Sex Differences in Antisocial Behavior: Conduct Disorder, Delinquency, and Violence in the Dunedin Longitudinal Study*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MOORE, D.R. y ARTHUR, J.L. (1986). Delincuencia juvenil. En T. Ollendick y M. Hersen (Eds.), *Manual de Psicopatología Infantil* (pp. 486-528). Barcelona: Martínez Roca.
- MORASH, M. (1983). Gangs, groups and delinquency. *British Journal of Criminology*, 23 (4), 309-335.
- MOREIRA, V. (2007). *El Grupo de Amigos en la Adolescencia: Patrones de Afecto, Conflicto y Ocio*. Investigación para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados: Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología, Universidad de Santiago de Compostela.
- MOREIRA, V., SÁNCHEZ, A. y MIRÓN, L. (2010). El grupo de amigos en la adolescencia: Relación entre afecto, conflicto y conducta desviada. *Boletín de Psicología*, 100, 7-21.
- MOSHER, C.E. y DANOFF-BURG, S. (2005). Agentic and communal personality traits: Relations to attitudes toward sex and sexual experiences. *Sex Roles*, 52 (1-2), 121-129.
- MOSHER, D.L. y SIRKIN, M. (1984). Measuring a macho personality constellation. *Journal of Research in Personality*, 18 (2), 150-163.
- MOUNTS, N.S. y STEINBERG, L. (1995). An ecological analysis of peer influence on adolescent grade point average and drug use. *Developmental Psychology*, 31(6), 915-922.
- MUÑOZ-RIVAS, M., ANDREU, J.M., GRAÑA, J.L., O'LEARY, D. y GONZÁLEZ, M.P. (2007). Validación de la versión modificada de la Conflicts Tactics Scale (M-CTS) en población juvenil española. *Psicothema*, 19 (4), 693-698.
- NAGURNEY, A.J. (2007). The effects of relationship stress and unmitigated communion on physical and mental health outcomes. *Stress and Health*, 23 (4), 267-273.
- NESDALE, D., MILLINER, E., DUFFY, A. y GRIFFITHS, J.A. (2009). Group membership, group norms, empathy and young children's intentions to aggress. *Aggressive Behavior*, 35 (3), 244-258.
- NICHOLAS, K.B. y BIEBER, S.L. (1997). Assessment of perceived parenting behaviors: The Exposure to Abusive and Supportive Environments Parenting Inventory (EASE-PI). *Journal of Family Violence*, 12 (3), 275-291.
- NORLAND, S., WESSEL, R.C. y SHOVER, N. (1981). Masculinity and delinquency. *Criminology*, 19 (3), 421-433.
- NÚÑEZ, L.M. (2005). Género y conducta infractora: Las y los menores infractores en Hermosillo, Sonora, México. *Estudios Sociales*, 13 (26), 86-115.
- NYE, F.I. (1958). *Family Relationships and Delinquent Behavior*. New York: Wiley.
- OLDS, T., WAKE, M., PATTON, G., RIDLEY, K., WATERS, E., WILLIAMS, J. y HESKETH, K. (2009). How do school-day activity patterns differ with age and gender across adolescence? *Journal of Adolescent Health*, 44 (1), 64-72.
- OLIVA-DELGADO, A. (2006). Relaciones familiares y desarrollo adolescente. *Anuario de Psicología*, 37 (3), 209-223.

- OLWEUS, D. (1998). *Conductas de Acoso y Amenaza entre Escolares*. Madrid: Morata.
- OSGOOD, D.W., WILSON, J.K., O'MALLEY, P.M., BACHMAN, J.G. y JOHNSTON, L.D. (1996). Routine activities and individual deviant behavior. *American Sociological Review*, 61 (4), 635-655.
- OTERO-LÓPEZ, J.M. (1997). *Droga y Delincuencia: Un Acercamiento a la Realidad*. Madrid: Pirámide.
- OTERO-LÓPEZ, J.M. y VEGA, A. (1993). Relación droga-delincuencia: Un análisis teórico. *Revista Española de Drogodependencias*, 18 (2), 59-70.
- OXFORD, M., HARACHI, T., CATALANO, R. y ABBOTT, R. (2000). Preadolescent predictors of substance initiation: A test of both the direct and mediated effect of family social control factor on deviant peer associations and substance initiations. *Journal Drug Alcohol Abuse*, 27 (4), 599-616.
- PALMQVIST, R. y SANTAVIRTA, N. (2006). What friends are for: The relationships between body image, substance use, and peer influence among Finnish adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 35 (2), 203-217.
- PAPINI, D. R. y SEBBY, R. A. (1988). Variations in conflictual family issues by adolescent pubertal status, gender and family member. *Journal of Early Adolescence*, 8 (1), 1-15.
- PARDINI, D., LOEBER, R. y STOUTHAMER-LOEBER, M. (2005). Development shifts in parent and peer influences on boys' beliefs about delinquent behavior. *Journal of Research on Adolescence*, 15 (3), 299-323.
- PARKER, J. y ASHER, S. (1987). Peer relations and later personal adjustment: Are low-accepted children at risk? *Psychological Bulletin*, 102 (3), 357-389.
- PARKER, G., TUPLING, H. y BROWN, L.B. (1979). A Parental Bonding Instrument. *British Journal of Medical Psychology*, 52, 1-10.
- PARSONS, T. y BALES, R.F. (1955). *Family, Socialization, and Interaction Process*. Glencoe, Ill.: Free Press.
- PASSMORE, A. y FRENCH, D. (2001). Development and administration of a measure to assess adolescents' participation in leisure activities. *Adolescence*, 36 (141), 67-75.
- PATERNOSTER, R. y IOVANNI, L. (1986). The deterrent effect of perceived severity: A reexamination. *Social Forces*, 64 (3), 751-777.
- PATTERSON, G.R. (1986). The contribution of siblings to training for fighting: A microsocial analysis. En D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (Eds.), *Development of Antisocial and Prosocial Behavior: Research, Theory, and Issues* (pp. 235-261). New York: Academic Press.
- PATTERSON, G. R., y BANK, L. (1985). Bootstrapping your way in the nomological thicket. *Behavioral Assessment*, 8 (1), 49-73.
- PATTERSON, G.R., DeBARYSHE, B.D. y RAMSEY, E. (1989). A development perspective on antisocial behavior. *American Psychologist*, 44 (2), 329-335.
- PATTERSON, G.R., DISHION, T.J. y YOERGER, K. (2000). Adolescent growth in new forms of problem behavior: Macro-and-micro-peer dynamics. *Prevention Science*, 1 (1), 3-13.

- PATTERSON, G.R., REID, J.B. y DISHION, T. (1992). *Antisocial Boys: A Social Interactional Approach*. Eugene, OR: Catalia Publishing Company.
- PATTERSON, G.R. y STOUTHAMER-LOEBER, M. (1984). The correlation of family management practices and delinquency. *Child Development*, 55 (4), 1299-1307.
- PATTERSON, G.R. y YOERGER, K. (1993). Developmental models for delinquent behavior. En S. Hodgins (Ed.), *Mental Disorder and Crime* (pp. 140-172). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- PEDERSEN, W. y WICHSTROM, L. (1995). Patterns of delinquency in Norwegian adolescents. *British Journal of Criminology*, 35 (4), 543-562.
- PEDHAZUR, E.J. y TETENBAUM, T.J. (1979). The Bem Sex-Role Inventory: A theoretical and methodological critique. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 996-1016.
- PÉREZ, J.A. y MUGNY, G. (1988). *Psicología de la Influencia Social*. Valencia: Promolibro.
- PETERSEN, R. (2000). Definitions of a gang and impacts on public policy. *Journal of Criminal Justice*, 28 (2), 139-149.
- PETTIT, L. M. (2004). Gender intensification of peer socialization during puberty. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 106, 23-34.
- PIQUERO, N.L., GOVER, A., MacDONALD, J.M. y PIQUERO, A. (2005). The influence of delinquent peers on delinquency. Does gender matter? *Youth and Society*, 36 (3), 251-275.
- PIRES, P. y JENKINS, J. (2007). A growth curve analysis of the joint influences of parenting affect, child characteristics and deviant peers on adolescent illicit drug use. *Journal of Youth and Adolescence*, 36 (2), 169-183.
- PLEYDON, A.P. y SCHNER, J.G. (2001). Female adolescent friendship and delinquent behavior. *Adolescence*, 36 (142), 189-205.
- PONS-DIEZ, J. (1998). El modelado familiar y el papel educativo de los padres en la etiología del consumo de alcohol en los adolescentes. *Revista Española de Salud Pública*, 72 (3), 251-266.
- POULIN, F. y BOIVIN, M. (1999). Proactive and reactive aggression and boy's friendship quality in mainstream classrooms. *Journal of Emotional and Behavioral Disorders*, 7 (3), 168-177.
- POULIN, F. y BOIVIN, M. (2000). Reactive and proactive aggression: Evidence of a two-factor model. *Psychological Assessment*, 12 (2), 115-122.
- PRATT, T. y CULLEN, F. (2000). The empirical status of Gottfredson and Hirschi's General Theory of Crime: A meta-analysis. *Criminology*, 38 (3), 931-964.
- PRINCE, A. I. (1962). Relative prestige and the verbal conditioning of children. *American Psychologist*, 17, 378.
- PRINSTEIN, M.J., BOERGER, J. y SPIRITO, A. (2001). Adolescents' and their friends' health-risk behavior: Factors that alter or add to peer influence. *Journal of Pediatric Psychology*, 26 (5), 287-298.

- PULKKINEN, L., LYYRA, A.L. y KOKKO, K. (2009). Life success of males on nonoffender, adolescence-limited, persistent, and adult-onset antisocial pathways: Follow-up from age 8 to 42. *Aggressive Behavior*, 35 (2), 117-135.
- RAVEN, B. (1992) A power/interaction model of interpersonal influence: French and Raven thirty years later. *Journal of Social Behavior and Personality*, 7 (2), 217-44.
- REBELLON, C.J. (2006). Do adolescents engage in delinquency to attract the social attention of peer? An extension and longitudinal test of the social reinforcement hipótesis. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 43 (4), 387-411.
- RECHEA, C. (2008). *Conductas Antisociales y Delictivas de los Jóvenes en España*. Castilla-La Mancha: Centro de Investigación en Criminología.
- RECHEA, C., BARBERET, R., MONTAÑÉS, J. y ARROYO, L. (1995). *La Delincuencia Juvenil en España: Autoinforme de los Jóvenes*. Madrid: Ministerio de Justicia e Interior.
- REIS, H.T. y WRIGHT, S. (1982). Knowledge of sex-role stereotypes in children aged 3 to 5. *Sex Roles*, 8 (10), 1049-1056.
- REISS, A.J. (1986). Co-offending and criminal careers. En A. Blumstein, J. Cohen, J.A. Roth y C.A. Visher (Eds.), *Criminal Careers and Career Criminals* (Vol. 2, pp. 121-160). Washintong, DC: National Academy Press.
- REISS, A.J. y FARRINGTON, D.P. (1991). Advancing knowledge about co-offending: Results from a prospective longitudinal survey of London males. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 82 (2), 360-395.
- REISS, A.J. y RHODES, A.L. (1961). The distribution of juvenile delinquency in the social class structure. *American Sociological Review*, 26 (5), 720-732.
- REISS, A.J. y RHODES, A.L. (1964). An empirical test of Differential Association Theory. *Journal of Rescue Crime Delinquency*, 1(1), 5-18.
- REYNOLDS, K.A. HELGESON, V.S., SELTMAN, H., JANICKI, D., PAGE-GOULD, E. y WARDLE, M. (2006). Impact of interpersonal conflict on individuals high in unmitigated communion. *Journal of Applied Social Psychology*, 36 (7), 1595-1616.
- RILEY, D. (1987). Time and crime: The link between teenager lifestyles and delinquency. *Journal of Quantitative Criminology*, 3 (4), 339-354.
- RING, J. (1999). *Hern och skola, kamrater och brott [Home and School Peer and Crime]*. Kriminologiska Institutionen. Stockholm: Stockhoms Universitet.
- ROBIN, S. S. y JOHNSON, E. O. (1996). Attitude and peer cross-pressure: Adolescent drug and alcohol use. *Journal of Drug Education*, 26 (1), 69-99.
- ROBINS, L. (1966). *Deviant Children Growing Up: A Sociological and Psychiatric Study of Sociopathic Personality*. Baltimore: Williams and Wilkins.
- RODHAM, K., HAWTON, K., EVANS, E. y WEATHERALL, R. (2005). Ethnic and gender differences in drinking, smoking and drug taking among adolescents in England: A self-report school-based survey of 15 and 16 year olds. *Journal of Adolescence*, 28 (1), 63-73.

- RODRÍGUEZ, J.A. (2006). *Grupos de Amigos, Género y Delincuencia: Análisis de la Relación en una Muestra de Adolescentes Venezolanos*. Investigación para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados: Departamento de psicología Social, Básica y Metodología, Universidad de Santiago de Compostela.
- RODRÍGUEZ, J.A. (2009). *Grupos de Amigos y Conducta Antisocial: Análisis de la Relación en una Muestra de Adolescentes Venezolanos*. Tesis Doctoral: Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad de Santiago de Compostela, España.
- RODRÍGUEZ, J.A. y MIRÓN, L. (2008). Grupos de amigos y conducta antisocial. *Capítulo Criminológico*, 36 (4), 121-149.
- RODRÍGUEZ, J.A., MIRÓN, L. y RIAL, A. (en prensa). Análisis de la relación entre grupo de iguales, vínculos convencionales, autocontrol y conducta antisocial en una muestra de adolescentes venezolanos. *Revista de Psicología Social*.
- ROLLINS, B. C. y THOMAS, D. L. (1979). Parental support, power, and control techniques in the socialization of children. En W. R. Burr, R. Hill, F. L. Nye y I. R. Reiss, (Eds.), *Contemporary Theories About the Family* (Vol. 1, pp. 317-364). New York: Free Press.
- ROSENKRANTZ, P., VOGEL, S., BEE, H., BROVERMAN, I. y BROVERMAN, D.M. (1968). Sex-role stereotypes and self-concepts in college students. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 32 (3), 287-295.
- RUBIN, L.B. (1985). *Just friends*. New York: Harper and Row.
- RUNGE, T.E., FREY, D., GOLLWITZER, P.M., HELMREICH, R.L. y SPENCE, J.T. (1981). Masculine (instrumental) and feminine (expressive) traits: A comparison between students in the United States and West Germany. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 12 (2), 142-162.
- RUSSELL, A. y RUSSELL, G. (1989). Warmth in mother-child and father-child relationships in middle childhood. *British Journal of Developmental Psychology*, 7 (3), 219-235.
- RUTTER, M. y GILLER, H. (1988). *Delincuencia juvenil*. Barcelona: Martínez Roca.
- RUTTER, M., GILLER, H. y HAGELL, A. (2000). *La Conducta Antisocial de los Jóvenes*. Madrid: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ, A., MOREIRA, V. y MIRÓN, L. (2011). Sexo, género y agresión: Análisis de la relación en una muestra de universitarios. *Boletín de Psicología*, 101, 35-50.
- SÁNCHEZ-QUEIJA, I. y OLIVA, A. (2003). Vínculos de apego con los padres y relaciones con los iguales durante la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 18 (1), 71-86.
- SANTOR, D., MESSERVEY, D. y KUSUMAKAR, V. (2000). Measuring peer pressure, popularity, and conformity in adolescent boys and girls: Predicting school performance, sexual attitudes, and substance abuse. *Journal of Youth and Adolescence*, 29 (2), 163-182.
- SANTROCK, J. (2004). *Psicología del Desarrollo en la Adolescencia*. Madrid: McGrawHill.
- SARAGOVI, C., AUBÉ, J., KOESTNER, R. y ZUROFF, D. (2002). Traits, motives, and depressive styles as reflections of agency and communion. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28 (5), 563-577.

- SARAGOVI, C., KOESTNER, R., DI DIO, L. y AUBÉ, J. (1997). Agency, communion, and well-being: Extending Helgeson's (1994) model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73 (3), 593-609.
- SARNECKI, J. (1986). *Delinquent Networks. Stockholm: The National Council for Crime Prevention. Sweden: Allmänna Förlaget.*
- SARNECKI, J. (1990). Delinquent networks in Sweden. *Journal of Quantitative Criminology*, 6 (1), 31-51.
- SARNECKI, J. (2001). *Delinquent Networks: Youth Co-offending in Stockholm*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SAVIN-WILLIAMS, R.C. y BERNDT, T.J. (1990). Friendship and peer relations. En S.S. Feldman y R. Elliot (Eds.), *At the Threshold: The Developing Adolescent* (pp. 277-307). Cambridge: Harvard University Press.
- SCHAEFER, E. S. (1965). A configurational analysis of children's reports of parent behavior. *Journal of Consulting Psychology*, 29 (6), 552-557.
- SCHUMM, W.R., BOLLMAN, S.R., JURICH, A.P. y MARTIN, M.J. (1982). Adolescent perspectives on family violence. *Journal of Social Psychology*, 117, 153-154.
- SERBIN, L.A., POWLISHTA, K.K. y GULKO, J. (1993). The development of sex typing in middle childhood. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 58 (2).
- SERRANO-TÁRRAGA, M^a.D. (2009). Evolución de la delincuencia juvenil en España (2000-2007). *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 2, 255-270.
- SHAFFER, D.R. (2002). *Desarrollo Social y de la Personalidad*. Madrid: Thomson.
- SHAW, C. R. y McKAY, H. D. (1931). *Social Factors in Juvenile Delinquency*. Report of the national commission on law observance and enforcement. U.S. Government Printing Office. Washinton D.C.
- SHAW, C. y McKAY, H. (1942). *Juvenile Delinquency and Urban Areas*. Chicago: University of Chicago Press.
- SHERIF, M. y SHERIF, C.W. (1964). *Reference Groups: Exploration into Conformity and Deviation of Adolescents*. New York: Harper and Row.
- SHORT, J.F. (1960). Differential association as a hypothesis: Problems of empirical testing. *Social Problems*, 8 (1), 14-25.
- SHORT, J.F. y STRODTBECK, F.L. (1965). *Group Process and Gang Delinquency*. Chicago: University of Chicago Press.
- SHULMAN, S., LEVY-SHIFF, R., KEDEM, P. y ALON, E. (1997). Intimate relationships among adolescent romantic partners and same-sex friends: Individual and systemic perspectives. *New Directions in Child Development*, 68, 37-52.
- SIEM, F.M. y SPENCE, J.T. (1986). Gender-related traits and helping behaviors. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51 (3), 615-621.

- SIGNORELLA, M.L., BIGLER, R.S. y LIBEN, L.S. (1993). Developmental differences in children's gender schemata about others: A meta-analytic review. *Developmental Review*, 13 (2), 147-183.
- SILBEREISEN, R.K. y EYFERTH, K. (1986). Development as action in context. En R.K. Silbereisen, K. Eyferth y G. Rudinger (Eds.), *Development as Action in Context: Problem Behavior and Normal Youth Development* (pp.3-16). Berlin: Springer-Verlag.
- SILBEREISEN, R. K. y TODT, E. (1994). *Adolescence in Context: The Interplay of Family, School, Peers, and Work in Adjustment*. New York: Springer.
- SIMONS, R.L., WU, C., CONGER, R.D. y LORENZ, F.O. (1994). Two routes to delinquency: Differences between early and late starters in the impact of parenting and deviant peers. *Criminology*, 32 (2), 247-275.
- SNELL, W.E., BELK, S.S. y HAWKINS, R.C. (1987). Alcohol and drug use in stressful times: The influence of the masculine role and sex-related personality attributes. *Sex Roles*, 16 (7-8), 359-373.
- SNYDER, H.N. y SICKMUND, M. (1995). *Juvenile offenders*. Washington, DC: Instituto Nacional de Justicia.
- SPENCE, J.T. (1985). Gender identity and its implications for concepts of masculinity and femininity. En T.B. Sonderegger (Ed.), *Nebraska Symposium on Motivation: Psychology and Gender* (Vol. 32, pp. 59-96). Lincoln: University of Nebraska Press.
- SPENCE, J.T. y HELMREICH, R.L. (1978). *Masculinity and Femininity: Their Psychological Dimensions, Correlates and Antecedents*. Austin: University of Texas Press.
- SPENCE, J.T., HELMREICH, R.L. y HOLAHAN, C.K. (1979). Negative and positive components of psychological masculinity and femininity and their relationships to neurotic and acting out behaviours. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37 (10), 1673-1682.
- SPENCE, J.T., HELMREICH, R.L. y STAPP, J. (1974). The Personal Attributes Questionnaire: A measure of sex role stereotypes and masculinity-femininity. *JSAS Catalog of Selected Documents in Psychology*, 4, MS 617.
- SPENCE, J.T., HELMREICH, R.L. y STAPP, J. (1975). Ratings of self and peers on sex role attributes and their relation to self-esteem and conceptions of masculinity and femininity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32 (1), 29-39.
- STATIN, H. y MAGNUSSON, D. (1995). Onset of official delinquency: Its co-occurrence in time with educational, behavioral, and interpersonal problems. *British Journal of Criminology, Delinquency and Deviant Social Behavior*, 35 (3), 417-449.
- STATIN, H., MAGNUSSON, D. y REICHEL, H. (1989). Criminal activity at different ages. *British Journal of Criminology*, 29 (4), 368-385.
- STEFFENSMEIER, D. y ALLAN, E. A. (1996). Gender and crime: Toward a gendered theory of female offending. *Annual Review of Sociology*, 22, 459-487.
- STEFFENSMEIER, D. y ALLAN, E.A. (2000). Looking for patterns: Gender, age, and crime. En J. F. Sheley (Comp.), *Criminology* (pp. 83-113). Belmont: Wadsworth.

- STOOLMILLER, M. (1994). Antisocial behaviour, delinquent peer association, and unsupervised wandering: Growth and change from childhood to early adolescence. *Multivariate Behavioral Research*, 29, 263-276.
- STORVOLL, E. y WICHSTROM, L. (2002). Do the risk factors associated with conduct problems in adolescents vary according to gender? *Journal of Adolescent*, 25 (2), 183-202.
- STRAUS, M. (1974). Leveling, civility and violence in the family. *Journal of Marriage and the Family*, 36, 13-29.
- STRAUS, M.A. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The Conflict Tactics (TC) Scales. *Journal of Marriage and Family*, 41 (1), 75-88.
- STRAUS, M.A. (1987). State and regional differences in U.S infant homicide rates in relation to sociocultural characteristics of the states. *Behavior Sciences and the Law*, 5 (1), 61-75.
- STRAUS, M.A. y BROWN, B.W. (1977). *Family Measurement Techniques*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- STRAUS, M. A. y HAMBY, S.L. (1997). Measuring physical and psychological maltreatment of children with the Conflict Tactics Scales. En G.K. Kantor y J. Jasinski (Eds.), *Out of the Darkness: Contemporary Research Perspectives on Family Violence* (pp. 119-135). Thousand Oaks, CA: Sage.
- STRAUS, M., HAMBY, S. L., BONEY-McCOY, S. y SUGARMAN, D.B. (1996). The Revised Conflict Tactics Scales (CTS2): Development and preliminary psychometric data. *Journal of Family Issues*, 17 (3), 283-316.
- STRAUS, M., HAMBY, S.L., FINKELHOR, D., MOORE, D. y RUNYAN, D. (1998). Identification of child maltreatment with Parent-Child Conflict Tactics Scales: Development and psychometric data for a national sample of American parents. *Child Abuse and Neglect*, 22 (4), 249-270.
- SOARES, J.M. (2005). *Violencia y Malos Tratos en los Contextos de Socialización y Delincuencia Juvenil*. Tesis Doctoral: Departamento de Psicología Social, Básica y Metodología, Facultad de Psicología, Universidad de Santiago de Compostela, España.
- SOBELL, L.C. y SOBELL, M.B. (1975). Outpatients alcoholics give valid self-reports. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 161 (1), 32-42.
- SULLIVAN, C.J. (2006). Early adolescent delinquency: Assessing the role of childhood problems, family environment, and peer pressure. *Youth Violence and Juvenile Justice*, 4 (4), 291-313.
- SUTHERLAND, E. (1947, 1955). *Principles of Criminology*. Philadelphia: J. B. Lippincott.
- SUTHERLAND, E. y CRESSEY, D.R. (1978). *Criminology*. Philadelphia: J.B. Lippincott.
- SUTHERLAND, E., CRESSEY, D.R. y LUCKENBILL, D.F. (1992). *Principles of Criminology*. Dix Hills, NY: General Hall.
- SVENSSON, R. (2003). Gender differences in adolescent drug use. The impact of parental monitoring and peer deviance. *Youth and Society*, 34 (3), 300-326.

- TAJFEL, H. y TURNER, C. (1985). La Teoría de la Identidad Social de la conducta intergrupar. En G.W. Austin y S. Worchel (Eds.), *The Social Psychology of Intergroup Relations* (pp. 7-24). Chicago: Nelson-Hall.
- THAYER, S. M. (2005). *Conflict Resolution in Mexican American Adolescents' Relationships*. Tesis no publicada.
- THOMPSON, J.W., CATALANO, J. y LOWENSTEIN, G. (1984). *Employment and Crime: A Survey of Brooklyn Arrested Persons*. New York: Vera Institute of Justice.
- THORNBERRY, T. y KROHN, M.D. (1997). Peer, drug use, and delinquency. En D.M. Stoff, J. Breiling y J.D Maser (Eds.), *Handbook of Antisocial Behavior* (pp. 218-233). New York: Wiley.
- THORNBERRY, T. y KROHN, M.D. (2000). The self-report method for measuring delinquency and crime. En D. Duffee, R. D. Crutchfield, S. Mastrofski, L. Mazerolle, D. McDowall y B. Ostrom (Eds.), *Innovations in Measurement and Analysis* (pp. 33-83). Washington, DC: National Institute of Justice.
- THORNBERRY, T.P., KROHN, M.D., LIZOTTE, A.J. y CHARD-WIERSCHEM, D. (1993). The role of juvenile gangs in facilitating delinquent behavior. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 30 (1), 55-87.
- THORNBERRY, T.P., LIZOTTE, A.J., KROHN, M.D., FARNWORTH, M. y JOON-JANG, S. (1994). Delinquent peers, beliefs, and delinquent behavior: A longitudinal test of Interactional Theory. *Criminology*, 32 (1), 47-84.
- THRASHER, F. (1927). *The gang*. Chicago: University of Chicago Press.
- THRASHER, F. (1963). *The Gang. A Study of 1.313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- TITTLE, C. y PATERNOSTER, R. (2000). *Social Deviance and Crime: An Orgazational and Theoretical Approach*. Los Angeles: Roxbury Publishing.
- TOLDOS, M. P. (2005). Sex and age differences in self-estimated physical, verbal and indirect aggression in Spanish adolescents. *Aggressive Behavior*, 31, 13-23.
- TRAGESSER, S., ALOISE-YOUNG, P. y SWAIM, R. (2006). Peer influence, images of smokers, and beliefs about smoking among preadolescent nonsmokers. *Social Development*, 15 (2), 311-325.
- TREMBLAY, R.E., MÂSSE, L., VITARO, F. y DOBKIN, P.L. (1995). The impact of friends' deviant behavior on early onset of delinquency: Longitudinal data from 6 to 13 years of age. *Development and Psychopathology*, 7 (4), 649-667.
- TREMBLAY, R.E., NAGIN, D.S., SÉGUIN, J.R., ZOCCOLILLO, M., ZELAZO, P.D., BOIVIN, M., PÉRUSSE, D. y JAPPEL, C. (2004). Physical aggression during early childhood: Trajectories and predictors. *Pediatrics*, 114 (1), 43-50.
- URBERG, K.A. (1999). Introduction: Some thoughts about studying the influence of peers on children and adolescents. *Merrill-Palmer Quarterly*, 45 (1), 1-12.

- van LIER, P., VITARO, F., WANNER, B., VUIJK, P. y CRIJNEN, A. (2005). Gender differences in developmental links among antisocial behavior, friends' antisocial behavior, and peer rejection in childhood: Results from two cultures. *Child Development*, 76 (4), 841-855.
- van LIER, P.A., WANNER, B. y VITARO, F. (2007). Onset of antisocial behavior, affiliation with deviant friends, and childhood maladjustment: A test of the childhood-and adolescent-onset models. *Development and Psychopathology*, 19 (1), 167-185.
- VAZSONYI, A.T., PICKERING, L.E., BELLISTON, L., HESSING, D. y JUNGER, M. (2002). Routine activities and deviant behaviors: American, Dutch, Hungarian and Swiss youth. *Journal of Quantitative Criminology*, 18 (4), 397-422.
- VERGARA, A.I. y PÁEZ, D. (1993). Revisión teórico-metodológica de los instrumentos para la medición de la identidad de género. *Revista de Psicología Social*, 8 (2), 133-152.
- VITARO, F., BRENDGEN, M. y TREMBLAY, R.E. (2000). Influence of deviant friends on delinquency: Searching for moderator variables. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 28 (4), 313-325.
- VITARO, F., BRENDGEN, M. y WANNER, R.E. (2005). Patterns of affiliation with delinquent friends during late childhood and early adolescence: Correlates and consequences. *Social Development*, 14 (1), 82-108.
- VITARO, F., TREMBLAY, R. E. y BUKOWSKI, W. M. (2001). Friends, friendships, and conduct disorders. En J. Hill y B. Maughan (Eds.), *Conduct Disorder in Childhood* (pp. 346-378). Cambridge: Cambridge University Press.
- VITARO, F., TREMBLAY, R.E., KERR, M., PAGANI, L. y BUKOWSKI, W.M. (1997). Disruptiveness, friends' characteristics, and delinquency in early adolescence: A test of two competing models of development. *Child Development*, 68 (4), 676-689.
- VOLD, G., BERNARD, T. y SNIPES, J. (2002). *Theoretical Criminology*. New York: Oxford University Press.
- WALLERSTEIN, J.S. y WYLE, C.J. (1947). Our law-abiding law-breakers. *Probation*, 25, 107-112.
- WARR, M. (1993). Age, peers, and delinquency. *Criminology*, 31 (1), 17-40.
- WARR, M. (1996). Organization and instigation in delinquent groups. *Criminology*, 34 (1), 11-37.
- WARR, M. y STAFFORD, M. (1991). The influence of delinquent peers: What they think or what they do? *Criminology*, 29, (4), 851-866.
- WASHBURN, J. M., HILLMAN, S. B. y SAWILOWSKY, S. S. (2004). Gender and gender-role orientation differences on adolescents' coping with peer stressors. *Journal of Youth and Adolescence*, 33 (1), 31-40.
- WEERMAN, F.R. (2003). Co-offending as social exchange: Explaining characteristics of co-offending. *British Journal Criminology*, 43 (2), 398-416.
- WEIS, J.G. y HAWKINS, J.D. (1981). *Preventing Delinquency*. Report of the National Juvenile Justice Assessment Centers. Washington, DC: US Government Printing Office.
- WENTZEL, K.R. (1999). Social influences on school adjustment: Commentary. *Education of Psychology*, 34 (1), 59-69.

- WERNER, C. y PARMELEE (1979). Similarity of activity preferences among friends: Those who play together stay together. *Social Psychology Quarterly*, 42 (1), 62-66.
- WEST, D.J. y FARRINGTON, D.P. (1973). *Who Becomes Delinquent?* London: Heinemann.
- WHITE, H.R., JOHNSON, V. y HORWITZ, A. (1986). An application of three deviance theories for adolescent substance use. *International Journal of the Addictions*, 21 (3), 347-366.
- WHITE, H.R., PANDINA, R.J. y LaGRANGE, R.L. (1987). Longitudinal predictors of serious substance use and delinquency. *Criminology*, 25 (3), 715-740.
- WIATROWSKI, M.D., GRISWOLD, D.B. y ROBERTS, M.K. (1981). Social Control Theory and delinquency. *American Sociological Review*, 46 (5), 525-541.
- WIGGINS, J.S. y HOLZMULLER, A. (1978). Psychological androgyny and interpersonal behavior. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46 (1), 40-52.
- WIKSTRÖM, P. (1991). *Urban Crime, Criminals, and Victims: The Swedish Experience in an Anglo-American Comparative Perspective*. New York: Springer.
- WILSON, H. (1980). Parental supervision: A neglected aspect of delinquency. *British Journal of Criminology*, 20 (3), 203-235.
- WILSON, J.Q. y HERRSTEIN, R. (1985). *Crime and Human Nature*. New York: Simon and Schuster.
- WONG, S.K. (2005). The effects of adolescent activities on delinquency: A differential involvement approach. *Journal of Youth and Adolescence*, 34 (4), 321-333.
- WRIGHT, L.S. (1982). Parental permission to date and its relationship to drug use and suicidal thoughts among adolescents. *Adolescence*, 17 (66), 409-418.
- YOUNG, R. y SWEETING, H. (2004). Adolescent bullying, relationships, psychological well-being, and gender atypical behavior: A gender diagnosticity approach. *Sex Roles*, 50 (7-8), 525-537.
- ZHANG, Q., LOEBER, R. y STOUTHAMER-LOEBER, M. (1997). Developmental trends of delinquent attitudes and behaviors: Replications and synthesis across domains, time, and samples. *Journal of Quantitative Criminology*, 13 (2), 181-215

ANEXO

N. _____

Antes de comenzar queremos que sepas que:

Estamos realizando un trabajo con el que pretendemos conocer mejor las condiciones de vida de los adolescentes y los jóvenes, sus opiniones, y su manera de actuar.

Te pedimos que nos ayudes en esta tarea, respondiendo a las preguntas que aparecen a continuación. Para que puedas contestar con la máxima sinceridad te garantizamos el anonimato de tus respuestas: no queremos saber tu nombre ni tu dirección, ni ningún otro dato que pueda identificarte.

Es muy importante que respondas a todas las preguntas. Consúltanos cualquier duda que se te presente al responder.

Recuerda que la información que nos proporciones será absolutamente confidencial, y que tus respuestas son imprescindibles para que podamos entender mejor los problemas que con frecuencia tienen los chicos y chicas de tu edad.

MUCHAS GRACIAS

I) Para comenzar, te hacemos unas preguntas iniciales sobre TI:

1. Sexo (marca lo que corresponda):

1) Hombre ☐

2) Mujer ☐

2. Edad: _____ años.

3. Profesión de tu padre: _____

4. Profesión de tu madre: _____

5. Estudios de tus padres (marca CON UNA X la casilla que corresponda):

	MADRE	PADRE
1) Sin estudios		
2) Estudios primarios		
3) Estudios de secundaria (Bachillerato, FP, etc.)		
4) Estudios universitarios		

II) Ahora te preguntamos acerca de **TU GRUPO DE AMIGOS:**

6. En general, ¿cuántos amigos dirías que tienes? Indica el número aproximado: _____.
En tu opinión estos amigos son:

1) Pocos ☐

2) Bastantes ☐

3) Muchos ☐

7. De todos los amigos que tienes, ¿cuántos de ellos forman tu “PANDILLA O GRUPO DE AMIGOS HABITUAL” (con el que pasas más tiempo)? Indica el número_____.

7a. 1) ¿Cuántos de tu grupo son hombres? Indica el número_____;

2) ¿y cuántos son mujeres? _____;

7b. 1) ¿Cuántos de tu grupo tienen tu misma edad? Indica el número_____;

2) ¿Cuántos son mayores que tú?_____;

3) ¿y cuántos son menores que tú?_____.

8. ¿Con cuántos de LOS/AS AMIGOS/AS DE TU GRUPO consideras que tienes una “buena relación de amistad”? Indica el número: _____.

9. Aproximadamente, ¿cuántas horas al día pasas junto a TU GRUPO DE AMIGOS? Indica el número: _____. En tu opinión este tiempo es:

1) Poco ☐

2) Bastante ☐

3) Mucho ☐

10. ¿Cómo de importante crees que eres para TU PANDILLA O GRUPO DE AMIGOS?

1) Nada importante ☐

2) Poco ☐

3) Bastante ☐

4) Muy importante ☐

11. Cuando en TU GRUPO DE AMIGOS se produce algún conflicto, ¿en qué medida es habitual que los que ESTÁN DISCUTIENDO O EN DESACUERDO realicen cada una de las siguientes conductas? Marca con una X la opción que corresponda.

	Nunca	Casi nunca	Algunas veces	Casi siempre	Siempre
1) Discutir los problemas calmadamente	0	1	2	3	4
2) Intentar comprender el punto de vista del otro en una discusión	0	1	2	3	4
3) Buscar la ayuda de una tercera persona cuando no se llega a un acuerdo	0	1	2	3	4
4) Insultarse, ofenderse en las discusiones	0	1	2	3	4
5) Negarse a hablar con el otro	0	1	2	3	4
6) Retirarse con rabia del lugar de la reunión	0	1	2	3	4
7) Amenazar con pegarse	0	1	2	3	4
8) Golpear o romper algún objeto para demostrar su rabia	0	1	2	3	4
9) Tirar algún objeto al otro	0	1	2	3	4
10) Empujar, zarandear o sacudir violentamente al otro	0	1	2	3	4
11) Dar un golpe al otro	0	1	2	3	4
12) Dar una paliza al otro	0	1	2	3	4

12. Ahora, indica con una X si LOS/AS AMIGOS/AS DE TU GRUPO, en general, realizan las siguientes conductas y con qué frecuencia:

	Nunca	Casi nunca	Algunas veces	Casi siempre	Siempre
1) Insultarse entre ellos/as	0	1	2	3	4
2) Insultarte a ti	0	1	2	3	4
3) Amenazarse entre ellos/as con algún objeto	0	1	2	3	4
4) Amenazarte a ti con algún objeto	0	1	2	3	4
5) Pegarse entre ellos/as	0	1	2	3	4
6) Pegarte a ti	0	1	2	3	4
7) Pegarse entre ellos/as utilizando algún arma u objeto peligroso	0	1	2	3	4
8) Pegarte a ti con algún arma u objeto peligroso	0	1	2	3	4
9) Ridiculizarse entre ellos/as (por su aspecto, sus opiniones,...)	0	1	2	3	4
10) Ridiculizarte a ti (por tu aspecto, tus opiniones...)	0	1	2	3	4
11) Consolarte cuando estás triste	0	1	2	3	4
12) Confiar en ti	0	1	2	3	4
13) Abrazarte para mostrarte apoyo	0	1	2	3	4
14) Ayudarte cuando tienes problemas	0	1	2	3	4
15) Decirte que les importas	0	1	2	3	4
16) Ayudarte a superar momentos de crisis	0	1	2	3	4
17) Decirte algo para hacerte sentir bien	0	1	2	3	4
18) Respetar tu individualidad, tu propia manera de ser	0	1	2	3	4
19) Respetar tus sentimientos	0	1	2	3	4
20) Escuchar tu opinión y hacerte ver que les importas	0	1	2	3	4
21) Hablar contigo de temas importantes para ti	0	1	2	3	4
22) Apoyarte emocionalmente	0	1	2	3	4

13. Indica con una X cuántos de LOS/AS AMIGOS/AS DE TU GRUPO realizan, o han realizado, las siguientes conductas.

	Ninguno	Algunos	Muchos	Todos
1) Fumar				
2) Beber alcohol habitualmente				
3) Destrozar cosas en lugares públicos				
4) Destrozar cosas de otras personas				
5) Consumir drogas ilegales				
6) Amenazar o atacar a otras personas				
7) Discutir violentamente con los padres o profesores				
8) Robar				

14. Ahora te preguntamos si TÚ has realizado, y con qué frecuencia, las conductas que aparecen a continuación. Marca con una X la opción que corresponda.

	Nunca	Casi nunca	Algunas veces	Casi siempre	Siempre
1) Romper los cristales de las casas en las que no vive nadie	0	1	2	3	4
2) Darle una paliza a alguien	0	1	2	3	4
3) Escaparse de un taxi sin pagar el viaje	0	1	2	3	4
4) Consumir bebidas alcohólicas antes de los 18 años	0	1	2	3	4
5) Consumir marihuana, hachís	0	1	2	3	4
6) Molestar, insultar, empujar a un desconocido	0	1	2	3	4
7) Robar cosas de un coche aparcado	0	1	2	3	4
8) Conducir borracho	0	1	2	3	4
9) Tomar anfetaminas u otras sustancias médicas sin haber sido recetadas	0	1	2	3	4
10) Golpear, rayar, dañar los coches o motos aparcados	0	1	2	3	4
11) Atacar a alguien de un grupo rival con las manos	0	1	2	3	4
12) Entrar a robar en una vivienda	0	1	2	3	4
13) Consumir drogas duras (Cocaína, Heroína, LSD, Crack, Éxtasis, etc.)	0	1	2	3	4
14) Pelearse con otra persona con golpes mutuos	0	1	2	3	4
15) Robar dinero o cosas que dejan en la mesa de algún negocio u otro lugar	0	1	2	3	4

16) Andar con gente que se mete habitualmente en problemas	0	1	2	3	4
17) Discutir violentamente con un profesor	0	1	2	3	4
18) Forcejear con alguien para robarle	0	1	2	3	4
19) Emborracharse	0	1	2	3	4
20) Causar daños en una tienda abierta	0	1	2	3	4
21) Amenazar a alguien con un arma	0	1	2	3	4
22) Fumar antes de los 18 años	0	1	2	3	4
23) Consumir más de una droga al mismo tiempo	0	1	2	3	4
24) Ensuciar las calles a propósito, tirando contenedores de basura, rompiendo botellas, etc.	0	1	2	3	4
25) Pegar una patada a alguien	0	1	2	3	4
26) Escaparse de casa	0	1	2	3	4
27) Causar destrozos en un bar, discoteca, etc.	0	1	2	3	4
28) Robar cosas de una tienda estando abierta	0	1	2	3	4
29) Pasar la noche fuera de casa sin permiso	0	1	2	3	4
30) Tener problemas de salud a causa del consumo de drogas	0	1	2	3	4
31) Robar en una vivienda particular	0	1	2	3	4
32) Aceptar regalos o dinero sabiendo que son robados	0	1	2	3	4
33) Hacer graffitis ofensivos y obscenos en las paredes	0	1	2	3	4
34) Andar con un arma (navaja, etc.) por si se necesita en una pelea	0	1	2	3	4
35) Robar una moto, bicicleta, para dar una vuelta	0	1	2	3	4
36) Recibir dinero por hacer algo ilegal	0	1	2	3	4
37) Atacar a un policía, para impedir que detenga a alguien	0	1	2	3	4
38) Convencer a alguien de que haga algo ilegal	0	1	2	3	4
39) Romper o dañar teléfonos públicos, papeleras, etc.	0	1	2	3	4
40) Agredir a alguien con intención de matarlo	0	1	2	3	4
41) Robar objetos del colegio	0	1	2	3	4
42) Ser expulsado del colegio	0	1	2	3	4
43) Ofrecer resistencia a un policía que pretende detenerte	0	1	2	3	4
44) Formar parte de un robo utilizando armas	0	1	2	3	4
45) Molestar, insultar, empujar a personas ancianas	0	1	2	3	4
46) Robar el bolso o la cartera de alguien cuando va por la calle	0	1	2	3	4
47) Ser detenido por vender drogas	0	1	2	3	4
48) Vender droga	0	1	2	3	4
49) Robar cosas de las mochilas o chaquetas de tus compañeros en el colegio	0	1	2	3	4
50) Atracar a alguien	0	1	2	3	4
51) Entrar a robar en una tienda cerrada	0	1	2	3	4

15. Indica si TÚ has realizado, o te ha sucedido, lo que te indicamos a continuación. Marca con una X la opción que corresponda.

	Nunca	Casi nunca	Algunas veces	Casi siempre	Siempre
1) Cuando estás con tus amigos/as haces algunas cosas que realmente no quieres hacer	0	1	2	3	4
2) Si no participas en algunas actividades del grupo, tus amigos/as pueden pensar que eres un/una “gallina”, “cobarde”, “miedoso/a”	0	1	2	3	4
3) Tus amigos/as se reirían de ti si te comportaras de un modo distinto a como lo hacen ellos	0	1	2	3	4

16. Indica si tú y tus amigos/as, “COMO GRUPO”, tenéis las características que aparecen a continuación. Marca con una X la casilla que corresponda.

	Definitivamente no	Probablemente no	Estoy indeciso	Probablemente si	Definitivamente si
1) Algunas señales propias (un peinado, música, tatuajes, ropa, etc., especial)	0	1	2	3	4
2) Un nombre propio que os sirve para diferenciaros de otros grupos	0	1	2	3	4
3) Un código o lenguaje especial para comunicaros entre vosotros	0	1	2	3	4
4) Un lugar en el que os reunís, y al que consideráis vuestro territorio	0	1	2	3	4
5) Un líder que dirige vuestro grupo	0	1	2	3	4
6) Unos criterios específicos para seleccionar a los nuevos miembros del grupo	0	1	2	3	4
7) Una duración de, al menos, 1 año (hace, al menos, 1 año que se formó el grupo)	0	1	2	3	4
8) Una pertenencia de, al menos, 1 año (hace, al menos, un año que entraste en el grupo)	0	1	2	3	4

17. Cuando tú y tus amigos/as estáis “EN GRUPO”, indica con qué frecuencia realizáis las siguientes actividades. Marca con una X la casilla correspondiente.

	Nunca	Casi nunca	Algunas veces	Casi siempre	Siempre
1) Conversar sobre vuestras cosas	0	1	2	3	4
2) Consumir alcohol en la calle (en alguna terraza, en un botellón, etc.)	0	1	2	3	4
3) Ir al cine a ver una película	0	1	2	3	4
4) Enfrentaros y pelearos con otros grupos o personas	0	1	2	3	4
5) Ir a fiestas	0	1	2	3	4
6) Consumir drogas	0	1	2	3	4
7) Ir a alguna sala de video-juego o cibercafé	0	1	2	3	4
8) Planificar peleas o ataques contra otros grupos o personas	0	1	2	3	4
9) Hacer algún deporte (fútbol, baloncesto, natación, etc.)	0	1	2	3	4
10) Ir a algún café a tomar algo	0	1	2	3	4
11) Dañar objetos que se encuentran en la calle (teléfonos, vallas publicitarias, etc.)	0	1	2	3	4
12) Tocar en un grupo de música	0	1	2	3	4
13) Ir a discotecas	0	1	2	3	4
14) Salir de excursión o de paseo (a la piscina, río, montaña, etc.)	0	1	2	3	4
15) Hacer graffitis ofensivos en la calle	0	1	2	3	4
16) Oír música	0	1	2	3	4
17) Planificar alguna actividad ilegal (robo, atraco, hurto, etc.)	0	1	2	3	4
18) Leer/ver algunas revistas o libros de interés para el grupo	0	1	2	3	4

III) A continuación, te preguntamos acerca de **TU FAMILIA:**

18. Indica con una X, con qué frecuencia TUS FAMILIARES realizan las conductas que aparecen a continuación:

- Si no las realizan NUNCA, marca el 0
 Si las realizan CASI NUNCA marca el 1
 Si las realizan ALGUNAS VECES marca el 2
 Si las realizan CASI SIEMPRE marca el 3
 Si las realizan SIEMPRE marca el 4

	MADRE					PADRE				
1) Consolarte cuando estás triste	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
2) Confiar en ti	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
3) Abrazarte para mostrarte afecto, apoyo	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
4) Ayudarte cuando tienes problemas	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
5) Decirte que le importas	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
6) Ayudarte a superar momentos de crisis	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
7) Decirte algo para hacerte sentir bien	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
8) Respetar tu individualidad, tu propia manera de ser	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
9) Respetar tus sentimientos	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
10) Escuchar tu opinión y hacerte ver que le importas	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
11) Hablar contigo de temas importantes para ti	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4
12) Apoyarte emocionalmente	0	1	2	3	4	0	1	2	3	4

19. ¿Cuando estás en casa obedeces a tus padres?

- 1) Nunca ☐ 2) Casi nunca ☐ 3) Algunas veces ☐ 4) Casi siempre ☐ 5) Siempre ☐

20. ¿Tus padres saben dónde estás cuando no te encuentras en casa?

- 1) Nunca ☐ 2) Casi nunca ☐ 3) Algunas veces ☐ 4) Casi siempre ☐ 5) Siempre ☐

21. ¿Cuándo estás fuera de casa te comportas de acuerdo con lo que tus padres consideran correcto?

1) Nunca ☐ 2) Casi nunca ☐ 3) Algunas veces ☐ 4) Casi siempre ☐ 5) Siempre ☐

22. ¿Tus padres conocen a los/as amigos/as de tu grupo?

1) No conocen a ninguno ☐ 2) A algunos ☐ 3) A casi todos ☐ 4) A todos ☐

23. ¿A tus padres les gustan los/as amigos/as de tu grupo?

1) No les gusta ninguno ☐ 2) Les gustan algunos ☐ 3) Les gustan casi todos ☐

4) Les gustan todos ☐

IV) Para terminar, unas **ÚLTIMAS CUESTIONES:**

24. Por favor, marca con una X lo que mejor se ajusta a tu situación.

	En absoluto	Algo	Bastante	Mucho
1) Me importa lo que mi madre piense de mi	0	1	2	3
2) Le cuento a mi madre mis ideas y mis sentimientos (lo que pienso y lo que siento)	0	1	2	3
3) Me gustaría ser el tipo de persona que es mi madre	0	1	2	3
4) Me importa lo que mi padre piense de mi	0	1	2	3
5) Le cuento a mi padre mis ideas y mis sentimientos (lo que pienso y lo que siento)	0	1	2	3
6) Me gustaría ser el tipo de persona que es mi padre	0	1	2	3
7) Me importa lo que mis amigos/as del grupo piensen de mi	0	1	2	3
8) Le cuento a mis amigos/as del grupo mis ideas y sentimientos (lo que pienso y lo que siento)	0	1	2	3
9) Me gustaría ser el tipo de personas que son mis amigos/as del grupo	0	1	2	3
10) Me gusta mi colegio	0	1	2	3
11) Me importa lo que mis profesores piensen de mi	0	1	2	3
12) Me gustaría parecerme a alguno/s de mis profesores	0	1	2	3

25. A continuación, aparecen una serie de características que nos servirán para conocerte un poco mejor. Marca con una X el número que indique el lado de la característica que mejor crees que te define A TI. Por ejemplo, si te presentamos la característica:

Nada gracioso 1 2 3 4 5 Muy gracioso

Si marcas el 1 quiere decir que te consideras MUY POCO gracioso

Si marcas el 2 es que te consideras ALGO gracioso

Si marcas el 3 es que NI eres MUY GRACIOSO NI MUY POCO gracioso

Si marcas el 4 es que te consideras BASTANTE gracioso

Si marcas el 5 es que te consideras MUY gracioso

Nada arrogante	1	2	3	4	5	Muy arrogante (creído/a, orgulloso/a)
Nada independiente	1	2	3	4	5	Muy independiente
Nada emocional	1	2	3	4	5	Muy emocional (sensible, emotivo/a)
Preocupado/a sobre todo por los demás	1	2	3	4	5	Preocupado/a sobre todo por ti
Muy pasivo/a	1	2	3	4	5	Muy activo/a (te gusta hacer muchas cosas)
Nada egoísta	1	2	3	4	5	Muy egoísta
Te cuesta dedicarte a los demás	1	2	3	4	5	Te gusta dedicarte a los demás
Muy duro/a	1	2	3	4	5	Muy amable
Nada interesado/a en ayudar a otros	1	2	3	4	5	Muy interesado/a en ayudar a otros
Nada presumido/a	1	2	3	4	5	Muy presumido/a
Nada competitivo/a	1	2	3	4	5	Muy competitivo/a
Nada cariñoso/a	1	2	3	4	5	Muy cariñoso/a
Nada pendiente de lo que sienten otros	1	2	3	4	5	Muy pendiente de lo que sienten otros
Con dificultad para tomar decisiones	1	2	3	4	5	Que toma decisiones con facilidad
Nada codicioso/a	1	2	3	4	5	Muy codicioso/a (avaricioso/a)
Nada perseverante	1	2	3	4	5	Muy perseverante (no te rindes fácilmente)
Sin confianza en ti mismo/a	1	2	3	4	5	Con mucha confianza en ti mismo/a
Te sientes inferior a otros	1	2	3	4	5	Te sientes superior a otros
Nada dictatorial	1	2	3	4	5	Muy dictatorial (te gusta mandar en otros)
Nada comprensivo/a	1	2	3	4	5	Muy comprensivo/a
Nada cínico/a	1	2	3	4	5	Muy cínico/a (capaz de engañar por interés)
Muy frío/a en las relaciones con otros	1	2	3	4	5	Muy cálido/a en las relaciones con otros
Nada hostil	1	2	3	4	5	Muy hostil (crees que el mundo está contra)
Te derrumbas si te presionan	1	2	3	4	5	Te mantienes firme bajo presión

26. Por último, aparecen una serie de afirmaciones. Indica en qué medida TÚ estás, o no, de acuerdo con ellas (en qué medida reflejan tu manera de pensar y actuar), marcando con una X el número correspondiente.

	En completo desacuerdo	Bastante en desacuerdo	Estoy indeciso	Bastante de acuerdo	Completamente de acuerdo
1) Siempre sitúo las necesidades de otros por encima de las mías	1	2	3	4	5
2) Nunca me implico demasiado en los problemas de otros	1	2	3	4	5
3) Para ser realmente feliz necesito que los demás también sean felices	1	2	3	4	5
4) Me preocupa mucho por cómo estarán las personas que me importan cuando no puedo estar con ellas	1	2	3	4	5
5) Las dificultades y problemas de otros no me quitan el sueño	1	2	3	4	5
6) Es imposible para mí tratar de conseguir lo que deseo si eso perjudica lo que desean otros	1	2	3	4	5
7) No puedo decir no cuando alguien me pide ayuda	1	2	3	4	5
8) Incluso estando agotado/a, no me negaría a ayudar a otros	1	2	3	4	5
9) Me disgusta con frecuencia por los problemas de otros	1	2	3	4	5

MUCHAS GRACIAS POR TU COLABORACIÓN

